



D A N I E L L A I N E Z

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE HONDURAS
SISTEMA BIBLIOTECARIO
COLECCION DE HONDURAS
Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

ANTOLOGIA POETICA

•

CONTIENE:

VOCES INTIMAS
POEMAS.—1930-1935

CRISTALES DE BOHEMIA
POEMAS.—1935-1937

A LOS PIES DE AFRODITA
SONETOS.—1937-1941

ISLA DE PAJAROS
POEMARIO MARINO.—1941-1945

RIMAS DE HUMO Y DE VIENTO
POEMAS INFANTILES.—1945

MISAS ROJAS
SONETOS.—1945-1946

POESIAS VARIAS
1946-1950

LA GLORIA
1946

CUENTOS
1946-1950

ESTAMPAS LOCALES
1946-1950.



TALLERES TIPO-LITOGRAFICOS "ARISTON".—TEGUCIGALPA, D. C., HONDURAS
1950

DANIEL LAINEZ

(NOTICIA MINIMA)

No es ciertamente una Antología Poética esta que Daniel Laínez ofrece en el presente volumen a su numeroso público lector, sino más bien la recopilación completa —prosa y verso— de la obra literaria



que hasta la fecha ha dado a luz el más lírico y prolífico de nuestros aedas nacionales.

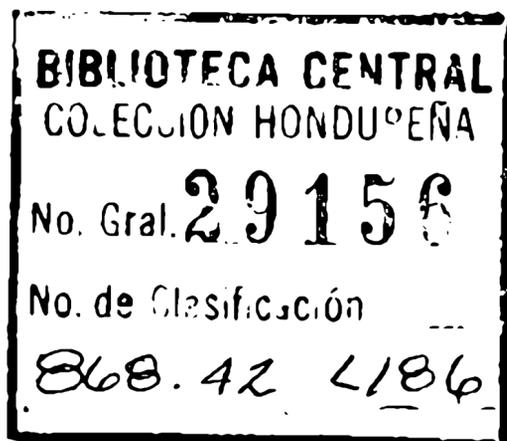
Sin embargo, la selección del título es correcta. Si bien este libro no es, repetimos, la obra antológica de su autor, habrá de ser del presente volumen de donde los lectores entusiastas del poeta Laínez extraerán, a su albedrío, —ya que nada se ha dejado por fuera en la presente edición—, los versos que en definitiva permanecerán en la mente y el corazón del pueblo hondureño. Será, pues, de la selección tácita que haga su público de donde surgirá definitivamente la Antología Poética de Daniel Laínez.

Al proceder de tan singular manera, el autor ha actuado con inmejorable juicio. Y es que en esto de las antologías y selecciones es el pueblo, que no la propaganda premeditada ni el gusto algunas veces esotérico del autor, el que dice la última palabra. Si se escribe para el pueblo, para amplias masas de lectores, que sean éstos entonces, en definitiva, quienes consagren o rechacen una obra de arte.

Y Daniel Laínez puede confiar en el juicio de su público. Ya desde el inicio de su carrera literaria —pertenece a la genera-

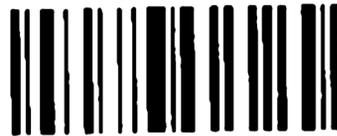
Pasa a la contratapa posterior

Procesamiento Técnico Documental
Digital. UDI-DEGT-UNAH



C.2

BIBLIOTECA UNAH-DEGT



378246

2015-Coleccion Libros Raros y Ant

VOCES INTIMAS



1930-1935



ENTRA EL POETA

Una vez llegó un joven al estudio de Rubén Darío, no recuerdo si fué en París o en Madrid. Llevaba el manuscrito de un poema bajo el brazo, a someterlo a la crítica del maestro.

El bardo le hizo un brillante prólogo, bajo la mirada tímida del muchacho que hoy responde a la firma de Eduardo Marquina.

Son los talentos primigenios, dice Rubén en ese prólogo, quienes necesitan del estímulo. El primer libro de Daniel Laínez debió apadrinarlo cualquiera de nuestros intelectuales consagrados, digamos Rafael Heliodoro Valle; y no me hubiera tocado a mí, sin merecerlo, levantar el velo de esa gloria auténtica de nuestra juventud.

Daniel Laínez talla su escultura en el rincón de un hogar humildísimo, aunque rico de herencia espiritual inagotable. Conocí a su señor padre, don Jesús Laínez, de la generación intelectual del 94, habiendo mujeres inteligentísimas entre sus genitores.

El no quiere convencerse, todavía, de que es poeta. Rima sus pensamientos de la misma manera que el niño hace sus garabatos en un papel, mientras los suyos se entretienen charlando en la velada familiar. Así lo sorprendió un día Julio Amador, otro joven de los nuestros, artista del pincel, que, no obstante haber visto siempre en sus ojos

DANIEL LAINEZ

el zig-zag del relámpago oculto, su asombro es ilimitado al descubrir un soneto de música y factura perfectas.

Amador lo hace escribir para el público, y él, obedeciendo a las insinuaciones de un verdadero amigo, nos ha obsequiado sus poesías publicadas en la prensa nacional, de las cuales ha seleccionado las más humildes, para formar el álbum que, con el nombre de *VOCES INTIMAS*, ofrece a las Letras Hondureñas.

Es muy extraño que un escritor a quien llamaría bisoño más de algún catequista, escriba estrofas tan limpias, tan correctas. Si el poeta es lo primero, esto no es un pretexto para ver de menos la calidad del verso, el lenguaje, la rima, el estilo, el arte con que se produce. Los genios primitivos no hicieron su obra a base de principios, pero su capacidad innata los condujo a practicar aquellos principios. La técnica, también, fué descubierta por el genio. “Nadie más retórico que el autor de “Azul” —dice Alejandro Valladares—. Nadie más culto. Nadie más defensor de la musa vestida de las plumas de pavo real...”

Debemos aceptar este pomo de perfume espiritual, ya que tanto veneno descompone los aires. El trabajo de la inteligencia, tan despreciable para un practicismo de doblez egoísta, es por lo único que la humanidad se conserva. La materia, por su fuerza conquistadora se precipita, inconsciente, hacia la destrucción. Es la moral y el espíritu lo que domina aquel impulso que llevaría en un segundo al cataclismo final de las razas. Jinarajadasa recoge en sus viajes, semillas de plantas raras y la producción intelectual de las juventudes.

Visitación PADILLA.

LEYENDO “VOCES INTIMAS”

Dentro de la concepción artística del Universo, cada poeta borda sus rimas reflejando la fase emotiva de su intensidad temperamental.

Y como si todo surgiera de esa “armonía de los cielos” de que hablara Pitágoras, que siendo matemático también fué poeta, hay en las creaciones de cada portalira, implícita, una íntima penetración de las cosas en donde el placer y el dolor, hermanándose en la piedra angular de una sonrisa, parecen identificarse: ya columpiándose en los flirteos de una elevación beatífica, o bien descendiendo al valle de los humanos, allí donde irrumpe un llanto, suena una carcajada o se musita una queja.

Tal hemos discurrido leyendo “VOCES INTIMAS” de Daniel Laínez, joven poeta hondureño que, haciendo una reverencia al indiferentismo criollo, hoy nos brinda en un pequeño libro las suaves primicias de su eclosionario sentimental.

Con este primer fruto de su estro, Daniel Laínez se nos revela como verdadero poeta: la soltura de sus versos, que corre parejas con la espontaneidad de las ideas y la delicadeza de los sentimientos, lo acreditan suficientemente para figurar entre los valores contemporáneos que enriquecerán al Parnaso Hondureño.

De sus composiciones “El Enigma” y “Triste Canción” nos invitan a meditar, dados sus conceptos de sana Filoso-

DANIEL LAINEZ

fa. En "Primavera" nos arranca añoranzas de la niñez, cuando, al abrigo de la inocencia, saboreamos mejor esos bellísimos cuadros que nos ofrece la naturaleza toda llena de armonías. "Agora y'es Tarde", "Lamentos de India", "Presentimiento", "Venganza", "Antoñito", "Celos", son ensayos muy felices que algún aporte llevan al folklore hondureño; y, sin dejar de adorar al Diosecillo ciego en "Mi Tesoro", "Si Tuvieras Corazón", "Soneto Galante" y otros más, nos deja conocer su actitud frente a esa eterna cantalata que, bajo el nombre de Amor, sigue siendo el encanto de los jóvenes y la tortura de los viejos.

No es prudente que cansemos al lector con giros apologeticos de alambicada y engorrosa opinión; si todo buen libro se recomienda por el solo entusiasmo que despierta en quien lo lee sin insinuaciones anteriores, tratándose de un libro como el presente, donde juguetean los versos dando toques certeros al corazón, mejor es que el lector ahonde en cada poema y pueda así descubrir esos íntimos secretos que calla el poeta cuando lo puro, lo excelso y lo divino deben decirse en el lenguaje de los dioses.

Tienes la palabra, lector.

Alejandro ALFARO ARRIAGA.

Mayo de 1935.

Reuno en este pequeño libro, buena parte de mis versos; versos que hilvané para mí, y que, a instancias de un grupo de amigos, he dado a luz pública en las columnas de los diarios y revistas de esta capital.

“VOCES INTIMAS” contiene rimas sencillas e ingenuas; rimas que escribí en mi niñez, allá en el poético y tranquilo jardín de “La Concordia”, y las que no he querido excluir, a pesar de su imperfección, por ser ellas las rosas más frescas y fragantes de mi huerto interior.

Dejo aquí, pues, querido lector, este pequeño volumen de ensayos. Si algún día el azar lo pone en tus manos, recíbelo con cariño, ya que es el fruto primero de un humilde muchacho que ha sentido como el gran Juan Ramón, “un natural deseo de cantar”.

EL AUTOR.

EL ENIGMA

¿Hasta cuándo romperemos el enigma indescifrable
de esta vida pordiosera, baja, cruel y miserable?

¿Hasta cuándo encontraremos esos oasis redentores
los sedientos idealistas..., los sombríos soñadores?

Al oír estas preguntas nuestros cuerpos se estremecen,
los imbéciles sonríen y los sabios enmudecen...

¡Ah, qué cuadros torturantes! ¡Cuántas llagas, cuántos males
contemplamos en las salas de los fríos hospitales!

¡Ah, qué cuadros! ¡Cómo llenan el ambiente con sus ayes
los hambrientos pordioseros que pululan por las calles!;

en las cárceles hediondas donde cumplen sus condenas
cómo están los hombres-fieras maniatados con cadenas;

en los trágicos burdeles, cómo cantan las ramera
con sus voces destempladas tristes coplas lastimeras...

Cómo ambulan por las calles los rapaces harapientos,
cómo ambulan..., cómo ambulan: tristes, pálidos, hambrientos.

Cómo acecha nuestro paso por la negra encrucijada
el lobo artero de la Envidia con su horrible dentellada.

¡Ah, cuántas llagas! ¡No nos dejan nunca en calma...!
¡Hediondas llagas en el cuerpo! ¡Llagas hondas en el alma!

¡Manicomios! ¡Hospitales! ¡Ah, comedia lamentable!
¿Hasta cuándo arrastraremos esta carne miserable?

DANIEL LAINEZ

I I

Cuando por Sinos Fatales nos miramos acosados
nos postramos ante un ídolo, temblorosos, humillados.

Y desatan nuestras lenguas mil larguísimos sermones,
mil plegarias nunca oídas y otras vanas oraciones...

Nadie, nadie nos responde en la negra noche helada;
oraciones y sermones son ahogados por la Nada...

Y buscamos, torpes, ciegos, tan siquiera una esperanza
en la vaga lejanía que llamamos lontananza...

Caminamos vacilantes, poseídos de amargura,
como trágicos fantasmas por la helada noche oscura...

Como sombras silenciosas... como negros nubarrones
impelidos por el viento hacia incógnitas regiones...

Y así vamos por la vida, con las faces demacradas,
disfrazando nuestros males con sombrías carcajadas...

I I I

¿Hasta cuándo romperemos el cnigma indescifrable
de esta vida pordiosera, baja, cruel y miserable?

¿Hasta cuándo encontraremos esos oasis redentores
los sedientos idealistas..., los sombríos soñadores?

Al oír estas preguntas nuestros cuerpos se estremecen,
los imbéciles sonríen y los sabios enmudecen...

¡Ah, filósofos sombríos! ¡No gastéis ya más razones!
No destruyáis el encanto que nos dan las ilusiones...

¡Soñadores de la Gloria! ¡Dulces poetas sensitivos!
Derrochad vuestras canciones cual sedantes lenitivos...

Mientras reine la miseria —cantad, locos portalaras!—
aliviad nuestras dolencias..., ¡aunque sea con mentiras!

Apuremos nuestras copas de miríficos nepentes,
no sigamos torturando con sofismas nuestras mentes...

Y, entre tanto, caminemos..., caminemos..., caminemos,
¡caminemos resignados, ya que nada comprendemos...!

ALMA DOLIENTE

Para Arturo Rosendal

Todo en torno parece estar dormido...
La tarde está indecisa. En lontananza
ni una sola ilusión, ni una esperanza;
en el viejo jardín, ni un leve ruido...

¡Mi alma llora de dolor! La pobrecita
nunca ha visto un anhelo satisfecho...
¡Es a manera de flor que se marchita
en el jarrón sin agua de mi pecho!

TRISTE CANCION

Y así dijo el poeta al mendigo:
—Qué triste es la senda de nuestro destino,
ya mis sueños azules esfumándose van...
Sin tener a la mano una copa de vino,
ni una taza de leche, ni un pedazo de pan.

Ambos somos hermanos, harapiento mendigo,
ambos somos juguetes del hórrido huracán...
Tú no tienes amores, tú no tienes abrigo,
y hasta el perro te corre del obscuro zaguán.

DANIEL LAINEZ

Yo sí tengo un amor, también tengo una choza
en donde está esperando con cariñoso afán,
una niñita buena, una niñita hermosa,
quien sollozando triste me pide leche y pan.

Y mientras la adormezco, en mi mente de iluso
hay un grito salvaje, pertinaz y confuso...
¡Es el hambre que ruge como un fiero dragón!
Y mi niña se abraza a mi cuello aterido
mientras yo le musito tiernamente al oído
como canto de cuna esta triste canción:

“Nada tengo que darte, hija mía querida,
ni una gota de leche, ni una miga de pan,
hice mal, mucho mal, al traerte a la vida,
entre harapos tus miembros ateridos están”.

Ambos somos hermanos, harapiento mendigo,
ambos somos juguetes del hórrido huracán;
tú no tienes amores, tú no tienes abrigo.
¡Yo tengo una niñita que pide leche y pan!

Mas... ¿quién nos detiene? Prosigamos la marcha.
Mientras otros sonríen, siempre iremos los dos
harapientos y enfermos por senderos de escarcha,
hasta oír el “sufficit” de los labios de Dios.

.....

Así dijo al mendigo aquel pálido poeta,
y, bajo el gélido soplo de la noche invernal,
yo miré consternado su doliente silueta
ambular triste y sola por el sucio arrabal...

A UN ARBOL

A mi hermano Rafael

Desde mi tierna infancia te hallé por mi camino
siempre tu grata sombra dispuesto a prodigar;
jadeante y triste, con calma el peregrino
bajo tus verdes ramas acude a descansar.

Colgados dulcemente en tu verde enramada
tienen sus tibios nidos el mirlo y el turpial,
y al despertar tranquilos saludan la alborada,
al viento dando alegres sus notas de cristal.

Te amo porque eres fuerte, ¡oh árbol milenario!
El único sagrado que existe en mi vergel...;
me cuentas tantas cosas del tiempo legendario,
de cosas ya olvidadas..., del Indio Catchiquel.

En esas fuertes ramas colgaban sus escudos
los indios aguerridos de sin igual valor,
aquellos bravos indios, aquellos indios rudos
que tanto mal hicieron al bélico invasor.

Allí bajo tu sombra, propia y perfumada,
contóle sus amores, sus penas y su afán,
a una princesa azteca de tez acanelada
un príncipe heredero del Reino de Copán.

Me lo imagino huraño, hercúleo y arrogante,
tatuadas las espaldas, de señoril andar,
de tez broncea y lisa, de voz fuerte y vibrante,
ingenuo como un niño y triste en el mirar.

A veces me imagino, bajo tu sombra, altares
donde se ofician ritos de antigua religión...
Y un viejo sacerdote, al son de sus cantares,
a un indio prisionero le extrae el corazón.

Mas todas esas cosas en el polvo rodaron,
los ídolos de piedra, los templos de Copán...
Sólo a tí, ¡oh viejo árbol!, los siglos respetaron
de aquellos tiempos de oro que ya no volverán...

DANIEL LAINEZ

AVATAR

Las artes entonces eran un portento,
corrían los tiempos del Renacimiento...

Yo era un poeta neurótico y fino
que amaba el romance, la carne y el vino.

Las noches pasaba en pomposos salones
haciendo derroche de alegres canciones.

Ella era condesa de andar cadencioso,
era hija de un conde cardíaco y nervioso.

Era de ojos glaucos y en sus manecitas
lucía el esmalte de las margaritas.

Amaba las artes, la egregia poesía,
¡vivía en un mundo de azul fantasía!

Y aquella condesa gentil y coqueta
sintióse prendada de mi alma de poeta...

I I

La noche era fresca, lunar y fragante,
danzaba en palacio la corte elegante...

Flotaba en el viento un olor a magnolias
mezclado a los ritmos de las arpas eólicas.

Las damas reían con risas febriles,
mientras yo —galante— rimaba sutiles

sonetos sensuales henchidos de amor
a la condesita de labios en flor...

I I I

A ir al jardín invité a la condesa
y ella me siguió..., sonriente, traviesa,
y, en un tosco banco —cabe a los rosales—
al suave susurro de mis madrigales
brindóme sonriendo con delicadeza
sus mórbidos senos..., sus labios de fresa...
Mis ojos brillaron..., mis labios ardientes
besaron su cuerpo con ansias vehementes...
.....
Y bajo el relente de la luna fría
aquella condesa traviesa fué mía...
.....
En palacio seguían las notas aladas
mezcladas al ruido de las carcajadas...

I V

Mas... ¡todo se supo! Un paje malvado,
un paje indiscreto, quizá enamorado
de aquella condesa de labios-carmín,
pronto divulgó lo que vió en el jardín...
Ella fué enclaustrada en un frío convento
sin lanzar una queja..., ni siquiera un lamento...
Yo fuí condenado a trabajos forzados,
mas no se esfumaron mis sueños dorados...
Pues siempre soñaba en las noches de luna
con sus ojos glaucos y su trenza bruna.
.....
Cumplida mi pena yo fuí desterrado
del romántico siglo y también del Estado...

V

¡No! No es éste mi mundo! ¡No es éste mi ambiente!
Por eso es mi risa grotesca e hiriente...

DANIEL LAINEZ

¿No era yo un poeta neurótico y fino
que amaba el romance, la carne y el vino?

¿No era Ella condesa de andar cadencioso,
hija de aquel conde cardíaco y nervioso?

.....

¡No es éste mi mundo! ¡Me siento un extraño!
Por eso soy triste, sombrío y huraño.

BALADA SENTIMENTAL

Dulce amada sonriente... Tu mirada me hechiza.
¿Fuiste en tiempos pasados gentil Sacerdotisa
que oficiaba en los ritos de los cultos romanos?
¿Venus te dió su talle..., o a Monna Lisa
le robaste el encanto de su dulce sonrisa
y un artífice heleno cinceló tus manos?

Ignoro tu pasado..., sonriente amada mía...,
sólo sé que me has olvidado, luz, calor, armonía,
y el encanto divino de tu pálida faz...
Y en el fondo de tu alma, de blancura de armiño,
de esa tu alma sencilla, como el alma de un niño,
entreveo en mis sueños una Arcadia de paz...

Dulce, pálida y bella..., ¡celestial adorada!
Con el fuego sagrado de tu ardiente mirada
se disipan mis penas..., mi dolor pertinaz...
¿Qué importa que el mundo me corone de espigas
si aun me queda el encanto de tus formas divinas
y el calor de tus besos... ¿Para qué quiero más?

Dulce amada sonriente de las blondas guedejas,
hacia tí van mis versos cual enjambre de abejas
a embriagarse en las mieles de tu boca sensual...
Para tí son las rosas del jardín de mi ensueño...
es por tí, ¡dulce amada!, que me encuentro risueño
cuando a mi alma la azota el feroz vendaval...

SUEÑOS DEL ALMA

Bien debe de recordar
las citas en su balcón...
¡Yo no he podido olvidar
aquella azul ilusión!

Aquella niñita loca
que me causaba desvelo,
la de purpurina boca,
la de los ojos de cielo.

En noches de ensoñación
seguí a Simbad el marino,
y regaba en su balcón
perlas de Ormuz y oro fino.

Y aquella niña traviesa
que no sabía del mal,
era para mí princesa
hija de un Rey oriental.

Y en la perenne quietud
de su jardín en flor,
era nuestra juventud
sonriente nido de amor.

Cuando en las noches de plata
bajo el celeste esplendor,
un divino ruiñeñor
entonaba su serenata.

Todo era fiesta: la luna,
con su radiante fulgor,
atisbaba como una
hembra sedienta de amor...

Era un paraje soñado
por las luces en derroche...
Y era un jardín encantado
de las Mil y Una Noche.

Un aire fresco soplaba,
que venido de la fuente
mansamente acariciaba
su inmaculada frente.

Había un perfume grato
de floridos limoneros,
mientras que desde lo alto
titilaban los luceros;

y se escuchaba lejano
de la fuente el surtidor:
yo acariciaba su mano,
ella temblaba de amor...

Y, aquella niña traviesa
que no sabía del mal,
era para mí princesa
hija de un Rey oriental;

y en la perenne quietud
de su jardín en flor,
era nuestra juventud
sonriente nido de amor...

Tratando estoy de cantar
las citas en su balcón...
¡Mejor sería olvidar
aquella azul ilusión!

Su amor no fué más que un sueño,
que un sueño del corazón:
son sueños que sueña el alma
“y los sueños, sueños son.”

DANIEL LAINEZ

VERSOS SIN NOMBRE

Estos versos, versos míos,
imperfectos y sencillos,
dedicados van a tí.
Ellos dirán la emoción
que siente mi corazón
cuando te fijas en mí.

Estos versos... ¡Estos versos!
imperfectos, raudos, tersos...
guárdalos niña... ¿Por qué?
Ellos dirán quedamente
que es blanquísima tu frente
y diminuto tu pie...

¡Oh tu cuerpo!, grácil, fino,
de un blancor alabastrino
y tus manos de marfil...

Blancas manos delicadas
cual camelias arrancadas
de un mirífico pensil...

¡Oh tus ojos!, ojos puros,
enigmáticos y oscuros
de dulcísimo mirar.
¡Oh, tus ojos triunfadores!,
grandes ojos soñadores
que jamás podré olvidar.

Estos versos, versos míos,
imperfectos y sencillos,
dedicados van a tí.
Ellos dirán la aflicción
que siente mi corazón
cuando te alejas de mí.

YA NADA ESPERO

Es copo de humo que disipa el viento,
mujer, tu juramento...
De aquel amor... ¡ya nada espero!
Blancas fueron tus frases..., negra fué tu traición.
Aquel amor al parecer sincero
fué solamente un sueño, un perfume, una ilusión...

Fué solamente un sueño, un perfume, una ilusión,
aquel amor al parecer sincero.
Blancas fueron tus frases..., negra fué tu traición.
De aquel amor... ¡ya nada espero!
Mujer: tu juramento
es copo de humo que disipa el viento...

RESPONSO

*En la tumba del malogrado porta-paleta
Pablo Zelaya Sierra.*

¡Gran Pontífice del Arte!
He venido a saludarte
con humilde devoción...
Y a decirte estas sinceras,
dulces frases lastimeras
en señal de admiración.

¡Sufriste! ¡Mucho sufriste!
Enfermo, pálido y triste,
no hacías más que soñar
con tus hijos y tu esposa,
que dulce, fiel, cariñosa,
no se cansa de llorar...

Para las almas divinas
siempre hay coronas de espinas,
afrenta, Gólgota y Cruz...
Pero les brinda la Gloria
un nombre escrito en la Historia
con caracteres de luz...

¿Que remontabas el vuelo
a las regiones del cielo
en pos de un bíblico ideal?
¡Que lo digan tus Monjitas!
Parecen dos hermanitas
de la mansión celestial...

Con gesto azás displicente,
sentada cabe a una fuente
“La muchacha del huacal”;
parece que tiene vida
y que a beber nos convida
las ninfas del manantial.

¡Con qué gracia! ¡Cómo fluía!
de tu sin par fantasía
la rosa, el oro, la miel...
Aguas quietas, cristalinas,
nobles damas, campesinas,
brotaban de tu pincel...

¡Salve, Pablo!, alguien grita
con dulce voz que gravita
del uno al otro confín...
¡Es el grito de la Fama
que te besa y te proclama
su más jovial paladín!

Reposa, Artista, reposa
en la calma misteriosa
de este lúgubre panteón!
Mientras en alas del viento
elevo yo mi lamento
en forma de una oración.

DANIEL LAINEZ

MADRIGAL FUNEBRE

En la muerte de Juanita Callejas Bonilla

Muñequita: ¡luz del día!
para siempre ya extinguida...!
Hoy te ofrendo la elegía
de mi lira enlutecida...

Creador de todas las cosas:
si eres Amor, si eres Fe,
¿por qué se mueren las rosas?
¡Oh, Dios mío!, dí ¿por qué?

Su figura
blanca y pura
en la cámara sombría
y silente,
se diría
que dormía
dulcemente...

¡Ay! lo veo
y no lo creo...
¡No! ¡No es cierto!
Juanitía,
luz del día,
es mentira... ¡tú no has muerto!

Muñequita primorosa
de la charla deliciosa,
hoy serás:
¡en la tierra un lirio menos
y en el cielo un ángel más!

PRIMAVERA

De nuevo llega la Primavera
con su fragante vegetación.
Cae una brisa fina y ligera,
hay nuevos trinos en la pradera
y nuevas rosas en mi balcón.

En las montañas esplendorosas
flotan perfumes en el vergel.
Sobre los lirios, sobre las rosas
vuela un enjambre de mariposas
de mil colores libando miel.

Hay nuevos nidos en los ramajes,
los limoneros están en flor.
Con sus espumas tejiendo encajes
murmura el río... y en los boscajes
rima sus trovas un ruiseñor.

Una paloma sale volando
de la espesura de un matorral;
y a una muchacha que está ordeñando
a grandes voces la está llamando
un campesino desde el corral.

Dos niños juegan cual serafines
en la cabaña de un labrador.
Un gallo canta, y en los jardines
las margaritas y los jazmines,
entrelazados, tiemblan de amor.

Derrocha el bosque sus sinfonías...
Y bajo este cielo de esplendidez,
mi alma se llena de nostalgias,
¡Oh, si volvieran los dulces días,
los dulces días de mi niñez...!

DANIEL LAINEZ

AGORA Y'ES TARDE

Eran bien fundados todos mis temores;
que vayan al diantre todos los doctores
con sus polquerías, que agora y'es tarde...
Agora y'es tarde,
querida hermanita,
ya duerme pa'siempre nuestra magrecita...
Botá toititas esas medecinas;
guindá de las puertas las negras cortinas;
pero antes de todo
ayúdame a vestirla de cualesquier modo...
Pongámole aquella brillante camisa
que trujo del pueblo en la feria pasada,
aquella camisa
de seda floreada.
Pongámole aquellas enaguas de lana
que'el día e'su santo le trujo ña Juana;
y el escapulario,
y aquel collarcito de negros pacones
con qu'ella mesmita rezaba el rosario
a toititos los santos de sus devociones...
Bien te lo decía
que al brincar la luna se nos morería...
Ya lo presentía,
querida hermanita,
ya lo presentía...
La gallina zapa toitita la noche pasó cacareando.
Que triste cantaban los gallos en los corredores...
Toitita la noche
pasaron cantando,
toitita la noche...
¡Qué noche tan triste, tan larga y oscura!
Mi cuerpo temblaba de justos temores,
pos ya presentía
que al brincar la luna se nos morería...
¡Sé juerte, hermanita, no seas cobarde!
Yo voy ora mesmo a'brir la sipultura...
Y si acaso se asoman po'aquí los doctores,
deciles llorando qu'agora y'es tarde...
¡Que vayan al diantre con sus medecinas!
Deciles qu'estarde, querida hermanita...
¡Qué duerme pa'siempre nuestra magrecita!

LAMENTOS DE INDIA

Virgencita güena,
dulce virgencita,
en esta hora triste
me encomiendo a tí.
Salva a miunicuijo,
que se está muriendo,
dulce virgencita,
ten piedad de mí.

Salva a miunicuijo,
que se está muriendo.
Lleva ya tres días
sin querer mamar.
Yo no sé qué tiene,
dulce virgencita,
ni un solo tantito
deja de llorar.

Me dicen las gentes
para consolarme
que mi criaturita
no se morirá...
Que indudablemente
son los modimientos,
que al echar los dientes
se me aliviará.

Virgencita güena,
dulce virgencita,
aliviá un tantito
mi fatal dolor.
Si me lo rescatas
me iré de rodillas
dende la posada
al Altar Mayor.

Toitos los años
te traire contenta
rojos y fresquitos
ramos de alelí;
y el primer ternero
que para la vaca,
dulce virgencita,
será para tí.

Virgencita güena,
dulce virgencita,
en esta hora triste
me encomiendo a tí.
Salva a miunicuijo,
que se está muriendo,
dulce virgencita,
¡ten piedad de mí!

DANIEL LAINEZ

PRESENTIMIENTO

¿Te has fijado agüelita? Manuelito ha cambiado,
lo he mirado muy triste por la milpa vagar...
Yo creo que el tonto síá innamorado
de alguna catrina que lo ha de ingañar.

Yo no sé lo que tiene, sólo pasa enojado,
le fastidia el trabajo, no le gusta ordeñar,
ya no quiere ponerse el calzón remendado,
y todo su encanto es salir a pasear.

Tiene en venta la vaca y también el ternero,
pos según me contó necesita dinero
pa'un buen vestido que quiere mercar.

Pobrecito mi hermano, está bien delgado,
yo creo que el tonto síá innamorado
de alguna catrina que lo ha de ingañar.

VENGANZA

Bebamos, Anselmo, la vida es muy dura,
fijáte que Amparo de casa se jué,
se jué porque quiso, jué pura locura,
se jué para el pueblo no sé ni por qué.

La casa está sola, ya naide la cuida,
muy triste ha quedado mi perro Sultán,
ya no hay quien ordeñe la vaca parida,
ya extraña su falta mi potro alazán..

Trabaja —me dicen— en un restaurante,
que está muy hermosa, que viste elegante
y que ciertas noches al triato se va.

Bebamos Anselmo, ¿qué importa la Amparo?
¡Yo sé que algún día con todo descaro
con frío y hambrienta a mi choza vendrá!

ANTOÑITO

Para Armando Cerrato Valenzuela

¡Yo detesto de muerte a los hombres maicones!
¿Qué tenés Antoñito? ¿Es que tian despreciao?
¡No seas tan neneque! Con esos lagrimones
pareces el mesmito Señor Crucifiaao.

Aprendé de yo, Antoño, por algo usás calzones,
delante e' las mujeres nunca pidás cacao...
Ayer yo me incontraba en esas condiciones
y hoy ya me ves tan fresco y tan despreocupado.

Hoy tenés que olvidarla, así lo creigo al menos,
qué se treigan agora otros dos tragos güenos
de cususa o de chicha y otros dos catamales.

Sé juerte, amigo mío, olvidá esos quererres,
no te acordés ya nunca que existen las mujeres
que al fin y al cabo Antoño, toititas son iguales.

CELOS

Este Policarpo ya dió con mi negra,
con ella en el rancho lo acabo de ver.
¡Ay, hombre, si vieras, ya nada me alegra!
Por Dios, Sinforoso, yo no hayo qué hacer.

No acabo de creer cuál será la cachicha,
que con yo se mantiene ese gran puñetero,
cuando los domingos se embola con chicha,
me mira de reajo y se arrisca el sombrero.

Ese indio es fregado, es de pelo en pecho,
y, para tunantear... ¡es derecho!
ninguna mujer se le sabe escapar...

Yo nunca le juygo cuando anda chupando;
si ese indio zamarro me sigue amolando
un par de plomazos le voy a zampar...

DANIEL LAINEZ

SOY TAN SENCILLO

Soy tan sentimental y tan sencillo,
que ambiciono la paz del ermitaño.
Descubro ser a veces un joven pastorcillo
y guiar tranquilamente un bíblico rebaño.

Amo la placidez del campo... Quisiera
vivir alegremente en la montaña y tener
una choza tranquila, una vaca lechera
y una cándida criolla que me sepa querer.

En las amanecidas correr por los maizales,
oyendo el dulce canto que entonan los zorzales,
y cabalgar por los llanos a galope tendido...

Por la noche, de la luna a los pálidos reflejos,
narrar absurdos cuentos de duendes y cadejos
o de difuntos tristes que se han aparecido...

LA MUCHACHA DEL RANCHO

La muchacha del rancho... ¡La muchacha ranchera!
es honesta, hacendosa, es gentil y hechicera...

La muchacha del rancho es humilde y sumisa,
tiene finos los dientes, y una risa... una risa...

Una risa divina..., una risa tan leda
como un céfiro suave..., como un verso de seda...,
y una voz tan meliflua, tan sencilla y sincera
como el suave murmullo de la fuente parlera.

La muchacha del rancho tiene grandes los ojos,
unos pies tan pequeños y unos labios tan rojos
que, más parece llevar en la boca una flor.

La muchacha del rancho es tan buena cristiana
que, al llamar a los fieles la sonora campana,
siempre baja del rancho a oír misa mayor.

ALDEANITA

Aldeanita franca y buena,
de ojos color de ilusión,
dí, muchachita, ¿qué pena
embarga tu corazón?

¿Para tu mal no hay remedio?
¿Qué tienes? ¡Dí, por piedad!
¿Sabe tu almita del tedio
que reina allá en la ciudad?

Ingenua y dulce aldeanita,
de ojos color de ilusión:
¿Qué sueña tu cabecita?
¿Qué siente tu corazón?

¿Por qué tan triste y callada
te diriges hacia mí?
¿Es que estás enamorada?

Aldeanita delicada,
de los labios de rubí,
"si no estás enamorada,
enamórate de mí".

DANIEL LAINEZ

SI TUVIERAS CORAZON

¡Ay, mujer altiva, austera!
En los ritmos cadenciosos de mi cálida canción,
¡Cuántas cosas te dijera
si tuvieras corazón!

¡Cuántas cosas! Que tu risa,
dulce, suave, armoniosa y cantarina,
me anonada y esclaviza
con su música argentina.

Que tus labios son tan rojos
cual claveles perfumados, empapados de ambrosía.
Que tus ojos, ¡ay!, tus ojos
son la misma luz del día.

Que eres tú la más hermosa.
Que eres cruel y caprichosa cual la bíblica Herodías.
Que con pétalos de rosa
modelaron tus mejillas.

Que tu cuerpo delicado,
como el cuerpo inmaculado de una virgen oriental,
es cual lirio desmayado
en un vaso de cristal.

Que tus rizos son tan tersos...
Mas ¡qué he dicho! ¿He perdido la razón?
¡Para qué te escribo versos
si no tienes corazón!

MARGARITA ROMERO

En su álbum
Inspirado en su danza
oriental "Monovana".

Rubia Margarita, sé mi Scherezada,
cuéntame la historia de Sidi Nomán,
llena de lirismos mi alma desolada...
Si eres Scherezada, yo seré el Sultán.

Tus azules ojos, grácil Margarita,
me dicen mil cosas vistas en Bagdad...
Y es que ante tus ojos en mí resucita
el océano malva que surcó Simbad.

Cuéntame la historia de los tres calendas,
vierte en mi alma enferma tus raras leyendas
hasta que rendido me adormezca al fin...

Cuéntame aquel cuento de las aguas de oro
o aquel de la esclava del harem del moro...
Tú puedes con cuentos disipar mi esplín.

MAYA

Sonríe alegremente, Mayita encantadora,
ninguna otra muchacha sonríe como tú,
tus finos dientecitos son perlas de Bassora
y tu pelo ondulante es oro del Perú.

Tus manos virginales, tus suaves manccitas
párceme haber visto en un claustro español;
semejan dos jazmines o mustias margaritas
quemadas levemente por el ardiente sol.

Dios puso en tus ojitos la lumbre de la luna,
quizá por eso encierras en tu mirada una
vaga insinuación que castamente invita

a besarte la boca —roja flor mañanera—,
a besarte los ojos, de mirada hechicera,
o a rendirte homenaje como a una Princesita.

DANIEL LAINEZ

CARMEN

Dulce Carmen, amiga: iluminado
por tu divina simpatía triunfadora,
mis ojos visionarios te han mirado
cual una núbil sultanita mora.

He creído también que en tu pasado
fuiste la novia gentil de Segismundo,
o la princesa de un país soñado
por un pálido poeta vagabundo.

Porque sabes disipar mi pena
con el hechizo de tu charla amena
y el fulgor de tu mirar divino.

Mis dulces rimas, caprichosas,
serán cual frescas y fragantes rosas
en la suave quietud de tu camino.

RENDIDO

Yo, que llevaba el corazón blindado
contra las flechas del Divino Arquero,
ayer, en el viejo jardín abandonado,
clavó en mi pecho su venablo artero.

Por el suelo rodé, herido, anonadado,
cual rueda en el palenque un caballero:
exhaló mi pecho un suspiro prolongado
y de mis labios se escapó un "te quiero".

Hoy, gentil mujer, te envío ciego,
mi joven corazón que es todo fuego
con un sutil anhelo insatisfecho...

Y digo de pasión al fin rendido:
mientras sea de Amor correspondido,
divino flechador: ¡herid mi pecho!

MI TESORO

A tí, muchacha,
que eres luz, amor,
a tí que eres poesía.

Un mechón yo conservo de tu pelo castaño,
que me dieras un día en prueba de amor,
de tu amor casto y puro que no sabe de engaño,
de tu amor inocente como cándida flor...

Y lo guardo muy bien como un raro tesoro
en magnífico estuche de brillante cristal,
cual si fuera tu rizo una joya de oro
robada a la reina de una corte oriental.

Mas, si algún día nos separa el destino
y andamos como sombras por distinto camino,
perdida para siempre nuestra azul ilusión...

Me mirará muy triste el inquieto viajero,
caminar vacilante por mi yermo sendero
oprimiendo en mis manos tu sedoso mechón.

SONETO GALANTE

¿Por qué desdeñas al pálido trovero
que al pie de tu balcón amor reclama?
¿Amas a un joven y gentil torero
a quien la sorda muchedumbre aclama?

¿O van tus sueños hacia un noble caballero
mimado de la Gloria y de la Fama,
presto en todo trance a desnudar su acero
por su Dios, por su Rey o por su Dama?

Siendo así, yo soy el caballero andante
de tus sueños... Listo está mi Rocinante,
mi fuerte lanza y mi yelmo de Mambrino.

Estoy dispuesto a desfacer agravios,
mientras me besen con amor tus labios,
mientras me brindes tu mirar divino...

DANIEL LAINEZ

PLEGARIA

Héme aquí, ¡Oh, Señor!, ante Tí postrado
con toda el ansia de mi fé primera,
por la sangre preciosa que mana tu costado,
haz que me quiera, ¡Señor!, haz que me quiera.

Señor: por la corona que ciñó tu frente,
por tu palabra santa, que más que santa era
consuelo de la triste humanidad doliente,
Tú lo puedes, ¡Señor!, haz que me quiera.

Haz que me quiera, ¡Señor!, haz que me quiera
con su fe sencilla... con el alma entera...
Quiero sentirla entre mis brazos, mía;

quiero besarla con unción de santo...
Haz que me quiera, ¡Señor!, la quiero tanto
que con sólo su desdén... ¡me moriría!

BESO FATAL

Jamás pensé que tu boca fuera
abrazadora y calcinante hoguera.
¿Recuerdas aquel beso
férvido en exceso?
¿Recuerdas?...
Nunca había besado, no lo niego;
aproximé mis labios y al sentir el fuego
de tu boca sensual donde el amor se expande.
retrocedí espantado y retemblé indeciso...
¡Si no morí fué porque Dios no quiso!
¡Si no estoy loco es porque Dios es grande!

MADRIGAL

No me mires. Tu mirada
tiene el filo de una espada
que penetra el corazón.

No me beses. ¡No me beses!
con tus besos me enloqueces
de emoción.

No me abrases, que tus brazos
son cadenas, son dos lazos
de pasión.

¡No me mires que me dañás!
En la red de tus pestañas
preso está mi corazón...

POR TI

Cuando solo en mi aposento
vuela fiel mi pensamiento
de tí en pos,
me parece que hasta el viento
va arrastrando el dulce acento
de tu voz...

Cuando pienso en tí, mi nena,
de mi pecho toda pena
huye veloz.

Por tí canto, por tí existo,
por tí creo en Jesucristo,
por tí sé que existe Dios...

DANIEL LAINEZ

ES TARDE

Tarde viniste, ¡mujer!, tarde viniste...
Tanto esperé que prematuramente
me fui poniendo silencioso y triste
y pensativa se tornó mi frente.

Tarde viniste, ¡mujer!; ya no podré
brindarte lo que brindarte ayer podía:
mi tierno corazón... mi ciega fé
y mi alma pura, diáfana y sencilla.

Ansioso te busqué en mi edad florida
por todos los recodos de la vida...
¡Inútil fué mi afán, vano mi empeño!

¿Me buscaste? Tal vez, mas es lo cierto,
que hallaste a mi pobre corazón ya muerto
en este lento atardecer risueño...

CORONA FUNEBRE

¡Descansa en paz...! Divino incomprendido
Pablo Zelaya Sierra, Apóstol del Ideal.
No adornarán tu losa las zarzas del olvido,
tu paso por la vida fué un éxodo triunfal.

Genial porta-paleta de raras concepciones,
reencarnación de Vinci, ¡oh, mago del pincel!
Venías desde España cargado de ilusiones,
de bellas esperanzas, de rosas y laurel.

Un año apenas hace, Pablo Zelaya Sierra,
que en medio de los tuyos descendiste a la tierra,
mordido por el áspid de nuestra incompreensión.

Artista prodigioso: lloramos tu partida,
un grupo de idealistas que amábamos tu vida,
y en nombre de ese Grupo elevó esta oración.

A MI MADRE

Yo bordaré con letras de oro en mi pañuelo,
haciendo sutiles prodigios de belleza,
un dulce nombre que sea mi consuelo
en mis horas aciagas de tristeza.

El será mi talismán, será mi guía,
en la escabrosidad de mi sendero,
y en mis horas terribles de agonía,
besaré tiernamente ese letrero.

He buscado ese nombre aquí en el suelo,
lo he buscado también en la región del cielo,
llevado en alas de mi ardiente fantasía.

Mas de pronto ha brotado con dulzura,
de mi boca el vocablo de Ventura,
por ser el nombre de la madre mía.

BOHEMIO

A Roberto Sánchez

Bohemio taciturno de estirpe sin ventura,
que vas en pos de trinos, de gloria y de emoción,
decidme, amigo mío: ¿Por qué tanta amargura
si ya en el canto triste dejaste el corazón?

¿Por qué por el sendero marcháis con paso lento?
¿Por qué el amargo acíbar te empeñas en libar?
¿Por qué la paz augusta del amplio firmamento
y el solitario bosque inspirante un cantar?

¿Por qué escuchas atento el musitante río
y el choque rumoroso de las olas del mar?
Tengo ansias de saberlo, decidme, amigo mío:

¿qué enigma existe en tu alma que invítame a llorar?
Mas tu no me respondes, quizá porque presentes
que mi alma está ya triste y puédome enfermar...

DANIEL LAINEZ

A J E N J O

Al Artista Julio C. Amador, fraternalmente.



¡Salve, ajenjo, salve, porque pones
en la mente del pintor al apurarte
sus más raras y vivas concepciones...
¡Salve, divino protector del Arte!

Porque alivias la pena más secreta.
Porque pones sentidas melopeas
en la mágica lira del poeta...
¡Ajenjo bienhechor, bendito seas!

Ajenjo: ya que has sido
condenado mil veces al olvido
por locos puritanos y doctores,
yo te absuelvo, ¡ajenjo cristalino!
porque alfombras de rosas el camino
de los tristes y enfermos soñadores...

LA LECTURA

A Juana Agustina Godoy,
con todo mi cariño y respeto.

No busquéis consuelo en las mujeres
radiantes de alegría y hermosura.
Oíd, humano: la miel de los placeres,
muy pronto se torna en amargura.

Son dignos de lástima los seres
que se entregan al goce con locura;
el verdadero placer de los placeres,
lo prodiga tan sólo la lectura.

Bríndanos luz, si el libro es sano,
si es bajo y ruin... es un pantano,
del cual debe de huir el sér consciente.

Si todos leyéramos, habría, es un hecho,
una noble pasión en todo pecho
y una idea genial en cada mente...

SALOME

A mi hermano Jesús

Salomé da principio a la danza,
y giran sus piernas y su cuerpo gira,
sus luengos cabellos al aire los lanza,
al son melodioso de eólica lira.

La niña prosigue sus lúbricos giros,
mostrando al Tetrarca su espada rosada,
de pronto se para, prorrumpe en suspiros
y en la alfombra rueda como desmayada.

“Prosigue, le grita el Tetrarca. Prosigue,
te doy lo que pidas”, y la niña sigue
su lúbrica danza como un huracán...

Termina. Del casto Bautista pidió la cabeza,
¿Después? En áurea bandeja de rara belleza,
le ofrendan la testa del bello San Juan.

AUTO-PSICOLOGIA

Nací melancólico y sombrío,
cual un ciprés doliente...
Al nacer, un hado asaz impío,
me besó en la frente...

Soy huraña —al parecer sencillo—
trágico, vargaviliano, hiriente:
sarcástico y mordaz, me río
de este vano vivir inútilmente.

Sufrir ha sido mi destino,
mi triste espíritu en el vino
busca consuelo... ¡en vano!

En nada creo, ya perdí la fe,
y, por eso he comprendido que,
en plena juventud soy un anciano.

DANIEL LAINEZ

VOCES INTIMAS

“He vivido mucho tiempo como un inválido que se se ha quedado sordo, ciego y mudo por no vivir con la canalla del poder y los placeres.—Nietzsche.

Huyo de tí, ¡oh mundo!, escuela de abyecciones,
abismo de tristezas, siniestro y corrompido...
Yo soy como un asceta de rostro enflaquecido,
que odia el vil formulismo de las genuflexiones.

Yo soy un peregrino, sin fe, sin ilusiones;
un pálido bohemio sin nombre conocido;
un hombre como todos, cansado y aburrido
de este trajín mundano de sórdidas pasiones.

¡Oh! cuán feliz me sintiera en mi afán receloso,
irme aislando del mundo como se aísla un leproso,
que va en pos de un retiro de inefable quietud.

Olvidar para siempre mis pasados dolores,
y vivir ignorado, sin hogar, sin amores,
lejos, lejos, ¡muy lejos de esta cruel multitud!

CONVERSION

*A la distinguida escritora Visitación Padilla,
como un tributo de admiración y respeto.*

Yo era un hombre triste, vicioso y turbulento...

Señor: en una vil taberna pasé mi juventud,
mis labios no reían, mi verso era un lamento
pletórico de angustias, de penas e inquietud.

Señor: mi espíritu era presa de la melancolía,
nublar trataba en vano con vino mi razón;
busqué consuelo entonces en la Filosofía
tornando más sombrío mi pobre corazón.

Y ayer, mientras leía la Bíblica Escritura,
miré que de sus páginas surgía tu figura
nimbada con fulgores magníficas de luz.

Y es por eso que ahora hallaréis en este hombre
un ateo de menos maldiciendo tu nombre
y un discípulo más prosternado a tu Cruz.

(MEDALLONES)

JUAN RAMON MOLINA

Egregio apolonida del mostacho altanero,
de la prosa robusta y del verso de miel;
a empujes portentosos —siendo poeta y guerrero—
con la espada y la lira conquistaste el laurel.

Y viéndote triunfante cruzar por el sendero
con regios ademanes y poses de Brummel,
el monstruo de la envidia, con cálculo certero,
en tu copa de astros fué volcando su hiel.

Y al conjuro armonioso de tu lira potente,
aplacaste la ira de la envidia rugiente,
que postrada a tus plantas escuchó tu canción.

Y así ¡tan bondadoso!, y así ¡tan franco y bueno!
escalastes el Gólgota —cual otro Nazareno—
con la cruz del ensueño sobre tu corazón.

LUIS ANDRES ZUÑIGA

¿Quién modula esa dulce melodía tan rara,
imprimiendo en las almas sensaciones de Bien?
¡Ah, eres tú!, noble Maestro, de una estirpe preclara:
¡hermano de Molina... y hermano de Rubén!

Tu testa majestuosa es digna de una tiara,
el laurel por tres veces te ha besado en la sien,
y has despreciado el cetro y el mármol de Carrara
con una dulce y suave sonrisa de desdén.

Se oye un rumor de voces en el bosque lejano...
Es nuestra ardiente fauna —que imitando al humano—
revueltas las especies, discuten y se abrazan.

¿Quién lanza en nuestras selvas clarinadas de guerra?
Ha callado la fauna..., ¡ha temblado la tierra!
¡Las intrépidas Aguilas Conquistadoras pasan...!

DANIEL LAINEZ

RAFAEL HELIODORO VALLE

Orfebre milagroso: ya el oro de estos climas
resplandeció al conjuro divino de tus manos:
no hay oro ya más puro que el oro de tus rimas,
ni el oro de los Incas que amaron los hispanos.

¿Quién te brindó triunfante la lima con que limas
el metal fabuloso de tus cantos arcanos?
¡Ya tu melena sabe del beso de las cimas
y tu espíritu ha errado por todos los océanos!

En tus “exploraciones por la tierra y el cielo”,
anhelante, atrevido, he seguido tu vuelo
con la dulce y humilde sumisión de un esclavo.

Tu *Letrilla Eglógica* se ha grabado en mi mente
y en las noches de luna he aspirado vehemente
los aromas que expanden tus *Jazmines del Cabo*.

FROYLAN TURCIOS

Tu verso es como un suave volar de mariposas
en un funambulesco crepúsculo de miel,
y hay conmociones místicas en tus dolientes prosas
cuando evocas el dulce prestigio de Anna Bell.

Conoces, como nadie, el alma de las cosas,
y a tu paso apolíneo tiembla amante el laurel;
y con seguras manos, de atleta, vigorosas,
hacia lejanas playas has guiado tu bajel.

Tu vida es a manera de un mago itinerario:
tu alma es como una flecha que lanza Sagitario
con caprichos divinos de una a otra región.

Y has de vivir —cercado de rosas y laureles—
custodiando amoroso tus fúlgidos joyeles
hasta que te haga el signo tu hermano Juan Ramón.

AUGUSTO C. COELLO

Quisiera saludarte —no con versos de seda—
por el vuelo magnífico de tus águilas reales,
con un himno vibrante del glorioso Espronceda,
o con un son salvaje de rústicos timbales.

Vas a pasar, ¡alerta! Fugaz por la vereda
se aleja una bandada de pérfidos chacales,
y de un gozo infinito retiembla la arboleda
y en una algarabía irrumpen los zorzales.

Y es que el boscaje extraño, como el boscaje nuestro,
conoce lo apolíneo y preclaro de tu ancestro,
por eso te saludan collados y espesuras...

La juventud declama —en coros magistrales—
tus límpidos sonetos, tus suaves madrigales
y los épicos himnos que le has legado a Honduras.

CARLOS ALBERTO UCLES

Viejo castelariano de sin igual prestancia,
amigo de los astros y de la soledad...
Tu verbo tribunicio exhala una fragancia
muy clásica y muy fina de amor y de bondad.

Maestro de maestros, tu sed de ideal escancia
—en tu áurea copa mágica— el vino de otra edad,
lo dicen tus estrofas de noble estirpe rancia,
y tu más franca y pulcra caballerosidad.

Tú lees el romancero en castellano antiguo,
para tu numen clásico no hay un vocablo ambiguo,
sea Góngora el que escribe, Quevedo o Milanés.

Cualquier lengua ya muerta para tí se halla viva,
bien puedes leer al Tasso en su lengua nativa,
en italiano a Dante y a Verlaine en francés.

DANIEL LAINEZ

MANUEL DE ADALID Y GAMERO

Al escuchar tu música yo no sé lo que siento,
se humedecen mis ojos sin poderlo evitar;
mi espíritu no sabe si llora de contento,
si de tristeza llora o llora de pesar.

Rumor de selva virgen besada por el viento,
cándido arrullo de ave, brisa del patrio lar;
y percíbese a veces en su ritmo un lamento,
misterioso, sublime... ¡Profundo como el mar!

¡Oh, meliflúo Maestro del mago pentagrama!
Con un fervor ilímite mi corazón te aclama
porque eres mensajero de hondísimas ternuras...

Cuántas veces sin sueño, pesimista, abatido,
dulcemente en mi lecho me he quedado dormido
al conjuro sedante de "Una noche en Honduras".

DOÑA LUCILA GAMERO DE MEDINA

Esta Doña Lucila Gamero de Medina
es una dama egregia, noble y sentimental.
Su mente visionaria es cual lámpara divina,
que alumbra los tortuosos senderos del Ideal.

Ama los buenos versos, el aura campesina,
el suave murmurio del fresco manantial.
En su pulida prosa, en su prosa peregrina,
flota un perfume suave, sutil, primaveral.

Esta doña Lucila, con mano suave y franca,
cultiva con esmero la fresca rosa blanca
en el maravilloso jardín de la ilusión.

Quizá por eso puso en el romántico enredo
de su divina y magistral "Blanca Olmedo",
todo cuanto de bello existe en la creación.

MIGUEL AGUILAR

Desgrana, noble amigo, tu dulce melodía,
arranca del oboe la nota magistral...
Mientras existan almas que sientan la poesía,
el nombre del artista será siempre inmortal.

Los nombres de Rossini, de Wagner, de Beethoven,
de Milton y de Dante, jamás perecerán...
Tú tienes el divino tesoro de ser joven,
por eso tus anhelos un día triunfarán...

Artista: este consejo con atención escucha
de modo que al embate del huracán resista:
forja tu alma en la fragua de la lucha.

Prefiere la armonía que espontáneamente brota
—noble, sensitivo, sentimental Artista—
y pon el alma toda en cada nota...

JULIO CESAR

No debes de quejarte
—Julio César Amador—
eres ungido del Arte,
y el Arte: es amor.

Rompe el hostil ambiente,
caro hermano idealista,
y sirva el pincel de nepente
para esa tu alma de artista.

Lucha. Tus cuadros son
una bella floración
bajo un cielo todo calma.

por eso al mirarlos pienso
que dejas en cada lienzo
un jironcito de tu alma.

DANIEL LAINEZ

JULIO ALBERTO

Crece feliz y lozano,
fresco, fragante y risueño,
cual un retoño temprano
bajo este cielo hondureño.

Que, en un día no lejano,
será mi más noble empeño,
llevarte así: de la mano,
hacia el país del Ensueño.

Ojalá quiera el destino
no tengas en tu camino
ni el más ligero deslíz.

Y, como el Rabí Nazareno,
sé dulce y franco... ¡sé bueno,
aunque no seas feliz!

OJOS DE MADRE

Ojos de madre, que son
ojos de lumbre bendita,
ojos en donde palpita
la llama del corazón.

Ojos en donde se aduna
un inefable cariño,
cuando contemplan al niño
adormecido en la cuna.

Ojos de triste mirada,
¡cuánto dolor os espera
en vuestra noble cruzada!

Ojos presas del quebranto,
ojos tristes, ¡cuánto diera
por consolar vuestro llanto!

CRISTALES DE BOHEMIA

❖ ❖
POEMAS.—1935-1937

AUTO-RETRATO

¿Rasgos físicos más sobresalientes?
Apunta: un cuerpo enteco y delicado,
que en los divinos templos del pecado
vibra preso de ardores impacientes.

Boca de labios lúbricos, ardientes;
el superior un tanto levantado,
como huyendo nervioso y asustado
de la albura agresiva de los dientes.

Y una cabeza asaz desordenada,
que sabe que en la vida Todo es Nada
y que el mundo es un caos de tristeza.

Y llevo, de mi locura en premio,
un desteñido corbatín bohemio,
que sabe del dolor y la pobreza.

DANIEL LAINEZ

CRISTALES DE BOHEMIA

Otra vez, ¡alma mía!, siento que por mis venas
corre una ansia infinita de reír y de amar;
y olvidando mis luchas... ¡lirizando mis penas!
en mitad del camino me he sentado a cantar.

Canto la vida errante de aquellas Magdalenas,
que no supieron nunca del calor de un hogar...
Canto mis propias penas y las penas ajenas,
la charla de las fuentes y el rumor del pinar...

“Cristales de Bohemia”... ingenuo son de laúdes;
Yo sé por experiencia que dan las multitudes,
que la niñez del alma es la única niñez...

Y son estos cristales tan diáfanos y tersos
que en ellos pongo el alma divina de mis versos
en un glorioso raptó de lírica embriaguez...

FUTURO

Mañana, si Dios quiere, subiré a las alturas.
en pos de un ritmo nuevo que exprese mi dolor.
Dotaré a mis ensueños de exóticas figuras
y pondré en cada nota mi entusiasmo mejor.

Adornaré mi lira con las rosas más puras,
más fragantes y tersas de mi huerto interior:
y con la esencia maga de todas mis ternuras,
sabré darle a mi verso, luz, aroma y color.

Y cuando la canalla con sus gritos me hiera,
modularé temblando mi canción más sincera,
mi canción más sentida, mi más dulce canción.

Y avergonzada y trémula, doblando las rodillas,
—venciendo noblemente sus vanas rebeldías—
con un silencio grave... ¡me pedirá perdón!

J E S U S

I

Despertar de conciencias... ¡Mañana esplendorosa!
Vistiendo blanca túnica, sencilla y vaporosa,

un hombre iluminado de inspiración divina,
cruzaba los fértiles predios de Palestina...

Su voz era un salterio de música encantada
y era una llama sacra la luz de su mirada.

Los pájaros trinaban en la floresta umbría
y una lírica fuente, lejana, desleía

su monocorde gama... ¡doliente ritornelo,
que se perdía en la amplia impavidez del cielo!

El Jordán, cristalino, alegre y refulgente,
cantando entre las peñas corría mansamente...

Así iba el peregrino Señor de Galilea,
sembrando la semilla fecunda de una idea,

con sentimientos santos y palabras de Artista...
De pronto, sin pensarlo, se halla frente al Bautista,

y ambos se reconocen, y embriagados de gozo,
hermanan sus dos almas, temblando, en un sollozo.

Y con las frescas linfas del límpido Jordán
derraman su bautismo las manos de San Juan.

DANIEL LAINEZ

¿Después? Horas terribles de conmoción y prueba...
Un ángel en sus brazos al desierto lo lleva,
para que allí, en el seno de aquel reino de paz,
con fastuosas promesas lo tienta Satanás...
Pero él resiste y lucha contra el audaz y rudo
empuje del Demonio, que contrariado y mudo,
aléjase a la cumbre de agrestes peñascales,
al ver que han fracasado sus planes infernales.

I I

Lázaro —el dulce hermano de Martha y de María—
goza la paz perpetua que da la tumba fría...

Y al ver la aflicción de ellas, con un gesto sereno,
“Seguidme hacia la fosa”, les dice el Nazareno.

Y Juan y Pablo y Pedro y Martha —la piadosa—
fueron siguiendo mudos su huella luminosa,

hasta pararse frente a la fría sepultura;
y El: “levántate y anda”, le dice con ternura;

y Lázaro, aquel hombre sepulto ya tres días,
siente que le renacen sus muertas energías;

y se incorpora alegre del fondo de su fosa,
ya limpio de pecado..., y con voz temblorosa,

da las gracias al cielo y divulga la hazaña
generosa del Maestro, de cabaña en cabaña...

Todos le oyen atónitos, de asombro fascinados,
y acuden al Rabino, quien lava sus pecados.

Los niños, las mujeres, y hasta los mismos sabios,
bebían las doctrinas que fluían de sus labios.

Y todos le confían sus penas y sus males,
y para todos tiene consejos fraternales.

Alivia a un paralítico y a un sordo-mudo, y luego,
con sólo su palabra le da la vista a un ciego.

Recorre los caminos con su sandalia rota
y su sandalia tiñese con sangre, gota a gota.

Entonces Magdalena, con un fervor de santa,
unge con sus cabellos la llaga de su planta.

Y así va predicando de poblado en poblado:
“el Reino de los Cielos, mortales, se ha acercado”.

I I I

Una luna fantástica surca la noche plena.
Jesús, con sus discípulos, disfruta de la cena;
y habla de Amor, de Fé, de Caridad, de todo;
del gusano asqueroso que se arrastra en el lodo;
como del cóndor fuerte que se lanza al espacio;
del opulento rey que vive en su palacio
rodeado de esplendores...; y también del mendigo,
a quien debemos darle: pan, consuelo y abrigo...
Cuando de pronto siente en sus mejillas tersas,
el beso con que Judas lo entrega a las perversas
meznadas... ¡Ay!, y Pedro, a quien el miedo ciega,
antes que cante el gallo por tres veces lo niega.
Todos lo vituperan, y el sombrío Pilatos,
—que, como poderoso, es irónico a ratos—
ante una muchedumbre de fieles y paganos,
a muerte lo condena... ¡Y se lava las manos!
Y marcha Jesucristo con su Madero a costas
a sufrir su condena con Dimas y con Gestas,
—un noble bandolero y un terrible asesino—
quienes esperan mudos...; y el manso peregrino,
con su Cruz y su Túnica que se tornó en sudario,
escala lentamente las cumbres del Calvario,
en donde envuelto en áureos resplandores de fuego
recibe la lanzada de Longinos el ciego...
Y antes que en el Madero las fuerzas le faltasen,
a todos los perdona... ¡pues no saben lo que hacen!
Y hasta al mismo Longinos le devuelve la vista...
Y así muere aquel noble Señor de Galilea...:
sembrando la semilla fecunda de una idea,
con sentimientos santos y palabras de Artista.

DANIEL LAINEZ

I V

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Dónde están tus doctrinas?
Nuestras almas, ¡tus almas!, hoy encuéntrase en ruinas.

Tú, que fiel recorriste el soleado camino,
en el lomo piadoso de un humilde pollino;

que vestías por hábito una túnica blanca,
blanca como tu alma, sencilla, dulce y franca;

que subiste al Calvario coronado de espinas,
por dejarnos, piadoso, luminosas doctrinas;

y que vida le diste, con tu verbo postrero,
al ladrón que contigo expiro en el Madero;

hoy tienes en la tierra regios representantes
que lucen en sus testas coronas de diamantes;

que cruzan sus mansiones pobladas de jardines,
entre una alucinante fanfarria de clarines,

y que imponen, soberbios, caprichosos sus leyes,
con el tono altanero con que lo hacen los reyes.

Ya nadie sigue, Maestro, tus huellas luminosas:
en vez del sayal blanco las túnicas fastuosas,

corona de diamantes en vez de la de espinas...

¡Oh, Tú, Señor, de magas pupilas misteriosas,

amigo de las llagas, del llanto y de las rosas,
¿dónde están tus discípulos y dónde tus doctrinas?

LETANIA FINAL

Vengo a pedir perdón por todos los humanos;
vengo en nombre, Maestro, de la Diosa Razón.

Abeles y Caínes... ¡Todos somos hermanos!,
y para todos debes tener tu absolución...!

A los crueles tiranos que soñándose reyes,
subyugan a los pueblos pisoteando sus leyes:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Al militar perverso y al pueblo —Sancho Panza—
que con promesas vanas emprenden la matanza:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

A las turbas salvajes de fieros asesinos,
que en pos de sangre y oro recorren los caminos:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

A los hambrientos jueces que enfermos de avaricia
por un montón de cobre pervierten la justicia:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

A las madres sin nombre, que —cual crueles alimañas—
destruyen despiadados el fruto en sus entrañas:

¡Perdónalas, Señor, que no saben lo que hacen!

A las damas infieles, de instinto indecoroso,
que por esplín o hastío le faltan al esposo:

¡Perdónalas, Señor, que no saben lo que hacen!

DANIEL LAINEZ

A las tristes rameras, con ojos de locura,
en cuyos pobres pechos no anida la ternura:

¡Perdónalas, Señor, que no saben lo que hacen!

A los pálidos clérigos, hipócritas, sensuales,
que gustan de los Siete Pecados Capitales:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Al vanal periodista y al poeta mercenario,
en cuyas manos trémulas se agita el incensario:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

A los tristes avaros que sin ningún decoro
no duermen custodiando sus talegones de oro:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Y a los amigos ruines, que con guantes de raso
nos hieren las espaldas al darnos un abrazo:

¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Perdónalos, Rabino... Ruega por todos ellos.
Siembra en sus pobres pechos la semilla del Bien.

Que tu palabra irradie magníficos destellos
a través de los siglos, de los siglos. Amén.

CANCION A LAS MADRES HONDUREÑAS

Madres dulces...
Madres buenas...
Resignadas madres tristes,
que pasáis por este mundo
con un llanto en las pupilas
y una queja en la garganta.
Resignadas madres tristes...
Resignadas madres buenas...
Yo quisiera en este día,
saludaros con un son desesperado
de timbales wagnerianos...
Con un himno portentoso;
con un canto que resuene en los oídos
como un son de martillazos,
y despierte las dormidas fuentes puras
del amor y el sentimiento
en el pecho de los hijos y en la mente de los nietos...

Madres dulces...
Madres buenas...
Mi canción es para todas.
¡Para todas es mi canto!
Para aquéllas que en el seno de la alcoba delicada,
entre tenues sedas níveas y perfumes enervantes,
mecen tiernas la amplia cuna donde duerme el dulce infante.
Hasta aquellas pobres madres que no tienen otra cuna,
que la cuna de sus brazos...
Que es la cuna de los pobres...
¡La más tibia de las cunas!

DANIEL LAINEZ

Mi canción es para todas...
¡Para todas es mi canto!
Yo quisiera
ir tejiendo con ensueños una alfombra...
Una alfombra blanca y suave,
que reemplace los guijarros que han pisado vuestras plantas;
que olvidarais un momento..., ¡un momento tan siquiera!,
esa muerte lenta y trágica que se llama SACRIFICIO,
y llenarais el ambiente de risadas...
Y es por eso que este día,
—en los ricos pebeteros de mi espíritu—
por vosotras he quemado el mago incienso de mis versos...

Mi canción es para todas...
¡Para todas es mi canto!
Para aquéllas sensitivas...
Para aquellas madres trémulas,
que sollozan largamente..., largamente..., largamente...,
y que escrutan angustiadas la honda paz de los confines,
esperando al hijo ausente que se fuera una mañana,
esperando al guerrillero que se fuera a la matanza,
y que no volverá nunca..., nunca..., ¡nunca!,
porque el pobre cayó exánime —al saltar una trinchera—,
con el pecho atravesado de un feroz bayonetazo...

Mi canción es para todas...
¡Para todas es mi canto!
Para aquéllas que se apiñan frente a frente a las prisiones,
donde el hijo sanguinario está purgando su condena...
Para aquellas pobres madres que en los días de visita,
van llenando los recintos de los fríos hospitales...
Y para estas otras madres,
y para estas otras mártires
que se ganan el sustento en el seno de las fábricas,
y que comen su pan duro
sin más sal de condimento que la sal que hay en sus lágrimas...

Madres:
¡Oh, esclavas!
¡Oh, nobles esclavas de mi tierra!
¡Yo os saludo!
¡Yo os saludo con el alma!
Con el alma de mis versos...

Mi canción es para todas...
¡Para todas es mi canto!
¡Oh, amor divino y fuerte!
¡Resignado amor de madre!
El amor de los amores que no espera recompensa,
el amor que lo da todo y que nunca pide nada...

Es la madre...
Es la madre la que espera
con los brazos siempre abiertos en el quicio de la puerta,
a que llegue el hijo pródigo
para ungir sus pies llagados de doliente peregrino,
con el bálsamo piadoso,
de un consejo envuelto en lágrimas...
Es la madre la que sufre, la que llora, la que reza,
cuando el hijo cae, ciego, en las negras emboscadas de los vicios...
Es la madre la más dulce compañera,
—al tratarla como amiga—;
ella ríe si reímos...,
si lloramos ¡ella llora!

Madres:
¡Oh, esclavas!
¡Oh, nobles esclavas de mi tierra!
Yo quisiera en este día
ir tejiendo con las rosas de este Mayo esplendoroso
una alfombra...
Una alfombra blanca y suave,
que reemplace los guijarros que han pisado vuestras plantas...
Que olvidarais un momento..., ¡un momento tan siquiera!,
esa muerte lenta y trágica que se llama SACRIFICIO,
y llenarais el ambiente de risadas...
dulces,
francas,
rumorosas,
cristalinas..

DANIEL LAINEZ

IN MEMORIAM

En el sagrado túmulo que guarda los restos de Amalia, la hermanita franca y buena que tuvo para mí confidenciás de amiga y ternuras de madre, dejo esta fuga de notas sollozantes... Sean ellas a manera de un ramo de blancas siemprevivas.

Dos de Noviembre lúgubre... ¡Qué fría la alborada!
Cómo gimen los bronces en la extensión callada
su tético REQUIEM.

Y tú no estás conmigo... ¡Y tú no sientes nada!
¡Oh, hermana Amalia! Hermana gentil y delicada,
hermana mía, ven.

Ven, que mi alma sencilla aun te espera impaciente,
que tus manos piadosas me refresquen la frente
sudorosa y febril.

Quiero —bajo el amparo de tu dulce cariño—,
dormirme entre tus brazos como se duerme un niño,
con un sueño sutil.

En este mes, que el mundo consagra a sus difuntos,
quisiera que un instante platicáramos juntos
del tiempo que pasó.

Rememorar aquellos dulces tiempos lejanos,
cuando íbamos a misa, asidos de las manos
mi prima Juana y yo.

Quiero sentir el suave perfume de tus frases,
de tus frases sencillas, caprichosas, fugaces,
saturadas de Bien.

El fulgor inefable de tus cándidos ojos,
el calor de tus manos y los suaves sonrojos
de tu pálida sien.

Mas tú, mi dulce hermana, ya no miras ni sientes,
ya no escuchas atenta las salmodias dolientes
de mi joven laúd.

Y en vano he de llamarte en tu álgido retiro...
¡Cómo eras de lozana y cómo en un suspiro
se fué tu juventud!

Eras pura y sencilla, eras humilde y franca,
y perfumada y leve como una rosa blanca
de un lírico pensil.

Hermana de los pájaros, de las flores y el viento,
tus labios no supieron del vocablo violento,
irónico y hostil.

En nuestro hogar tranquilo y en noches estrelladas,
me narrabas sonriendo leyendas azuladas
con voz angelical.

Y fluían, dulcemente, de tu boca de fresa,
los plácidos amores de una núbil princesa
y un príncipe oriental.

Mas todo fué tan breve... ¡Oh, dulce hermana muerta!
Desde que tú te fuiste la casa está desierta,
sin flores el pensil.

En todos mis recuerdos no encuentro más que ruinas;
si vieras cómo extraño las notas argentinas,
de tu risa infantil.

Un día moriré, y ungido de un claro plenilunio,
te contaré con lágrimas lo cruel de mi infortunio,
sañudo y alevoz.

Y tú —bajo la beata impavidez del cielo—,
derramarás en mi alma tus frases de consuelo,
con tu límpida voz.

E irán nuestras dos almas, resplandecientes, puras,
volando en la infinita región de las alturas,
siempre unidas las dos...

Lejos del mundo y ebrios de amor y de poesía,
oiremos extasiados la enorme sinfonía
del concierto de Dios...

¡TODOS SOMOS POETAS!

A Oscar A. Flores y Alejandro Castro h.

Todos somos poetas
en la vida...
¡Todos!
La poesía
la llevamos ardiendo en nuestras venas...
La llevamos vibrando en nuestro espíritu...
La llevamos en el alma
y en los ojos...
¿Quién no sigue los giros
de la nube que pasa caprichosa y ligera,
sin saber hacia dónde ni de dónde ha venido?

¿Quién no siente en el alma
conmociones extrañas
al bañarse en las tintas
de un crepúsculo breve?
¿Quién no escucha las notas
del pájaro que trina, de la fuente que ríe,
o del suave arroyuelo que se aleja cantando?
¿Qué mozo de veinte años
ante unos negros ojos
no se ha sentido grande,
no se ha sentido poeta?

Todos somos poetas
en la vida...
¡Todos!

¡Es poeta el vagabundo
que escruta el horizonte
con los ojos profundos
cargados de espejismos!

DANIEL LAINEZ

El pintor es poeta
porque lleva en el alma la inquietud del paisaje
tembloroso de vida...
Y el escultor y el músico,
cuando esculpe su mármol o modula su flauta.

Es poeta el campesino
que cultiva sus tierras,
y el soldado que marcha
al fragor del combate.

Es poeta el pordiosero
al tender suplicante su mano temblorosa
al transeúnte que pasa sin mirar sus harapos...
Y la madre que llora,
y el esposo que sufre
al sentir en sus cuerpos el látigo implacable
que esgrime la miseria...
¡Que no lo hacen por ellos, sino que por sus hijos!

Es poeta el carretero,
que al cruzar los caminos,
mezcla su alegre copla con el triste y monótono
chirriar de su carreta...
(El sabe bien la historia de esas sombrías cruces
que duermen a la vera de todos los senderos...)

El payaso es poeta...
¡Quizá el más triste poeta de todos los poetas!
al reír placentero,
ocultando su llanto
con su máscara informe de albayalde y harina...
(Cómo quisiera el pobre
—en su amarga tristeza—
lanzar en pleno circo grandes gritos de angustia
desahogando su pena!)

Y es poeta el ermitaño...
¿Qué sentirá ese viejo de barbas apostólicas
en el estrecho y triste rincón de su retiro?
¿Qué le dirán las voces siniestras del silencio?
¿Qué pensará del mundo?
¿Qué pensará?
¡Lo ignoro!
Sólo sé, en mi ignorancia,
que el ermitaño es poeta... ,

Todos somos poetas
en la vida...
¡Todos!
La poesía
la llevamos ardiendo en nuestras venas...
La llevamos vibrando en nuestro espíritu...
La llevamos en el alma
y en los ojos...

Unos quizá más que otros
—con rimas o sin ellas—
¡todos somos poetas!

ALFARERO DIVINO

Alfarero de la vida,
Divino Alfarero;
Patrón Omnipotente
del Cielo y de la Tierra...
¡Gran Señor del Todo!
Nosotros,
—tus hijos—
tus pobres muñecos,
tus muñecos tristes,
silenciosos,
trágicos...
hace mucho tiempo queremos hablarte...

Hace mucho tiempo que andamos a tientas,
buscándote en vano para que nos digas:
¿por qué nos hiciste
de este negro barro silencioso y triste?

Alfarero de la Vida,
Divino Alfarero;
amamos tu nombre
y amamos tu cuerpo...

DANIEL LAINEZ

Amamos tu nombre
y amamos tu cuerpo que está en nuestro cuerpo
como un amuleto...
Nuestros sacerdotes
—tus representantes—
nos dicen que premias las buenas acciones,
también que castigas los actos perversos...
Nos han prometido una vida más blanca,
nos han prometido una vida más pura,
más clara,
más buena...

Mas,
dudamos...
Y es que esos muñecos
—tus representantes—
también se revientan
cuando llega la hora...

Por eso,
nosotros,
—tus hijos—
tus pobres muñecos,
caminamos tristes,
silenciosos,
trágicos...

Un día
la Muerte
nos quebrará de súbito
con sus horribles manos...

Y hemos de ser de nuevo
—por una ley sagrada que nos rige—
barro apelmazado
en mitad del camino,
que hollarán sangrando
las plantas inquietas
de nuestros bisnietos...

Patrón Omnipotente
del Cielo y de la Tierra;
¡Gran Señor del Todo!
Dínos,
¡por piedad! contesta,
Divino Alfarero:
¿por qué nos hiciste
de este barro prieto,
silencioso y triste,
que alfombra el sendero?

¡QUI SUM!

Yo soy un viandante, un fiel peregrino
que deja en la zarza tenaz del camino
girones del alma —rosas de ilusión—.
Si gozo, si sufro, si río, si lloro,
siento un ritmo suave, sutil y sonoro,
que brota temblando de mi corazón.

Lejos de las reglas que marca la pauta,
yo en estas montañas modulo mi flauta,
ceñido tan sólo a mi clara intuición.
¿Acaso es retórica el ave canora
que apenas despierta saluda a la aurora
con la dulce gama de su inspiración?

Yo he oído en mis noches, cabe mi sendero,
los vanos ladridos de un can pordiosero,
que necio ha querido morder mi talón.
También he escuchado, sin que me estremezca,
la crítica absurda de frase grotesca
donde predomina la mala intención.

Soy joven y fuerte. Altivo desprecio
las burlas del torpe, las frases del necio,
la crítica insana, las furias del can.
He estado abatido, enfermo, impotente,
y nadie me ha visto doblegar la frente
por un miserable pedazo de pan.

Mi oído percibe agudos lamentos
de madres enfermas, de niños mugrientos
que van por la vida sin pan y sin Dios.
Conozco las salas de los hospitales,
los negros rincones de los arrabales
donde acecha el crimen con saña feroz.

DANIEL LAINEZ

Por eso mi “Enigma” fué escrito con llanto,
son voces del alma, son gritos de espanto
que libres brotaron de mi corazón..
Amo a los que lloran, al triste, al mendigo,
y a todos aquellos que van sin abrigo,
sin una esperanza, sin una ilusión...

Y es entonces cuando rezo mis plegarias
por esas enfermas almas solitarias
que nunca supieron del dón de la luz.
Porque ellas soportan —como el buen Mesías—
la hiel de la esponja, llaga en las rodillas,
y en sus hombros débiles... ¡la infamante cruz!

Si no he sido bueno, no he sido un perverso,
por eso en el ritmo grácil de mi verso
siempre hay un revuelo de santa emoción.
Contra la injusticia mi sér se revela;
el mundo y sus penas han sido mi escuela,
y mi único maestro, mi fiel corazón.

Es cierto que tengo sueños inquietantes,
de faunos bribones y locas bacantes,
que emprenden sus danzas con lúbrico afán.
Cuando a esos sueños paganos me entrego,
siento la nostalgia del pífano griego
y de la siringa del dulce dios Pan.

Yo llevo en el alma la sed infinita
de anhelos profundos... En mi sér palpita
la llama sagrada de la inspiración.
Si gozo, si sufro, si río, si lloro,
siento un ritmo suave, sutil y sonoro
que brota temblando de mi corazón.

DELIRIUM

Ha cesado el tintineo de las copas cristalinas...
Los Bohemios trovadores, con sus pobres concubinas,
van saliendo lentamente de mesones y cantinas...
Suenan un fuerte campanazo que se ensancha y que se aleja...
triste y lento
se retuerce en la calleja
como un trágico lamento...

Sólo Juan, aquel bohemio caprichoso y turbulento,
de cabellos en desorden y de rostro macilento,
ya no pudo levantarse de la mísera cantina...
Y al mirarse el pobre bardo, triste, enfermo y solitario,
puso en alto la áurea copa de licor extraordinario,
y entonó con voz doliente esta fúnebre elegía:

“¡Salve, ajenjo! ¡Caro hermano de la olímpica ambrosía!
Hacia tí va mi plegaria que es más que una letanía...
Hacia tí van las estrofas de este lúgubre rosario
que hilvanó mi fantasía.
Mago ajenjo visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

Pasar quiero por el mundo como un rayo fulgurante,
cual bramido de huracanes, como un trueno retumbante,
como un Júpiter soberbio, cual Homero legendario,
todo amor y fantasía...
Mago ajenjo visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

Dadme fuerzas, ¡prestadme alas! Alas anchas y potentes,
quiero alzar mi rauda vuelo por lejanos continentes...
Combatir a los tiranos con valor extraordinario;
¡que la gloria me sonría!
Mago ajenjo visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

DANIEL LAINEZ

Mas, no tengo alas, ni soy trueno, ni soy rayo fulgurante;
no soy más que un ignorado idealista claudicante...

Un enfermo de imposibles, un sombrío solitario,
presa de misantropía...

Mago ajeno visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

Soy la ruina de mí mismo. Yo quemé mis energías
en la hoguera abrazadora de satánicas orgías...

En el mundo de los vivos ese fué mi cruel calvario,
esa fué mi suerte impía...

Mago ajeno visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

Noches lúgubres, sin sueño, agotado e impotente,
mil recuerdos angustiosos se apoderan de mi mente...

Y mi estancia se embalsama de un perfume funerario,
y es entonces cuando rezo este lúgubre rosario,
que es más que una letanía...

Mago ajeno visionario:
¡Ten piedad de mi agonía!

Cuando fúlgida la aurora anunció su nuevo día,
el anciano mesonero con su mímica sombría,
¡vamos, —díjole—, despierta que ya todo está desierto...!

¡Lo tocó y no se movía,
porque Juan... había muerto!

CARNAVAL

A Marcos Carías Reyes

Es una visión mágica la plaza pueblerina...
Hay risas y canciones... ¡Momo triunfa en la entrada!
La plaza más parece una aldeana endomingada...
Un grupo de chicuelos se aposta en cada esquina.

Lejana y añorante llora una mandolina.
Pasa un fakir..., un fraile..., una monja alocada...,
y en medio de la inmensa batahola enmascarada
cruza Pierrot de prisa siguiendo a Colombina.

Un bohemio dipsómano en el andén se sienta;
luego se duerme... y sueña que halló a su Cenicienta,
a quien ama y bendice sobre todas las cosas.

Y que los dos se alejan por la alameda umbría,
montando una carroza de fina pedrería
tirada por un tronco de cuatro mariposas...

TRISTE REALIDAD

Noche. Divaga el poeta: Y bien, ¿no es mío
el verde monte, el valle y la pradera,
el seno virginal de Primavera
y el dulce y suave murmurar del río?

¿Por qué en mis horas de dolor no río
con una risa loca y placentera,
si todo, todo en la natura entera,
es dulce y suave y además es mío?

La luna se sonríe maliciosa,
y le envía, en el cáliz de una rosa,
de sus sueños azules un cnjambre...

Y es que ella sabe —en su misión de espía—
que una tarde de enero húmeda y fría,
estuvo a punto de morirse de hambre.

DANIEL LAINEZ

SEMBRADOR Y POETA

Campesino robusto, virilmente bronceado
por el fuego implacable de este sol tropical,
con tu yunta de bueyes y tu rústico arado,
vas trazando en el surco tu poema triunfal.

Como tú, campesino, yo me encuentro empeñado,
cultivando los predios de un magnífico ideal;
yo también, dulcemente, voy regando a tu lado
la semilla armoniosa del sutil madrigal.

Tú, al cruzar por la vida, con un gesto sincero,
laborioso y humilde vas surtiendo el granero;
yo brindando a las almas una gota de miel...

Campesino robusto: soy tu hermano y tu amigo.
¡Si tú vas, mansamente, tras la poma y el trigo,
yo cantando a tu lado voy en pos del laurel...!

MI PRIMER AMOR

Vagamente la evoco bien vestida de gala,
con su fino uniforme de impecable blancor.
Ella era entonces una graciosa colegiala,
yo un tímido muchacho, sonriente y soñador.

Nostálgico suspiro... Mi ardiente boca exhala
aromas infantiles de un místico candor;
y es que la añoro alegre, con aires de mengala,
saliendo de la iglesia de oír Misa Mayor.

Cinco años en silencio me amó y la amé. Ella era
en este mundo impío golondrina viajera,
y así fué que una tarde nos dijimos adiós.

Hoy llevo el alma enferma de un anhelo postrero:
quisiera nuevamente encontrarla en mi sendero
para qué así en silencio lloráramos los dos.

SINFONIA EN AZUL

VENDRAS A MI

I

Floreció la esperanza
en el jardín de nuestro amor, muchacha.

Te he vuelto a ver...
Te he vuelto a ver con los ojos del recuerdo...
Con los ojos del alma te he vuelto a ver, muchacha.
Vendrás a mí,
—sin duda alguna—
vendrás a mí sedienta de caricias...

Muchacha:
¡También yo estoy sediento!

Vendrás a mí...
Vendrás a mí muy pálida
y enferma de nostalgias...

Muchacha:
también yo estoy muy pálido
y enfermo de nostalgias...
¡Y es que también yo sufro
la angustia de la ausencia...!
Te he vuelto a ver...
Te he vuelto a ver con los ojos del recuerdo...
Con los ojos del alma te he vuelto a ver, muchacha.

Vendrás a mí...
¡Vendrás a mí sedienta de caricias
y enferma de nostalgias...!

DANIEL LAINEZ

LLEGASTE AL FIN

I I

Muchacha... , mariposa loca:
llegaste al fin... ¡El corazón no engaña!
Llegaste en busca de calor,
y lo encontraste...
Lo encontraste en mis brazos,
lo encontraste en mi boca...
¡Todo yo estaba en llamas!
Llegaste en busca de calor,
y lo encontraste...
Lo encontraste en mis ojos,
lo encontraste en mis frases...
¡Todo yo estaba en llamas!
Llegaste en busca de calor,
y lo encontraste...
Muchacha... ¡Muchacha!
No moriste de frío;
te abrazaste a mi cuerpo...
¡Todo yo era una llama!
¡Mariposa loca!,
es en vano que intentes
emprender la partida...
¡Se quemaron tus alas
en la hoguera de mi alma!

HOY TENGO UN VERSO AZUL

I I I

Señor:
Yo quise un verso azul... ,
¡y lo busqué en los cielos!

Señor:

Yo quise un verso azul...
¡y lo busqué en los mares!

Yo quise un verso azul...
y lo busqué en el fondo
sutil de sus ensueños...

Y no lo hallé en los mares,
y no lo hallé en los cielos,
y no lo hallé en la malla
sutil de sus ensueños...

Yo quise un verso azul...
¡Y lo encontré en sus ojos!,
quizá porque hay en ellos
una amalgama dulce
de ensueño, mar y cielo...

Señor:

¡Si hoy tengo un verso azul,
tú me lo diste en los ojos de Ella!

DANIEL LAINEZ



CUANDO LLEGASTE TU...

Cuando llegaste tú se insinuó una alborada
en la gélida noche de mi desolación;
y se hizo mi palabra ardiente y perfumada,
y ardiente y perfumada tornóse mi canción.

Cuando llegaste tú, ¡oh, mi dulce adorada!,
cómo cobró energías mi pobre corazón;
y siendo un hombre escéptico, que no creía en nada,
surqué el azul del cielo en pos de una ilusión.

Y fué entonces que pude gozar de la ternura
de un amor grande y fuerte... , tu radiante figura
fué llenando mi estancia de un inquieto frú frú...

Y fueron despejándose mis vagos horizontes;
se aquietaron los mares, florecieron los montes,
y todo fué alegría... ¡cuando llegaste tú!

BAJO TU ALERO

Mujer divina a mi pasión huraña:
¿qué ráfaga tenás o qué espejismo
me va empujando hacia el fatal abismo
de tu existencia por demás extraña?

Tu cándido mirar, cuando me baña
en su luz aureal, me da optimismo;
estando junto a tí me da lo mismo
vivir en la ciudad que en la montaña.

Yo, que fuí el más audaz aventurero,
que en son de guerra recorrí el sendero,
hoy voy buscando la calor de un nido...

Y es que, cabe la sombra de tu alero,
mi joven corazón de bandolero
quedó a tu santa voluntad rendido...

CENICIENTA

Linda Cenicienta... ¡sal de la cocina!,
límpiame la cara con tu delantal;
recurre a la vara de tu hada madrina,
y con la elegancia de una leve ondina
retorna a mi regio palacio imperial.

Desapareciste dejando una estela
de luz y de aroma...; yo, sin saber por qué,
¡oh, mi Cenicienta!, me he quedado en vela
custodiando ufano tu suave chinela
que reclama el roce de tu lindo pic.

Como mis tristezas son semi-divinas,
ya se llamen tedio, fastidio o esplín,
ácudo a la gracia de mis bailarinas,
que locas emprenden danzas libertinas,
en el seno augusto de mi camarín.

Y nada me alegra. Todo en mis salones
con un gesto vago parece morir...
Reuno en torno mío a mis fieles bufones,
que con ser tan listos y ser tan burlones,
es harto imposible que me hagan reír.

Mis días son largos... Y en mi desvarío,
recorro los campos con cruel frenesí.
Escucho el susurro del bosque sombrío,
la voz de las fuentes, la charla del río...
¡Y todo parece que me habla de tí!

DANIEL LAINEZ

Pintor me he sentido —sin ser más que poeta—,
y en vano he tratado, con ansia febril,
trazar en un lienzo tu regia silueta;
pero, ¡ay! Cenicienta, mi pobre paleta
no capta el misterio que hay en tu perfil.

Cenicienta... ¡amada!, gentil Cenicienta,
¿por qué si me quieres tardas en llegar?
Mi mente delira, mi mal se acrecienta,
ven, pues, a mis brazos, mi cruel Cenicienta,
que yo estoy muy triste de tanto esperar.

Bien sé que me quieres. Muy ruda es la lidia
que mi noble pecho tendrá que afrontar...
Y veré gozoso —¡oh, vana perfidia!—
cómo tus hermanas morirán de envidia
cuando por las calles nos miren pasar...

En tus encendidos finos labios tersos,
pondré con mis besos un mago elixir;
y así, por las noches, en tonos diversos,
pasaré a tu lado tejiéndote versos
para que en mis brazos te puedas dormir.

En las mañanitas tibias y soleadas
iremos corriendo con rumbo al pensil.
Y entre frases tenues y dulces miradas,
mis trémulas manos irán enlazadas
a tus manecitas de fino marfil.

Y así esperaremos las atardecidas,
por siempre alejados del árbol del mal.
Y bajo las parras verdes y floridas,
en tus misteriosas pupilas dormidas
aplacaré ufano mi gran sed de Ideal.

Ven, mi Cenicienta... ¡cura mis dolores!,
viste tu albo peplo del más fino tul...
Vanos son los magos... Vanos los doctores...
¡En un blanco lecho de aromas y flores
se muere de amores tu príncipe azul!

MUÑEQUITA RUBIA

Eres, muñequita,
grácil y lozana,
como una temprana
flor primaveral.
Para tí quisiera
la más diamantina
música divina
de mi madrigal.

En tu alma sencilla,
mística, se aduna
la pálida luna
y el fuego español.
Tus lánguidas manos
son como la cera,
y tu cabellera
brilla como el sol.

En tu boca roja,
—dulce fruto blando—
se aquictó temblando
mi febril canción,
y al influjo mago
de tu hechicería
perdí la alegría
de mi corazón.

Mas, mi muñequita,
yo no sé que tienes,
que tus tersas sienes
pálidas están...
¿Te mata el hastio
de esta nueva era
triste y bullanguera
de cine y jazz-band?

Yo sería entonces
—en tu real castillo—
tu fiel pajecillo,
dulce y juguetón,
y también sería
—en tu vida inquieta—
a veces tu poeta
y otras tu bufón.

En las claras noches
llenas de dulzura,
cuando de ternura
tiembla el corazón,
te despertaría
la música grata
de mi serenata
junto a tu balcón.

Tú te asomarías,
romántica y bella,
como aquella Estrella
Maga de Belén;
luego me dirías
un "hasta mañana",
con tus labios grana
besando mi sien.

Si en las regias fiestas
—por altiva o rara—
alguien te mirara
con mirada hostil,
tú me mirarías
cruzar el acero
como un caballero
lírico y gentil.

DANIEL LAINEZ

¿Sueñas con aquellas
vírgenes de Italia?,
¿con la bella Eulalia
que cantó Rubén?
¿Con la vieja Roma,
de hípicas gimnasios,
o con los palacios
de Jerusalén?

¡Oh!, no haber nacido
—imposible anhelo—
bajo de otro cielo
más amplio y azul;
en la edad dorada
de una tierra extraña:
¡En la dulce España,
Francia o Estambul!

Todo te hablaría
de tu poderío;
te daría el río
cánticos de paz,
la tranquila fuente
su canción sonora
y un beso la aurora
pondría en tu faz.

Rubia muñequita:
por tus suaves ojos,
que incitan antojos
de algo inmaterial,
el poeta Cetina
te hubiera ofrendado
el ritmo encantado
de su madrigal.

MI HOMENAJE

¡Salve, oh Reina María!, espiritual Alteza
de estas tierras fragantes caldeadas por el sol;
por tu gracia pristina, tu porte y gentileza,
bien pudiste ser reina del gran pueblo español.

Yo quisiera esta noche, al rendir homenaje
a tu egregia figura plena de juventud,
ser entre tus vasallos tu romántico paje
para hilar a tus plantas mi divina inquietud.

Dios te guarde, María, de la envidia rastrera,
y del odio asesino, y del cruel aquilón...
Y que ondule en los aires tu gloriosa bandera
cobijando a los tuyos bajo su albo pendón.

Que la luna —hilandera de los cielos serenos—
con su rueca de argento y su ovillo estelar,
teja un leve corpiño que aprisione tus senos,
un corpiño más blanco que la espuma del mar.

Que a tu paso triunfante se dobleguen las dalias
y los lirios nevados de tu regia mansión...
Y que vengan del bosque a lamcr tus sandalias
cual sumisos lebreles la pantera y el león.

Que tu hada madrina —con su mágica vara—
a este mes triste y frío lo convierta en abril...
Y que un ánfora griega con su esencia más rara
embalsame el ambiente de un perfume sutil...

Que la Venus del mito, con su mágico unguento,
unja tus tersas manos, tu garganta y tu faz;
y que dulces clarines den sus notas al viento,
saludándote Reina, con un himno de paz.

Tus vasallos te aclaman... ¡Ya sonó la trompeta!
Que tu sér se revista de una noble altivez...
Marcha, Reina, sin miedo, que este pálido poeta
una alfombra de rosas ha tendido a tus pies.

¡Salve, Reina María! Que tu cetro de Alteza
resplandezca en tus manos con fulgencias de sol,
va que por tu belleza, donaire y gentileza,
bien pudiste ser Reina del gran pueblo español.

DANIEL LAINEZ

SALUDO

*(A la culta señorita Adriana Talavera, Reina del
"Tigre", en nombre del Club Deportivo "Tip Nac.")*

Alteza Real y divina
de la élite amapalina,
¡Reina del Tigre, campeón!
Como un amante del Arte,
he venido a saludarte
con una alegre canción.

Mi aristocrática musa
se pone triste y confusa,
por no poder encontrar
la frase dulce y galante,
la nota azul y vibrante
para poderte cantar.

Tu boca es suave, divina,
dulce boca purpurina,
purpurina boca en flor...
Tu linda boca si besa,
se diría más bien que reza,
que reza un salmo de amor.
Tus risas son cascabeles,
que van manando las mieles
de un incógnito panal.

Cuando sonrías sumisa,
parece que se desliza
de tu boca un madrigal.

Tus ojos son dos luceros,
fulgurantes y hechiceros
cuando amorosos me ven.

Grandes ojos de pupilas
dulces, suaves y tranquilas,
como un verso de Rubén.

Tu voz es una fragancia
que se diluye en la estancia
como un misterio sutil.

Y eres tan dulce y tan buena
como una fresca azucena
reventada en pleno abril.

Por tu porte y gentileza
pareces una princesa,
una princesa oriental...

Una princesa moruna
que teje ensueños en una
fina rueca de cristal.

Al verte joven y bella,
siente celos una estrella
que titila allá en la altura.

Y en el jardín una rosa
se pone triste, celosa
de tu célica hermosura.

Como un esclavo de oriente
en pos de tí iré sonriente...

¿Cómo un esclavo? Sí, pues
por tus miradas envuelto,
he puesto firme, resuelto,
mi corazón a tus pies.

Quisiera ser bandolero
para robarme un lucero
de la alta región astral,
y en brillante estuche de oro
regalarte ese tesoro,
como una ofrenda imperial...

Mas, no lo soy. La ruleta
del destino para el poeta
siempre es adversa y fatal.

Como un amante del Arte
no puedo más que ofrendarte
la rosa de un madrigal...

Alteza Real y divina
de la élite amapalina,
¡Reina del Tigre, campeón!

El "Tip. Nac.". fuerte y triunfante,
ha querido que te cante
en prueba de admiración.

VENUS CALLEJERA

Al periodista Augusto C. Coello h., fraternalmente.

Yo, que tengo un algo de pintor y poeta,
gusto de la hembra, lúbrica, indiscreta,
cuando se me entrega en plena desnudez.
Gusto de sus rizos, —sin que se los peine—,
la cálida noche de su regio empeine
y la ideal blancura de sus finos pies.

Una noche, de esas noches enliradas,
a mi estudio bohemio, dando carcajadas,
una hetaira joven loca penetró...
Era una temprana roja flor de histeria,
que agobiada acaso por la cruel miseria
por unas monedas a mí se rindió...

¡Venus callejera! ¡Oh, qué maravilla!
¡Oh, senos fragantes! ¡Frutos de ilusión!
Más que dos manzanas, más bien se diría
dos alucinantes rosas de pasión...
Más que dos manzanas, más bien se diría
dos alucinantes rosas de pasión.

Y en la albura plena de su rabadilla,
me sonrió el diablillo de la tentación...
Se hizo todo ritmo, todo melodía,
el rojo pandero de mi corazón,
se hizo todo ritmo, todo melodía,
el rojo pandero de mi corazón.

Más que hetaira joven, virgen parecía
en el blanco lecho de la posesión...;
y escancié en el vaso de su fina arcilla
todos los deleites que urdiera en la orgía
aquel opulento Sabio Salomón...

Yo, que tengo un algo de pintor y poeta,
gusto de la hembra, lúbrica, indiscreta,
cuando se me entrega en plena desnudez...
Gusto de sus rizos —sin que se los peine—,
la cálida noche de su regio empeine
y la ideal blancura de sus finos pies.

DANIEL LAINEZ

EL PAYASO

Pobre volatinero... ¡Payaso, hermano mío!
Triste paria errabundo, sin patria y sin hogar.
Yo sé que tu existencia es un fuerte calofrío,
que poco a poco mina tus carnes el pesar.

¡Oh, lamentable enfermo! Tus piernas descarnadas
retiemblan cuando bailas al són de tu tambor.
Y entre picantes chistes y sordas carcajadas
te va matando el hambre, la pena y el dolor.

Cuando desde el trapecio la grácil bailarina
salta a los brazos trémulos del fuerte maromero,
yo he visto dibujarse en tu máscara de harina
un rictus doloroso... ¡después, un lagrimero!

Yo sé que tú has bebido las hieles del desprecio;
que es tal la exasperante magnitud de tu celo,
que bien reventarías las cuerdas del trapecio
para que el maromero rodara por el suelo.

Y ese crimen horrible —en tu enorme querella—
lo has meditado siempre temblando de furor,
y no lo has hecho nunca por el temor de que ella,
al verlo ensangrentado se muera de dolor.

Ya la chusma se aleja... ¡Se terminó la fiesta!
Límpiate el rostro, hermano, y deja de fingir.
Lanza a los cuatro vientos tu grito de protesta,
que ahora sí bien puedes llorar hasta morir...

NUEVA CANCION DEL HIJO AUSENTE

Madre:
he de llegar a tí
con los labios resecos
y el corazón sangrando...

Madre:
para llegar a tí,
mis piernas vagabundas recorrerán las pampas,
las abruptas montañas y las estepas áridas...
Y he de llegar a tí...
Y mi tez, retostada por los soles del Trópico,
tendrá un color bronceo,
y mis negros cabellos serán rudos y blancos...
El polvo del camino ha de manchar mis ropas,
y los crueles guijarros harán ronda en mi senda,
lastimando mis plantas...

Madre:
Iré tan triste y pálido...,
habré cambiado tanto
que mi cuerpo encorbado se apoyará en un báculo,
nervioso y vacilante...
Y tú, sin conocerme,
—creyéndome un mendigo—
has de salirme al paso con un pan en las manos
y una jícara de agua...

Yo, jadeante y triste,
he de contarte toda
la historia de mi vida nostálgica y profunda...
Y mi voz en tu oído
tendrá un eco lejano de melódicas flautas...

Madre:
he de llegar a tí,
¡no importa cuándo!
He de llegar un día con los labios resecos
y el corazón sangrando...

DANIEL LAINEZ

SE LLAMABA ROSA

I

Rosa se llamaba la alegre morena,
la muchacha buena que endulzó mi pena
con el mago hechizo de su juventud.
Con coquetería en la boca lucía
dos rojos claveles de Santa Lucía...
¡Dos rojos claveles que cantó mi laúd!
Fuimos compañeros y novios y amigos,
los prados vecinos son mudos testigos
con qué regocijo jugamos los dos.
Llenamos de risas las sendas floridas,
y siempre enlazadas iban nuestras vidas,
cuando no enlazadas, una de otra en pos.

I I

Mas, ¡ay!, en el mundo todo es pasajero;
la implacable mano del destino artero
clavó en nuestros pechos su cruel aguijón.
Rosa era extranjera, y sintió la errante
nostalgia profunda del hogar distante...
Y así fué que vino la separación.
Hubo un torbellino de besos y abrazos,
y al puerto lejano fuí en pos de sus pasos;
por su amargo llanto... ¡cuánto sufrí yo!,
y en las lejanías del mar y del cielo,
su blanco pañuelo por fin se perdió.

I I I

Pasaron los meses y también los años,
y ajeno a la risa de rostros extraños,
mi pecho fué siempre para ella un altar.
Y así, resignado, proseguí en la espera,
hasta que una tarde de azul Primavera,
uno frente al otro nos puso el azar.
Un sudor helado corrió por mi frente,
me paré temblando y un "adiós" doliente
brotó de mi voz.
Y, ¡oh cruel ironía del rudo destino!
me miró, indolente..., y siguió el camino,
sin decirme adiós.

R O S A S

*Con motivo de la muerte de
la señorita Cristina Castro.*

Rosas, frescas rosas,
rosas y más rosas...
Un ramo de rosas
de exótico lar...
Para la divina
difunta Cristina;
un ramo de rosas,
fragante,
sin par...
Para tí, hoy hilvano, divina Cristina,
mi más dulce rima, la más cristalina,
sin la menor muestra de pena, de duelo,
o agudo pesar...
Cuando una criatura remóntase al cielo,
es un gran pecado..., ¡pecado es llorar!

Rosas, frescas rosas,
rosas y más rosas...
Un ramo de rosas
de exótico lar...
Para la divina
difunta Cristina;
un ramo de rosas,
fragante,
sin par...
Que es la única ofrenda que este trashumante
cantor de tristezas le puede ofrendar...

DANIEL LAINEZ

AZAHARES

*A Herlinda Midence, el día de su boda
con el caballero Enrique Gómez.*

HERLINDA: Recibe, como única fortuna,
esta leve corona de blancos azahares,
recogida del lomo sonoro de los mares
una noche de luna...

La tejieron un grupo divino de sirenas,
de rostros milagrosos y manos de azucenas...
Yo la encontré en mi andanza de viejo marinero
sobre el lomo sonoro del mar fosforescente...
Y esta noche enliriada, con un gesto sincero,
como un raro tesoro la coloco en tu frente...

Que las rondas siniestras de trágicos pesares,
respeten esta leve corona de azahares...

ANHELO

*A Vilma Cristiana Gómez, con
motivo de su bautizo.*

Límpida armonía,
dáme la poesía
que hay en tu raudal,
que para Cristiana
quiero la lozana
flor de un madrigal.

Quiero para ella,
que es tan dulce y bella
como un claro sol,
traer de la cima
la perfecta rima
de un verso español.

Vilma Cristiana:
hermana
lozana
del aire y la luz,
mi cantiga
amiga
vuela a tu ventana,
—que el poeta quisiera—
que allí refulgiera
cual perla de Ormuz.

ACROSTICO

A lejado de todas nuestras bajas pasiones,
Lanzas tus pensamientos con un tino genial.
Eres faro encendido en nuestros corazones,
Justo era coronarte como un ser inmortal.
Apóstol de la prensa, con tus sabias razones,
Nazarénicas frases que condenan el mal,
Das aliento al que lucha por etéreas regiones,
Rasgando los misterios de las constelaciones,
O consuelas al triste con tu voz paternal.

Caballero cruzado de una edad imposible,
Ante el Hado Perverso te has mostrado invencible,
Sin más armas ni escudo que tu gran corazón.
Tu figura, aun en vida, pertenece a la historia.
Ruja el mundo de envidia, ¿qué te importa la escoria,
Oh, maestro y amigo, si ésta no es tu mansión?

MADRIGAL

A Estela Díaz

Ante el arduo problema
de esta vida compleja,
yo desdeño la fama
desdeñando el laurel.
Solamente quisiera
ser la lírica abeja
y morirme en silencio,
sin lanzar una queja,
en tu boca fragante...
¡fino estuche de miel!

DANIEL LAINEZ

RITMOS

Eva Zelaya, Evita...
¡Mi gentil Soberana!
Hacia tí van mis versos,
temblando de emoción...
¡Porque pareces una
graciosa sevillana,
cuando en las tardes quietas
te asomas al balcón!
¿Quién mirándote, Evita,
con fervor no suspira?
¿Quién oyendo tus frases,
no se siente feliz?
¡Para ensalzar tus gracias
necesito la lira
con que el Dante, una tarde,
le cantara a Beatriz!

N O R A

Nora, Nora, Nora,
niña soñadora,
juguetona, ideal.

Para tí las rosas
más blancas y hermosas
que hay en mi rosal.

Hoy te ofrendo, Nora,
perlas de Bassora
y un rojo rubí,

y mi estrofa alada,
hoy va perfumada
porque es para tí.

UNAMONOS

Hagamos de nuestras liras
un faro de luz, claro y potente,
sobre un peñasco duro...
Que alumbre las tinieblas del presente,
y razgue los misterios del futuro.

MADRIGAL

A Virginia Ugarte

¡Anhelaba conocerte
cuando no te conocía!
Hoy lloro mi triste suerte.
¡Me estás causando la muerte
con tu mirar, Reina mía!

¡Con tu mirar, Reina mía,
me estás causando la muerte!
Hoy lloro mi triste suerte...
¡Cuando no te conocía
anhelaba conocerte...!

OFRENDA

Darte quiero una joya de fulgencias divinas,
o un manojo de rosas —bouquet espiritual—.
Rosas hechas de ensueño, fragantes, sin espinas,
aromáticas rosas de mi jardín ideal...

Fabricarte un palacio poblado de esplendores,
igual a los palacios de los emperadores,
guardado por mil lanzas y un bíblico dragón.
Un alcázar suntuoso de helénica grandeza,
en donde dulces pájaros con magna sutileza
rasguen el misterioso silencio del salón...
¡Oh, reina destronada, mi pálida princesa,
aquí tienes tu alcázar..., ¡aquí en mi corazón!

DANIEL LAINEZ

MIS CARTAS

Cuando triste y silenciosa con frialdad de mí te apartas
y en un sueño misterioso pensativa te aletargas,
melancólico me digo: hoy quizá leyó mis cartas,
hoy quizá leyó mis cartas... , ¡son tan tristes y tan largas!

Yo comprendo francamente que cometo un gran delito
al enviártelas sabiendo que te causan tanto daño...
Sé muy bien, amada mía, que en cada renglón escrito,
que en cada renglón escrito flota un nuevo desengaño...

Si mis cartas, saturadas de amarguras infinitas,
no son blancas, dulce amada, ni son suaves ni serenas,
es por que esas pobres cartas, ante todo, han sido escritas,
ante todo han sido escritas con la sangre de mis venas...

LA NIÑA DE LOS OJOS TRISTES

La niña de ojos tristes hizo alto en mi camino,
quizá algo fatigada de tanto caminar...
Y hallé en el fondo vago de su mirar divino
la cándida tristeza de un sol crepuscular.

Quise saber su pena, y sus labios milagrosos
narráronme su historia temblando de emoción,
y entre suspiros tenues y lánguidos sollozos,
postrado ante sus plantas oí su confesión.

Y supe que sus ojos otrora eran ajenos,
aquellos ojos vagos que fueron mi solaz...
Y desde entonces ella me vino amando menos,
yo, en cambio, desde entonces la quise mucho más.

¡Por qué la dulce niña prosiguió su camino
doliente y pensativa sin mirar hacia atrás?
¡Ignora que la quise con un amor divino,
que como yo la quiero no la querrán jamás!

TU RECUERDO

Tu recuerdo en acecho, siempre, ¡siempre implacable!,
y en el fondo siniestro de mi cruel desatino,
la terrible pregunta: ¿quién sería el culpable?
Ni tú ni yo, muchacha..., bien sé que fué el destino.

¿Suavizar la jornada? ¡Es de humanos! Yo río
con la bella indolente que me brinda su lecho...
¿Olvidarte? ¡Imposible! ¿Cómo hacerlo, amor mío,
si eres miel en mis labios y eres aire en mi pecho...?

Busco olvido en los hondos laberintos del Arte,
y en la copa enervante un consuelo a mis penas;
y es en vano..., ¡es en vano! ¡Cómo voy a olvidarte!,
si eres luz en mis ojos y eres sangre en mis venas?

Y en mi gran desamparo, toda mi alma se inunda
de unas ansias febriles de gritar mi pesar...
Y así voy por el mundo con mi planta errabunda
sin la vaga esperanza de poderte olvidar...

RELIQUIAS

En un estuche galante
guardo con íntimo anhelo
un mechoncito de pelo,
áureo, sedoso, ondulante.

Una rosa agonizante,
una carta y un pañuelo
de seda azul como el cielo
de tu mirar deslumbrante.

Un listón y una medalla,
y algo que mi lira calla
discretamente; mas, si eso

curiosidad te provoca,
sabrás que aun guardo en mi boca
la miel de tu último beso...

DANIEL LAINEZ

SIN CORAZON

Yendo por tierras de Sión
y al verte, bella gitana,
me asocié a la caravana
que iba en peregrinación.

Y llegué a esta conclusión:
que no eres más que una vana
muñeca de porcelana
sin alma y sin corazón.

Y sin embargo, yo sigo
como un doliente mendigo
la huella azul de tus pasos;

y es que sé que una mañana,
como eres de porcelana,
te has de quebrar en mis brazos.

BAYADERA

Bailando una loca zambra,
grácil, ligera y sensual,
te ví, no sé si en La Alhambra,
o en un harén oriental.

Eres tan fina y ligera,
tan sensitiva y genial,
que a veces, ¡oh bayadera!,
pareces inmaterial.

Y en un vuelo misterioso,
leve, lánguido, armonioso,
las notas vienen y van...

Y en el espacio se esfuman,
como sollozos de Schuman,
o suspiros de Chopín...

A LUCY ONDINA MATAMOROS

Teja el Hada Primavera
—con sus manos milagrosas—
una guirnalda de rosas
que adorne tu cabellera.

Que ufana la enredadera
perfume todas las cosas,
y sus galas más hermosas
luzca, en tu loor, la Pradera.

Y tú, ¡oh trino argentino!,
de mi cantar peregrino
—pleno de aroma y de luz—

vuela en fe de mi cariño
y póstate en su corpiño
como una perla de Ormuz.

ANTIGUO

¿Quién fui en los albores de aquel tiempo lejano?
¿Fui discípulo, acaso, del centauro Chirón?
¿O fui, tal vez, un fuerte y lujurioso fauno,
por quien ebrias bacantes temblaban de pasión?

¿Desafié con mi lanza al feroz Cancerbero,
o ambulé por los mares con el héroe Jasón?
¿o caí, al fin, herido de un amor salamero,
cual cayó el poderoso filisteo Sansón?

¿Fui en los bosques sagrados atrevido campeón,
que pude con mis manos estrangular un león,
o en el talón de Aquiles mi flecha se clavó?

¿O renetré a la lúgubre mansión de Polifermo?
¿Realidad o lirismo? ¿Yo sé que estoy enfermo
de hazañas fabulosas del tiempo que pasó...!

DANIEL LAINEZ.

TUS CUADROS

Contemplando tus cuadros, ya crayón o acuarela,
mi alma trémula sueña, romántica e inquieta;
tu pincel prodigioso va dejando una estela
que todo lo define... ¡Y todo lo interpreta!

Tu "Fuente Abandonada", que deleitó a la abuela,
parece haber salido de una genial paleta;
y tu "Martha" parece, con su tez de canela,
esperar el galante madrigal de un poeta.

Y es que adoras de veras, con pasión, con locura,
a esa niña lejana que te brinda ternura
con el suave prestigio de su gran corazón.

Lucha, hermano doliente —bisoño colorista—,
que muy pronto, muy pronto tu alma blanca de artista
ha de ver realizada su más noble ambición.

TU SONRISA

A Martha Montalván

La copa sacrosanta que apúrase en la misa
no tiene la dulzura que tiene tu sonrisa.

Yo, el noble luchador, joven y bravo,
ante esa tu sonrisa no soy más que un esclavo.

La música es muy dulce, pero más dulce que eso,
quizá mucho más dulce es la música de un beso.

Y hay algo todavía más dulce y más pristino,
quizá que el mismo beso con todo y ser divino...

Más dulce que la música..., más suave que la brisa..
Es la única dulzura que ansío... ¡Tu sonrisa!

NADA ESPERES DE MI

Me pides versos y fragantes flores,
harto sabida que tu cruel mentira
artera, en torno de mi mente gira,
llenándome de espanto y sinsabores.

Nada esperes de mí; vano es que implores
el madrigal que de pasión delira;
el cordaje armonioso de mi lira
ha perdido sus íntimos rumores.

Mi jardín interior —do' florecía
el fragante rosal de la armonía—
hoy ha quedado, ¡como nunca!, en ruinas.

Y es que tus finas manos caprichosas,
cortaron sin piedad todas las rosas,
dejándome tan sólo las espinas.

TEJER QUIERO UN SONETO

A Mercedes Agurcia Membreño

Con el suave lirismo luminoso
del genio bienhechor de Amado Nervo,
o con el numen del autor de "El Cuervo",
fantástico, febril y caprichoso,

tejer quiero un soneto rumoroso,
que brote dulcemente de mi verbo
y suave caiga en tu dolor acerbo,
a manera de un bálsamo piadoso.

Un soneto de luz y de fragancia,
de fragancia que llegue hasta tu estancia,
embalsamando con fervor tu pena...

De luz que alumbre tu inquietud errante,
y que ponga en tu pálido semblante
un místico fulgor de luna llena...

DANIEL LAINEZ

ME VAN A PELDER EL MIEDO

(Diálogo Penitenciario)

A Samuel Díaz Zelaya

—¿Qué tal tiáido, Cupertino?

—¡Un poco bien, Adalberto!

—¿Puedo saber tan siquiera que santo está resudando?

—Pos, hablando con franqueza, yo ya te hacía bien muerto.

—Después de Dios y el dotor puedo seguir respirando.

—¿Y los heridos?

—¡Murieron!

—¡Dáme, por Dios, un abrazo!

Por fin nos diste una muestra que no sos manco ni cojo;

pero antes quiero saber: ¿qué tal seguís del balazo?

—¿Del balazo?, del balazo por nainas pierdo hasta el ojo.

—¿Y qué tal suerte has tenido en esta cárcel jedionda?

Estos grandes puñeteros, decime, no te han bruñido?

—¡Bah, si grito o si pataleyo de todos no hay quien responda,
serán muy gayos los cheros, pero con yo se han jodido.

Aquí estoy como olvidado de los mesmitos parientes,

¡el que conoce el presidio sabe lo que es el infierno!

A yo sí me caye al pelo el refrán de aquellas gentes:

que'l que nace pa'olote aunque le haga güen ivierno,

Jué llegando, y un tal Juan, de apellido Cuagrapasos,

me encasquetó por mal nombre "Cupertinito el Montuno";

yo, sin pedirle explicaciones, le receté dos vergazos,

que'ay que darse a respetar... , ¡si no se montan en uno!

Desde entonces, Adalberto, sólo sopapos receto,

y no hay un hombre resuelto que como fiera se plante;

me llaman "don Cupertino", tratándome con respeto,

y me alza pelo, te digo, hasta el mesmo virgilante.

ANTOLOGÍA POÉTICA

Pa' jugar soy casi maistro, ni el más pintado me gana,
parada que caye en mesa de segurito que es mía...
Cuando miro que estoy muerto les rempujo una jarana,
y a los cheros que se pican les aviento una golilla.

Y la milpa, vos, contame, ya debe estar en jilote,
pos la sembré al mesme tiempo con la del ñato Agustín.
—¿Qué pregunta más babosa!, vos te has volvido un cipote;
la milpa ya crecida se la comió el chapulín.

—Y mi negra, vos, decime, aquella negra tan güena
que todas las mañanitas me asperaba en la quebrada?

—¿Tu negra?, güeno, tu negra..., el ñeto de Madalena
se la sacó hace dos meses..., ¡y ya la tiene preñada!

—Yo nunca creiba, ¡te juro!, que juera tan descarada,
qué negra más hijepuerca..., ¡fijate vos, Adalberto!

—La negra no tuvo culpa, no tuvo culpa de nada,
pos como yo, Cupertino, la pobre te hacía muerto...

—¿Y mi magre, sí, mi magre..., aquella pobre ancianita,
que se quedó triste y sola el día de la emboscada?

—El día de la emboscada, tu viejita, ¡tu viejita!
pa' contarte cosas tristes..., mejor no te cuento nada.

¿Pero cómo, Cupertino, todo un hombrón y llorando?
todo eso lo hubieras visto para meterte a este enredo...

—Tapame vos, Adalberto, que si me miran llorando,
que si me miran llorando..., ¡me van a pelder el miedo!

DANIEL LAINEZ

ANHELO POSTUMO

Maestro Carpintero: mañana cuando muera
y mis dolientes deudos te encarguen mi ataúd,
te pido, por mis restos, no escojáis la madera;
como podáis, hacedlo, con toda prontitud.

No le pongáis cojines, ni lo puláis por fuera;
—¿para qué quiero pompas en mi eterna quietud?;
pero cuidado... , ¡a Ella!, ni una frase siquiera,
no quiero que mi muerte mustie su juventud.

Y cuando me conduzcan al frío camposanto
no quiero ni el más leve sollozo de quebranto,
ni el ciprés melancólico, ni lápida, ni flores...

Sembrad un limonero cabe mi fosa aislada,
que así cada mañana pueda ser saludada
con una algarabía de pájaros cantores...

DESILUSION

Ya no escribo mis versos con la misma soltura
con que ayer hilvanaba mi sentida canción...
En las bocas fragantes ya no encuentro ternura,
para mí ya no existe ni una sola ilusión.

Si en mi mente hay ideas, son de base ingenua,
—pordioseras enfermas que mendigan perdón—,
y ha llegado a tal grado mi fatal desventura,
que una tarde de otoño me enfermó el corazón.

¿De mi vida pasada? Una historia de excesos;
entrevistas galantes con sus íntimos besos
prodigados a miles con locura infernal...

Hoy, un gusano —el recuerdo— a mi espíritu roe.
No sé que me hizo daño: si el gran CUERVO de Poe,
o el perfume maligno de LAS FLORES DEL MAL...

CANCION FINAL

A Belisario Romero

Quiero un sorbo de vino mirífico y violento,
áureamente espumoso, ligero y bullidor;
una copa cualquiera que enerve el pensamiento,
que anule los sentidos y disipe el dolor.

Quiero una copa maga que me robe el aliento,
sumiéndome en la noche de un profundo sopor.
No quiero que me arrulle la música del viento,
ni quiero oír la charla del claro surtidor.

Yo quiero en torno mío un silencio absoluto;
moverme con la misma estupidez del bruto
sin tener de la vida la más leve noción.

Quiero, bajo la influencia del licor espumoso,
¡no sentirme envidiado, ni siquiera envidioso,
y olvidar que en mis labios floreció una canción!

DANIEL LAINEZ

LA CANCION ERRANTE

“El autor de este breve pero delicado cuento, es el mismo poeta que tantos trozos bellos ha escrito en verso. Antes de ahora, Daniel Lainez no había publicado ninguna producción en prosa. Su “Canción Errante” es la primera. Y un noble regocijo nos produce su lectura, después de la cual hemos descubierto que, a más de buen cultivador de la rima, es un exquisito y fino prosador. Ofrecemos a nuestros lectores esta “Canción”, que es un cuento, y en el que la música de la idea armoniza bellamente con la música del estilo. Es éste un cuento romántico: huele a jardín, por donde “el Amor, romántico y travieso, ronda el balcón florido de la Amada joven, al son desgarrador de las guitarras...” (Revista TEGUCIGALPA).

—¡Mimi!, ¡Mimi!, —gritó el muchacho—, sacando los enflaquecidos brazos entre el enrejado de su celda de orate, en el recinto sucio del manicomio.

¡Creí que me habías olvidado, Mimi! Si, si, creí que me habías olvidado...

La muchacha se aproximó con pasos medrosos, y toda trémula le tendió las manos.

—Mírame, estoy muy delgado. Sufro mucho. No duermo, Mimi, pensando..., pensando..., ¡siempre pensando en ti, Mimi! Y cuando duermo, cuando duermo sueño cosas horribles..., sueño que ya me olvidaste; que te has marchado con otro, con un obeso banquero que te ofrenda sedas y joyas costosísimas... Y otras veces esos sueños se convierten en pesadillas espantosas... Siento, o me he creído muerto; que han llevado mi cuerpo ya rígido al frío anfiteatro, y que allí, un grupo de doctores me han aserrado el cráneo, extrayéndome los sesos para estudiar mi caso... ¡Estúpidos! Sólo tú me comprendes, Mimi; sólo tú sabes la causa de mi mal acerbo. Acércate más, Mimi..., no temas nada, acércate.

ANTOLOGIA POETICA

—No temo, Antonio...; ¿por qué he de temerte? Mírame, estoy cerca de tí.

—Sí, así me gusta, Mimi... Creí que me habías olvidado...; ¡qué tonto! Qué calentitas tienes las manos, en cambio las mías parecen un trozo de hielo...

—Tú exageras, Antonio, no es para tanto. Oyeme: no pienses, te hace daño. Tu Mimi nunca te olvida ni te olvidará... Pero pórtate bien para que no te castiguen. Es necesario que duermas, acuéstate lo más temprano que puedas. Me cuentan que has estado insoponible, gritando e insultando a las gentes que vienen a verte. No, Antonio, eso no debes hacerlo. Tú has sido siempre un muchacho correcto.

—Gritando..., gritando, ¡llamándote, Mimi! Si, ¡llamándote! Hoy sabía que ibas a venir; me lo dijo una mariposa blanca que se posó en mis rejas; por eso pedí que me bañaran y me cambiaran ropas; mírame, estoy bañado y limpio. ¡Ay, Mimi!, ¡si yo fuera hijo de reyes... Si yo fuera un Príncipe, gozaríamos de libertad y estuviéramos los dos en aquel rincón del parque donde nos conocimos!

—Si, Antonio, allí estuviéramos... Pero mira, otra vez que me llames no lo hagas con gritos; y sobre todo, Antonio, no insultes a la gente...

—No insultes a las gentes... ¡Imbéciles! Sólo vienen a preguntarme tonterías. ¿Que por qué no canto? ¿Que por qué no escribo versos...? ¡Estúpidos! Tú sabes bien, Mimi, que mi canción hastiada y melancólica del largo encierro en la jaula de oro de mi garganta; mi pobre canción nostálgica y enferma de azules esperanzas, en un raptó glorioso de inquietudes paganas, ebria de libertad y de optimismo, voló..., con un profundo anhelo que le abrazaba el pecho y un áureo resplandor en alas que zigzagueó en los aires...!

Ella, mi canción, ingenua y tímida, había oído hablar del mundo quizá muy vagamente. Sabía que existían días esplendorosos; días de fiestas de sol, de pájaros y rosas. Sabía que las fuentes murmuraban canciones de amor en la quietud solemne de los jardines, y que las flores, hermanas de las aves, danzaban locamente en el exuberante regazo de los prados...

Sabía, también, que existían las noches. Pero unas noches tibias; fantásticas noches de lunas inquietantes... Noches en las cuales el Amor, romántico y travieso, ronda el balcón florido de la amada joven, al son desgarrador de las guitarras...

DANIEL LAINEZ

Y se escapó..., ¡sí, Mimi! Se escapó sin rumbo..., al azar...
¡Y mi garganta se quedó vacía...!

Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y luego, prosiguió:

Un año escaso y mi canción volvió, Mimi. Volvió más enferma que nunca... Llamó a las puertas de mis labios con un acento trémulo y penetró temblando a mi garganta.

¡Ay!, no sabía la pobre que existían días terribles... Días de insolación; días en que el sol taladra despiadadamente las entrañas de la tierra, consumiendo las fuentes y secando las flores. Y noches horribles... Noches de tempestad que hacen temblar la tierra como a un niño miedoso... ¡Ay, cuánto sufrió la pobre! Pero... ¿Cómo? Llorando..., ¡llorando, tú, Mimi! No, no llores, mi canción ha vuelto a ser lo que antes era: ingenua y tímida... Si es cierto que de tarde en tarde vuela, es a dormir su siesta bajo el magnífico amparo de tus negras pestañas..., y allí espera pacientemente, hasta que yo la recojo con mis labios...

Con sus enflaquecidas manos asió la cabecita blonda de la muchacha, aproximándola a los frios barrotes de su celda, y, con un sonoro beso en sus ojos inmensos, aquel muchacho triste, recogió su canción..., ¡y muchas lágrimas!

CANTA TU CANCION

A Daniel Laínez

Canta tu canción..., a cada paso,
penetra en tí mismo
con serena mirada,
llevando seda y raso
y vino de optimismo
a tu morada.

Canta tu canción...,
viaja a las estrellas,
y tu alma aureolada
con polen de corola
sideral
en la ascensión.

Ajeno a las espinas del rosal...,
corta las más blancas rosas...
y unge con ellas
tus íntimas cosas...
y canta tu canción
en la ascensión.

Ramón SANTAMARIA.

New Orleans, 1935.

A LOS PIES DE AFRODITA



SONETOS.—1937-1941

PORTADA

Este libro es a manera de una oración, sencilla y suave, en que apenas se oyen las palabras y en el que el sentido de las mismas se disuelve, como los perfumes de una lámpara votiva, bajo las arcadas milagrosas del templo del amor.

Nada de estruendos, ni nada de sacudidas violentas. Manso y armonioso, como un susurro que pasara besando un jardín lleno de lirios; alado y lírico, como un viento estremecido de piedades blancas; quejumbroso, como una noche nostálgica de estrellas, para aparecer, con exquisita delicadeza, el crepúsculo cárdeno, dorando fugazmente el campo aromado del ensueño y proyectando sobre el horizonte tonalidades grises.

Palpita en estas páginas la historia de siempre, embellecida por el ritmo y transfigurada por la emoción honda y estremecedora, en que el poeta va arrojando, al paso casto de su amada, el salmo de su inspiración, el temblor cadencioso de su estro, la policromía de sus rosas líricas o el vellón de sus ansias, como si en sus vigilias azules hubiese presentido, que a lo largo de los senderos armoniosos es en donde palpita con más fuerza el misterio de la Vida.

Y así, sin alarde donjuanesco, sin el gesto patético, ni la vesania senil, hace desfilas la gama de sus emociones, al través de veintiún poemas, llenos de tersuras y tenuidades, en que la línea ondulada del sentimiento es como un escondido remanso acariciado cándidamente por un viento de fecundas esperanzas.

DANIEL LAINEZ

Sólo dentro de este marco de pasajera sacudida es donde puede apreciarse en toda su amplitud y belleza este pequeño breviario, que si no muestra al poeta en toda su fuerza creativa y en la inquietud de exploraciones fundamentales, en donde el espíritu, libre ya de los convencionalismos, se adentra con fervor y decisión a las regiones impolutas, dentro de ellas, el beso de la plenitud y de la consubstanciación, sí, lo lleva en esa cima deslumbradora en que le fué posible fundir en la nobleza de su sentimiento el oro legítimo de su inspiración, forjando así la llama que por igual envuelve al soñador y su ilusión.

No es este un libro de proyecciones múltiples, en donde es posible seguir los diferentes matices del entusiasmo y de la inspiración, y aunque es cierto que el tema es por sí solo capaz de imprimirle aspectos variadísimos a la expresión, se circunscribe forzosamente el intento analítico, dejándonos como maniatada el ansia que tuvimos de adentrarnos más hondamente en el jardín de ensueños del poeta, porque si es cierto que nos fué dable penetrar a ese jardín, fué únicamente para descubrir en él lirios y más lirios, pero nada más que lirio. No es ésto, por cierto, deficiencia emotiva, ni pobreza creativa, porque quien forjó la piedra, cautivó también la locura de la luz; quien nos mostró la cima, nos donó, al mismo tiempo, su serenidad y su belleza; pero a veces quisiéramos encontrarnos en nuestro anhelo de cumbres y en nuestra inquietud de soles, con las síntesis estupendas, o las concreciones sobrecogedoras. Es el ansia, el ansia torturante y dominadora de contemplar en toda su suntuosidad la belleza, en toda su plenitud la inspiración, en toda su trágica desolación la tempestad, en toda su insaciable voracidad el incendio y en todo su poder obsesionante, el amor; de ahí el vacío que nos deja el relámpago, la perturbación espiritual que nos produce una melodía en fuga, la tristeza que nos agobia frente la beldad marchita y la sinuosa pesadumbre que nos asalta contemplando la cuenca gris de los arroyos, vacío que es a manera de aspiración truncada, de sacudimiento efímero, de contemplación fugaz; y que si es cierto que merced a esa sugestividad honda y alucinante del poeta evocamos en toda su majestuosa policromía y con todo el poder obsesionante de sus estridencias y suavidades el torrente de las emociones que estremecen la mente y provocan ese incendio pavoroso en el que se retuercen, vibran, se quejan y sollozan los cordajes de acero de la Vida, también es cierto que deseára-

ANTOLOGIA POETICA

mos encontrar todo eso envuelto en la tenue emotividad de los versos.

Esta es la impresión que nos ha dejado el libro de Láinez, poeta por sus cuatro costados, que ha sabido alzarse, a fuerza de rudos aletazos, por sobre las cursilerías de moda, sustraerse de los ismos algebraicos y de la influencia de los profundos que pasan en sus templos solitarios, trazando en la muselina de las sombras, indescifrables jeroglíficos.

Este Breviario Sentimental es a manera de una vacilación en la ruta amplia y luminosa que abriera el poeta con sus "CRISTALES DE BOHEMIA" y "VOCES INTIMAS".

Que sea este manajo de sonetos un escollo suave en el que se varó su barca, son nuestros deseos, para que prosiga sobre el mar borrascoso de la Vida, arrancándole a cada golpe de su remo un nuevo acorde y una nueva significación que servirán para empavesar sus mástiles y decorar sus velas.

Carlos IZAGUIRRE.

Tegucigalpa, D. C.,
Mayo de 1939.

MENSAJE LIRICO

Joven Poeta, soñador y altivo;
palafren de la rima ensoñadora...
¡Tu libro es como un ósculo votivo
a los pies de Afrodita tentadora...!

Hay en él en derroche persuasivo
una alondra que canta con la aurora;
y a su lado un espíritu cautivo
entre oleajes de zarza punzadora.

Citareda gentil..., hacia tu alero,
mi alma, como un pájaro señoero,
salta rozando la extensión vacía,

a llevarte esta ofrenda de buen grado,
¡y a decirte que estoy embelesado
con tu lírica copa de ambrosía...!

Primitivo HERRERA
(Poeta Dominicano)

Playas de La Libertad,
El Salvador, Octubre, 1939.

OFRENDA

Este libro sencillo, en el que puse
mi alma diáfana, ardiente y delicada,
lleva en los pliegues de su nota alada
cierta ingenua emoción que me seduce.

Recíbelo, muchacha, y cuando cruce
por tu caleidoscópica mirada,
medita, ya que él es la llamarada
que tu albo amor en mi interior produce.

¡Es tuyo y mío...!, los dos lo hemos vivido,
los dos en esta copa hemos vertido
las mieles que hoy mi numen interpreta.

Y cuando mi existir se haga pedazos,
recuerda con amor que fué en tus brazos
en donde un día me sentí poeta.

LA CONFESION

Charlábamos tú y yo en los corredores
del solitario caserón paterno;
habíase extinguido el rudo Invierno
y era el tiempo propicio de las flores.

De pronto esos tus ojos soñadores
me vieron fijos con mirar tan tierno,
que, sintiéndome ahogar de un mal interno,
te hice la confesión de mis amores.

Temblaste de emoción y en raudo vuelo
clavaste las pupilas en el cielo
como quien muda una palabra invoca.

Sonó el Angelus en la blanca ermita,
y siendo presa de una fe infinita,
lancé un suspiro y te besé en la boca.

DANIEL LAINEZ

LA CITA

Ya de novios los dos nos dimos cita
en el sombrío caserón vetusto,
en donde franco te narré con gusto
la inmensidad profunda de mi cuita.

Y allí dejamos una frase escrita
en la suave corteza de un arbusto;
compromiso de amor que era muy justo
hubiéramos llevado hasta la ermita.

Con la tarde emprendimos el retorno;
todo era fiesta y esplendor en torno
—de confidencias hubo un gran derroche—.

Y por la zigzagueante carretera,
anonadados de emoción sincera
andando juntos nos halló la noche.

BOGANDO

Era un suave atardecer de estío,
como por sobre el lomo de una boa
deslizábase lenta la canoa
en la indolente impavidez del río.

El agua, con su suave murmurío,
elevaba a los cielos una loa,
cuando de pronto se encayó la proa
en un recodo pérfido y sombrío.

Fueron horas de duda y sufrimiento.
La luna —como lámpara de argento—,
hizo la noche cálida y serena.

Un faro —dije— nos depara el cielo...
Y en un raptó de amor y de consuelo
volcamos en el agua nuestra pena.

EN EL PARQUE

La tarde agonizaba azul y quieta;
guiados de una pasión caballerisca
hablamos de una corte versallesca,
del divino Romeo y de Julieta.

Y en un fresco rincón de la glorieta,
al verte tan locuaz y picarezca,
volqué en la copa de tu boca fresca
mis ansias infinitas de poeta.

Fuimos presas de un gran sacudimiento,
y abrasados del mismo sentimiento
quedamos como en éxtasis profundo...

La banal pequeñez quedó abolida,
cuando de pronto nos volvió a la vida
el canto de un pájaro errabundo...

CUANDO CRUZAMOS JUNTOS

Cuando cruzamos juntos por la alfombra
de la verde y prolífica llanura,
siempre notó, con férvida ternura,
que soy la sombra misma de tu sombra.

Tu noble amor con su poder me asombra,
mi boca de pasión se transfigura,
sintiendo un deje de inmortal dulzura,
cuando en mi triste soledad te nombra.

Yo te siento correr entre mis venas
como un rauda torrente de armonía
ungiendo con su música mis penas.

Y tú has seguido con valor mis pasos;
¡si mis triunfos te embriagan de alegría,
yo te he visto llorar en mis fracasos!

DANIEL LAINEZ

SORTILEGIO

Reía la mañana en tus pupilas
con una alegre risa de colores,
y reían tus senos tembladores
entre un crujir de sedas intranquilas.

Reían francas tus ojeras lilas
pronunciadas por lánguidos ardores,
y tus dientes de nítidos blancos
reían en la eurtmia de sus filas.

¿Vaga alucinación, quizá? ¡Lo ignoro!
Sólo entreví que en tu reír sonoro,
no sé qué extraño sortilegio había.

Reías con candor, de tal manera,
que Dios —rigiendo la Natura entera—,
mirándome reír... ¡se sonreía!

SKETCH

¡Qué negro es tu cabello y qué sedño!
¡Y qué ingenua y qué franca es tu alegría!
¡Qué grandes son tus ojos, novia mía,
y tu pie primoroso... qué pequeño!

Tu pálido semblante si risueño
se vuelve a mí, radiante de ufanía,
arrebata veloz mi fantasía,
a los magos países del ensueño.

Tu charla jovialísima y sincera,
como un salmo de amor en primavera,
de tus húmedos labios se desliza.

Y te revistes de un sin par donaire,
cuando estallan alegres en el aire
los áureos cascabels de tu risa.

QUERELLA

Llenábamos de risas el ambiente
de la verde pradera perfumada,
cuando de pronto de mi boca airada
brotó una frase descompuesta e hiriente.

Fué una expresión rotunda e imprudente.
Profundamente herida y contrariada,
me lanzaste un reproche en la mirada
y me diste la espalda, indiferente.

¡Cuánto sufrí...!, ¡cuánto sufrí, Dios mío!
Recuerdo que en mi loco desvarío,
con mano airada castigué mi frente.

Y en los plenos ardores de aquel día,
al patio de la rústica alquería,
llegamos juntos, silenciosamente...

AQUEL DIA

—Dos horas de esperar..., ¡y ella no llega!
Dos horas renovando mis dolores...
¿Por qué han perdido su color las flores?,
—dije movido de impaciencia ciega—.

¿Por qué hoy el día no nos hace entrega
de su fiesta de sol y de colores?
¡Han callado los pájaros cantores
y ya mi perro Bravoleón no juega!

De pronto ví que en un cercano banco,
tú me esperabas con paciencia pía
presa en las gazas de tu traje blanco...

Y pude constatar con extrañeza
que estaba alegre, como siempre, el día
y que era mía la fatal tristeza.

DANIEL LAINEZ

ANGEL GUARDIAN

Pastaba el buen rebaño en la querencia
al amparo de rústicos pastores;
y en la fronda los claros surtidores
derrochaban su rítmica elocuencia.

Todo era luz y amor en mi existencia;
tendido sobre un campo de verdores,
pensaba en la verdad de tus amores,
saturados de cándida inocencia.

Y en esa postración de paz, tendido
sobre la yerba me quedé dormido,
soñando que en silencio me besabas.

Desperté de mi sueño al poco rato
embalsamado de un perfume grato...
Como un Angel Guardián... , ¡tú me cuidabas!

CURIOSA

Con el ardor que la pasión provoca.
sacudiendo nerviosa tus caireles,
revolvías mis íntimos papeles,
sencillamente encantadora y loca.

Trinaba alegre una canción tu boca,
hecha de rosas y fragantes mieles,
y agonizaban trémulos claveles
sobre un florero de cristal de roca.

Por fin, inquieta, se encontró tu vista
con el viejo retrato de una artista,
de blancas manos y de labios rojos.

Me viste con miradas suplicantes,
y dos lágrimas finas, cual diamantes,
rodaron en silencio de tus ojos.

REVENAR

Yo te bendije, amor, cuando en aquella
dulce y cálida noche de verano,
tú me tendiste la piadosa mano
y enjugaste mis lágrimas con ella.

Estabas, como nunca, franca y bella.
El cielo azul... y en el chalet cercano,
con languideces de dolor un piano
desgranaba su límpida querella.

Me hablaste con dulcísima ternura,
tratando de ahuyentar mi desventura
con vívidos consejos ultra-humanos.

Como una rosa se entreabrió mi anhelo,
y ante la augusta impavidez del cielo,
en un silencio te besé las manos.

PARA MI ERES TODO

Siguiendo las volutas caprichosas
de mi fragante cigarrillo habano,
lejos, muy lejos del rumor mundano,
yo profundizo el alma de las cosas.

En el jardín hay pájaros y rosas
y nuevos nidos en el cedro anciano,
y sobre un lirio que se yergue ufano,
hay un revolotear de mariposas.

Y te hallo en mi heredad, tangible,
en el lirio gentil, siendo imposible
que yo te sueñe de distinto modo.

Y es que en esta hora sensitiva y mansa
en tí mi recia voluntad descansa,
ya que en el mundo para mí eres todo.

DANIEL LAINEZ

BAJO TUS REJAS

Al raudo impulso de un amor divino,
—como a la rosa la dorada abeja—,
hacia el vitral de tu florida reja,
con pasos presurosos me encamino.

Y uno mi boca que modula un trino
a la tuya, romántica y bermeja,
y el sabor de tus labios se asemeja
a un embriagante y generoso vino.

Siento que se desborda tu cabello
como una catarata, y en mi cuello
sus finas hebras con primor enlaza.

En tanto que en la calle bulliciosa,
fingiendo una batahola, presurosa
la alegre y sorda muchedumbre pasa.

VIVAMOS EL PRESENTE

Ya que todo en este mundo pasa,
como pasa una ráfaga de viento;
ya que el destino con afán violento
nuestros sueños más caros despedaza;

Ya que toda ambición noble fracasa,
por más noble que sea el sentimiento;
ya que el tiempo alevoz en un momento,
sendas opuestas en el mundo traza;

Gocemos, dulce amada, en este instante,
del mirífico beso alucinante
que endulza el alma con dulzura arcana.

Vivamos embriagados de ilusiones,
y unamos nuestros tiernos corazones,
sin indagar lo que vendrá mañana.

ENTREGA

Su cuerpo virgen, ardoroso y suave,
en el sitial de la floresta umbría,
como un grito de gozo y lujuria
hacia mis ansias enfiló su nave.

De sus caricias me entregó la llave,
y en torno de "sus senos sin mancilla",
gocé su halago con lúbrica alegría,
como lo hiciera en la manzana un ave.

—Tómame—, dijo con placer profundo—,
no quiero que en las luchas de este mundo
mi fresca y dulce juventud se extinga.

Y ante lo inesperado de su entrega,
surgió a mis ojos la bacante griega
con su pámpano fresco y su sirynga.

CAUTIVA

Al gritar en tu oído mi idealismo,
tú eras apenas una niña esquiva,
apagabas mi lámpara votiva
con el frío gracial de tu hermetismo.

Pero rodaste al fin hasta el abismo
de mi existencia noble y sensitiva,
y tu esperanza se quedó cautiva
en el piélago azul de mi optimismo.

Y hoy, que estás entre mis redes presa,
sintió que ha renacido mi entereza,
porque en las rudas luchas del momento,

nuestras estrepitosas risotadas
volarán cual triunfantes clarinadas
en las alas errátiles del viento.

DANIEL LAINEZ

UN HONDO SENTIMIENTO DE TERNURA

Un hondo sentimiento de ternura
por tí, mujer, mi corazón abriga;
¿quién otra como tú, querida amiga,
ha sabido aliviar mi desventura?

Como en un lecho de impecable albura
y un pozo de agua que mi sed mitiga,
ya descargué en tus brazos mi fatiga,
y ya endulcé en tus labios mi amargura.

Ya tengo una criatura amante y buena,
a quien confiarle con amor mi pena,
a quien contarle mi fatal quebranto.

Ya en el nectario de tu boca ardiente,
revolotcan con amor ferviente,
las áureas mariposas de mi canto.

OPTIMISMO

Al unir mi destino a tu destino
yo abrigué la esperanza redentora,
de encender en tu mente soñadora
un fanal que alumbrara tu camino.

Mas todo fué ilusión, y luego vino
la dura realidad arrolladora,
que con su soplo de inquietud traidora,
amargó nuestro pan y nuestro vino.

Y a pesar del dolor y la cizaña
que en nuestras almas asestó su herida
el amor siempre fiel nos acompaña.

Y ya que fué dictada nuestra suerte,
cruzamos resignados por la vida
hasta rodar en brazos de la muerte.

EPILOGO

Aquella tarde sensitiva y mansa,
del astro rey en su fulgor postrero,
en tus balcones deshojé, sincero,
la rosa virginal de mi romanza.

Un hálito de amor y de esperanza,
—como el aroma de un florido otero—,
perfumó la aridez de mi sendero,
y oí una voz que me gritó: ¡descansa!

Fué un sueño no más, un espejismo,
saturado de cruel romanticismo
que en el olvido sepultar quisiera.

Y ya que rudo me burló el destino,
recojo mi bordón de peregrino
y prosigo mi vida aventurera.

ISLA DE PAJAROS



POEMARIO MARINO.—1941 - 1945

ANTOLOGIA POETICA

Estamos frente a un nuevo libro de versos de Daniel Laínez: *ISLA DE PAJAROS*, cuyo nombre nos sitúa inmediatamente sobre una bella esmeralda, expectante y pensativa, estremecida por las canciones del mar, arrullada por el aleteo febril de las gaviotas, besada suavemente por el capricho de los ocasos, envuelta en el sortilegio de las noches calladas, enternecida por la ensoñación de las estrellas, o mimada por el diálogo de las olas.

Alas, desvanecimiento de crepúsculos, caprichos de espumas, locuras de auroras, góndolas de velas níveas deslizándose por sobre la turquesa de las ondas, descanso de aves peregrinas y rumores y quejidos y ansias, alzándose en tumbos sobre los flancos verdes para arder, como invisible llamarada, sobre la cima meditativa, y diluirse, como una púrpura oración, en el espacio azul. Tal el marco deslumbrador que escogiera el poeta para arrojar sus granos de ilusión o para tender, con conmovedora reverencia, su lira de inquietudes, para que los vientos marinos, el roce enternecedor de las olas o la beodez magnífica de los ocasos, arrancara de sus cuerdas sensitivas el canto de la vida, el sutil acorde de la entraña en llamas o la explosión polifónica de la mente en los sublimes y trascendentales momentos de la inspiración.

El sitio, la hora, la cadencia con que se desenvuelve una emoción, el ritmo con que vibra una idea, el hechizo que arrastra una palabra, el torbellino que estremece un pensamiento, forman tal cúmulo de modalidades en la labor creativa del artista, que no es posible para el analítico captar la honda armonía, ni el fervor alucinante en sus obras y creaciones, si no se procura establecer la sintoni-

DANIEL LAÍNEZ

zación de espíritus, o no se hacen esfuerzos por percibir con claridad la fusión del sujeto con el objeto, es decir, el medio y circunstancias que dieron origen y vida a las percepciones y perennidad a las emociones. Tanto más alto grado de fusión logre alcanzar el artista, mayor esfuerzo de simpatía y de interiorización tendrá que llevar a cabo el analítico. No hay que olvidar que el artista en su labor creativa deja de ser un simple espectador de la vida o de los fenómenos de la naturaleza para convertirse en un incansable explorador, que poniendo al margen las impresiones superficiales y pasajeras, se adentra con ansiedad hacia el fondo de los hechos, pasa en fuga precipitada de lo concreto a lo abstracto, de lo objetivo a lo subjetivo, para extraer de las penumbras la claridad dormida, el susurro prisionero, el rasgo enclaustrado o la vibración perdida en los abismos insondables. Va como un poseo tras la claridad que intuye, y haciendo a un lado los resplandores y las vibraciones exteriores, penetra con fruición al fondo para iluminar el objeto con la llama que en su interior descubre y embellecer la idea con la pristina belleza de sus propias vibraciones. Una vez lograda aquella afinidad, resultado trascendente de su atracción emocional hacia el objeto, dérivase, por lógica secuencia, ese anhelo abrasador, esa angustia agudizada que cristaliza en sí misma y se expresa a sí misma por aquella definitiva y consciente concentración del sujeto con el objeto, que constituye, al final, el estado que pudiéramos llamar contemplativo. Polarizados sentimientos, emoción, ansia inextinguible de conocimiento y expresión en el objeto, se revela éste en formas tan sorprendentes, y al mismo tiempo tan bellas, que parece iluminarse con luces irreales y adquirir aspectos multiformes que sólo es posible captarlos al calor de la llama que se ha logrado sorprender en sus interioridades. Esto conduce en la labor apreciativa y crítica a un punto fundamental de convergencia: la sintonización del crítico con el sujeto para explorar unimismados los campos que el segundo ha recorrido.

Amparados en esos postulados, empezamos a explorar con el poeta Láinez sus campañas líricas, y encontramos en su poema "Mar: yo te saludo", uno de esos momentos felices de afinidad en que parece haber captado ese misterio enorme y múltiple que la inmensidad perennemente inquieta de las olas aprisiona, al decir:

ANTOLOGIA POETICA

“Mar:
como mi propia vida:
¡Turbulento!
Mar,
como mi vida misma:
¡Borrascoso!
Como mi propio ensueño:
¡Ilímite!
Como mi sér:
¡Variable!”

Hay en esas palabras de turbulento, borrascoso, ilímite, variable, una afinidad, aunque limitada, con las características exteriores de la existencia humana, aunqu en el mismo canto, ya en un sentido trascendental, apareja la inquietud perenne de las olas a ese desasosiego espiritual que no encontrando punto de convergencia, se agita en un anhelo supremo de cristalización, jamás alcanzado, pero incesantemente perseguido, cuando dice:

“Mar, siempre azul como mi anhelo,
irrealizable y diáfano...
Diáfano y sonoro
como esta canción aprisionada
en la caja redonda de mi verso”.

Se percibe en ese grito de angustia una especie de fascinante desesperación que se tiende como una onda tersa y tornasolada por sobre los acantilados de la vida. Vése el rasgo rojo que abre la arista erguida y se plasma en la inmensidad el rictus doloroso de los labios que aprisionan el lamento para no perturbar el anhelo que cabalga encendido sobre el dorso áspero de la eterna pesadumbre.

Pero por sobre ese afán, que parece retorcerse desolado y solitario en las tenebrosidades de lo imposible, lanza el poeta, en un supremo esfuerzo de latitud, su canto espiritual, avienta como un soplo caliginoso trepanando el encaje de las neblinas, o retando el incesante clamor de las tempestades el trino de su vida: jubiloso, radiante y armonioso, libre de todo encadenamiento, como si en un momento de supersensibilidad o de intenso éxtasis, hubiera saltado las limitaciones terrenales y sorprendido las lontananzas espléndidas que se extienden y expanden indefinidamente como rutas milagrosas de lo insondable y de lo eterno. Y así, su alma, sin trabas, sin lastres, ni temores ni vacilaciones, insuflada del soplo recóndito, estremecida

DANIEL LAINEZ

por la cimera aspiración siempre latente en el anhelo diamantino, sale como una fleta blanca del pecho enternecido rumbo al infinito.

Alma mía,

.....
es preciso que sueñes..., que te vayas
mar adentro...,
mar adentro y sin sentido
y aprisiones el rugido
del oleaje
del océano...”

Pero a este vuelo sideral se le asigna una misión acorde con la fuga gloriosa, la de “descifrar arcanos” y “penetrar los fondos misteriosos del océano” de la vida, para llegar a la sublimación de la misma, en el momento deslumbrador en que la “cadena que a la tierra la esclaviza” se “rompe” para entrar de lleno a la plenitud. Si sólo el poeta hubiera tenido alientos suficientes para aunar a su vuelo de infinito el momento intenso de la comunión, y si a ese sacudimiento de liberación no le hubiera atado el hilo de un anhelo bellamente humano, sí, pero fuera de lugar en el campo conceptual que rige a ese poema —hilo que a manera de cadena tensa aparece en el último verso— la composición hubiera llegado a adquirir la iridiscencia de una gota marina prendida al filo de una nube blanca.

No faltan, sin embargo, los contrastes. Al aletazo espléndido, al vértigo deslumbrador, se junta, quizá por ese fenómeno de desequilibrio espiritual que se opera en los momentos más tensos de la vigilia, la vacilación, el miedo de aprisionar lo que más se anhela, la angustia de dejar escapar el resplandor y no poder hacerlo nuestro y permanente, y uno de esos momentos asalta al poeta cuando clama, con perturbadora ingenuidad, desde el fondo de su postración —que se nos antoja es pasajera—, esta súplica que dirige al viento marino:

“Bárreme esta palabra que llevo a flor de labios
noche y día,
este nombre maldito que me incendia la boca
como una llama viva...
Y bárreme esta lágrima que me empaña la vista,
viejo viento marino”.

Descensos inexplicables de la vida, desmayos misteriosos de la mente que no pudieron soportar el gélido roce de las

sombras, ni la vibración solemne de los silencios, pero mientras no adquieran carácter de frivolidad en el poeta o consubstanciación definitiva en su alma, no dejarán de ser más que los quejidos que pasan besando el ala luminosa de los trinos, o los estertores del pesimismo que se prenden desesperadamente a los festones jubilosos de las exultaciones.

Rasgos de pesimismo, de desolación y vencimiento se advierten también en los poemas “¿Qué Sensación de Escándalo y Naufragar de Anhelos”, “Estamos en Intimo Contacto”, “A la Luz Mortecina de un Crepúsculo”, “Sobre las Aguas Quietas de su Espíritu” y otros; pero estos rasgos son a manera de emociones que nos arrancan los ocasos, o desmadejamientos de ilusiones cayendo lentamente sobre los torbellinos de la vida, y que el poeta parece haber resumido admirablemente en la siguiente estrofa:

“En vano teje quimeras
la rueca de mi cantar...
Quimeras que se disuelven
como la espuma del mar”.

Y retornando ahora a nuestra tesis inicial de la afinidad íntima del sujeto con el objeto, cabe preguntarnos: ¿logró Láinez tal afinidad?

Es difícil llegar a conclusiones categóricas en casos como éste, que careciendo de finalidades concretas, y siendo, por otra parte, campo amplio de experimentación emocional o temperamental, evade toda síntesis, para presentarse amplio, elusivo, tormentoso unas veces, vacío, inasequible e infinito otras, quedando apenas para los que experimentaron el vértigo, o clavaron sus pupilas encendidas en la vorágine enloquecedora el chisporroteo alucinante, la nota suelta, el vuelo fantástico, la silueta imprecisa de algo que empañó la repentina claridad para sumirse instantáneamente en la sombra y el misterio.

De aquí que, a mayor capacidad receptiva y más aguda penetración intuitiva, corresponda mayor poder de expresión de realidad y más alto grado de objetivación, de donde se deriva esa escuela cromática de intelección que forja grupos y define modalidades perceptivas, por el solo hecho de no estar todos igualmente capacitados para interiorizar, comprender o analizar las imágenes, ideas o conceptos que le fué dable al poeta captar en sus magníficos momentos de inspiración. Si esto ocurre en el terreno que pudiéramos

DANIEL LAINEZ

mos llamar "real", en que las apreciaciones son el resultado directo de la sensibilidad visual y anímica, en gradación, acorde al desarrollo de la misma, ¿qué ocurre cuando se trata de lo "subjetivo", o de lo "abstracto", de lo "irreal"? Más aun: ¿pueden establecerse divisiones categóricas entre lo "real" e "irreal"? Ciertamente que no existen normas que marquen tales divisiones en el juzgamiento de los aspectos fenomínicos. Si existen, no pasan de ser convencionales, correspondiendo ellas así a la conveniencia y no a la verdad. No es, para el caso, un argumento decir que todos los humanos observan el mundo en la misma "forma" y que esa "forma" es la pauta incontrovertible para apreciar la realidad, aunque por razones prácticas hallamos convenido en definir la "cordura" como el método de "compartir las alucinaciones" de nuestros semejantes. Aquellos que son sinceros consigo mismos saben perfectamente bien que esta manera de "compartir alucinaciones", es incompleta. Al través de una voluntaria adopción de una nueva concepción del universo, podemos y cambiamos en cierta extensión, nuestra manera de ver las cosas, edificando nuevos mundos de nuestras impresiones sensoriales y trasmutando los objetos en una forma más fácil y completa que el más listo de los ilusionistas. Los "ojos y los oídos", decía Heráclito, son muy malos testigos para los que tienen alma de "bárbaros" y aun en aquellos que las culturas han moldeado se descubre la tendencia de "ver y oír" todas las cosas al través de sus propios temperamentos. En un mismo cielo el poeta podrá descubrir templos de ángeles y moradas de serafines, pero el agricultor verá únicamente la ausencia o la señal de la lluvia bienhechora y el marino la amenaza de la tempestad. De aquí que, el artista y el profesional, el cristiano y el racionalista, el científico y el empírico, el socialista y el capitalista, el romántico y el modernista, el pesimista y el optimista, viven y se desenvuelven, en realidad, en diferentes mundos, siendo éstos, al mismo tiempo, exclusivos, no solamente en pensamiento sino en percepción. Únicamente la circunstancia feliz de que nuestro lenguaje ordinario es convencional y no realístico, nos permite ocultarnos de uno a otro el único y solitario mundo dentro del cual "vivimos" excepcionalmente, y de tarde en tarde nace un artista, tremendamente articulado, amplio como el universo, enormemente franco, que se impone la tarea de "hablar" tal como "ve y oye". Entonces sus congéneres, envueltos cálidamente en sus artificiales universos, se convienen entre sí para declararlo "loco", arrastrados por una

piadosa "simpatía" lo califican de un "hombre extraordinariamente imaginativo", o presintiendo y temiendo al mismo tiempo su aplastante capacidad mental e intuitiva le clavan en la frente el honroso título de "imbécil", o lo sacrifican jubilosos en la ignominiosa cruz. Empero, esos mundos fraguados antojadizamente por el egoísmo individual, no son permanentes. Cada uno de nosotros, a medida que crecemos, cambiamos, y trabajamos incesante, aunque involuntariamente rehaciendo nuestro universo sensual. Nos acomodamos en cada momento específico de nuestras existencias no a lo "que es", sino a lo que "somos", y nuestra personalidad tiene que pasar al través de infinitos reajustes desde nuestro nacimiento hasta la muerte. Dentro de este esfuerzo continuo vamos hilvanando visiones, arrojando al crisol de la experiencia las ideas y atando presentimientos en un glorioso anhelo de fundir en un solo "aspecto" lo "real" con lo "irreal" para llegar a la categoría de "absoluto" y sorprender en su inmanencia "La Verdad".

No es necesario llegar a conclusiones categóricas sobre el aspecto o aspectos de la "poética marina" de Láinez. A la luz de las anteriores dilucidaciones podrán las mentes amplias, desinteresadas y exentas de egoísmos y trivialidades deducir justamente sus aciertos.

Cierra Láinez su libro marino con dos poemas que penden como dos cortinas negras del ventanal posterior de su santuario de ondas verdes y espumas tornasoladas. Ventanal y cortinas criban la luz de las lejanías y arrojan sobre el silencio del templo resplandores melancólicos.

¿Qué podría decirse acerca de la técnica poética de Láinez? Los melindrosos, los sensibleros, los narcisistas, los impermeables, los adeptos a las fórmulas consagradas, los dragones de la perceptiva, los preciosistas, esos que viven puliendo, tallando y modelando vasos con la arcilla roja y dura de sus anímicas emociones, los que piensan que las manos y los pies son los únicos instrumentos que sirven para hacer aflorar la belleza del mármol y del barro, los cronométricos y los cuadrangulares que creen que sólo es bello lo que se ajusta a la medida y responde exactamente a la severidad de la línea recta, los que temen a la curva porque les infunde pánico la cima y terror el abismo, los que nutren su fantasía en el fango y le ponen como cetro un lirio, los que tiemblan ante los estremecimientos y juntan sus manos seniles frente al rayo que rasga convencio-

DANIEL LAINEZ

nalismos y tritura pasividades, los saturados de nostalgias y congestionados de pautas rígidas, los que rinden culto al hábito y pleitesía a lo fosilizado, esos y sus turiferarios encontrarán en los versos de Láinez, irreverencias, extravíos, atrevimientos, quizá todo malo y nada... , nada bueno; pero los que han aprendido a captar la melodía en el silencio, a cincelar el vaso en la gota de rocío, a galopar en las sombras y a abrirse paso por las selvas de la vida, los que saltaron el estertor y aprisionaron el júbilo, los que se agarraron a las crines de las tormentas y siguieron los senderos iluminados por los relámpagos, los que saben descifrar el mundo de inquietudes que acumula el llanto y el de inefabilidades que se mece en la sonrisa, los que alzan su corazón como una copa diáfana hacia el infinito y destruyen los murallones que aprisionan la mente para dejarla expuesta a los besos del sol y de la lluvia, los que saben de condensaciones y entienden de delicuescencias, los que tesaurizan polvo de aromas, acumulan locuras de crepúsculos y aprisionan el rugir de las tormentas, los que cantan al mar porque es amargo y trágico, a la onda porque es pérfida y voluble y a la espuma porque es ilusionante y frívola, los que aman la belleza por su trascendencia y no por el fluir de sensaciones gratas y pasajeras, los que cantan porque el trino les brota de la entraña en llamas y no de la mano que se tendió vencida, esos encontrarán en los versos de Láinez el efluvio sutil que pasa por entre el enmarañamiento de la vida suavizándola, exaltándola y ennobleciéndola.

Carlos IZAGUIRRE.

Tegucigalpa, D. C.
Junio 15 de 1941.

TIMONEL RESPONSABLE DE MI PROPIO DESTINO

Timonel responsable de mi propio destino,
he lanzado a los mares mi sombrío velero,
y en las grandes locuras de mi Yo aventurero
no he medido siquiera la acritud del camino.

He retado las furias del torrente marino,
y a luz argentada de las lunas de enero,
en la paz milagrosa que nos brinda el estero,
le he arrancado a la vida la limosna de un trino.

Las mujeres del puerto me han brindado sus brazos,
y rindiéndome dócil en sus niveos regazos
me he sentido un pirata esplinático y fino...

Y he cruzado los mares sin más premio ni paga
que sentirme en la vida —turbulenta y aciaga—
timonel responsable de mi propio destino.

DANIEL LAINEZ

MAR: YO TE SALUDO...

Mar,
como mi propia vida:
¡Turbulento!
Mar,
como mi vida misma:
¡Borrascoso!
Como mi propio ensueño:
¡Ílimate!
¡Variable!

Mar siempre azul como mi anhelo,
irrealizable y diáfano...
Diáfano y sonoro
como esta canción aprisionada
en la caja redonda de mi verso.
Qué sensación de bien invade mi alma
cuando te enjotas con astrales luces
de aves viajeras y de velas blancas...

Mar:
¡yo te saludo...!
Te saluda mi vida,
te saluda mi anhelo...
¡Te saluda mi ensueño,
con una algarabía de pájaros en fiesta...!

*ALMA MIA,
PALOMA ASUSTADIZA*

Alma mía,
paloma asustadiza de estas playas,
es preciso que sueñes... , que te vayas
mar adentro... ,
mar adentro y sin sentido
y aprisiones el rugido
del oleaje
del océano...

Que descifres el Arcano,
que penetres hasta el fondo misterioso
de este océano borrascoso...

Y hasta entonces,
alma mía,
—paloma asustadiza—,
con afán impenitente,
romperás esta cadena que a la tierra te esclaviza,
regresando hasta mi pecho, dulce, suave y transparente... ..

DANIEL LAINEZ

YO QUIERO UNA CASITA EN ESTAS PLAYAS...

Yo quiero una casita en estas playas...
Una casita aislada y blanca,
—como paloma tímida—,
una casita humilde que se enoje de luces
en las tardes de enero...
Que tenga una ventana que dé al mar y a los cielos,
y una puerta... Una puerta
siempre abierta al viajero.

Una casita blanca
que en los crudos inviernos
sea diáfana y tibia
como un nido de pájaros;
y en los meses más recios
del ardiente verano
sea fresca y fragante
como un ramo de azahares...

Yo quiero una casita en estas playas...
Una casita aislada y blanca,
—como paloma tímida—,
en donde nadie turbe nuestra quietud...
¡Amada!

TU QUE ERES BARRENDERO

Tú que eres barrendero, viejo viento marino,
barre este cruel recuerdo que se aferra a mi mente,
y esta silueta que va impresa a mis ojos...
Y bárrame esta carga de suspiros que llevo
como una maldición dentro del pecho.
Que sea mi esperanza de alcanzar sus caricias
como esas garzas blancas que cruzan el espacio
sin manchar con sus alas la limpidez del cielo...
Bárrame esta palabra que llevo a flor de labios
noche y día,
este nombre maldito que me incendia la boca
como una llama viva...
¡Y bárrame esta lágrima que me empaña la vista,
viejo viento marino!

QUE SENSACION DE ESCANDALO Y NAUFRAGAR DE ANHELOS

Tu S. O. S. desesperado —como un hule invisible—
se estiró largamente sobre el mar en borrasca...
Las aguas te envolvieron con sudarios de espuma
y el oleaje bravío te entonó un *De Profundis*...
No tuviste en la muerte ni la visión de un faro
que alumbrara las costas sombrías de tu Arcano.
Tus ojos se enturbiaron y en tus labios
murió tu último grito sin lograr libertarse...
¡Qué sentiría tu alma en esa hora suprema!
¡Qué sensación de escándalo y naufragar de anhelos
rompería la cárcel material de tu pecho...!
Los fuetazos del viento chasquearon en tu cuerpo
vigoroso y curtido por los soles del trópico.
Caíste al fin al fondo sin fondo del olvido,
como han caído todos tus hermanos y amigos...
¡Caíste, viejo lobo..., camarada del trueno,
sin la lumbre piadosa de un relámpago,
ni la visión de un faro
que alumbrara las costas sombrías de tu Arcano!

DANIEL LAINEZ

CON LA SANA ALEGRÍA DE UN NIÑITO DE ESCUELA...

La mañana ha colgado sus gajos de alegría
en nuestras almas...

Sana alegría de sentirnos tan niños,
a pesar de los años,
y a pesar de la muerte
sentirnos optimistas...

El sol esta mañana
también se siente niño,
y como niño juega
entre palomas blancas
y blancas velas tensas...

(¡Qué musical el prado,
qué sol tan optimista,
y qué cielo tan claro!).

La llanura es la verde
esperanza tendida
en un afán sin nombre
de alcanzar horizontes...
Y es el potro su espíritu
y el torrente es su sangre...
(Alborozo de crines sacudidas
y estallar de cristales en derrota).

¡Oh, sol de Primavera!
¡Oh, tibio sol:
yo te saludo
con la sana alegría
de un niño de escuela...!

ESTAMOS EN INTIMO CONTACTO

Estamos en íntimo contacto:
Yo estoy atado a tí por el lazo del afecto.
Me balanceo a veces como esos barcos viejos
que ansian por la noche abandonar el puerto
en un afán de viaje sin retorno...

Tengo la piel tostada del viejo marinero
y una bruma en los ojos.
¡Yo creo que esa bruma es humo de su pipa!
(Bruma y humo es lo mismo para el viejo marino...
Para el viejo marino..., mar y cielo es lo mismo).

Pugno a veces rebelde por romper las amarras,
mas no puedo..., ¡es en vano!
Tú eres el recio muelle
que me retiene en tierra...
¡Yo el averiado barco sin patente de viaje!

MI ALMA, ESTE CIELO Y EL MAR

El mar se ha puesto tranquilo,
tranquilo el cielo y el mar...
La espuma en las aguas finge
blanca corona de azahar...

Niña viajera, qué triste
me siento aquí junto al mar.
¡La tranquilidad de mi alma
cuándo la podré alcanzar!

En vano teje quimeras
la rueca de mi cantar...
Quimeras que se disuelven
como la espuma del mar...

Recuerdo la despedida;
nunca la podré olvidar;
dos lágrimas de mis ojos
rodaron lentas al mar.

El mar, el cielo y mi alma,
mi alma, este cielo y el mar,
parece que en su silencio
te invitan a regresar...

El mar se ha puesto tranquilo,
tranquilo el cielo y el mar...
¡La tranquilidad de mi alma
cuándo la podré alcanzar!

DANIEL LAINEZ.

HOY HAN BAJADO LAS ESTRELLAS A BAÑARSE EN TUS AGUAS...

Hoy han bajado las estrellas a bañarse en tus aguas.
Tu quietud soñolienta le ha inspirado confianza a los luceros
que raudos han venido a jugar en tu oleaje...
¡Oh, dulce mar en calma...! ¡Oh, mar océano ilímite!

Yo admiro las rugerencias de tu oleaje bravío
cuando estalla en las rocas con escándalos épicos...
Y la calma que viene después de cada asalto,
una calma silente, confiada y casi mística...

Me recuerdas, entonces, oh dulce mar tranquilo,
el enervante embrujo de una ciudad de fábula
oculta en los recodos de mi niñez lejana...
Simbad cruzaba, entonces, las aguas en su barca,
y Aladino alumbraba mi senda con su lámpara...

¡Ay!, mis lágrimas de hombre, candentes y saladas,
han roto el prisma límpido que llevaba en los ojos...
Simbad: cruza las aguas que hay nuevos niños pálidos
que sueñan con tu barca...

Aladino: enciéndeles tu lámpara,
y así, que puedan ellos visitar los jardines
de esa ciudad de fábula...

Que yo prefiero ahora quedarme solitario
dialogando en un mudo silencio con los astros,

A LA LUZ MORTECINA DEL CREPUSCULO

Me he quedado vacío
como esos puertos coloniales
que bostezan de hastío
a la hora del crepúsculo...

¡Vacío!
Ni una actitud rebelde,
ni una inquietud romántica,
ni siquiera
la vaga intención de una mentira...

Sólo
—de tarde en tarde,
y a la luz mortecina del crepúsculo—,
por el amplio recinto de mi mente
cruza el fantasma de un recuerdo
tornándolo más fúnebre...

Me he quedado vacío
como esos puertos coloniales
que bostezan de hastío
a la hora del bochorno...

DANIEL LAINEZ

SE HA DORMIDO EL RENCOR SOBRE MI ALMA EN ESPERA...

Se ha dormido el rencor sobre mi alma en espera...
Sobre las rocas agrias de mis horas inútiles
ha florecido el lirio impoluto de mi pena.

Acércate a mi cuerpo, sin temor, hermana...
(Ya ves: ¡te llamo hermana a pesar de tus hechos,
y a pesar de mis vicios: tú me llamas hermano!).

¿El rencor? En mi pecho ha encontrado su Sahara...
Yo sé que si este mar ahora me atropella,
él mismo, con sus olas..., me arrullará mañana.

Acércate a mi cuerpo, sin temor, hermana,
que hoy en las rocas agrias de mis horas inútiles
ha florecido el lirio impoluto de mi pena.

SI ELLA LLEGARA UN DIA TENDRIAMOS UN HIJO...

Si ella llegara un día tendríamos un hijo,
un hijo sano y fuerte... ¡Un hijo marinero!
Un hijo que supiera del rugir del océano,
de la inquietud del ave y del silbar del viento.

No lo someteríamos a la recia cadena
de llevar en la espalda un bolsón a la escuela,
ni del vano calzado que oprimiera sus pies,
pues él aprendería en el mar y en el cielo
las primeras lecciones de su ruda niñez.

—¿Y los números?

—¡Los aprendería contando las estrellas!

—¿Y la canción?

—¡La aprendería en el rugir del viento!

—¿Y la ciencia?

—¡Esa se la daría el corazón del mar!

Si ella llegara un día tendríamos un hijo,
un hijo que supiera del rugir del océano,
de la inquietud del ave y del silbar del viento...

HE ESCUCHADO TU VOZ SALITROSA Y DISTANTE...

He escuchado tu voz salitrosa y distante
en el cuenco rosado de un caracol marino;
tu voz que tantas veces arrullara mi oído
en mis horas terribles de borrasca y naufragio.

Llegarás en la barca de un buen día
lleno de sol y vida..., llegarás jubilosa
con los brazos en alto, como mástiles,
a sostener el roto velamen de mi vida.

¡Y ya no has de irte nunca!
El tiempo correrá en los corceles del viento;
la espuma del océano teñirá nuestras testas,
y en la playa desierta fingirán nuestras sombras
dos barcas claudicantes cargadas de tristeza...

COMO DOS FUERTES OLAS ME ENVOLVIERON TUS BRAZOS...

Como dos fuertes olas me envolvieron tus brazos.
Fuí cobarde en la lucha..., ¡tristemente cobarde!
No pude resistir en la hora suprema del naufragio;
y así, como una barca a merced de los vientos,
naufragué dulcemente en el mar de tus caricias...

Mis blancos velámenes en fiesta de sol y pájaros
se han perdido en la vaga luminosidad de tu alma:
de tu alma, mezcla extraña de diablesa y de mártir,
de tu alma hecha de ramblas ardientes y satánicas,
y a veces, a capricho, de luz que purifica...
¿Me quisiste? Lo ignoro... ¡Después de tu victoria
me lanzaste a la playa sin nombre del olvido...!

DANIEL LAINEZ

CANCION MARINA EN TIERRA FIRME

Náufrago solitario perdido en tus pupilas;
venciendo los escollos de tu frialdad sin eco,
—agarrado a la tabla de mi constancia ilímite—,
he llegado a la playa sin nombre de tu pecho.

Sobre la suave arena de tu piel ardorosa
he tendido el manchado ropaje de mis frases;
no quiero recogerlo, pues tú has de devolvérmelo
con un blancor de espumas y un estallar de oleajes.

Y así, todo desnudo, amparado en la sombra
de tu cuerpo flexible, cual palmera lozana,
narrará a tus instintos —desterrados del cielo—
una historia muy vieja, la de Adán, sin palabras...

EL RUGIDO DEL MAR SE HA CONVERTIDO EN MUSICA

El rugido del mar se ha convertido en música,
—música suave y mansa para arrullar cariños—.
Tan leve es esta música, tan sutil y tan plácida,
que más bien se dijera que es un reír de niños.

El faro —centinela de este puerto en suspenso—
tiene un gesto sombrío de infinito desvelo...,
un grupo de muchachos pasa cantando alegre
y una mancha de garzas tiñe el azul del cielo.

Hasta la misma espuma me parece más blanca,
—estuche primoroso para guardar ensueños—.
Mientras dos barcas cruzan por la rada,
yo pienso en días idos más dulces y risueños.

Días aquéllos, blancos..., ella y yo en estas playas;
—olvidando mis penas y mis crueles fracasos—,
yo declamaba en su oído el Cantar de los Cantares,
mientras ella en silencio se adormía en mis brazos...

HOY FALTARA EN LA PLAYA UNA NOTA DE ALEGRIA

El día se entreabrió como un gran lirio
en el jardín magnífico del cielo...
Las olas juegan como niños
acariciando las arenas de la playa.
Una quietud que asombra a las gaviotas
bate las dulces palmas del espíritu,
poniendo sensaciones de ternura
en los laberintos recónditos del alma...

Y pensar,
mi pequeña locuela,
que esta mañana clara has de quedarte en cama;
y pensar que estás enferma,
que no has de levantarte...
Hoy, mi niña,
mi pequeña locuela,
aunque esté abierto el día como un lirio
en el jardín magnífico del cielo,
faltará en la ancha playa
una nota de alegría:
tu boina suave cual paloma blanca
y el grácil jugar de tu sombrilla...

DANIEL LAINEZ

EN LA TORRE MAS ALTA
DE MI ESPIRITU

Tu cabellera al viento
—bandera desplegada en la torre más alta de mi espíritu—
ha puesto un punto mágico de entusiasmo
sobre esta playa cálida...

Tu cabellera —oro
que se diluye con este sol de enero y nos abrasa el alma—
fragante, fina y húmeda cual la de Berenice,
ha obrado el gran milagro de volverme optimista,
a pesar de ir cruzando mi Cabo de Tormentas.

Tu cabellera —blonda y maga
y sutil como la tela de Mab, reina del cuento—,
ha puesto en mis pupilas un prisma de espejismos
en mis horas solemnes de naufragio...

Cabellera,
fragante, fina y húmeda, cual la de Berenice,
—oro que se diluye en este sol de enero abrasándome el alma—
tú te hallarás incólume, mientras me quede vida
en la torre más alta de mi espíritu...

SI ESTUVIERAS A MI LADO, AMADA...

Hay un febril saqueo de guitarras...
La playa se siente estremecida de júbilo,
las palmeras parece que danzan con el viento
y hay un reír sonoro de corazones jóvenes...
¡Ah, si estuvieras conmigo en esta hora
crepuscular y blanca...!
Si estuvieras a mi lado, amada,
mezclarías tu risa con mi risa,
apagando el rasguear de las guitarras
y el dulce rumorear del mar en calma...

Me siento a meditar... La arena
donde escribí tu nombre junto al mío,
hoy me parece hostil y más ardiente,
quemando mis pupilas con su brillo...
Si estuvieras a mi lado, amada,
mezclaría mi risa con tu risa,
y nuevamente, en esta arena,
que hoy me parece hostil en mi tormento,
escribiría tu nombre junto al mío,
aunque mañana lo borrara el viento...

DANIEL LAINEZ

TENUE COPO DE ESPUMA...

Con la aguja de un beso
Dios unió nuestras almas...

La tuya: leve seda;
burdo jergón, la mía.

Tenue copo de espuma
sobre una áspera roca:
¡yo temo que te rompas!

Con el imán de un sueño
Dios unió nuestras almas...

Noche triste y profunda
la mía, toda negra;
albo fulgor de aurora
la tuya, toda blanca...

Dulce lucero pálido:
¡yo temo que te apagues!

Con la aguja de un beso,
con el imán de un sueño,
Dios cosió nuestras vidas,
Dios unió nuestras almas...
Y, sin embargo,
¡tener que separarnos!

Tenue copo de espuma,
albo fulgor de aurora:
yo temo que te rompas...
¡Yo temo que te apagues!

SOBRE LAS AGUAS QUIETAS
DE SU ESPIRITU...

Me asomé a los balcones de sus ojos,
Mas ellos eran una noche negra...
¡Oh, noche impenetrable!

Y taladré el silencio con mis gritos,
sin que pudiera responderme el eco
de su palabra amiga.

Sobre las aguas quietas de su espíritu,
yo volqué mi chalupa de ilusiones...
¡Y naufragaron todas!

Le arrojé la semilla de mi verso,
—la que regué con lágrimas—,
mas nunca pudo germinar en su alma...

Hoy,
—sobre los brazos trémulos del tiempo—,
he recostado mi nostalgia...

DANIEL LAINEZ

MARINERA: AUN TE ESPERO...

Fosforescencia azul
sobre la mar tendida,
y en el cuenco de mis manos
un puñado de perlas...
Las encontré en la playa una mañana diáfana
poco tiempo después de su partida...

(Marinera:
aun espero
la señal primera
de tu raudo velero).

¡No te vayas!
tan sencilla la frase,
y sin embargo,
la estrangulé en los dientes...
Corazón, corazón..., ¡por qué desmayas!
Corazón, por piedad, dí qué presentes...

(Niña viajera:
regresa,
vieras con qué honda tristeza
mi corazón aun te espera).

Fosforescencia azul
sobre la mar tendida,
y en el cuenco de mis manos
un puñado de perlas...
Son las lágrimas, ¡ay!, que derramara
la mañana de nuestra despedida...

(Mi dulce novia lejana,
ya no me digas que aguarde,
porque mañana,
quizá ya sea muy tarde).
Corazón, corazón..., ¡por qué desmayas!
Corazón, por piedad, dí qué presentes...

LA SIRENA DEL VAPOR
DECAPITO EL SILENCIO...

La sirena del vapor
decapitó el silencio
con la aguda cuchillada de sus gritos...
El viejo faro —con su pupila yerta—
atisbaba a lo lejos...
Yo corrí, sonámbulo, hacia el muelle;
las calles solitarias me salían al paso,
graves,
mudas...

Respetaban el hondo
dolor que me agobiaba
en la hora fatal de su partida...
Dolor que ancló en mi pecho huérfano
de ilusiones y afectos...
El vapor fué alejándose,
tranquilo,
indiferente,
mudo...
Regresé vacilante hacia mi casa.
Las calles solitarias me salían al paso,
graves,
mudas...
Mientras el viejo faro
—con su pupila yerta—
atisbaba a lo lejos...

DANIEL LAINEZ

MI CORAZON ES PUERTO SIEMPRE ABIERTO A LA ESPERA...

El mar se ha vuelto azul de tanto ver al cielo...
(El cielo en la mañana es como un mar en calma).

Las mujeres del puerto tienen ojos azules...
(Azul el mar y el cielo, y azul la lejanía).

Las palmeras se inclinan para ver el velamen
de las barcas viajeras que se van mar adentro...

(La luna en el espejo de las aguas es una
barcarola sin rumbo donde boga mi ensueño).

Canción de pescadores nostálgicos de bruma
bajo el sopor maligno de una noche de estrellas...

(En qué playa remota de sal y sol, mi niña,
habrá abierto a los vientos su sombrilla de olvido).

Yo estoy aquí en la playa, frente a este mar en calma...
¡Mi corazón es puerto siempre abierto a la espera!

PEDRIN VIENE DE PESCA...

Pedrín viene de pesca,
viene alegre el pequeño;
sus pantorrillas brillan
al sol que reverbera;
con su canasta al hombro
viene alegre y risueño,
y su fina atarraya
pendiente en su cadera.

Vuelve a ver hacia atrás,
hacia la alegre playa;
se detiene dudoso...
Nada ve en el estero.
Prosigue su camino,
y pronto el tuno estalla
en un alegre canto...
¡Pedrín es un jilguero!

Viene extraño el muchacho...
¡Algo en sus ojos brilla!
¿Buena pesca quizá?
¿O encontró una fortuna?
No. ¡Nada de fantasía!
Cuando pescaba el pobre
del mar en la ancha orilla,
le sonrió una gringuita
más linda que la luna.

DANIEL LAINEZ

LA MAÑANA ERA BLANCA...

Dijo el viejo pirata,
siguiendo las volutas de su pipa:
amigos, compañeros, camaradas,
hoy encontré el tesoro
que en una isla remota
enterrara una tarde...

(La mañana era blanca,
blanca como una perla...,
había olor a azahares,
y el mar estaba en calma;
el viejo lobo extático
parecía soñar
un sueño soporífico
de aschid o mariguana).

Lo creía perdido...
Estaba tan distante...
Tan distante y remoto lo creía...
Y esta mañana clara
y límpida y sonora
me lo trajo en sus alas

¡Oh, mi vieja alegría!,
yo la enterré en el pecho
de una mujer que espera
en una isla remota...
La creía perdida,
estaba tan distante...
Y hoy, sin esperarla, vino
en las alas miríficas
de esta mañana límpida...
¡De esta mañana clara!

(La mañana era blanca,
blanca como una perla...
y el anciano pirata seguía con su charla,
una charla incongruente
de aschid o mariguana...)

CANTO A LA RUMBERA PORTEÑA

Serpentina
serpenteante,
negra carne,
loco son,
al retorcerte jadeante
pienso en un mal torturante
que olvidó la Inquisición...

Tu cuerpo,
real sandunguera,
—del jazz en la honda balumba—
zumba
y retumba
en la rumba
como una grácil palmera.

Serpentina
serpenteante,
negra carne,
loco son,
la maraca alucinante,
como una queja ululante,
llora al par del saxofón.

Al volar tus leves faldas,
mis instintos definidos
gimen y vagan perdidos
en la noche de tus nalgas.
Ardiente negra rumbera,
—trasunto fiel de tu raza—
el piso que pisas pasa
crujiendo la noche entera.

Serpentina
serpenteante,
negra carne,
loco son,
al recordarte jadeante
pienso en un mal torturante
que olvidó la Inquisición...

DANIEL LAINEZ

LA TABERNA DEL PUERTO

La taberna del puerto se encuentra enfiestada,
ha bajado del barco una desenfrenada
patrulla de marinos dispuestos a gozar...
Quieren pasar alegres siquiera unos momentos
ahogando con el vino sus íntimos tormentos,
lejos del jefe austero y del rumor del mar.

En la sala espaciosa de la sucia taberna
y a la luz indecisa de una vieja linterna
que, a veces, parece que se quiere apagar,
cada cual a su modo el descanso celebra,
apurando sedientos, ron, cerveza y ginebra,
o fumando en sus pipas que no cesan de humear.

Yo, que estudio la ciencia de la Psicología,
he leído en un rostro no sé qué nostalgia,
yo no sé qué honda pena que me ha hecho pensar:
que ese pálido enfermo de mirar taciturno,
lleva ya muchos años de rodar por el mundo,
por regiones lejanas..., sin amor, sin hogar...

Unos en una mesa juegan a la baraja
y —mientras van contando las cartas— en voz baja
entonan dulces cantos que añoran el ayer...
Uno, que con el juego su bolsa beneficia,
con sus velludas manos el rostro se acaricia,
y los azules ojos le brillan de placer...

Otro, a un grupo cuenta sus viajes a Inglaterra,
las mil corrientes de agua que esa región encierra,
y que ellos —principiantes— no deben ignorar...
Y salen presurosas...; otras calladas..., lentas...,
de las oscuras pipas columnas cenicientas
que haciendo mil caprichos se miran serpentear...

ANTOLOGIA POETICA

Y otro, más viejo, narra sombrías aventuras:
conoce del océano sus vórtices y honduras,
y a punto estuvo un día de caer al Malstrom.
Anduvo cuando joven en un vapor pirata;
conoce bien las costas de la Ciudad del Plata,
de Méjico y de Honduras, y de la rubia Albión.

Un pálido grumete, —raquítico muchacho—,
que de apurar ginebra está medio borracho,
piensa en su madre muerta, que de Dios goce en paz...
Sólo ella en este mundo colmaba sus antojos...
Y mientras la recuerda se escapan de sus ojos
dos lágrimas que surcan su descompuesta faz...

Y, en medio de la sorda y fugaz algarabía,
pasan la noche entera y llega el nuevo día,
cuando oyen la estridente sirena del vapor...
Y salen abrazados del bodegón porteño,
borrachos de ginebra, cerveza, ron y sueño,
¡van a bogar ahora con rumbo al Ecuador...!

DANIEL LAINEZ

NOCTURNO DE OTOÑO

A tí —compañera de la Vida, del Amor y de la Muerte— va esta triste canción desesperada...

¿Mi corazón? Mi corazón —cronómetro del alma— sólo marca las horas que me encuentro a tu lado, y en mi mente que es fragua de pensamientos lúgubres, el tiempo gime en vano como paralizado...

(¡Qué alegría más grande la alegría de verte...!
Mi corazón se expande más allá de la vida y de la muerte...)

¡Qué soledad más honda cuando te hallas ausente y qué dolor más fiero sobre mi alma se aferra! Lloro mi corazón con lágrimas fantásticas y mi llanto parece que va a inundar la tierra.

(¡Ah! No poder retenerte entre mis brazos...
Ir siguiendo tus pasos más allá de la vida y de la muerte...)

Abro los ojos, desmesuradamente, fríos, húmedos, en busca de tu sombra..., y el vacío me espanta; los cierro atormentados y, cual visión cerámica, tú emerges toda blanca, indefinible y santa.

(¡Oh!, el anhelo infinito de mis ojos cansados..., y no poder, Dios mío, para siempre en la vida mantenerlos cerrados...)

En busca de tu voz —consoladora y lánguida—, he aplicado mi oído al corazón del mundo... La noche me parece de una negrura trágica, tornándose el silencio más sórdido y profundo.

(¡Oh, silencio enigmático, siete veces maldito...!
Con qué impiedad me aterra; parece una pregunta lanzada al infinito...)

Estoy en plena noche, lleno de frío y pánico, ante el misterio enorme de lo que ha de venir, sin el elixir mágico de tus besos balsámicos y con la carga enorme de tener que vivir...

ANTOLOGÍA POÉTICA

(¡Oh, abandonar la vida,
irse rumbo al misterio
cortándose las venas...!
Mas, cómo dejarte sola,
a solas con tus penas...)

“El Cuervo” de Edgar Poe, con sus alas fatídicas
y sus potentes garras se afianza en mi sér...

Y ángeles negros rondan en mi retiro lúgubre
invitándome al viaje del que no he de volver...

(¡Oh, poeta maldito!,
tu duda enorme,
tu infinita duda
de poeta inconforme,
es mi propia duda...)

El jardín se ha poblado de sombras siniestras;
danzan negros fantasmas que he forjado, inclemente;
y una gran batahola de consejas horribles
han tomado, de pronto, valor real en mi mente...

(Baudelaire, qué tormento,
cierra ya tu misal...
Me envenena y calcina
la mortal estriknina
de tus “Flores del Mal”).

Canta mi corazón una canción de angustia,
una triste canción de pena y muerte...
En su rueda sombría y en esta hora fatídica
mi corazón hilvana la idea de perderte...

(Mi corazón solloza
de un infinito dolor...
Y es que en él hay una fosa
en donde triste reposa
mi última trova de amor...)

Qué soledad más honda cuando te hallas ausente
y qué dolor más fiero sobre mi alma se aferra.
Llora mi corazón con lágrimas fantásticas,
y mi llanto parece que va a inundar la Tierra...

(¡Ah! No poder retenerte
entre mis brazos...
Ir siguiendo tus pasos
más allá de la vida
y de la muerte...)

¿Mi corazón? Mi corazón —cronómetro del alma—
sólo marca las horas que me encuentro a tu lado,
y en mi mente que es fragua de pensamientos lúgubres,
el tiempo gime en vano como paralizado...

DANIEL LAINEZ

ELEGIA DULCE POR EL POETA DE AYER

Elevo esta elegía por la muerta poesía,
por la rima elegante que era todo armonía,
que este siglo mató.
Por el rondel melifluido y el soneto galante,
que a pesar de estos tiempos —de una brega constante—
sigo admirando yo.
Voy a decir un réquiem por todos los que fueron
atrevidos Quijotes, y quienes sucumbieron
empuñando el lanzón.
Que habiendo sido guiados de su maligna suerte
hoy gozan resignados del sueño de la muerte
en la paz del panteón.
Ya no revientan rosas de amor en los balcones
de las novias discretas. Ya todas las canciones
se han olvidado al fin.
Ya no hay carnavalescos desfiles; Colombina
no escucha con arrobo la dulce bandolina
que le habla de Arlequín.
¿Dónde encontrar la nota que arrulle nuestro oído?
Mozart está callado, Beethoven se ha dormido,
lo mismo que Chopín.
Sólo se escuchan ruidos cuajados de estridencia,
los músicos y poetas perdieron la conciencia,
borrachos de jazz-band.
Los lirios se estremecen de angustia en el camino,
ya no hay ni un solo bardo de numen florentino
que cante a su Beatriz.
Todo se ha terminado, monótona es la senda...
¡Oh, páginas de Morgue!, hoy es una leyenda
la bohemia de París.
El viento vagabundo que sopla en la alameda
no peina la rizada melena de Espronceda,
ni la barba de Inclán.
Ya la Reina traviesa no se entrega a su paje,
ni en la entraña intrincada del frondoso bosque
juguetea el Dios Pan.

ANTOLOGÍA POÉTICA

En las calles lucientes de la espléndida Francia,
ya no luce altanero Baudelaire su prestancia,
ni cojea Verlaine.
Y en los predios de España —hoy doliente y derruida—
ya no vive Carrere disipando su vida
con Carrillo y Rubén.
Terminó ya la época de los locos divinos,
ya las selvas fragantes no se pueblan de trinos,
plenos de santidad.
Ya el hombre cerró el templo del noble sacrificio,
sumergiéndose ufano en los mares del vicio
con voluptuosidad.
¡El romance...!, el romance!, ha perdido su encanto,
ya no hay tiernas palabras hilvanadas con llanto,
ni suspiros de amor.
El Don Juan —sin dinero— no es más que un fracasado;
un idiota y un necio... ¡pobre desventurado
quien ofrenda una flor!
Los balcones, sombríos... ¿Para qué los balcones?
Sin flores y sin pájaros, sin vida ni ilusiones,
eso no puede ser...
Un balcón está muerto —sobre todas las cosas—
si entre búcaros frescos de claveles y rosas
no asoma una mujer...
Ya no hay gentiles hombres ni nobles mosqueteros
que vayan por el mundo cruzando sus aceros
en defensa del Bien.
Al hombre generoso le llaman majadero,
y hasta aquel noble Maestro que murió en el Madero
le escupieron la sien.
Perdió el hombre sus sueños de olímpica grandeza,
su elevación de espíritu, su amor por la belleza,
su más divino afán.
Y si aparece un poeta de numen soberano,
entonces iracundo con su terrible mano
lo estruja Calibán.
Nada le dice el pájaro, ni la fuente sonora,
ni el pino rumoroso, ni la luz de la aurora,
ni el viento matinal.
Todo él se encuentra sordo, dormido... ¡su alma muerta!
Y, ¡oh terrible ironía!, solamente despierta
cuando le hablan del mal.
Por eso es que hoy elevo esta dulce elegía,
por la rima elegante que era todo armonía,
que este siglo mató.

DANIEL LAINEZ

Por el rondel melifluido y el soneto galante,
que a pesar de estos tiempos —de una brega constante—
sigo admirando yo.

Y he entonado este réquiem por todos los que fueron
atrevidos Quijotes, y quienes sucumbieron
empuñando el lanzón.

Que habiendo sido guiados por su maligna suerte,
hoy gozan resignados del sueño de la muerte
en la paz del panteón.

Entone un himno férvido el aire tremulento,
brinde la mar su espuma, la luz lunar su argento,
su aroma dé el jazmín,
en loor de esas humildes almas atormentadas,
y que esas nobles tumbas que yacen olvidadas
custodie un serafín.

OPINIONES VALIOSAS

*P*cabo de regresar de las playas de La Libertad, donde tuve el placer de recibir su bello tomo de versos y haberlos leído con sumo interés. Lo felicito fraternalmente.—Primitivo HERRERA.—San Salvador.

“Cristales de Bohemia” es una primicia que le sitúa en lugar preponderante entre los jóvenes cultores de la belleza en América.—Agenor ARGUELLO.—Aguachapán, El Salvador.

Siempre he reconocido en Ud. el verdadero Poeta y como tal lo he admirado, porque me inspira eterno reconocimiento todo aquello que da lustre y fama a la patria.—Manuel LUNA MEJIA.

Me interesa su labor poética. La realiza Ud. con honra y con belleza.—Gilberto GONZALEZ Y CONTRERAS.—Habana, Cuba.

Felicito a Daniel Láinez por su Breviario Sentimental, “A los Pies de Afrodita”.—Alfonso REYES.—México, D. F.

La humanísima “Canción a las Madres Hondureñas”, “Alfarero Divino”; el rotundo soneto “Sembrador y Poeta”; el poema cristiano “Jesús”, bastan para que de tí pueda decirse sin adjetivaciones impúdicas: he ahí versos que sólo pudieron salir de la cerviz de un alto Poeta.—Alejandro VALLADARES.

Daniel Láinez enriquece su arcón de visionario con la festividad de los brillantes, de cuyo fondo brotan constantemente los colores del iris, visita los excelsos jardines donde florece el nardo de la fábula y utiliza el cincel de la palabra para esculpir el símbolo del arte sobre la columnata de alabastro consagrada a las Musas.—Néstor BERMUDEZ.—La Habana, Cuba.

DANIEL LAÍNEZ

Usted es de los muchachos que realmente valen en Honduras.—José R. CASTRO.—Habana, Cuba.

Daniel Láinez, Poeta sincero y espíritu cordial.—Carlos H. RUIZ.

Yo, que no tengo aspiraciones ni siquiera de asomarme a las laberínticas tenebrosidades de cierta poesía de actualidad, me deleito con la producción de Daniel, que es como las macetas de orquídeas, que tienen frescura y fragancia de la montaña y del riachuelo murmurante donde se abrevan los pájaros y las libélulas azules.—Angela OCHOA VELASQUEZ.

Noto con satisfacción que cada día se vigoriza y depura. Está usted llamado a ocupar un puesto brillante en las letras americanas.—Froylán TURCIOS.

Ha escrito poesías de verdadero tuétano regionalista, ha esculpido sonetos de contornos casi impecables, bordado poemas con la fuerza imaginativa y la riqueza de Darío, o con la sencillez y el hondo sentimiento de Bécquer.—Jacobo V. CARCAMO.

He de hacer constar que me refiero a los verdaderos poetas, no a los cantores desafinados que como una nueva plaga nos han caído encima. Me refiero al gorjeo espontáneo, al canto bello, a la melopea sentida.—Augusto C. COELLO h.

Daniel Láinez, verdadero poeta, fino y emotivo.—Marcos CARIAS REYES.

Daniel Láinez queda inmortalizado con su libro "Cristales de Bohemia".—LA EPOCA.—Tegucigalpa.

.... Daniel Láinez es un cantor que mantiene su idea y su acento dentro de las tradicionales combinaciones melódicas. Es posible. Pero es una incontestable evidencia que sus poemas están hechos de notas tan cristalinas, límpidas y sonoras como pocas han sonado en las liras hondureñas.—EL CRONISTA.

Hoy su selección de sonetos, ha venido a confirmar la opinión que teníamos del joven poeta. En las páginas de "A los Pies de Afrodita", hemos sabido encontrar inspiración, limpieza, buen gusto y fluidez que encanta.—DÍARIO COMERCIAL.—San Pedro Sula.

ANTOLOGIA POETICA

Daniel Láinez, juventud inquieta y batalladora que ha sabido sobresalir por sus indiscutibles méritos literarios.—BOLETIN DE LA OFICINA DE PRENSA DE INFORMACION CENTROAMERICANA.

Su poesía emerge sin rebuscamiento, con suavidad de sentidor, y las metáforas se hilan espontáneas, en combinación de colores y de luces.—LA NUEVA TRIBUNA.—El Salvador.

RIMAS
DE HUMO Y DE VIENTO



POEMAS PARA NIÑOS.—1945

EL NACIMIENTO DE CAPERUCITA

¡Nació Caperusa!
La abuela confusa
recibió aquel suave rayito de sol.
Fué su madre una hada
fina, idealizada
por la mente loca del mago Perrault.

Se vistió de fiesta
la verde floresta,
los rosales fueron todo floración;
y en un limonero
un buho agorero
le daba consejos a un negro ronrón.

Vinieron de lejos
un par de conejos,
no sé qué libélula les pasó razón,
y ellos, complacidos,
dejaron sus nidos
para trasladarse a tu real mansión.

Un joven erizo
le pidió permiso
para visitarte a su protector;
y él, condescendiente,
plácido y sonriente
a su guarda-espalda le otorgó el favor.

Andando a saltitos,
cortos, menuditos,
desde un pinabete bajó un chapulín,
y haciendo gran guasa,
se llegó a tu casa
un verde lorito loco y hablantín.

DANIEL LAINEZ

Desde la montaña
descendió la araña,
te trajo una tela de su confección;
era un chalina
tan sutil y fina
que más parecía que era de ilusión.

Una mariposa,
toda jubilosa,
la grata noticia regó en el jardín,
y de su escondrijo,
con gran regocijo,
con aire curioso salió un tacuazín.

Un ratón travieso
despreció hasta el queso,
y por poco, el pobre, llora de emoción
cuando le contaron
que a tí te encontraron
en una cabaña de la rubia Albión.

La pálida luna
descendió a tu cuna
con un gesto suave temblando de amor;
mientras dos luceros
—cual dos pebeteros—
daban a tus ojos un suave fulgor.

Todas las campanas
vibraron ufanas
poblando el ambiente de un mágico son;
y en la blanca ermita
una palomita
le guiñaba el ojo a un dulce pichón.

De pura alegría
lloraba la ardilla,
de leva rajada llegó un chimpancé,
y una tortolita,
muy mona y chiquita,
con un clarinero bailaba un minué.

En la verde parra
cantó la cigarra,
un cerdito blanco tocaba acordeón;
y un pardo jilguero,
tuno y milonguero,
con voz gardeliana cantó una canción.

Sólo el lobo artero,
cruel y carnicero,
lamióse las jetas con dulce fruición;
ya se imaginaba
que te devoraba
como quien de postre se chupa un bombón.

¡Qué claro era el día,
todo era alegría...!,
nada más fastuoso que aquella mansión;
y Caperucita se me adormecía,
—por pura fortuna—,
como un tenue y blanco rayito de luna
en la suave cuna
de mi corazón.

DANIEL LAINEZ

EL BAUTIZO DE CAPERUCITA

Para los niños Alejandro y Lombardo Castro Alemán

El día,
—todo melodía—
rompió de la noche el negro ropón;
y es que esa alborada,
fuiste bautizada
con sales de ensueño y aguas de ilusión.

Era tu madrina
una golondrina,
tu padrino, creo, que un pardo gorrión;
la orquesta
estaba compuesta
de una rana vieja y un sapo timbón.

Presidió el cortejo
un joven conejo,
después, de levita, marchaba un ronrón;
una mariposa,
gentil y graciosa,
se asía del brazo de un gris moscardón.

La brisa,
tímida y sumisa,
besaba tus rizos bañados de sol;
mientras una abeja,
contaba su queja
al primo segundo de un buen caracol...

Iban jubilosos
dos gatos esposos,
andando a saltitos seguía un ratón;
muy grave y muy serio
—lleno de misterio—
un buho filósofo tiraba el bastón,

ANTOLOGIA POETICA

Iba una hormiguita,
muy rubia y bonita,
detrás de su padre un gran sompopón;
y atrás, despacioso,
un pato garboso,
decía sus chistes a un pavo pelón.

De purito viejo
gateaba el cangrejo,
no quiso en su cueva quedarse el simplón;
oyó la campana,
sonora y lejana,
que invitaba al templo con dulce din don.

Una sensitiva
paloma, cautiva
de las bellas frases de un blanco pichón,
iba temblorosa,
soñando en la hermosa
mañana fragante de su comunión.

En la turbia alberca
una rana terca
modulaba a solas su torpe canción;
la alondra, que oía,
para sí reía
con una solemne conmiseración.

Un patito feo
que iba de paseo
a ver se detuvo tan gran procesión;
y un escarabajo
muy chulo y muy majo,
se agregó al cortejo sin invitación.

Iban de las manos,
como dos hermanos,
una avispa roja y un negro escorpión;
y más en seguida,
seria y distinguida,
una garza joven y un ganso gritón.

Una gallinita,
muy fina y bonita,
marchaba del brazo de un gallo doctor;
iba tan graciosa
que la mariposa
le lanzó un piropo con sumo primor.

DANIEL LAINEZ

Todo era alborozo,
ruido aparatoso,
chistes, carcajadas, vida e ilusión;
todo el mundo estaba,
pero que saltaba,
de alegría loca, de satisfacción...

Esto sucedía
un lejano día,
yo era un niño apenas, dulce y juguetón;
y Caperucita
recibía ufana el agua bendita,
en la capillita de mi corazón.

DUELO BLANCO

¡Tristeza del día!
La melancolía
se clavó en las almas como un rudo arpón;
en la selva espesa,
de pura tristeza,
muy solo y enfermo murió un camaleón.

Un gallo altanero,
con semblante fiero,
arengó a sus damas con indignación;
no sé qué les dijo,
pero sé de fijo
que todas lloraron llenas de emoción.

Un buen guacamayo,
sufriendo un desmayo,
se quedó sumiso en grave sopor;
y hasta la lechuza,
contrita y confusa,
no probó el aceite del Altar Mayor.

¡Ay!, en el pantano,
hediondo e insano,
la verde ranita no quiso cantar;
el sapo, su esposo,
lanzó un gran sollozo,
después, como un niño, se puso a llorar.

Qué mal sentiría,
la traviesa ardilla,
que con voz gangosa pidió una Cortal;
su esposo le dijo,
con afán prolijo,
perdona, yo ahora no tengo ni un real;

DANIEL LAINEZ

Toda la floresta,
como una protesta,
lanzó un gran gemido de furia y dolor.
La vida era amarga,
era una gran carga,
¿de qué le servía su pompa y frescor?

La dalia elegante,
la rosa fragante,
el geranio rojo y el blanco jazmín,
murieron de tedio
sin ningún remedio,
y solo y enfermo quedóse el jardín.

Mi vida está rota,
gritó la gaviota,
la pena me mata... ¡La vida es dolor!
¡La vida es tortura!
¡Qué enorme amargura!,
que me lleve pronto le pido al Señor...

La débil corneja,
la avispa, la abeja,
la rata ceniza y el negro ratón,
todos sollozando,
iban comentando
aquella tragedia llenos de aflicción.

El escarabajo,
—dijo por lo bajo—,
si yo poseyera las garras del león,
a ese lobeznazo
de un solo zarpazo
lo despacharía derecho al panteón.

—¿Qué pasa en el gremio?,
—gritó un gran bohemio—,
gorrión que llevaba en el pecho una flor;
aquí todo es llanto,
confusión, quebranto,
cuchicheos tristes, misterio y dolor...

La lora hablantina,
—que era su vecina—,
contestóle al punto con trémula voz:
que Caperucita,
tan rubia y bonita,
fue presa del hambre del lobo feroz.

Y con voz velada:
esa era mi ahijada,
—dijo sollozando el pardo gorrión—;
yo pido consejo,
¿quién es el más viejo?
¡Qué hacemos, —qué diga—, con ese bribón!

—Yo soy un anciano,
—dijo un puritano
buzo que sabía de memoria a Kant—,
y de mil amores
sentencio señores:
¡neguémosle el agua, la luz y hasta el pan!

Y que se proscriba
a esa nociva
alimaña enferma de saña falaz,
y que ese capullo
de nieve y arrullo
viva en cada niño, por siempre jamás...

Mi Caperucita:
¿qué bruja maldita
de un tajo certero cortó mi ilusión?
Vino el desencanto,
y fuiste enterrada, sin pompas ni llanto,
en el camposanto de mi corazón.

MISAS ROJAS



SONETOS.—1946

VAMPIRESA

Sedienta vampiresa... ¡Oh, maligna hermosura!,
amo las combas breves de tus senos fecundos...
Tu boca es a manera de una cisterna impura
en donde abreven locos mis labios sitibundos.

Tú inyectaste en mis venas raudales de locura
y un satánico anhelo febril y tremebundo.
(Era la media noche de mi vida... ¡Noche oscura!,
y aullaban mis sentidos, ¡con un aullar profundo!).

Desde entonces, querida, me creen un libertino,
porque en vez de agua clara siempre bebo del vino
que emana de tus senos que son mi único Edén...

Y cuando me sereno, ya romántico y tierno,
¡siento grandes deseos de mandarte al Infierno,
ya que tú me apartaste de las sendas del Bien!

ESPLIN

Qué paz más espantosa. ¡Y qué monotonía!
Nada de extraordinario en mi espíritu pasa:
las mismas caras siempre, un día y otro día,
y el tiempo como un pulpo me sangra y despedaza.

Señor de mis tristezas: para esta mi agonía
dadme un par de diablejos que alborote la casa,
y a ella, que es tan mansa, dadle garras de arpía
y cambia su ternura por gestos de amenaza.

Yo la quiero rebelde, altiva, loca, fiera,
con caprichos diabólicos y poses de pantera,
que se lance a mi pecho con furiosos de gata.

Pon hogueras de fiebre en el fondo de su alma,
que este vivir tranquilo, esta paz, esta calma,
como un tósigo horrible me exaspera y me mata.

DANIEL LAINEZ

INSOMNIO

Silencio... Media noche..., y yo me encuentro enfermo;
enfermo de tus besos..., enfermo de tus brazos...
Y pensando..., pensando..., levemente me duermo...
¡Levemente me duermo pensando en tus abrazos!

De pronto siento el rítmico taconear de tus pasos.
Abro mi estancia. Atisbo. La calle es un gran yermo;
la cierro contrariado con violentos portazos,
me revuelvo en el lecho y ya no duermo...

Cuento las horas lentas: dos, tres, cuatro y las cinco;
venciendo mi fatiga nerviosamente brinco
del angustioso lecho frunciendo el entrecejo...

Corro hacia el tocador, y ante el cristal de roca
retrocedo, y un grito se escapa de mi boca,
pues veo que un fantasma se yergue ante el espejo...

CUANDO SALIO DEL TEMPLO

Cuando salió del templo la pálida novicia,
el atrio de la iglesia se vió resplandecer;
y mi alma, poseída de lúbrica codicia,
rugió como una fiera que quiere acometer.

Ella bajó la vista al suelo, sin malicia,
la tierra en ese instante bien pudo florecer;
fué entonces que, indiscretos, con sádica delicia,
mis ojos desnudaron su cuerpo de mujer.

Ella sintió en su carne la hoguera de mis ojos;
con sus liliales manos cubrióse los sonrojos
que como lava ardiente corrían por tu tez...

En tanto un Cristo de oro, pendiente de su cuello,
más dulce y luminoso, más flácido y más bello,
besaba sus dos senos ya en plena madurez...

LA VIRGEN DE MURILLO

Estaba tan humana, así... , ¡semidesnuda...!
Su carne tentadora era tan tersa y cálida
que el alma del artista, serena y corajuda,
ante sus desnudeces tembló como una inválida.

Trabó con su alma insana una batalla ruda
hasta dejarla flébil, para el pecado escuálida;
entonces su modelo, altiva, grave, muda,
se fué tomando triste e inmensamente pálida.

Requirió sus pinceles con un fervor inmenso,
y fué notando al punto que sobre el blanco lienzo
se plasmaba indecisa la extraña maravilla...

Pues de la faz pagana de aquella prostituta,
como de un sueño vago, serena e impoluta,
tomaba formas reales la Imagen de María...

JESUCRISTO Y DON QUIJOTE

El Divino Maestro —celebrando su día—,
convocó dulcemente sus sagradas legiones;
el Cielo todo entero de luz resplandecía,
y de amor palpitaban los mansos corazones.

Llegaron los Apóstoles radiantes de alegría;
seguíanles los Papas en sus regios sillones;
los Reyes Magos iban con José y con María;
después, la muchedumbre invadió los salones.

Llegó un anciano enteco de escuálida figura
con un jamelgo enclenque y una absurda armadura,
un hombre regordete iba del viejo en pos...

Y al notar el Maestro su presencia mezquina,
le dijo, emocionado, con voz trémula y fina:
¡ay, hermano, en el mundo fuimos locos los dos...!

DANIEL LAINEZ

MI VIEJO BARRIO

He vuelto al viejo barrio: silencio y luz escasa;
gentes extrañas fijan sobre mí su atención;
me miran largamente con gestos de amenaza,
y más de una indirecta me lanza un valentón.

¡Qué soledad en mi alma! Una inquietud me abraza:
¿qué fué de la traviesa y gárrula legión?
Ya no hay rondas de niños enfrente de mi casa
jugando alegremente al “Molinero Antón”.

Y pienso en la que dióme mis poemas iniciales:
sus senos dos pichones, sus ojos madrigales,
sus manos rosas místicas y música su voz...

Y así, con mi nostalgia, errante peregrino,
doliente y cabizbajo, prosigo mi camino,
bajo un cielo vacío en donde ha muerto Dios...

CASANOVA

En su bufet-inmóvil Casanova suspira.
¿Qué fué de sus satánicos y ardientes paraísos?
Su historia es un enredo sin ley ni compromisos:
politiquea, engaña, juega, bebe y conspira.

Cuántas trovas galantes, hijastras de su lira,
y qué riega de prendas de clásicos hechizos:
pendientes de diamantes, pulseras, ligas, rizos,
y aun duda, el viejo cínico, si sueña o si delira.

Mordido horriblemente de un rudo reumatismo,
hundióse en el abismo sin fondo de sí mismo
y exprimió en sus Memorias su lozana memoria.

Y cuando a su escondrijo llegó el postrer instante,
con el galante gesto de un caballero andante,
se fué flirteando ufano del brazo con la Gloria.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja: si yendo al bosque un día
en busca de la abuela te encuentras con el lobo,
alárgale tu cesta con noble simpatía,
y cuéntale este cuento, que él te oirá con arrobo.

Hermano lobo, —dile—, la ingrata felonía,
se entronizó en los pueblos; lo mismo han hecho el robo,
el crimen y la zaña, el dolo y la falsía:
¡el hombre de este siglo se ha convertido en lobo!

Pero más sanguinario, más cruel y más sañudo;
de triste y solitario se está volviendo mudo,
te juro que yo tiemblo cuando me hallo en su hogar.

Y el lobo, hambriento y fiero, después de oír tu cuento,
doliente y silencioso, meditará un momento,
y en vez de devorarte... , ¡se sentará a llorar!

ESCEPTICISMO

A Cornelio Rivera

He colmado mi copa de dolor y amargura;
nada tengo, ¡ya nada!, que pedirle a la Vida,
mis anhelos de Gloria, de grandeza y ventura,
nafragaron en torno de mi fe ya vencida.

Como andaba sediento de calor y ternura,
con las alas truncadas y la ruta perdida,
le entregué mi cariño a una bella criatura,
quien rasgó mis entrañas con afán homicida.

Y aquí estoy en la noche con mi duda tremenda,
esperando angustiado que aparezca en mi senda
un lucero menguado que ilumine mi sér...

Pero a mi hondo reclamo, nadie, nadie responde,
solamente la Muerte me atalaya y se esconde
en las gráciles formas de una esbelta mujer...

DANIEL LAINEZ

MI PUERTA SE HALLA ABIERTA

Tú que tienes la rara virtud de emocionarme,
y que llevas el alma como rosa entreabierta
para mis extravíos y esta loca e incierta
inquietud torturante... Debes de consolarme.

Ya que tuviste el firme sacrificio de amarme,
entra a mi humilde casa, que mi puerta está abierta;
mi puerta se halla abierta, como mi alma está abierta,
y en esta hora suprema debes de acompañarme.

Se llenará mi estancia de dulces armonías;
haré de tu alegría mis propias alegrías,
y cuando el mundo en tu alma descargue su furor,
yo he de ser el pañuelo que enjugará tu llanto;
la noche, mientras tanto, nos cubrirá en su manto
y tu dolor y el mío será un solo dolor...

EL REY POETA

Este era un Rey Poeta que acuñaba sonetos
con la elegancia misma de Fray Luis de León;
era un ser neurasténico de ojos vivos e inquietos,
un tanto vano y loco, caprichoso y burlón.

El amor para este hombre no tenía secretos,
ni la negra emboscada, ni temía al hampón;
visitaba arrabales por sucios vericuetos,
disfrazado de apache cual Francois de Villón.

Un día —mientras daba de comer a un mendigo—
miró una extraña sombra que se hallaba consigo,
y súbito el relámpago de una fiera estocada...

Y sereno y altivo, —conforme con su suerte—,
al mirar que llegaba bruscamente la muerte,
se despidió del mundo con una carcajada...

MAÑANA QUE TE VAYAS

Mañana que te vayas sabré lo que he perdido;
lo que significabas para mi corazón. . . .
Lo que por un orgullo —quizá mal entendido—
no quise confesarte, ahogando mi pasión.

Mañana que te vayas, de amor enloquecido,
he de clamar con llanto pidiéndote perdón,
y en vano he de implorarle sus filtros al olvido,
sus bálsamos al tiempo y al vino su ilusión.

Mañana que me dejes, sombrío y taciturno,
—como un negro fantasma bajo el claror nocturno—
visitaré los sitios que tu sandalia holló. . . .

Y narraré la historia con lágrimas escrita:
“ . . . era una blanca niña de dulzura infinita,
quien por mi torpe orgullo jamás me comprendió. . . . ”

DANIEL LAINEZ

DOS SONETOS A ELLA

I

Blancos son los sueños de los querubines;
blancas son las nubes de cielos lejanos;
blancas son las dalias, blancos los jazmines,
pero aun son más blancas, más blancas tus manos.

Son rojas las capas de los Cardenales
cuando con sus rayos el sol las enfoca;
rojos los rubíes de las damas reales,
pero aun es más roja, más roja es tu boca.

Dulces son las suaves sonatas del prado
cuando a las caricias de un sol desgarrado
de luces joyantes de pronto se iriza

Dulces son los ritmos de los madrigales;
son dulces los viejos cuentos orientales,
pero es aun más dulce tu ingenua sonrisa.

II

Las horas de angustia son negras y amargas;
las noches de espera son noches inmensas;
las noches de insomnio son negras y largas,
pero aun son más largas y negras tus trenzas.

Son bellas las claras mañanas de estío;
son bellos los suaves crepúsculos rojos;
bellos son los cantos sonoros del río,
pero aun son más bellos, más bellos tus ojos.

¡Oh, amor grande y fuerte . . . ! ¡Oh, alegría loca
de sentirte mía . . . , de besar tu boca
a través de toda una eternidad . . . !

Mías son tus trenzas de inmensa frescura,
mías son tus manos de santa ternura
y tus grandes ojos llenos de piedad.

MI CORAZON SE VA DE VACACIONES

MI CORAZÓN sencillo se va de vacaciones;
lo expulsaron del aula donde aprendió a querer;
está cansado y triste de restar ilusiones,
de sumar besos falsos, hoy lo mismo que ayer.

Ya no quiere que le hablen de sabias ecuaciones,
de abrazos y sonrisas nada quiere saber....
El pobre se hizo viejo hilvanando canciones
que nunca las mujeres supieron comprender.....

Fué el más tímido alumno de la clase primera....
Y hoy va de vacaciones en plena primavera;
maestríta de mi barrio, ténle tú compasión.

Y si un día regresa, de vagar ya cansado,
extiéndele matrícula, como a un niño aplicado,
en la escolita alegre que abrió tu corazón.

DANIEL LAINEZ

OBLACION

*A Thelma I, en la noche de su coronación
de Reina de la Cruz Roja Hondureña.*

I

¡Salve, oh Soberana de Celestes Imperios!
Mujer hecha de ensueños y esencias de azahar:
tu risa es una suave locura de salterios,
tus ojos son luceros que invitan a soñar....

¿De qué rincón sombrío de antiguos monasterios
emana la dulzura que anida en tu mirar?
Tu voz es sinfonía de olímpicos misterios
y toda tú un rayito de sol crepuscular.

Reina de Reinas, Thelma, mi mente visionaria
te ha soñado ir siguiendo la ruta de Samaria
ungiendo con tus rizos las plantas de Jesús....

Porque eres sensitiva, porque eres franca y buena,
pudiste en el Calvario —cual otra Magdalena—
abrirle tus dos brazos en forma de una cruz....

II

La sala está alfombrada de blancos azahares,
los corazones todos palpitan de inquietud;
y entre una loca zambra de luces estelares
destácase triunfante tu regia juventud...

De damas insinuantes hay bellos ejemplares,
y niñas como rosas ya en franca plenitud....
¡Figuras escapadas de exóticos bazares,
de la Sagrada Biblia o acaso del Talmud!

Mas tú, ¡oh noble Reina!, descuellas cual ninguna:
tu juventud florida es resplandor de luna,
es cántico de fronda, oro en fin, del Perú....

Todo lo que en el mundo nos embriaga y fascina:
verso, nube, sonrisa, clara perla marina....
¡Y, entre Reinas la Reina más hermosa eres tú!

PORTICO

Abro estas blancas páginas con un verso de oro,
con una estrofa dulce ardiente, musical,
porque al mirar tu rostro solemnemente añoro
las glorias ya pasadas de la era medioeval.

Cómo pasó aquel tiempo, fugaz como un meteoro,
tiempo de amor romántico, de dados y puñal;
pudiste ser entonces la esposa de un Rey Moro,
y ocupar de la Alhambra el muelle Sillón Real.

Limpia como la plata de una medalla antigua:
hay en los dulces pliegues de tu sonrisa ambigua
no sé que sortilegio de cándida vestal. . . .

Por eso cuando pasas —radiante de ufanía—
los céfiros se aroman, más claro luce el día,
y todo en torno nuestro se vuelve inmaterial.

A FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

Franklin Delano Roosevelt: el mundo necesita
de tus recias muletas porque el mundo cojea:
viste negros crespones la Libertad bendita,
pues tu vida fué digna de una nueva Odisea.

Más que el cañón potente que la muerte vomita;
más que la Lewis misma que en llamas tabletea,
fué tu palabra sólida —volcán de dinamita—
la que irrumpió cual trueno en Terán y en Crimea.

Sobre tu blanco túmulo crezca el laurel simbólico:
y cuando nuevos amos con su furor diabólico
levanten sobre el mundo su estandarte falaz,

que se yerga impertérrita tu gloriosa figura
con tu magna doctrina de amor y de ternura,
bajo un cielo sereno de Justicia y de Paz.

DANIEL LAINEZ

REDENCION

No duermas, campesino, procura estar en vela;
la tierra es sangre tuya, la espiga es tu sudor;
tu mano no es la mano que de terror se hiela,
tu mano es ahora un puño que se alza vengador.

Echate un manto rojo sobre la negra tela
con que cubrió tu cuerpo el déspota agresor;
pon tu pecho cual dique al mar que te flagela,
si tiemblan tus hermanos. . . . ¡infúndeles valor!

No seas resignado; sé noble altivo y bravo;
mejora humanamente tu condición de esclavo,
que cuando audaz emprendas la justa rebelión,

huirá despavorido el cruel terrateniente;
y así el sudor bendito que mane de tu frente
será una lluvia sacra de paz y redención.

EL CIEGO DE MI BARRIO

Sin cóleras inútiles, ni gritos de protesta,
el ciego de mi barrio sus desventuras narra;
por oírlo han dejado las aves la floresta:
su voz se queja trémula, solloza la guitarra.

Ilumina el crepúsculo su figura modesta,
—veste de pordiosero corazón de cigarra—,
mientras el pueblo todo se ha declarado en fiesta
el alma del Artista de dolor se desgarrá.

La chusma, torpe y loca, con sus gritos lo asedia:
¿qué le importa a la turba la tremenda tragedia
que va oculta en el fondo de su trémula voz?

Y el buen ciego sonrío con sonrisas tranquilas,
y es que pasa, indecisa, por sus muertas pupilas,
luminosa y divina, la figura de Dios.

PAISAJE CREPUSCULAR

La tarde tiene un suave matiz de porcelana:
en esta hora encantada todo es paz y armonía.
El alma de la aldea solemne se extasía
ante el sublime Angelus que anota la campana.

Por la verde pradera se aproxima una aldeana
portando en la cabeza su cántaro de arcilla,
y el tono acanelado que da su pantorrilla
ha puesto en nuestro espíritu una inquietud pagana.

Cae lenta la tarde sobre el monte florido,
y el sol agonizante, como un Sansón herido,
con un postrer esfuerzo doblega la cabeza.

Llega la noche, entonces, con su lúgubre manto,
y en esta hora terrible de angustia y desencanto
el alma se nos llena de una letal tristeza.

CANTA PAUL VERLAINE

Canta el bohemio su canción sentida,
sus penas, sus anhelos y su afán;
canta lo azaroso de su triste vida,
su andar errante y su inseguro pan.

Canta el bohemio a su alma perseguida
por las sañudas garras de Satán,
y canta a su novia presentida
de rubia cabellera de champán.

Canta a la selva y al océano canta
con voz tan dulce e inspiración tan santa,
que el mar océano estremecer se siente;

y es tal la inspiración del vagabundo,
que en un segundo se ilumina el mundo
cuando él ante la vida alza la frente.

DANIEL LAINEZ

LA SOLTERONA

A Matías Funes.

Salta la solterona de la cama
y entreabre, loca, su balcón. El día
su exótica y luciente pedrería
por los ámbitos grises desparrama.

Su pecho virgen se convierte en llama
que le consume la intención más pia,
y —olvidando su cruel filosofía—
un sexo opuesto en su interior reclama.

La noche fué fatal. . . . La pobrecita,
reconstruyendo la primera cita,
soñó al galán que declaróse en fuga.

Y ante la quiromancia de su espejo
miró al perjuro ya impotente y viejo
y ella en su frente la primera arruga.

NUESTRA DIVISA

A Claudio Barrera.

Desgraciado de quien la lucha esquiva:
ha de andar siempre triste y cabizbajo;
la tienda del titán se encuentra arriba,
la piara del eunuco se halla abajo.

Tallemos nuestro ideal en carne viva,
forjando un templo al inmortal trabajo;
erguido el cuerpo y la mirada altiva.
¡Sólo mira hacia el charco el renacuajo!

La lira resguardemos con la espada;
abramos sin temor la ruta ansiada
si ya no con la lira con el mazo. . . .

Y ostentemos por fin nuestra divisa:
¡Para toda mujer una sonrisa,
para todo canalla un latigazo!

PARA AUGUSTO C. COELLO h.

Andante caballero del ensueño,
que empuñando tu lírica oriflama
vas subiendo al alcázar de la fama
en alas de tu raudo Clavileño.

Tu lira ha unido con divino empeño
—en una sola e imperceptible gama—
el canto atronador del Tequendama
al himno leve del pinar risueño.

“Vibración” ha de ser tu primer grito,
grito que llevarás al infinito
en tu loca inquietud de peregrino....

Y cuando llegues a la cumbre enhiesta,
¡olvida que fué larga y cruel la cuesta,
y bendice los cardos del camino!

A LUCY ONDINA

Adoro tu inquietud, dulce poetisa;
tu canto arrobador es a manera
de un perfume sutil que en la pradera
embriaga el alma y sin piedad la hechiza.

Eres sabia y gentil sacerdotisa
del magnífico altar de la Quimera,
donde tu regia voluntad impera
sin otra autoridad que tu sonrisa.

Cántale a las estrellas y a la aurora;
que sea tu canción dulce y sonora,
lánguida y fina, celestial y pura....

Y cuando el dardo del dolor la hiera,
entona tu canción dulce y sincera,
con más ahinco y con mayor ternura.

DANIEL LAINEZ

BOHEMIOS EN MARCHA

I

Llevamos un gran tesoro
acuñado en emociones....
¡El oro de tus canciones
vale más que todo el oro!

Gitana mía.... ¡Te adoro!
Sin espléndidas mansiones,
sin vasallos ni bufones,
tú eres Reina. Yo soy moro.

Guardemos, pues, el decoro:
mi dulce lira es de oro,
y es de oro tu pandereta....

(¡Quién pudiera sospechar
que hoy no pudimos cenar
por falta de una peseta!)

II

Si la muerte no nos bate,
mañana a fuer de gorriones,
entre coplas y canciones,
fiesta habrá en nuestro gaznate.

Del más rico escaparate
compraré dos salchichones,
pan dorado y camarones
y una salsa de tomate.

¡Ay!, olvidaba. ¡Y el vino?
pues ha de ser del más fino,
del más añejo y ardiente....

(Por hoy, gitana hechicera,
tómame un sorbo siquiera
de agua pura de la fuente).

III

¡Qué linda la noche bruna!
Las estrellas luminosas
nos sonríen caprichosas
sin una sombra importuna.

Con la plata de la luna
te compraré muchas cosas,
telas y piedras preciosas,
y un chalet con su laguna.

Está lloviznando recio,
y azótanos fuerte y necio
este viento bandolero....

(¡Tiemblas? ¡Ay, sí!, tienes frío;
pero aquí dulce amor mío
no nos cobra el mesonero).

IV

Y los pobres vagabundos
iban pasando...., pasando....
Riendo ante el mundo y cantando
sus dolores más profundos.

Sus cantos eran jocundos.
Marchaban siempre ocultando
que iban sus pechos sangrando
bajo de harapos inmundos....

Y así, cantando y sonriendo,
fueron los dos recorriendo
el fértil suelo español,

sin más haber ni fortuna
que la plata de la luna
y el oro rubio del sol....

RETROSPECCION

Se apagó mi ilusión como se apaga
el eco embrujador de una campana,
y el recuerdo, hecho música lejana,
me hirió en el corazón como una daga.

Fué un fantástico sueño y una vaga
visión, sutil, fugaz, superhumana;
cantaba en mis sentidos la mañana
su canto aleve, que al herir embriaga.

Sediento, loco y de esperanzas pleno,
apuré hasta las eses el veneno
ante el altar de mi deidad postrado.

Y desde entonces, silencioso y triste,
con un afán que en mi interior persiste
he quedado viviendo del pasado.

POR TI

Hermana de mis íntimos pesares,
de mi dolor acerbo, cara hermana;
tu arcangélica voz es la campana
que invita a la oración en mis altares.

Nardo de luz de mis internos lares;
mi dulce, mi divina flor temprana,
por tí se manifiesta la mañana
como una cornucopia de azahares.

En mi rudo bregar eres sedante;
y eres para mi sed de caminante
taumatúrgico sorbo de agua pura.

Y aplácense las furias del recuerdo
cuando en mis horas de inquietud me pierdo
en el Edén de tu melena oscura.

DANIEL LAINEZ

TODO CORRE EN DERREDOR

A Julio Rodríguez A.

Corre el tiempo como locomotora
—no corre mi inquietud sino que vuela—
y el impuesto vial y de la escuela,
corre, corre implacable hora tras hora.

La factura de “LA ALIMENTADORA”
la sangre entre las venas me congela,
pero lo que más corre y me desvela,
es la cuenta que tengo con Aurora.

Es Aurora mi ruda cocinera;
cada final de mes, como una fiera,
se lanza sobre mí. . . ., ¡venir la veo!

Mas, mi choza infeliz se vuelve torre.
Todo corre en derredor, sólo no corre
el sueldo miserable de mi empleo.

(ESTAMPAS TRISTES)

VIRGEN

I

Erase una blanca virgen pudorosa,
tal era su núbil figura divina;
su cuerpo tenía suavidad de rosa,
y su voz era una fuente cantarina.

Era diminuta y era caprichosa.
Un artista loco de alma florentina
la hubiera esculpido. ¡Maniquí de loza
escapado acaso de alguna vitrina!

Era su palabra de todos oída,
y era su camino senda florecida;
pasaba alejada de toda inquietud;

parecía entonces que el Dios de la Vida
había volcado en su alma adormida
sus áureos joyeles de amor y virtud.

RAMERA

II

Yo que ví su cuerpo triunfante de Diosa
esculpido en tersa porcelana china,
hoy la he visto triste, enferma, ojerosa,
vendiendo sus carnes en una cantina.

Su voz con el vino se hizo cavernosa,
y su piel rosada tornóse ambarina,
y sus negros ojos de lumbre radiosa,
son dos pebeteros de luz mortecina.

Quien le hubiera dicho, ¡oh dicha mentida!,
que en el implacable vaivén de la vida
sería juguete de un pérfido alud....

Yo recuerdo, triste, su charla florida,
sus dos negros ojos, su alma adormecida
y el gentil donaire de su juventud....

DANIEL LAINEZ

LA RISA DE LA CALAVERA

A Rafael Moreno Guillén.

Sobre mi mesa de labor que espera
la inquieta mano que guiará mi mente,
tengo una blanquecina calavera
que ríe, silenciosa, eternamente.

No hay en su risa ni la más ligera
señal aviesa de malicia hiriente,
es una risa sin dolor, sincera;
risa de un ser que ya no ve ni siente.

Risa espectral del más allá lejano;
risa distante del bullir mundano
que nada ansía en la terrestre esfera.

Risa franca, en verdad, divina risa,
que vuela sutilmente y se eterniza
sobre mi mesa de labor que espera.

POESIAS VARIAS

❖❖
1946-1950

PROFESION DE FE

A Esteban Mendoza

Benvenuto Cellini: maravilloso orfebre,
príncipe soñador, sensual y libertino,
dame un sorbo siquiera de tu lírico vino
para endulzar mis labios y apaciguar mi fiebre.

Deja que en tus altares mis oficios celebre;
estoy ebrio de Gloria, como tú, florentino,
y antes que en mil pedazos mi voz por fin se quiebre
quiero engarzar en oro mi verso diamantino.

Dóname el sortilegio de tus magos buriles,
y de tus sueños rojos las líneas más sutiles
para hacer de mi vida un fúlgido voceto....

Y que al hablar los hombres de mi adversa fortuna,
digan que en una noche romántica de luna
me sorprendió la muerte cincelando un soneto....

LA LAGRIMA

Lágrima cristalina que me lavas los ojos,
maravillosa fuente de Piedad y de Amor,
tú ungiste y perfumaste los lívidos despojos
que en torno mío un día sembrara el cruel dolor.

Flor de nieve impoluta crecida en mis abrojos;
compañera en mis penas.... ¡Milagroso licor!
Tú en la risa y el llanto, tú en mis sueños más rojos,
y en mis horas tremendas de indecible pavor....

Lágrima, confidente solitaria y divina,
ópalo iridiscente...., clara perla marina,
condensación suprema de mi llanto sin voz.

Cuando las arideces de mis párpados bañas
semejás una estrella prendida en mis pestañas
que desde el alto Cielo me enviara el mismo Dios....

DANIEL LAINEZ

A NUESTRA SEÑORA DE SUYAPA

Al Maestro Don Manuel E. Sosa

Dulce Virgen Morena: yo no encuentro el vocablo
con que ensalzar ferviente tu gracia peregrina;
pequeñita y humilde, vencedora del Diablo,
al contemplar tu imagen mi senda se ilumina.

Yo no te hablo en mi nombre, Virgen Santa; yo te hablo
en nombre de este pueblo que en tinieblas camina;
perdónalo si es malo, y envíale el venablo
luminoso y fragante de tu gracia divina.

Postrado ante tus plantas yo he visto al asesino,
al fiero bandolero que asalta en el camino,
al avariento rico, y a la casada infiel....

Yo te pido con llanto nos vuelvas más Quijotes;
la tierra está poblada de Judas Iscariotes
y aun sigue por el mundo Caín detrás de Abel....

MUCHACHA FRIVOLA

Muchacha: cuando pasas fugaz y parlanchina
hablando de mil cosas que ha borrado el ayer,
por ejemplo: del garbo de la Imperio Argentina,
o de los puñetazos de George Carpentier.

De cosas que apresaste fielmente en la retina
en tu niñez ya ida de nardo y rosicler,
ganas me dan, ¡lo juro!, de dejar la oficina
y seguirte los pasos hasta entrar al taller....

Y sigo con la vista los ritmos de tu talle,
y me pongo muy triste cuando quiebras la calle
graciosamente ufana, hoy lo mismo que ayer....

¡Oh, frívola machacha de melena dorada!
Tú llevas en los ojos toda una madrugada,
y yo en mis ojos tristes todo un atardecer....

AL YOJOA

Maravilloso lago de linfas verdi-oscuras;
cuando en los plenilunios a solas te embraveces
ruges por tus mil bocas y de pronto pareces
un monstruo mitológico que reta las alturas.

Pero en noches serenas —románticas y puras—
cuando como un infante mimado te adormeces,
te surcan los lagartos y los dorados peces,
y vuelcan en tus aguas las ninfas sus ternuras.

Eres ídolo antiguo de una tribu salvaje;
en la entraña intrincada de tu virgen boscaje
cuántos sueños de gloria se forjó el español....

Y hoy, al verte surcado por modernas piraguas,
he deseado de pronto sumergirme en tus aguas
y quedar convertido en un gran caracol....

LA VIEJA CANTINERA

La vieja cantinera que antaño se ofrecía
como fresca manzana del trópico feraz,
hoy se ha tornado triste, y la melancolía
congestionó de surcos las líneas de su faz.

Ella era en la cantina la luz y la alegría,
y era como tentada del mismo Satanás,
cuando como un sierpe —grácil— se retorció
a los acompasados estrépitos del jaz.

Todas nuestras locuras echáronse en olvido;
la pobre cantinera con rostro compungido
nostálgica sonríe detrás del mostrador....

Y nosotros, los mismos, tras saborear su vino,
indiferentemente seguimos el camino
sin darle la propina de una frase de amor....

DANIEL LAINEZ

DIA DE DIFUNTOS EN LA ALDEA

El Cementerio aldeano hoy se vió concurrido,
—estaba ya habituado a la desolación—;
la mujer de don Timo llegó metiendo ruido,
lo mismo que la viuda del rudo Pantaleón.

Gritaba la Colacha: —¡Pobre de mi marido!
¡Cómo estará de triste adentro del cajón!
Mientras tanto Casiano, con rostro compungido,
fumaba su cigarro con gran resignación.

Fresca, lozana y pura llegó una muchachota,
y Casiano dejando su tristeza devota
con aire donjuanesco la empezó a piroppear....

Y la mujer de Timo, y la viuda de Panta,
y la misma Colacha a quien nada le espanta,
pusiéronse azoradas muy quedo a cuchichear....

CANCION LEJANA

—Cucumbé.... Cucumbé....

—María Salomé....

Una calle del barrio y una ronda de niños,
un vuelo de coleópteros rosándonos la sien....
Un parque abandonado y una escuela sencilla;
todo era como un suave país de maravilla,
un encantado Edén....

—Nana abuela: ¿qué ha perdido?

—Una aguja y un dedal....

Once años de mi vida corrían presurosos;
ella apenas contaba sus doce años gloriosos
y era nuestra divisa jugar y más jugar....
Hoy no sólo la aguja y el dedal se han perdido:
la abuelita marchóse al país del olvido
una noche otoñal....

—A la luna mayor.

—¿Qué manda mi rey señor....?

La voz de aquella niña fué música en mi oído.
Sus senos fueron ánforas donde abrevó mi ideal....
La dulce voz aquella se ha trocado en gemido,
y mi alcázar de oro, sin piedad, fué destruido
por la furia sin nombre de un feroz vendabal....

(Dulce Fantina mía,
¿dónde estarás ahora?

Ya no escucho los suaves acentos de tu voz....
Mi alegría jocunda se hizo melancolía,
y tu aurora rosada que era más que mi aurora
diluyóse veloz....

—Papá, mamá: me quiero casar
con una muchacha que sepa bordar....

Que borde mis tristezas con hilos celestiales,
que pueda con sus besos robustecer mi afán....
Que me tienda amorosa sus manos fraternales,
que haga de mis abrojos un bosque de rosales
y borre de mi senda las furias de Satán....

—Cucumbé.... Cucumbé....

—María Salomé....

Una calle del barrio y una ronda de niños,
un vuelo de coleópteros rosándonos la sien....
Un parque abandonado y una escuela sencilla;
todo era como un suave país de maravilla,
un encantado Edén....

DANIEL LAINEZ

FIESTAS DE SOL

A Eliseo Pérez Cadalso y a Céleo Murillo Soto

Adusto millonario que en tu bufet sombrío
pasas contando a solas el oro duro y frío,
abandona esa vida prosaica y sedentaria;
para esos menesteres está tu secretaria,
(rubia muchacha tímida, espiritual, divina,
único sol que ha entrado, temblando, a tu oficina).

Conmigo ven, si quieres, al monte florecido
en donde encontrarás sedante paz y olvido. . . .

Fiestas de sol y pájaros, campánulas moradas
que lucen sus corolas del viento acariciadas.

La selva gigantesca, la inmensa selva hirsuta
que oculta en sus entrañas la gavilla y la fruta
odorante y dorada. . . ., y la torcaz canora
que enjoya con sus trinos el carro de la aurora.

Tú tienes el tesoro de tus arcas repletas;
yo tengo el suave aroma que emanan las violetas.

Tú la enferma caricia de una mujer de cera;
yo los brazos redondos de una india altanera.

Sacude de tus ropas el polvo de la calle
y vente a mi cabaña plantada frente al valle.

¿Nunca has sentido envidia de mi vida salvaje
que no ha experimentado la mancha de un ultraje?

¿No te entusiasma verme correr por la montaña
con mi fusil al hombro detrás de la alimaña?

¿O cuando por las tardes me duermo junto al río
oyendo de sus linfas el suave murmurío?

Vieras como me siento de alegre ¡Ay, si vieras
qué sombra más benigna me brindan las palmeras!

El rubio sol de mayo, con sus pompas triunfales,
como una lluvia de oro se extiende en mis maizales;

y en las tranquilas noches del claro mes de enero
—como un renacentista— me siento bandolero;

y persigo la huella de una estrella lejana
que tiembla sobre el terso cristal de la fontana.

Todo se santifica por obra de mi mano:
el pan, el agua, el vino, la abeja y el gusano;

todo lo que en la selva con justas manos toco
¡Y sin embargo dicen las gentes que estoy loco!

Conmigo ven, si quieres, al monte florecido;
en nombre de la selva sé al punto bienvenido

Mas, dudo que me sigas, ¡la soledad te espanta!
No manchará este césped la huella de tu planta;

porque esta vida extraña, sencilla, mansa, quieta,
sólo Dios sabe amarla ¡Sólo Dios y el Poeta!

DANIEL LAINEZ

PRIMAVERAL

I

Laxo, neurasténico, tétrico, cabizbajo
y la melena al viento,
el joven portalira abandonó el trabajo
sepultándose al punto en un frío convento....
Fué un gran desgarramiento
espiritua!.... Mas nadie supo a ciencia cierta
por qué aquella alma del mundo se sustrajo
y en plena vida declaróse muerta....
Ni una sola inquietud, ni el más mínimo anhelo,
era el mísero poeta una estatua de hielo
frente a un gran crucifijo expuesto en la capilla,
dirigiendo plegarias clamorosas al cielo,
desgarrando sus carnes con cilicio y flagelo,
noche y día....

II

Llegó la Primavera:
un rayito de sol
penetró al escondrijo del lunático poeta;
sintió una cosa extraña, una inquietud secreta,
se asomó a la ventana con timidez de asceta,
y, ¡oh maravilla!,
pasaba una mujer de blonda cabellera
y blanca pantorrilla
finamente tallada en blanquísima cera....
(La beldad era un horno que grita y reverbera).
Y sin saber quién era,
retemblando nervioso y exclamando: ¡Dios mío!,
se escapó tras la fémina, convertida ya en fiera,
como un ángel maligno que se muere de frío
y se lanza buscando salvación en la hoguera....

EN VOZ BAJA

Para cantarte, mi maja,
hay que hacerlo dulcemente
y en voz baja....

Con acento tierno y fluido;
por eso digo estos versos
en tu oído....

Sencillos, dulces y tersos,
como tus lánguidas manos,
son estos versos....

Sencillos, sí, novia casta,
sencillos pero sinceros,
y con eso basta....

Para cantarte, mi maja,
hay que hacerlo dulcemente
y en voz baja....

DANIEL LAINEZ

COMO TU TE HALLAS ENFERMA....

Como tú te hallas enferma,
yo traigo hasta tu ventana
gajos de la Primavera....

Para tus ojos cansados
de la blancura del lecho
traigo el verdor de los prados.

Cómo se inquietan tus ojos
por retozar de mañana
con el sol por la pradera.

Hay un pájaro que canta
en el sauzal florecido....
¡Hay un pájaro que canta!

Mis versos tienen un suave
aroma de rosaleda
y una tibieza de nido....

Como tú te hallas enferma,
yo traigo hasta tu ventana
gajos de la Primavera....

HOY ENTRO LA PRIMAVERA A LA CIUDAD

Hoy entró la Primavera
en la cabeza ovalada
de una humilde canastera....

La calle, triste y callada,
se ha llenado de colores
y ha quedado perfumada....

Y hasta el alma del paisaje
—como una gitana mora—
se vistió su mejor traje.

Bendita tú, campesina,
que has enflorado el balcón
de mi divina vecina....

Primavera, dulce ilusión,
tú también hoy has entrado
temblando en mi corazón....

TAMBIEN ENTRO A LA OFICINA

Hoy se enfloró la oficina
con tus encantos, muchacha,
de casta y grácil ondina....

La máquina de escribir,
al contacto de tus manos,
se ha echado luego a reír.

Qué risa más parlotera
la de la máquina, niña....
¡Ríe la oficina entera!

Si me pudieras decir:
¿por qué todo lo que tocas
se hecha de pronto a reír?

Ten de mi ser compasión:
toca mi boca, muchacha,
y toca mi corazón....

DANIEL LAINEZ

QUE SUERTE TUVISTE...

De los colores, gitana,
sólo me gusta el moreno
por que es el que te engalana.

Tu cabellera morena
se vuelve como la plata
cuando lo baña la luna.

Barrio: ¡qué suerte tuviste!
antes de haber venido ella
yo te encontraba más triste.

Más triste y más desolado....
Hoy con sólo su presencia
todo se halla iluminado....

De los colores, gitana,
sólo me gusta el moreno
por que es el que te engalana.

CUANDO TU SALES DE MISA

Cuando tú sales de misa
el atrio se hace fulgores
y se perfuma la brisa....

Brisa que se aromatiza
como un limonero en flor
cuando le das tu sonrisa.

Cuando tu boca deslíe
la oración hacia el Creador,
el Crucifijo sonrío....

Quiero que hagas penitencia
por mis desvíos pasados
y por mi loca existencia.

Por mi alma tímida reza,
y reza por mis dolores
y por mi enorme tristeza....

CON LA MARAVILLA DEL ORO SOLAR

I

Con la maravilla del oro solar,
¡qué lindo vestido te voy a comprar!

La luna en tu fino pelo de avesnuz
será un primoroso salero andaluz.

Girones de noche tus hombros tendrán,
más finos que finas pieles de Astrakán.

Millones de estrellas de luz sideral
fulgiendo en tu falda de Reina oriental.

II

Yo he puesto a tus plantas la luna y el mar,
y te ido enseñando también a esperar....

A esperar con calma, también a soñar....
¡Qué lindo es soñando ponerse a esperar!

Tú, en cambio, me has dado el placer de vivir;
ya nada más grande te puedo pedir....

Con la maravilla del oro solar,
¡qué lindo vestido te voy a comprar....!

DANIEL LAINEZ

¡MIL GRACIAS, BUEN DIOS!

Para Estela Ochoa

Un don de armonía yo le imploré a Dios,
y El me envió las notas de tu dulce voz.
Después, inconforme, le imploré a Jesús,
para mis tinieblas un poco de luz....
Y oyendo mis quejas el buen Redentor,
me envió tus dos ojos, trémulos de amor.
Mas, ¡ay!, poseído de extraño temblor,
tuve que implorarle un nuevo favor....
Me encontraba solo, hallábame enfermo,
mi vida era un caos, un páramo yermo;
me estaba vedado gozar de la calma....
Dios, compadecido, envióme tu alma.
Por eso escuchando tu límpida voz
y viendo tus ojos radiantes de luz,
digo de rodillas: ¡mil gracias, buen Dios....!
¡Ya estoy satisfecho, mi dulce Jesús!

NOCHE DEL ALMA

Saliste ufana al balcón,
plena de amor y alegría....
En mi tierno corazón
amanecía....

¿Después? Un duro reproche,
una severa mirada....
Y en mi alma se hizo la noche
solemne, triste, callada.

BALADA

—¿Volverá mi alegría con sus dulces canciones
a endulzar mis oídos? ¿Volverá un claro día?
—Yo no sé en qué rincones se escondió tu alegría;
se escondió para siempre. . . . ¿Yo no sé en qué rincones!

—Mi esperanza, —le dije—; ¿volverá mi esperanza
como en tiempos pasados a rendirme tributo?
—Tu esperanza es un árbol de una vida tan mansa
que no supo de un nido, ni del peso de un fruto. . . .

—¿Y mi fe?, —grité trémulo—, que en mí fué siempre fuerte.
¡Ah, tu fe!, —contestóme—, está firme en espera
a que venga a llevarte tu más fiel compañera
que se llama la muerte. . . .

HE OLVIDADO SU NOMBRE

He olvidado su nombre. . . .
¡Perdonadme, Dios mío!
Sólo sé que era franca,
sólo sé que era buena. . . .
Y temblando nervioso
de ansiedad y de frío,
he cerrado la puerta
del alcázar sombrío
donde mora mi pena. . . .

DANIEL LAINEZ

BALADA

I

Mañana de Primavera.
Alguien llama a mi ventana
con una voz bullanguera
cual repicar de campana.

—Dile, si es Ella, portero,
dile al momento que pase,
que jubiloso la espero....

—¿Y si es la Muerte?

—¡Que aguarde!

II

Tarde amarilla, otoñal....
Alguien llama ante mi puerta
con una voz algo incierta,
algo incierta y funeral....

Nada ya me satisface....

—Dile si es Ella, portero,
dile, portero, ¡que es tarde!

—¿Y si es la Muerte?

—¡Que pase!

COMO ENCONTRE A ESTA NIÑA

Fruta que cae sola,
levántala que es dulce....
Así cayó esta niña,
así han caído muchas....

Yo la encontré una noche
en el portal sombrío
de un caserón en ruinas.
Tendida displicente sobre el piso,
con una dura piedra por almohada
y las manos cruzadas sobre el pecho,
sonreía la pobre....

—¿Qué soñará?, —me dije—;
deben ser gratos sueños
de amor y de ventura,
desde luego sonrío....
¿O acaso soñará con pan moreno,
ropa limpia y lecho blando?
¿Con manos fraternales que acarician
o tiernas frases de pasión que embriagan?
Y al verla así,
tan dulce,
tan pobre y tan bonita,
yo le dí la limosna de un gran beso,
sellándolo después con un suspiro....

Entreabrió ella los ojos
y me miró, temblando....

.....
La locura
—desgreñada y sombría—
danzaba por las calles silentes y desiertas,
y su danza era trágica....

.....
Así encontré a esta niña
una noche de lluvia,
tendida displicente sobre el piso,
con una dura piedra por almohada
y las manos cruzadas sobre el pecho....

DANIEL LAINEZ

SERRANA

Campesina bella que pasas soñando
con las tonterías de nuestra ciudad,
inconscientemente te estás engañando,
por mí te lo digo que paso llorando
enfermo incurable de tedio y maldad.

Cuando estoy hastiado de mi vida insana,
del vil formulismo de la multitud,
vieras cómo ansío tu suerte, serrana,
tu vida apacible de noble cristiana,
toda saturada de ingenua virtud.

Al clarín sonoro del gallo primero
que anuncia del día su primer albor,
levantarnos juntos, con aire ligero,
y entre los caballos que hay en el potrero
escoger de todos el más andador

Y en un trote suave confundir la ruta,
ya casi olvidados de la vida real;
y en la fría entraña de la selva hirsuta,
a fuertes pedradas descolgar la fruta
del arbusto para comerla sin sal.

O correr ansiosos hasta la quebrada
en donde tu hermana lava el nixtamal;
y tirarnos sobre la hierba mojada,
y para que coma yerba perfumada
a nuestro caballo quitarle el bozal.

Después de un ligero paseo por el llano
regresar alegres al aldeano ambiente
sobre el fuerte lomo de un noble alazano,
y ofrecerte ufano, con mi propia mano,
un guacal colmado de leche caliente.

Y en los aburridos días invernales
cuando afuera recio gima el chaparrón,
oír de tus labios cuentos fantasmales,
sombrias consejas de duendes irreales
al reconfortante calor del fogón.

Ya ves, serranilla, cómo si viviera
contigo que tienes una alma sencilla,
una mente sana y una fe sincera,
yo fuera un retoño de la Primavera
en la paz augusta de la serranía

CANCION DE UNA LOCA ALEGRIA EN VISPERAS DE LLANTO

Estoy lanzando gritos al viento, como pájaros;
se me ha inundado el pecho de júbilos inéditos;
estoy sintiendo ganas de cantar como un loco....
Mas, tú ignoras la causa, sí, la desconoces;
es la infinita, la dulce, la loca, la inefable,
la suprema alegría de tenerte a mi lado....

Estoy alegre...., alegre... , alegre.... ¡Tan alegre
como el niño que gana su primer juguete!
Como un pájaro huido de su jaula de alambre;
como el reo de muerte que recibe su indulto....
Así estoy yo de alegre.... ¡Qué mayor alegría,
qué mayor alborozo que tenerte a mi lado!

Mañana puedes irte por todos los caminos
y dejarme muy solo parado frente al mundo,
con los labios reseco fuertemente apretados
para que nunca grite mis íntimas congojas,
y los brazos caídos —como ramas de sauce—
para que no los tienda con afán suplicante.

Puedes irte mañana en busca de aventuras
y dejarme muy solo como estatua de piedra;
como un ídolo antiguo parado frente al mundo,
sin hoy y sin mañana, sin vista y sin palabra,
exento de prejuicios, de pena y sufrimiento.

Estoy lanzando gritos al viento, como pájaros;
se me ha inundado el pecho de júbilos inéditos,
estoy sintiendo ganas de cantar como un loco....
Estoy alegre...., alegre...., alegre.... ¡Tan alegre,
que esta alegría inmensa me ha empañado los ojos
como si me encontrara en visperas del llanto!

DANIEL LAINEZ

NUNCA LE DIJE NADA

Nunca le dije nada.... ¡Nunca le dije nada!
¿Para qué iba a romper el silencio
con la música triste de una loca palabra?
Nunca le dije nada.... ¡Nunca! Y, sin embargo,
yo la seguía siempre como un ciego en la noche
va siguiendo el fantasma de una visión amada.
Triste destino el mío.... Doloroso destino;
pero así, ciegamente, yo gozaba, gozaba....
Era un amor de viento, sigiloso y callado;
cuando a veces sus ojos sobre mi faz ponía,
yo llevaba los míos hacia el cielo estrellado,
¡y qué éxtasis más puros mi corazón sentía!
Nunca le dije nada.... Era un amor callado;
la palabra en mis labios impuros se éxtinguía
como si fuera sólo un perfume sagrado
en el altar humilde de la Virgen María.
Cuando al ir por las calles mi vista la perdía,
mi corazón de mártir, de amor desesperado,
lloraba amargamente y en hiel se debatía
como si una gran pena lo hubiera destrozado....
Yo amaba todo en ella: su mística ufanía,
sus dos ojos azules como un cielo estrellado,
la cadencia encantada que en su cintura había,
¡y por qué no decirlo de una vez....? ¡Oh herejía!,
las combas tentadores de su corpiño amado....
Y, sin embargo.... ¡Nunca le dije nada...., nada!

NEGRO ESCLAVO

Lloras amargamente. Resignadamente
llorando vas tu propia cobardía;
siglos y siglos sin alzar la frente,
siglos y siglos sin mirar el día.

No llores, infeliz, que no es con llanto
como se logra reventar cadenas;
el hondo clamorear de tu quebranto
no ha hecho otra cosa que aumentar tus penas.

Marcha con paso firme hacia la muerte
combatiendo al tirano y al verdugo.
¡No me explico por qué siendo tan fuerte
nunca has podido sacudir el yugo!

Por tu alto ancestro servicial y franco
tu regia estirpe a tu existir reintegro:

Negro:

¡Vieras tu corazón cómo es de blanco!

Blanco:

¡Vieras tu corazón como es de negro!

DANIEL LAINEZ

DEO GRATIAS

Ante tu altar me inclino, vengo a quemar mi incienso,
vengo a darte las gracias por el favor inmenso
que me has hecho ya en vida oyendo mi querella:
yo te imploré un consuelo. . . . ¡Tú me la enviaste a Ella!
Y Ella llegó solícita, cariñosa, temprana,
como quien a un hermano se llegara una hermana. . . .
No había en mi camino ni la luz de una estrella,
¡y cómo mi sendero se iluminó con ella. . . .!
Y al conjuro divino de su rostro sereno,
me ví transfigurado, sintiéndome más bueno.
Por eso ante tu altar vengo a quemar mi incienso,
y a pedirte —inconforme— esta última gracia:
pues que me diste el don de gozar su hermosura,
sus gustos, sus modales de fina aristocracia,
concédeme también un poco de ternura
para endulzar sus penas, para luchar por ella,
para hacer de la piedra, de la flor, de la estrella
—por su amor a lo bello— una hermandad latente. . . .
Y ya que hoy en la ruta de su existir me inicio,
absuélveme, Señor, con tu más cruel cilicio
para besar su frente. . . .

AJEDREZ

A Miguel Carranza

Esta perspectiva de ciudad inmensa
es como un tablero de ajedrez que piensa.

Con sus torrecitas, serenas y altivas,
y sus rubias reinas, traviesas, festivas;

que son custodiadas por bravos soldados,
soberbios y fieles, siempre denodados....

Cada nueva aurora es nueva partida....
(La ruda y eterna lucha por la vida).

¡Cuántas recias torres que son demolidas!
(Esperanzas trucas y desvanecidas).

¡Cuántas rubias reinas que son destronadas!
(Pobres modistillas vilmente engañadas).

Y cuántos soldados heridos cruelmente....
(Aquí entra el enjambre de toda la gente
hambrienta, haraposa y desconocida....)

¡Ay, cuánta tragedia de una sola vez....!
Disipando el ocio de su eterna vida
Dios se ha entretenido jugando ajedrez....

ENFERMERA

Hace ya mucho tiempo, ¡oh, enfermera!, no duermo....
Cómo voy a dormir encontrándome enfermo
de un profundo dolor.

Y consulto a la ciencia, en vano.... ¡Inútilmente!
El doctor se desvive....; ni siquiera presente
que mi mal es de amor.

Para mí, ¡oh, enfermera de mis íntimos males!,
en vano se han construido los fríos hospitales,
en vano mi alma invoca
el lenitivo mágico de pósimas y ungüentos....
Tú puedes, enfermera, mitigar mis tormentos
con un beso en la boca....

DANIEL LAINEZ

LA ROMERIA DE JUAN

Señor de Esquipulas: yo vengo de lejos;
de allá de mi rancho que'stá tras del cerro....
¡Tres días andando y tres noches pa'verte!
Pa'verte tan triste, tan sacrificao,
tan afligiíto...., pero siempre güeno,
güeno con el rico, también con el pogra.
No vino Petrona.... Tu sierva Petrona.
¡Cómo ansiaba verte mi pogra señora!
Murió de este parto. ¡Deste parto macho!,
porque va'ser hombre iguar que su pagre.
Mirálo que asiado, mirálo que hermoso;
qué negras las mechas, que lince los ojos.
Po'eso lo treigo, po'eso dejamos el rancho,
tres días andando y tres noches pa'verte;
pa'que me lo mires como hijo'e tu arma,
ya que no pudiste sarvármela a ella....
Señor de mi ánima.... ¡Qué farta me jace!
Qué farta...., qué farta.... Los dos siempre juntos;
los dos a la huerta, los dos al mercado,
los dos al comercio del pueblo cercano,
los dos en las jiestas, los dos trabajando;
y agora yo solo, sin ella, decime: ¡qué jago?
¡Qué jago con esta criatura yo solo en los brazos?
¡Cómo ansiaba verte mi pobre Petrona!
Cómo le brincaban los ojos.... ¡Cómo le brincaban
cuando yo en su cama tu nombre mentaba!
Y nunca, ¡ay!, la pogra pudo conocerte
más que en una estampa que halló no sé donde.
Señor de mi ánima: si vos que sos justo,
si vos que sos güeno la hubieras mirado,
siguro, siguro, lu'bieras sarvado....
Ella era tan chula.... ¡Si lu'bieras visto!
Si vieras, tan linda como aquella virgen
que está en el rincón del altar dest'iglesia;
y, tan durce, tan durce, la indina,
como los zarciles que truje del cerro.
Y cómo sonreiba la pogra cuando en el invierno.
y al calor del jogón que prendíamos juntos,
puntiaba pa'ella, y ¡sólo pa'ella!, bajito,
mi pogra guitarra que daba quejíos tan jondos,
¡tan jondos!, que más parecían quejíos de pena....
¡Que más parecían sollozos del alma....!
Pagre, pagre nuestro que'stás en el Cielo
y en est'iglesita milagrienta del pueblo:
¡Cuidámelo mucho que es éntico a ella!

RECOJA USTED SU ARADO

Patrón:
allá queda el arado
en el hediondo patio de su rancho;
y hallá quedan también los güeyes tristes
que ya con yo los pobres siabían encariñado....
¡Toy jarto d'injusticias!
Usté no sabe, patrón, lo que's este trabajo;
mandar...., mandar.... ¡Mandar!
Cualquiera puede, patrón, cualquiera puede.

Puede gritar cualquiera pataliando de cólera;
decir: ésto está sucio.... ¡Limpiálo, puñetero!
Se'stá cayendo el cerco, andáte a levantarlo,
andá ordeñá la vaca.... ¡Andá limpiá la milpa!
¡Andá cuidá el ternero!
Cualquiera puede, patrón, eso es muy fácil.
Estar en todo.... ¡En todo!, patrón, eso es difícil....

Y sin embargo,
yo siempre he estado atento a los quiaceres de la casa;
siempre quedando bien con su señora
y con sus mismos hijos....
Que digan si alguna vez el indio Pancho
se ha reseedido a hacer algún mandado,
o si en la loma alguna vez lo han visto
durmiendo panza arriba en la sabana;
que digan ellos mismos si es mentira
o es verdá lo que aquí le'stoy contando....
Y mal comido, patrón,
¡y pior pagado!

Y usté,
me trata de haragán y de mañoso,
y muy poquita cosa liá faltado
pa'agarrarme también a macanazos....
Dios l'ubiera librado, Dios
sabe lo quiace, patrón;
¡que nosotros los piones somos güenos,
cuando güenos también son los patrones!

¡Recoja usté su arado,
sus güeyes y su rancho!

DANIEL LAINEZ

ROMANCE DE SEMANA SANTA EN TEGUCIGALPA

DOMINGO DE RAMOS

I

Hoy es Domingo de Ramos,
de Ramos hoy domingo es....
El buen Jesús este día
entraba a Jerusalén.

Todo era fiesta ese día,
todo fiesta el día fué....
¡Lo recibieron con palmas
para matarlo después!

Las campanas de los templos
tocan con gran devoción.
Yo voy a ver, pensativo,
la entrada del Redentor.

Corren alegres las gentes
con sentida admiración;
sólo yo camino triste
pensando en nuestro Señor.

Por la calle del Calvario
viene ya la Procesión;
el tumulto de la gente
me llena de gran fervor.

Miro a Jesús, reluciente,
destacarse entre el montón:
en su burrita, amoroso,
va entrando al pueblo el Señor.

Las campanas de los templos
tocan con gran devoción.
Por mi lado va pasando,
triunfante, el hijo de Dios.

EN LA IGLESIA

II

Descubriéndome contrito
penetro en la Catedral.
El humo del incensario
me llena de santidad.

Toca el órgano, solemne,
un Ave María, y son
sus notas blancas palomas
que vuelan hacia el Señor.

De pronto se hace un silencio
que me llena de fervor....
Al púlpito sube el cura
que va a decir el sermón.

Con voz purísima y clara
nos habla el docto varón:
cuenta todos los milagros
y otras cosas del Señor.

Que en la Cruz, crucificado,
el Mártir al fin murió;
que fué por nuestros pecados;
cosas mil del Hombre-Dios.

Y habla del vicio, del crimen,
y de la murmuración....
una anciana dice quedo:
"líbranos de ella, Señor".

Con el alma hecha pedazos
por la pagana maldad,
con lágrimas en los ojos
salgo de la Catedral.

JUEVES SANTO

III

Jueves Santo. En el pueblo
un hondo recogimiento.
El cáliz de la amargura
Jesús apura en el huerto.

Los creyentes se arrodillan
delante los monumentos,
y van subiendo hasta el Cielo
fervorosos Padrenuestros.

Perfume de sicomoro
van esparciendo los vientos,
y una corona de estrellas
nimba la frente al Maestro.

En las calles solitarias
todo es dolor y silencio;
la tragedia ha enmudecido
las campanas de los templos.

Sus discípulos más fieles
están orando por él. . . .
Todos oran por el Maestro
con las manos en la sien.

Sólo Judas, cabizbajo,
sufre y gime de un mal cruel;
y es que sabe el pobre Judas
que traidor lo ha de vender.

Judas el sér más querido
del Lirio de Jericó:
¡qué dolor el del Maestro
verte trocado en traidor!

Judas, vendiste al Maestro
por treinta dineros, ¿no?;
por treinta viles monedas
le heriste en el corazón.

Los soldados pretorianos
llegan al huerto después:
con un beso en las mejillas
Judas sella el pacto cruel.

En las calles solitarias
todo es dolor y silencio:
la tragedia ha enmudecido
las campanas en los templos.

VIERNES SANTO

IV

Viernes Santo. Las campanas
doblan con lúgubre son;
entre una guardia de esbirros
marcha al Calvario el Señor.

Bajo un palio va el Obispo
para librarse del sol. . . .
Sólo el Señor se asolea;
¡ay, solamente el Señor!

La multitud se amontona
llena de gran compasión;
la multitud reza y ora,
ora con hondo fervor. . . .

Lanza en la sombra fulgores
la tiara de Monseñor.
Mas la corona de espinas
brilla más que el mismo sol.

Lucen los pies del Obispo
zapatillas de charol. . . .
Pero desnudos y heridos
lucen más los del Señor.

En las manos del Obispo
luce un diamante cual sol;
pero más brillan las llagas
que lleva nuestro Señor

Atrás, grillos y cadenas
suenan con lúgubre son;
los mismos sonidos tienen
los clarines y el tambor.

Va la Madre Dolorosa
con toda resignación. . . .
¡La Virgen no puede nada
contra las leyes de Dios!

Con un pañuelo, Verónica,
limpia el rostro del Señor.
El pañuelo se ilumina
con un celeste fulgor.

Viernes Santo. Las campanas
doblan con lúgubre son. . . .
Entre una guardia de esbirros
frente a mí pasa el Señor.

DANIEL LAINEZ

EN EL CALVARIO

V

En una cruz afrentosa
Jesús entrega su ser.
Están sagrando sus manos
y están sangrando sus pies.

Bandadas de golondrinas
pasan rosando su sien,
y un aire funambulesco
refresca su blanca tez.

Las bocas están convulsas
de piedad y de terror;
solamente Jesucristo
sufre con resignación.

Los Apóstoles, sombríos,
gimen de pena y dolor;
los Apóstoles hoy tienen
lacerado el corazón.

Y muere al fin el Maestro
de una lanzada fatal;
pero en su postrer suspiro
bendice a la Humanidad.

Y hasta los hojos sin brillo
de Longinos —matador—
se lluminan con su sangre
de un milagroso fulgor.

Dulce Mater Dolorosa:
no llores a tu hijo, no;
tu hijo querido se encuentra
en el seno del Señor.

Que un coro de querubines
ha bajado hasta su Cruz,
y en un lecho de luceros
lo han llevado al cielo azul.

Dulce Mater Dolorosa,
Madre del hijo de Dios:
en tus horas de vigilia
ruega por nos al Señor.

DOMINGO DE RESURRECIONC

VI

Los campanarios al viento
hoy han hechado a volar
sus jubilosos repiques,
despertando a la ciudad.

Hay en el alma del pueblo
regocijo, amor y paz;
en los labios hay cantares,
y en los pechos santidad.

El mártir que ayer yacía
rígido, muerto, sin voz,
hoy se levanta del túmulo
aureolado de fulgor.

Los Apóstoles, contentos,
llegan corriendo y se van
a divulgar la noticia
por la dormida ciudad.

Jesucristo no se ha muerto,
Jesucristo vivo está;
en sus ojos brilla el fuego
de una gran felicidad....

Cumplióse la profecía:
el Señor resucitó....
El pueblo contempla extático
la ascensión del Hombre-Dios.

En una nube, triunfante,
se eleva al Cielo el Señor;
los soldados pretorianos
trémulos quedan, sin voz.

Escrito estaba en el libro
que un ángel bueno dictó;
escrito estaba que al Cielo
iría nuestro Señor....

* * *

Jesús, que estás en los Cielos
sentado al lado de Dios;
por los buenos y los malos,
ruega a tu Padre, Señor.

ROMANCE DE LA RANCHERA ILUSIONADA

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol
viene la niña María
tejiendo ensueños de amor.

Viene pintando paisajes
con su alba imaginación:
una casita coqueta
llena de paz y de amor.

Pinta paisajes María
con su alba imaginación:
un maridito celoso,
cuando menos, profesor.

Se cansó ya de la aldea,
la aldea en donde nació;
sólo cortéjanla mozos
renegridos por el sol.

El corral y la vacada,
todo, todo le aburrió;
ni le alegraban las coplas
que entonaban en su loor.

Sueña con cines, María,
con modernismo y confort;
con manicuras graciosas
y peinados a la bob.

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol
María llega a la urbe,
lugar de su perdición.

Tiendas, mesones, cantinas,
en todo encuentra dolor;
en todo rostro ve burlas
humedecidas de alcohol.

Frases groseras que cortan
la más ingenua intención;
y señores sifilíticos
que pagan bien el amor.

* * *

Por el camino manchado
de aves viajeras y sol
María vuelve a la aldea
cargando un nuevo dolor.

DANIEL LAINEZ

ROMANCE DEL NEGRO ANDRES

El negro Andrés te quería
con un amor hecho llamas,
y tú, negra sandunguera,
siempre con él fuiste ingrata.

Y anoche lo han encontrado
tumbado sobre la cama,
cruzado el pecho bronceado
de una feroz puñalada.

El negro Andrés se moría
por tus favores, mulata,
y noche a noche en tu puerta
te cantaba la cumbancha.

Y hacía mil contorsiones
por atraer tus miradas,
y le brillaban los ojos
como si fueran dos ascuas.

Amor desafortunado
de ébano fino y de plata;
¡su canción hecha de fuego
le quemaba la garganta!

Andrés era un buen sujeto,
Andrés era un gran muchacho;
bebedor y cumbanchero,
¡pero picaba muy alto!

¡Qué culpa tenía el pobre
de haber nacido mulato!
Mulato como los frutos
que sazónaba en sus prados.

Amor del trópico ardiente,
amor con fuego de fragua,
amor que anula el sentido
y nos achicharra el alma.

Con ese amor te quería
Andrés, tu amigo, mulata;
amor de esclavos sin nombre
rendido bajo tus plantas.

Por acatar tus caprichos
Andrés se desesperaba. . . .
Cuando en los días de fiesta
por el andén de su casa

como una Reina pasabas
—brillantes las pantorrillas
y las caderas cimbreadas—
el negro Andrés suspiraba.

El negro Andrés te quería
con un amor hecho brasas,
y noche a noche en tu puerta
te cantaba la cumbancha.

Ya no oirás en la alta noche
—y ha de hacerte mucha falta—
su canto hecho de alaridos,
ni el ruido de sus maracas.

Andrés era un buen sujeto,
Andrés era un gran muchacho;
bebedor y cumbanchero,
¡pero picaba muy alto!

ROMANCE DE MARI-LUZ

Yo era una telita rota
en el telar del amor. . . .
¡Tela que deshilachara
la zarza de una pasión!

Pasión de locas andanzas
por cielos, tierras y mar. . . .
Pasión que a pesar del tiempo
tú me enseñaste a olvidar.

Con bálsamos de cariño
y blancas vendas de amor,
fuiste curando la herida
que un viejo amor me dejó.

Y embelleciste el paisaje
dándole al prado esplendor;
y ampliaste mis horizontes
inundándolos de sol.

Con la aguja de tus besos
fuiste zurciendo mi esplín,
y le bordaste arabescos
de oro, plata y de marfil. . . .

Tejiste blancos pañuelos
que enjugaran mi dolor,
y una boina para el frío
que había en mi corazón.

Como hilo atado en el hilo
de tu infinita inquietud,
por la bobina de tu alma
corría mi juventud.

Tejías velos de olvido
sobre mi bohemia inquietud,
y en esos velos un cielo,
y en el cielo sólo tú.

Vieras qué triste me siento,
qué triste estoy, Mari-Luz;
cual lámpara sin aceite
se apaga mi juventud.

Se apaga porque se apaga
tu alma en franca plenitud,
y en el altar de tus penas
no entra un rayito de luz.

Mari-Luz, estás enferma,
¿qué tienes, dí, Mari-Luz?;
en tus grandes ojos negros
ha muerto el ensueño azul.

Tu Singer se ha enmohecido,
y en la tela de mi esplín
ya no hay quien borde arabescos
de oro, plata y de marfil. . . .

Yo era una telita rota
en el telar del amor. . . .
¡Tela que deshilachara
la zarza de una pasión!

Con bálsamos de cariño
y blancas vendas de amor,
Mari-Luz curó la herida
que un viejo amor me dejó.

DANIEL LAINEZ

MI MAESTRA

Uno, dos, tres, cuatro, cinco;
cinco, cuatro, tres, dos, uno;
con qué amor y con qué ahinco
evoco tu alba prestancia,
y cómo a solas auno
tu juventud con mi infancia.

Evoco mi barrilete
de barbas rojas y azules,
el brillo de mis *maúles*,
mi trompo de pinabete.
Y las fugas hacia el río
en la cuaresma ardorosa,
siguiendo la mariposa
de un fuerte tono amarillo,
para después empezar
—cada vez con más ahinco—
el monótono solfeo:
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
y así podernos ganar
completo nuestro recreo.

Maestra: niña florida
de mi inquietud infantil,
yo soñaba con las mil
y una noches de tu vida.

Tú bebiste
la dulce miel de mi abeja,
y hoy te has tornado más vieja
y yo un poquito más triste.

Tu risa primaveral,
picaresca, dulce y fina,
era como una divina
campanita de cristal.

¡Oh, dulces tiempos aquellos
de inocente fantasía!
¡Y cómo resplandecía
el oro de tus cabellos!

Tu mano —lánguida y fina—
sobre el negro pizarrón,
me daba la sensación
de una errante golondrina.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco;
cinco, cuatro, tres, dos, uno. . . .
Con qué amor y con que ahinco
evoco tu alba prestancia,
y cómo a solas auno
tu juventud con mi infancia.

¿P O R Q U E?

¿Por qué
por tu color
te sientes inferior,
negro José?
¡No sé por qué!

Tu color no es una barrera....
Todos peleamos en la misma trinchera
y bajo la misma bandera
de Libertad....

Negro de piel de charol,
levanta tu frente al sol....
Tú eres igual al blanco, y quizá mejor,
ya se llame Rockefeller o Henry Ford....

Tu color no implica humillación....
¡No hay razón!

¿Por qué
por tu color
te sientes inferior,
negro José?

Tu color no implica humillación....
¡No hay razón!

DANIEL LAINEZ

HAI-KAIS

EL CHARCO

Charco:
tú tienes alma de fotógrafo.

MALICIA

¿Qué piensas padre Adán
del sabio Newton?

TRISTEZA

Gris.... Gris.... Gris....
Hoy hasta el monte me parece gris....

DUELO

Del jardín
se levantó una mancha
de mariposas negras....

JUSTICIA

Cuando filosofa la escoba,
sonríe la basura....

DESGRACIA

Anda suelto el Amor,
—y como es ciego—,
no ha reparado, el pobre, en mis harapos....

TU SONRISA

Cucharaditas de azúcar
con que me endulzas el alma....

TU VOZ

¿Quién va tirando esterlinas
en el cristal de tus frases?

TU BOCA

Caja fuerte en donde guardas
el tesoro de mis besos....

LA BRISA

Niña traviesa y sumisa,
que cuando el sol la corteja
se escapa llena de risa.

ELOGIO LIRICO A LA HUMILDAD DE LA TORTILLA

Tortilla,
suave tortilla humilde,
humilde y simple como el agua;
huérfana de alabanzas
como la vida misma de los parias.
¡Voy a cantarte!
Nadie te ha dicho nada,
nada. . . .
Se le ha cantado al río,
al árbol,
al pájaro;
pero a tí,
a tí te han olvidado. . . .

Estamos frente a frente:
yo te contemplo extático;
sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una luna tibia y blanca. . . .
Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla,
¡bendita seas!

Tu sabor es simple,
mas no es simple tu historia:
Yo he visto al indio nuestro
cómo se encorba para abrir el surco
sobre la tierra que se muestra indócil,
y cómo va regando la semilla
que luego con amor sepulta.
¿Después?
La ansiedad, la espera,
la zozobra continua. . . .
Oraciones porque el agua caiga
sobre el campo reseco.
Por fin el agua se desprende,
próvida,
y el maíz revienta.

DANIEL LAINEZ

¡Nuevos cuidados
y oraciones nuevas!
El chapulín,
el viento....
¡La inquietud!
Y emprende fiera guerra a los zanates,
y triunfa y se emborracha
con chicha que del maíz él mismo saca;
pero en las manos de nuestra hembra amada
se santifica el grano y transfigura.

Eres hija del maíz,
tortilla clara.
Estamos frente a frente
y no encuentro una voz para alabarte.
Sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca....
Hija legítima del maíz del trópico,
de ese maíz tan blanco,
tan puro y fino
como los dientes de mi novia casta.

Tortilla:
tú vas a la sierra
en el morral del indio
que se encamina a trabajar cual bestia;
tú en el bolsón del peregrino errante
y en la mochila del soldado fiero;
en las manos del mendigo tú eres vida,
y en las del poeta triste tú eres canto....

Por eso,
yo te contemplo extático;
sobre el lino impoluto de mi mesa
pareces una hostia tibia y blanca....
Compañera inseparable de los pobres,
sangre de nuestra sangre,
vida de nuestra vida,
consuelo de los tristes,
muralla contra el hambre,
tortilla:
¡bendita seas!

¡Sé bendita,
tortilla clara,
músculo y sangre de mi heroica raza....!

CANTO DE CARCEL

de "Auto-biografía").
(Epístola de Año Nuevo.—Fragmento

Iris:
no es el poeta;
no es el dulce cantor de la romanza tierna
ni el celebrado autor del madrigal florido
quien te escribe;
soy yo,
yo el reo número 135 de nuestro Centro Penal....
Te escribo desde el filo de la noche,
de esta noche pascual que es para mí tremenda.

Iris:
mi dulce,
mi divina,
mi lejana e inolvidable Iris;
esta epístola triste,
esta epístola amarga y resignada,
como una flecha loca,
—loca de angustia y de dolor—, te escribo.
Un año más de ausencia me ha encontrado con los brazos caídos,
torpemente caídos sobre el tiempo como ramas de cipreses vencidos....
Tú sabes más que nadie el por qué del capricho de escribirte esta noche,
esta noche de pitos y de máscaras,
de champán y morfina.
¿Recuerdas?
Tú estabas más que linda aquella noche;
yo, como siempre, triste....
Serpentinas de luces en las almas de todos colocabas, traviesa;
y tu risa argentina, cual cascada de perlas, anulaba a la orquesta....
(Perdona, se me empaña la vista...., mi voluntad flaquea).

DANIEL LAINEZ

Iris;
compañera:
te fuiste aquella noche para siempre,
quizás te fuiste hastiada de mi letal tristeza....
Son cinco calendarios derramando sus hojas en los mares del Tiempo.
Son cinco calendarios, cinco negros y largos calendarios....
Y sin embargo,
tu recuerdo aúlla y gime como un lobezno hambriento;
aúlla, gime y te clama con una voz sin eco,
como si hubieras sido tragada por el tiempo....
Pero aun vives;
me lo dice el corazón latiendo;
me lo dicen las auras que han peinado tus trenzas;
me lo dicen las nubes;
me lo dicen las aves....

Iris:
tú como rayo de luz que se filtra en mi celda de recluso;
tú en las duras piedras que labran mis manos callosas;
tú en el sollozo del esclavo cobarde
y en el grito del héroe que clama justicia;
tú en la risa y en el llanto;
tú en el éxtasis sublime,
y en la Vida.... y en la Muerte.... ¡Tú!

Quizás en esta noche tú también te halles triste;
la tristeza, mi amada, es contagiosa;
la tristeza es veneno que se infiltra en el alma.
¡Que lo diga Leopardi!

Yo fui alegre en un tiempo, tú lo sabes, pequeña;
cuando niño —recuerdo— fui siempre en pos de nidos;
descalzo, como un loco, recorrí la campiña,
me subía a los árboles y cruzaba nadando las corrientes del río....
¡Ya ves si no era alegre cuando niño!
Murió mi padre y me heredó sus vicios,
y tuve que hacerme hombre aun siendo un niño....
Ya ves como la vida poco a poco
letal ponzoña inoculó en mis venas....
Murió mi hermana Amalia, y escribí unos versos,
y todos en la calle burlescos se sonrieron....
Angustia tras angustia; golpe mortal tras golpe....
¿Después?
Pobreza e incompreensión en casa.
¡Ya puedes comprender mi gran tragedia!

ANTOLOGIA POETICA

Ya no exhibo juguetes líricos
en mis escaparates mágicos;
ocupan hoy su puesto mil muñecos mecánicos
de encorbadas espaldas surcadas por el látigo;
se me quebró la luna entre las manos de tanto contemplarla extático,
y una visión de espanto enneblinó mis ojos cándidos....

Iris:
amada Iris que irradias luz sobre mi pecho;
no te pido que vengas, no quiero que compartas mi tristeza;
yo andaré siempre solo —con mis penas al hombro— por mi noche tremenda;
no quiero que compartas ya mi mesa; amargaron mi pan
y mi vino enturbiaron;
el insomnio ha clavado sus garras en mi mente; mi lecho no es el mismo.
Pero quiero que sepas que mi alma,
que mi pobre alma de Artista,
aquella alma de niño que tú bien conociste,
aun se encuentra impecable, sigue siendo la misma:
todavía me angustian los ancianos hambrientos;
aun son los perros flacos mis mejores amigos;
soy hermano de las rameras sifilíticas;
de los obreros que van dejando amapolas de sangre en los caminos;
de los presidiarios que arrastran diariamente sus pesadas cadenas
cual serpientes de acero;
y de toda la mugre,
y de toda la peste que el bíblico Job capitanea....
Y canto con los pájaros,
y río con los niños,
y converso con el Diablo en mis noches tremendas de insomnio,
porque conversando con el Diablo me aproximo a Dios....

Iris,
mi divina,
mi locuela e inolvidable Iris:
esta epístola triste,
esta epístola amarga y resignada,
como una flecha loca, —loca de angustia y de dolor—, te escribo.
Un año más de ausencia me ha encontrado con los brazos caídos;
torpemente caídos sobre el tiempo como ramas de cipreses vencidos....

Iris:
van quedo los recuerdos balanceándose
—como tiosos ahorcados— en las más altas ramas de mis penas....
Se han ido destrozando mis nervios como cuerdas de guitarra andaluza;
pero ha quedado el grito vibrando en el espacio,
y han quedado estas páginas....
Si un día las encuentras en tu senda,
recógelas, amor, que son mis lágrimas....

DANIEL LAINEZ

ODA A LAS MADRES DE AMERICA

Entonen las selvas un himno armonioso, sublime y potente;
enciendan sus teas los ígneos volcanes enhiestos de América;
que el Niágara suelte su cauda argentina lanzando un estruendo de júbilo;
que todos los ríos lancen un gran ¡hurra! entusiasta y jocundo;
que el cielo se irice en una locura de astrales destellos magníficos;
y todos unidos, selvas armoniosas, ríos caudalosos, volcanes enhiestos,
y cielos de luz constelados, saluden en coro a todas las madres de América.

Hoy el sacrificio ha llamado a sus puertas con puños de acero;
los bárbaros quieren el suelo fecundo de nuestros abuelos;
quieren anular el tesoro sagrado y bendito de nuestras leyendas;
la carne caliente y morena de nuestras mujeres; quieren los torrentes;
las selvas hirsutas donde los leopardos aun duermen sus siestas.
Que vengan . . . , que vengan . . . ¡Que vengan los bárbaros! ¡Sí, que vengan!
Que lleguen los déspotas que aquí están los hombres viriles de América.
Aquí están los hombres del magno Bolívar; aquí están los hijos de Wáshington,
los nietos del gran Morazán se impacientan, y dan su protesta a los vientos.

Madres: ya el canto de cuna en los labios maternos en un sacrilegio;
hay que ir olvidando los mimos, las tiernas caricias, los ósculos dulces,
los tiernos arrullos; hay que ir forjando hombres que empuñen la espada,
que burlen la muerte, que griten muy alto, ¡muy alto!, sus nobles ideales,
entre una cortina de gas asfixiante y candente metralla . . .

Comprendo que es duro, muy duro y sangriento, madres abnegadas;
pero esa es la amarga verdad que en esta hora nos muerde la entraña:
vestiréis paños fúnebres, lloraréis muchos soles por los que cayeron
como héroes homéricos —sin tacha y sin miedo— en suelo extranjero . . .
Mas, dichoso el que muere por causa tan noble por que esa no es muerte;
la tumba es más dulce que las negras botas de los opresores . . .

Vislúmbranse claros destellos gloriosos de una gloria cierta;
los arcos del triunfo han echado sus bases en tierras extrañas,
y van vuestros hijos, ¡oh madres de América!, ¡oh santas mujeres!,
sembrando el espanto en las huestes salvajes que el César moderno comanda.

Ya nuestras banderas ondean gloriosas en China y en Africa;
ya están en la India; ya sabe el Japón que la América es fuerte;
que es fuerte y es grande, y además de grande, que es noble y que es justa.
Marcharon los nuestros a tierra extranjera a sembrar un gran árbol;
el árbol bendito de la Democracia; el árbol sagrado de las Libertades;
lo siembran con balas, lo aporcan con tanques, lo riegan con sangre . . .
¡Dichoso el que muere por causa tan noble por que esa no es muerte!
¡La tumba es más dulce que las negras botas de los opresores . . . !
Ya véis, madres buenas de América heroica, que el fin es grandioso;
ya véis que la sangre que corre en Europa es sangre de jóvenes héroes;
que el esfuerzo es grande; que no es un esfuerzo ni vano ni estéril,
pues antes de todo . . . , ¡y por sobre todo!, está nuestra América . . .

PROSA

LA GLORIA



NOVELA FESTIVA

1946

A
CELEO MURILLO,
VIRGILIO R. GALVEZ
Y
CORNELIO RIERVA

dedico este pequeño ensayo de novela festiva, escrito en el año de 1938 y publicado en forma de folletín, poco tiempo después, en las páginas de la Revista "TEGUCIGALPA".

De cómo —por casualidad— llego al velorio de mi amigo Mathis, el muchacho alegre y soñador que paseara su bohemia por las calles de la ciudad.

SI para narrar esta historia fuera necesario precisar la hora, me sería totalmente imposible, lo confieso. Yo iba por las calles de la ciudad dando tumbos . . . , sin rumbo; y, sin embargo, sabía perfectamente que algo de suma importancia tenía que hacer aquella noche, pero me era imposible recordar. Al pasar por nuestra Catedral consulté la hora; las manecillas del viejo reloj no me dijeron nada; eran absurdas, sin sentido; para mí no tenían ningún valor Entonces comprendí: ¡Me encontraba fuera del tiempo!

Proseguí mi marcha por las calles, interminables, desiertas. Ni el ruido más leve venía a romper la calma sepulcral que en ellas reinaba ¡Aquello era algo espantoso! De pronto me detengo: algo vislumbro en la esquina opuesta. ¡Bah! Es una hoguera que denuncia un velorio, e —instintivamente— me llevo la mano a la bolsa interior del saco. ¡Una esquela mortuoria! Vuelvo en mí: voy para el velorio de mi grande y buen amigo el poeta Mathis, el muchacho alegre y soñador que paseara su bohemia por las calles de la ciudad, poniendo una nota típica en el espíritu provinciano de las buenas y generosas gentes. Siento remordimiento de haber llegado tarde ¡Hubiera ayudado a vestir su cadáver! El cadáver de aquel que en el mundo había sido tan bueno. Y así —inculpándome— llego a casa del duelo; el cuerpo de mi buen amigo se encuentra ya en la caja. Siento como que una sierpe se me enrosca en la garganta y los ojos se me inundan de lágrimas. Me acerco a él, pálido, silencioso, mudo. Le estrecho las manos, rígidas y frías. Aún conserva el color, aquel color ceniciento tan peculiar en él; solamente el abdomen le ha crecido considerablemente: parece de ahogado. Sin embargo, sorprendo en sus labios una leve sonrisa, no sé si de desdén o de conformidad.

DANIEL LAINEZ

Después de los formulismos del caso, me retiro a un rincón solitario desde donde puedo rumiar mi pena sin ser visto de nadie.

—¡No! ¡No es cierto! —pienso—. Mathis no ha muerto; no puede ser verdad.... ¡Eso es imposible! Y, sin embargo, la realidad.... Aquella amarga realidad que se presenta dura y fría ante mis ojos atónitos, allí a unos cuantos pasos de mí. Y empiezo a hacer recuerdos; y por mi cerebro atormentado van pasando todas nuestras locuras llenas de atrevimiento y nuestros sueños de gloria, envueltos en el leve manto de un azul optimismo. Y torno a llorar desde mi oscuro rincón, clavando las pupilas enardecidas por la fiebre y el llanto en la negra caja que guarda los restos mortales de mi infortunado amigo, de los cuales, dicho sea de paso, únicamente alcanzo a ver el abdomen, cada vez más protuberante. Así paso largo rato, no atinando a decir cuánto tiempo; cuando de pronto, inesperadamente, noto que aquella blancura se mueve. Me paso la mano por los ojos, incrédulo.

—¡Los tengo empañados por el llanto! —me digo—. Pero no. Mi amigo se ha incorporado. Ninguno de los allí presentes nota el fenómeno; sólo yo sigo con los ojos fijos en el espectro.... hasta que emprende el vuelo: haciendo cuatro graciosísimas cabriolas alrededor de la cámara mortuoria, sale disparado por la ventana.

*De cómo Mathis emprende su gloriosa ascensión al Cielo.
El poeta vuela despacio , despacio , como quien
no lleva prisa. Una cerámica sonrisa ilumina su rostro.*

Y A lo dije: me encuentro fuera del tiempo. Noto de pronto que tengo alas, y lo sigo, contemplando un cuadro verdaderamente encantador: el poeta vuela despacio , despacio , como quien no lleva prisa; con los ojos clavados en el Cielo, las manos en actitud de oración, las piernas graciosamente echadas hacia atrás y su blanca túnica flotando alrededor de su cuerpo, dejando entrever las impecables líneas de sus rítmicas caderas y la prieta escultura de sus robustos muslos ¡Una cerámica sonrisa ilumina su rostro! De cuando en cuando se detiene, lanza una mirada de desdén a la tierra, y asumiendo nuevamente su santísima actitud, prosigue su gloriosa ascensión.

Por fin llega a las puertas del cielo, en donde le aguarda un delegado del Infierno y una hermosísima criatura, es decir, un ángel: delegado de Dios en el portal celeste.

DANIEL LAINEZ

En donde Mathis afloja la válvula de escape embalsamando el ambiente con un olorcillo no muy grato.

—¿**C**OMO te llamas? —interrogó el Diablo.

—En el mundo de los vivos me llamaban Mathis —dijo mi grande y buen amigo, castañeteando los dientes de puro miedo.

—¡Este es mío! —rugió el Diablo echando chispas por los ojos.

A estas palabras, Mathis tembló terriblemente de pies a cabeza, oyéndose a continuación un fuerte estallido que embalsamó el ambiente con un olorcillo no muy grato. El ángel, con mucha discreción, se llevó el pañuelo a la nariz, formulándole a su competidor la siguiente pregunta:

—¿Porqué es suyo?

A la que respondió el Diablo, sin ninguna vacilación.

—Porque es mentiroso, tramposo, haragán y hablador. Si usted lo defiende de estos cuatro vicios se lo lleva al Cielo, ¡y santas pascuas!

—Principie el interrogatorio, señor Satanás— dijo el ángel con voz dulce.

El señor delegado del Infierno dió principio a su trabajo con una sonrisita picarezca, seguro de su triunfo:

—¡Dí tu oficio o profesión!

—¡Poeta! —dijo mi amigo inflándose de vanidad.

—¿Ya ve usted? —dijo el ángel. (Su voz era música celeste).

—¿Ya ve qué? —replicó Satanás indignado.

—Que ya está defendido, —dijo el ángel sin variar el tono de su voz—; y voy a probárselo en seguida: el poeta tiene que vivir de ilusiones; forzosamente tiene que mentir, porque la realidad es áspera y grosera, de manera que hay que embellecerla. A ellos debemos las epopeyas más grandiosas y los más divinos sueños de gloria que alienta el pecho del género humano. . . . ¡Benditos los poetas! Esto es en cuanto a la mentira; en cuanto a la trampa, es muy explicable: el mundo se olvida de que es-

ANTOLOGIA POETICA

tos seres predestinados tienen que comer y que vestir; se olvida de que son de carne y hueso y que ellos —como todos los mortales— confrontan grandes problemas.

—¿Y en cuanto a la haraganería y a la habladería, qué me dice? —gritó el Diablo lleno de cólera—. ¿O es que usted se ha dado a la treta de defender holgazanes?

—Cálmese, caballero Satán, —dijo el ángel con su dulzura habitual—. Realmente, yo no creo que sea haragán un individuo que vive quebrándose la cabeza únicamente para deleitar a sus semejantes; muy al contrario: eso se llama desinterés y también filantropía. Viven humildemente, sin ninguna ambición rastrera que pueda empañar el límpido cristal, a través del cual miran el funambulesco desfile de la humanidad del bajo fondo, que llora lágrimas amargas. . . . ¡y canta!, y es su canción tan honda y tan sentida, de una crueldad tan dulce, tan refinadamente sabia, que los ojos se nos inundan de lágrimas, no sabiendo si de un dolor seráfico o de un placer satánico. . . .

Mathis, que es bastante enamorado, hace algunos minutos le guiña picarezcamente los ojos al ángel, quien creyendo que se trata de una manifestación de gratitud, le corresponde con una dulce sonrisa, lo que da lugar a que le dirija el siguiente piropo:

—Usted es un ángel divino, salido de las páginas del no menos divino hermano mío Rubén, quien pasara por el mundo despetalando divinas rosas de emoción y de ensueño.

—¡Jum!, —exclamó el Diablo—, ¡así no vamos! Este holgazán está más divino que las divinas divinidades. Pero sigamos.

—Bueno, —dijo el ángel—, ahora sólo falta lo de hablador: ¿no sabe usted, señor Satanás, que habladores fueron Demóstenes, Catón, Castellar y otros tan grandes hombres que con sus verbos castellantes conmovieron el corazón de la humanidad? Solamente me falta que advertirle, mi querido señor, que ese inapreciable don, en el mundo tiene otro nombre: se le llama Elocuencia; sí, señor mío, así como lo está oyendo; y al ser predestinado que ejerce tan difícil arte se le llama orador; ¡orador!, señor Satanás.

El Diablo se rascó la cabeza echando fuego por los ojos, mientras el ángel tocaba suavemente las puertas del cielo. Yo contemplaba todo esto a respetable distancia, a sabiendas de que era imperceptible, y que las puertas del Cielo no eran una barrera que pudiera impedirme seguir las aventuras de mi difunto amigo.

San Pedro, antes de abrir la celestial morada, aplicó la visual en el cerrojo de la puerta, un tanto extrañado: en su larga vida de portero jamás había llegado una criatura tan fea a los umbrales de aquella santa morada; pero no había más remedio que abrirle: ¡el ángel se lo ordenaba!

DANIEL LAINEZ

—¡Cobarde! ¡Malandrín! ¡Portero del Demonio! —fueron las terribles palabras de Mathis, al no más franquear las puertas del Cielo.

MI amigo, al no más franquear las puertas, le hizo una broma pesada referente a sus luengas barbas y a la tardanza que notó para abrirle las puertas.

—Recuerda —le dijo San Pedro— que te encuentras en el Cielo y que yo, tú bien lo sabes, no soy juguete de nadie....

—Sí, es cierto; bien sé que eres un matón y al mismo tiempo un pusilánime. De un solo tajo le cortaste el pabellón de la oreja a un soldado de las meznadas pretorianas en los precisos momentos de la captura de Jesús. Te portaste como todo un hombre; pero después flaqueaste de la manera más lamentable, cumpliéndose de esta manera las divinas palabras del Maestro: “Antes de que el gallo cante me negarás tres veces”. ¿Recuerdas? ¡Cobarde!

San Pedro, lleno de ira, le arrojó la llave del portal celeste, con fuerza tal, que de no haber fallado el golpe, hubiera dado en tierra con mi desventurado amigo, quien, viéndose fuera del alcance de las iras del santo portero, lo colmó de injurias:

—¡Cobarde! ¡Malandrín! ¡Portero del Demonio! ¡Santo a la fuerza! He conocido millones de sujetos de tu mismo oficio y todos son lo mismo: unos holgazanes entrometidos, fatuos, mal intencionados y serviles; en suma: una peste que se hace necesario exterminar cuanto antes.

San Pedro lo oía con mansedumbre: después de un arrebatado de cólera se arrepentía y no era extraño verle llorar de vergüenza; y es que Pedro, el que antes de pescador de almas fuera pescador de peces en las cristalinas aguas del Jordán, era una alma grande, que, desgraciadamente, aún conservaba un poquito del mísero barro de la tierra.

ANTOLOGIA POETICA

*Pasaje en donde Mathis se encuentra con
Ildebrando, quien ha de servirle de cicerone
en los intrincados laberintos del reino celeste.*

DESPUES de esta divertida aventura, acaecida nada menos que con una de las autoridades más elevadas del Cielo —digo más elevadas porque ni en el Cielo hay igualdad— mi desventurado amigo se sentó a descansar a la sombra de unos quilinchuches en flor, en el jardín que sirve de patio de recreo al primer regimiento de traviosos querubines de la corte celestial, los que se encontraban jugando *pin-pon* con las estrellas. Pronto hizo amistad con uno de ellos, el que momentos después había de servirle de cicerone en los intrincados laberintos del reino celeste.

—¿Cómo te llamas, monín? —le preguntó mi amigo con un tono de voz acariciante.

—Ildebrando —respondió el interpelado con una vocesilla fina y un tanto medrosa.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta vida?

—Llevo cinco años, —respondió el pequeñuelo ya con más confianza—, gracias a los solícitos cuidados de un famoso facultativo de mi tierra, el que no hacía más que tomarme el pulso mañana y tarde, recetarme píldoras y cobrar religiosamente sus comerciales visitas.... ¡Y pensar, señor, que tuvo el cinismo de asistir a mi entierro!

—Así es la mayor parte de esos léperos! —rugió mi amigo—. Es una de las pestes más grandes que azotan a la humanidad. Pero ya es tarde y necesito inspeccionar el campo en donde, gracias a mis inapreciables virtudes y honestas costumbres, me ha tocado actuar. Y se internaron en un bosquecillo de aromados arbustos florecidos.

—Aquí —dijo el pequeño cicerone— es el lugar en donde se reúnen y discuten sobre literatura los ingenios más brillantes, quienes, con su inspiración divina, conmovieron el corazón de la humanidad entera. Mire: allí viene Petrarca; más atrás el Dante seguido de Milton, y más atrás Lord Byron del brazo de Oscar Wilde.

DANIEL LAINEZ

Mi buen amigo se dirigió a ellos tendiéndoles las manos. El amante de Laura dirigió una mirada de asombro y de inteligencia a sus compañeros. ¿Quién era aquel que osaba tratarlos con tanta familiaridad? ¡Lo ignoraban! Byron, deshaciéndose del brazo de Wilde, lo abordó:

—¿Quién eres tú, que así nos tratas? ¿Eres por ventura el autor de “La Jerusalén Libertada”, de “Orlando Furioso”, de “La Celestina”, de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, o de cualquier otro de esos famosos monumentos de la literatura universal? ¡Contesta! ¿O es que nos has equivocado?

Mi buen amigo se quedó alelado, mirando con asombro la altanera figura de aquel que así le hablaba. No, no estaba equivocado: allí, frente a él, estaban las melancólicas figuras de los amantes de Laura y de Beatriz; a Milton lo reconoció por la ceguera de sus ojos; por su escarlata nariz a Wilde, la que estaba gritando a voz en cuello su intemperancia; y aquel bribonzuelo altanero, era, sin duda alguna, el fatuo Lord Byron, se lo decía la flojedad de su pierna.

Una vez repuesto de su asombro, se encaró con el autor de “Mafredo”, gritándole:

—¿Qué? ¿No me conocéis? ¡Hasta a ese grado llega vuestra ignorancia! ¡Bien haríais estudiando literatura contemporánea, en vez de pasar durmiéndoos sobre vuestros ya marchitos laureles...! ¡Yo soy Mathis! El dulce cantor de la naturaleza; no hay animalito de Dios, por más humilde que éste sea, a quien no haya engrandecido y sublimizado con mis cantos, verdaderas joyas de la literatura contemporánea... ¿No habéis leído “El Sapo”, “La Zarza”, “La Piedra”? ¡Pues ese soy yo! Para servir a vosotros en todo aquello que esté a mi alcance, que —haciendo a un lado toda falsa modestia— es ilimitado....

Lord Byron dirigió una mirada de inteligencia a sus compañeros, quienes se la retornaron con una sonrisita maligna, lo que incomodó grandemente a Mathis.

—Contigo, Petrarca, no me meteré, —dijo lleno de ira—; a tí ya nadie te lee en la tierra: además, tu poesía es vacua, sosa, inútil; a eso se debe que tus obras duerman el sueño de los justos en los anaqueles de los librovejeros: solamente, de vez en cuando, algún académico empalagoso hace citas a tontas y a locas, dándose tono de una erudición tan torpe como jayana.

Y dirigiéndose a Dante:

—La obra tuya es un poquito más sólida y concienzuda. Te lo digo en confianza; pero no por eso te vayas a enfermar, porque si hemos de hablar la verdad, te diré con toda la franqueza que me caracteriza que “La Divina Comedia”, como pedantemente titulaste tu obra, es harto aburrida. ¡Ay! ¡Qué de citas! ¡Qué destilar de veneno sobre la inde-

ANTOLOGÍA POÉTICA

fensa pelleja de tus pobres enemigos! Además, he sabido últimamente, por mis profundos estudios humanistas, que todo ese cargamento de vicios que de la manera más cruel condenaste en tus descripciones en los cantos del "Infierno", todos esos vicios y lacras que inmisericordemente arrojaste a las llamas devoradoras y sometiste a los tormentos más espantosos que ideó tu mente calenturienta, estaban bien arraigados en tu corazón.... ¡Hipócrita! Ese es el término justo con el cual debes de ser juzgado de hoy en adelante en las incipientes páginas de la Historia de la Literatura Universal.

Los líricos maestros reían con risas francas y cristalinas. Nunca se les había ultrajado de tal manera, cosa que les divirtió de lo lindo. Estimulado por tal benevolencia y tolerancia, continuó:

—Contigo tengo que hablar detenidamente, Milton. Si la humanidad te debe tu famoso "Paraíso Perdido", esa misma humanidad te debe lágrimas y sangre. ¡Me escuchas? ¡Lágrimas y sangre de inocentes! ¡Conozco tu historia, John! Fácilmente podemos olvidar a Oliverio; pero no a tí, su Primer Ministro, es decir, el primer esbirro de aquel imperio oprobioso, gobernado por un sangriento capitán que llevaba por cetro un látigo, el que hacía restallar continuamente sobre las encorvadas y sangrantes espaldas de un pueblo oprimido y hambriento.... Bien hizo Dios al privarte del don de la vista; así podrás escrutar continuamente el insondable abismo de tu alma satánica. Y tú, Oscar, ¿de qué te ríes? Hablo contigo, corruptor de menores; macho cabrío que profanas con tus espantosas pezuñas la fragante yerba de esta maravillosa morada. ¿No sabes, viejo corrompido, que ésta no es una cárcel ni mucho menos un lupanar? En verdad, no sé que hacen todos éstos aquí, —exclamó—, separándose del grupo y tomando una veredita amable, siempre seguido de Ildebrando, quien ya iba comprendiendo y familiarizándose con la extraña chifladura de mi amigo.

DANIEL LAINEZ

En donde Mathis se encuentra con Schopenhauer, y se da cuenta de que el sol visto de cerca presenta manchas.

LBAN de esta manera, cuando de pronto tropezaron con un viejo de facciones duras y ojos melancólicos y crueles.

—Ese es Schopenhaur, —le dijo Ildebrando al oído—, es un hombre muy serio y reflexivo. . . . Aquí nadie le ha sacado hasta ahora ni una sola sonrisa.

Mathis se dirigió a él sin pérdida de tiempo, alargándole la mano y entablando, acto seguido, una animada conversación:

—¿Tú eres Schopenhauer, el famoso autor de “Los Dolores del Mundo?”

—El mismo —contestó el interpelado con un deje sombrío.

—Pues ¿no sabes que tu encuentro me proporciona uno de los placeres más grandes con que siempre he soñado? ¿No sabes, viejo sombrío, filósofo amargo, que tengo que decirte muchas verdades? Dime: ¿por qué enturbiaste las linfas de mi juventud florida? ¿Ignoras acaso, que la verdad es amarga y fría como la muerte misma, y que es preferible una mentira inofensiva y dulce a una verdad amarga y dolorosa? Yo, como mi hermano Emilio, como aquel lírico y dulce Emilio Carrere, amaba la vida, la Gloria, el laurel;

“pero tú dijiste
que el amor es triste,
que el bien es incierto. . . .
Ahora iré igual que un muerto,
tu voz emponzoña todo cuando existe;
dime, viejo horrible: ¿por qué no mentiste
aunque sea cierto?”

ANTOLOGIA POETICA

¿Oyes cómo se queja? ¿No te estremecen de remordimiento esos lamentos? La humanidad es triste de por sí y es necesario idealizar la vida para hacerla más llevadera. Cometiste un error enorme . . . , error que la humanidad no te perdonará nunca. ¿Talento? No te faltó ni un instante; pero no lo supiste emplear en una empresa más noble, más humanitaria. El hombre debe de llevar en los ojos esa venda sutilísima que se llama ilusión; de lo contrario rodará irremisiblemente en ese abismo insondable de la realidad, de donde —como Werther— no ha de salir ya nunca, de no hacerlo por la puerta falsa del suicidio . . . Yo, en verdad, no cambiaría nunca mis dulces versos por toda tu fatal filosofía . . .

Schopenhauer —más meditabundo y sombrío que antes— continuó su camino con tardo y vacilante andar, mientras Ildebrando reía a mandíbula batiente.

—¿De qué te ríes, monín? —le dijo mi amigo un tanto amoscado.

—¿De sus cosas! —le contestó—. Ese señor a quien acaba usted de reprender tan duramente, es nada menos que un gran sabio. Aquí en el Cielo todos lo respetan. A veces se reúne con otros sabios más, como Nietzsche, Voltaire, Spencer, Espinosa y otros connotados filósofos, todos ellos de primer orden; discuten días enteros y son sus opiniones las que prevalecen.

—Esas son tonterías, monín, —dijo Mathis con voz grave—; el sol visto de cerca presenta manchas. Yo me he presentado a todas estas personalidades de almanaque y las he encontrado anticuadas, torpes en sus pensamientos y en sus acciones; la mayor parte de ellas no son más que imitadoras de talento . . . , ¡y nada más que eso, monín! Tú no sabes nada de estas cosas; te dejas sorprender con mucha facilidad . . . Conmigo aprenderás mucho, mucho, monín; pero no te dejes guiar de los versos del charlatán de Horacio, quien dice:

“Los sabios, aunque muertos y enterrados,
viven siempre y son siempre alabados”,

porque en verdad, en verdad te digo que en mi tierra —a pesar de ser tan pequeña— abundan esas mentalidades. Sabios hay de todas las especies: se encuentran en las plazas públicas, en las cantinas, en los salones de billar y hasta en los más apartados suburbios de las barriadas, haciéndoles el amor a las hijas de las aplanchadoras y molenderas, para poder pasar con la ropa limpia y el estómago de fiesta. Por eso, cada vez que me encuentro con alguno de esos genios, exclamo para mi capote: “*Acta est fabula*”.

DANIEL LAINEZ

*En donde Mathis se encuentra con Italo Balbo,
y en donde el General italiano se da cuenta de la
traición de Benito, el maniático payaso de feria.*

LDEBRANDO se quedó perplejo; no sabía a ciencia cierta con quien se las había, si con un loco o con un gran sabio, de esos que de siglo en siglo hacen irrupción en el cielo del saber humano. Siguieron andando, cuando de pronto, tropezaron con un hombrecito de mediana estatura, bastante cargado de espaldas, ojos brillantes y boca muy fina, bajo de la cual temblaba nerviosamente una bien cuidada perilla.

—Ese es un héroe, —dijo el pequeño guía—; se llama Italo Balbo, General italiano, cuya muerte conmovió profundamente el alma de su pueblo y del mundo entero. De él se cuentan hazañas verdaderamente heroicas. Sus laureles aún permanecen frescos en los codiciados jardines de la Gloria y de la Fama, hermanitas gemelas de este porta-estandarte de la victoria.

Mathis se dirigió a él con ánimo resuelto, exclamando al tiempo mismo de alargarle la mano:

—¿Cómo? ¿Eres tú ese esforzado Italo? ¿El que se jugaba la vida a cada paso, y a cada paso derrotaba a la muerte? Dime: ¿perdonaste a tus más encarnizados enemigos antes de entrar a esta sagrada mansión? ¿No sentiste pesar morirte, así, tan tontamente, cuando aún te esperaban nuevas y resonantes victorias y el pueblo tenía puesta en tí su fe y su esperanza?

Italo Balbo lo miró un tanto asombrado, se pasó la mano por su sedeña barba y, profundamente emocionado, contestó:

ANTOLOGIA POETICA

—No, no sentí ningún pesar en la hora sombría de la muerte; morí como todo un hombre; como debe morir todo patriota: luchando por la patria. . . . ¡Morir por un ideal elevado, no es morir, desconocido amigo! ¡Morir de esa manera es vivir, vivir eternamente en el corazón de un pueblo que canta sus victorias y llora eterna y profundamente su prematura muerte! ¡Cumplí con mi deber de soldado y estoy en paz con mi conciencia! ¡Qué más puedo ambicionar?

—¿Estás saguro que moriste como todo un hombre, frente al enemigo?

—¡Seguro!, —contestó Italo Balbo—; tan seguro como esta tierra sagrada que pisamos.

—Miro —replicó mi amigo— que te encuentras equivocado de medio a medio. ¡A tí te asesinó Benito, querido Italo! La verdad es amarga; ya se lo dije a otros, y hay que ponerle cara de barítono. Siento venir desde tan lejos a esfumarte una ilusión tan bella como heroica, querido Italo; pero no puedo caillar por más tiempo la fría verdad de las cosas, y ya es hora de gritarlas a los cuatro vientos.

Mi amigo guardó silencio por un instante, semblanteando el descompuesto rostro del General italiano.

—¡Prosigue! ¡Prosigue —gimió Italo Balbo—; puesto que vienes del mundo, quiero oír de tus labios la verdad precisa y clara de esta mi nueva historia que ya principia a incomodarme extrañamente. . . . Benito. . . . ¿Un asesino? ¡Ya lo sospechaba! ¡Sentía celos, el miserable, de mi nombre y de mi gloria! La frondosidad de mis laureles proyectaba sombras sobre su sanguinaria figura de mandril en celo. . . . ¡Maniático payaso de feria!

Mathis prosiguió:

—Sí, sí, te asesinó vilmente. El día de tu caída definitiva no se registró ningún encuentro aéreo con el enemigo. . . . Ese día reinaba una paz absoluta en el cielo de Italia, cuando de pronto, inesperadamente, rodaste como fulminado por un rayo, sin qué ni para qué, porque, como ya te dije, ese día nada turbó la paz del cielo que te vió nacer, crecer y luchar heroicamente; solamente en el alma del Duce desatábase una tremenda tempestad de envidia, la que era preciso aplacar con sangre; ahora. . . . ¿Te das cuenta? ¡Tú comprendes mejor que nadie!

Italo, con los ojos húmedos de llanto, abrazó a mi amigo. Fué aquél un fuerte abrazo de comprensión y al mismo tiempo de agradecimiento. ¡Hasta que al fin había encontrado un verdadero amigo que recorriera el sombrío telón de aquella farsa, la que le había costado nada menos que la vida! Y meditó, meditó largamente sobre el futuro destino de su cara y querida patria, en manos de un criminal sin ley y sin conciencia. . . . Luego, prosiguió su camino sollozando y gimiendo amargamente.

DANIEL LAINEZ

Monólogo triste, en donde las argentinas campanas de la emoción tocan a gloria en el sensible corazón del Poeta; e inesperado encuentro con Sor Juana Inés de la Cruz.

ERA la primera vez que Mathis miraba llorar a un hombre con un llanto de niño engañado. El, era cierto, había visto correr en el mundo verdaderos ríos de lágrimas; pero eran aquellas, por lo regular, lágrimas convencionales y, por lo tanto, hipócritas. Los hombres en la tierra lloraban por cualquier fruslería: por un insignificante empleo de barrero, por una copa y hasta por un cigarrillo. El, él mismo, ¡cuántas veces había derramado gruesos lagrimones de cocodrilo por las prietas pantorrillas de una cocinera hedionda a ajo! Por eso, aquel llanto tan sincero, tan desgarradoramente profundo, lo conmovió tanto, tanto, que sintió empañarsele la vista.... ¡El también lloraba, y esta vez no era por unas pantorrillas prietas! Esta vez lloraba por el dolor ajeno con un llanto de hombre. Por fin renacía dentro de él una alma nueva y diáfana, triplemente capaz de hacer el Bien por el Bien mismo.... Luego, ante el mudo asombro de Ildebrando que lo escuchaba con curiosidad, entabló el siguiente monólogo hamletsiano:

—He ganado una amistad que ha estrechado mi mano de la manera más cordial y sincera: ya era tiempo de encontrar una alma afín a la mía, es decir, grande y cristalina, capaz de amar y comprender las grandezas y también las flaquezas del corazón humano.... Pero algo me atormenta, y ese algo es el pensar que he ganado esta amistad de un modo poco lícito como lo es el chisme. Siempre tuve este defectillo en la tierra; así es, pues, que no sé por qué me preocupa. Además, para ganar una amistad de verdadero mérito y que pueda responder al nombre de tal, no se debe reparar nunca en el medio de conseguirla; lo esencial es cultivarla; ¡he aquí una verdadera máxima de mi propia cosecha!

Y para terminar de tranquilizar a su atormentada conciencia, recordó las palabras del ángel defensor cuando se enfrentó con el delegado del Infierno:

ANTOLOGIA POETICA

—¿No sabe usted, señor Satán, que habladores fueron Demóstenes, Catón, Castelar y otros tantos grandes hombres que, con su verbo centellante, conmovieron el corazón de la humanidad entera? Solamente me falta que advertirle, mi querido señor, y es que ese inapreciable dón en el mundo tiene otro nombre: se le llama Elocuencia, señor mío, y al sér predestinado que ejerce tan divino arte se le llama orador; así como lo está oyendo: Orador, señor Satanás, óigalo bien: ¡¡Orador...!!

Y los ojos de Mathis se humedecieron. La dulce voz del ángel conmovió todo su sér.... Era como si la estuviese oyendo; estaba grabada como un disco fonográfico en el delicado tímpano de su oído.... ¡Era tan cristalina y tan diáfana! y, sobre todo, ¡tan dulce....! ¡Oh, el inefable encanto de aquella voz celeste....! Las argentinas campanas de la emoción tocaban a gloria en el sensible corazón del poeta.... y tornó a llorar con lágrimas candentes y a suspirar con suspiros que venían de muy hondo...., de muy hondo...., de no sé qué ignoradas regiones de su alma huérfana de amores.... ¡En la tierra había sido tan desgraciado! A causa de su extremada fealdad había estado tan alejado de esa encantadora bestezuela voluble y caprichosa que hemos dado en llamar mujer.... Jamás supo del beso de una boca fragante que se entregara plena, húmeda de emoción; ni de la dulce caricia de una mano fina y blanca que, cual mariposa de nácar, peinara suavemente su revuelta melena de soñador impenitente.... ¡Por eso lloraba como un niño a quien, de pronto, se le rompe un juguete querido! En esos momentos oyó una voz dulce y acariciadora. Era la voz de Sor Juana Inés de la Cruz, quien de una manera casual pasaba por el lugar en donde se encontraba mi amigo lamentándose de aquella manera tan desesperada como humana.

—¿Qué tiene Ud., buen hombre? —le dijo la Santa con una voz más dulce que la rubia miel del Líbano—. ¿Por qué llora en esta suave mansión de paz y de olvido? Aquí no se conocen las lágrimas y extraño mucho esa su actitud de inconformidad.... ¡Se encuentra usted en el cielo! ¿Qué más quiere, hombre? Enjague su llanto y goce de la paz eterna de esta mansión sagrada. Trate de olvidar el mundo y todas sus vanidades y será feliz con una felicidad eterna....

Mi buen amigo levantó la vista hacia quien le hablada de una manera tan fraternal como desinteresada, reconociendo al mismo tiempo las divinas facciones de la inspiradísima monja.

—¿Cómo? ¿Tú por aquí, Juana? —dijo enjugándose las lágrimas con el dorso de su regordeta y belluda mano—. Siento vergüenza de que me hayas visto derramar este caudal de lágrimas, pero me eran necesarias: necesitaba lavar mi alma; tan es así que ya me encuentro más tranquilo. Con ellas pareciera que me he quitado una enorme carga de las espaldas. Tú también sufriste en la tierra, Juanilla....; conozco un soneto tuyo que es una verdadera revelación de lo mucho que amaste en el mundo. Antes de consagrarte al Señor, antes de des-

DANIEL LAINEZ

posarte con el Bienamado, con el púdico e impecable Jesús de Galilea, parece que tuviste amoríos con otro. Eras, según se colige de él, simplemente una pobre mortal caída en las redes del amor, y desdeñada cruelmente por el hombre amado, y en cambio, tú, por tu parte, hacías sufrir horriblemente al desventurado que te amaba. El soneto está tan finamente cincelado, que todos hemos perdonado esos pequeños extravíos de tu loca juventud. Y mi buen amigo, haciendo uso de una mímica mandrilesca y llevando el ritmo de los versos con los vaivenes de sus robustas nalgas, le recitó de un solo tirón aquella primorosa joya:

“Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante;
y soy diamante al que de amor me trata;
triumfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pudor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo por mejor partido escojo
de quien me quiere, ser violento empleo;
de quien no me quiere, vil despojo”.

Sor Juana se quedó asombrada. ¿Sería posible que en tanto tiempo aún perdurara aquella composición delatora de sus íntimos sentimientos humanos? Ya ni siquiera se acordaba del nombre del galán. Pero suspiró, suspiró profundamente con una vaga reminiscencia de sus años mozos y de las dichas perdidas en un recodo del tiempo. Se persignó como para ahuyentar de su cabeza una mala idea, dirigió una mirada de conmiseración a mi desventurado amigo y prosiguió su camino en el más hermético de los silencios. . . .

—Ya miras, monín, —dijo Mathis a Iidebrando—, que por más justos y buenos que seamos, todos tenemos algo de qué avergonzarnos. Todos hemos sido tentados por Lucifer, y de no haber sido lo suficientemente firmes, hubiéramos caído, irremisiblemente, en sus potentes y espantosas garras. ¡Pero ya es tiempo de que nos sentemos a descansar, monín, aquí a la sombra de esta acacia florecida. . . .! Quiero meditar.

En donde Mathis se entrevista con Castelar. “Se roba y se miente —le dice— con la misma facilidad con que un niño se lleva a la boca un bombón de chocolate”.

CUANDO se levantaron para proseguir la marcha hacía un tiempo delicioso; un vienteccillo suave acariciaba sus rostros y un vago aroma a reseda y jazmín embalsamaba el ambiente. Enjambres de mariposas multicolores se levantaban de los jardines en plena floración... ¡Se dirían más bien rosas y lirios con alas! Suspiró voluptuosamente, estaba ebrio de júbilo cuyo motivo no se explicaba... Luego dijo a Ildebrando:

—Hace un tiempo magnífico, el que quiero aprovechar para entrevistarme con Jesús. ¡Tengo tantas cosas que contarle! Si supieras tú, cuántas cosas he visto yo allá en el mundo! Cosas que dan frío: los hombres se despedazan sin compasión; se roba y se miente con la misma facilidad con que un niño de tu edad se lleva a la boca un bombón de chocolate; se traiciona al amigo más querido. No se respeta la propiedad ni el derecho; las leyes se pisotean; el hombre despedaza al hombre, cosa que no hacen ni las fieras hambrientas... En suma: ¡Un desastre completo!

—Ven, monín, que allá viene Castelar. Debemos salirle al encuentro, es una excelente persona; yo que lo conocí en la tierra únicamente de nombre, tengo un gran concepto de su figura. Mira: se dirige a nosotros; salgamos a encontrarlo.

La figura majestuosa del gran tribuno avanzaba lentamente. Atajóle la marcha nuestro héroe saludándolo con un abrazo efusivo, entablado una amena charla.

DANIEL LAINEZ

—¿Cómo estás, Emilio? Hace ya mucho tiempo que quería estrecharte contra mi pecho jadeante de emoción. Tu verbo luminoso aún resuena en mis oídos. Tus ya famosos discursos son verdadera joya de la literatura castellana. Muchos, allá en la tierra, se los aprenden de memoria y los recitan como suyos en cualquier parte; nunca faltan ocasiones en donde lucirse: cumpleaños, almuerzos, cenas, recibimientos profesionales, y ante todo y sobre todo, en los entierros....

—¿Cómo? ¿Has dicho muchos? ¿Así es que ahora abundan los oradores en el mundo? ¿Ya el don divino de la palabra no pertenece a los escogidos, a los mimados de la Gloria?

—No, querido Emilio.. Hoy es orador cualquier hijo de vecino; andan desatados por el mundo millones y millones; se meten furtivamente a los bailes de contribución, tornando tribuna la primera silla que encuentran a mano; en las cenas son los primeros en llegar sin previa invitación, afinando el galillo con una docena de copitas de coñac; y si es en los entierros, allí sí que mejor falta el difunto que ellos; para tal acto, siempre tienen a mano un raído levitón color rata y un pantalón rayado.... Y adelante...., que las campanas se quejan y el cortejo fúnebre se ha puesto en marcha....

—Pero...., ¿en un acto tan solemne como es la muerte se cometen tales faltas? Bueno está, mi amigo, que hagan derroche de su peregrina elocuencia en otros actos menos serios de la vida de sociedad, como en los cumpleaños, en las cenas, en los casamientos y hasta en los divorcios, porque bien pueden decir los tunos:

“SEÑORES: nos hemos reunido aquí en este día para felicitar muy sincera y espontáneamente a nuestro buen amigo Merejo Merejilado, quien, después de una tenaz y feroz lucha contra su corazón, contra su esposa, contra su suegra y contra todos los miembros de la familia de su opresora esposa, ha triunfado plenamente rompiendo los lazos del matrimonio que lo mantenían esclavizado al cruel suplicio de un hogar prosaico y a una vida vulgar y aburguesada...., etc., etc.”

Todo eso está bueno...., pero.... jugar con la muerte.... ¡Eso no me parece bueno!

—Parécate bueno o no, eso hacen los hombres, querido Emilio, —dijo mi amigo, dándole rienda suelta a la lengua—. Ya ese acto piadoso de enterrar a los amigos se está haciendo harto pesado. Figúrate: se llega a la casa del duelo y se da la consabida fórmula de pesar a los familiares, la que es acogida con cuatro espantosos alaridos y un seguro desmayo; la cabeza de la hermana o de la solterona tía del difunto cae pesadamente sobre nuestros hombros, dejándonos en la solapa del saco una cantarada de lágrimas y de mocos. ¿Después? ¡Hay que meter el lomo! ¡Ya sé!, vas a preguntarme: ¿y el carro fúnebre? Ese es hoy día un simple artefacto de lujo: a lo sumo, carga con media docena de

ANTOLOGIA POETICA

coronas, cuando las hay, pues las coronas y las flores se han puesto demasiado caras, y los únicos aprovechados con ellas son los guardianes de los cementerios, quienes las venden a las floristas inmediatas apenas el cortejo fúnebre ha desocupado el santo recinto. No hemos caminado una cuadra cuando, de pronto, rasga el aire una voz dura y estridente:

¡¡¡SEÑORES!!!

Nos paramos y buscamos instintivamente la procedencia del tremendo alarido. En un balcón descubrimos la figura —más rígida aún que la del cadáver que cargamos— del orador, quien —enfundado en su levitón— da rienda suelta a su verborrea: el pobre difunto fué un gran padre de familia, un amigo fiel y desinteresado, varón caritativo, jamás hizo un mal, —antes bien—; luchó por el bienestar de la humanidad entera; fué un sabio, un verdadero apóstol, pero... el ambiente, ¡el ambiente...!, ese ogro despiadado del ambiente da en tierra con el sabio super-hombre, burlándose irónicamente de sus mejores sueños de gloria y redención... Y, entretanto que el motor del carro fúnebre protesta con densas bocanadas de humo, nosotros, pobres seres de carne y hueso, gemimos resignadamente bajo las despiadadas andas del santo varón que cargamos. Y el orador, cada vez con mayor ardor y entusiasmo, sigue..., sigue..., sigue descubriendo —como un nuevo Colón en el agitado océano de la vida del difunto— virtudes que ni en sueños poseía, mientras nosotros sudamos y sudamos... Por fin, exclama: “Paz a sus restos y que la tierra le sea leve. ¡He dicho!”

Y empezamos nuevamente la marcha, larga..., interminable... No hemos caminado media cuadra más, cuando, de pronto, —como una horrenda visión de pesadilla—, divisamos en un balcón cercano otro títere enlutado, con un grueso legajo de papeles en la mano, y luego el estridente y terrible grito:

¡¡¡SEÑORES!!!

Ya no soportamos más: entregamos las andas al sér más compasivo que se nos acerca, y nos vamos sin pérdida de tiempo a casa, a tirarnos panza arriba en nuestro lecho, molidos y maltrechos, con un zumbido en los oídos que no nos deja en paz: ¡Señores!, ¡Señores!, ¡Señores...! El grito se nos queda fijo, grabado profundamente, como esculpido en mármol... No nos deja comer..., y mucho menos dormir... ¡Qué bárbaros!

DANIEL LAINEZ

En donde Mathis se entrevista con Cristo. “Que tire la primera piedra el que se encuentre limpio de pecado”.

CASTELAR —visiblemente contrariado— prosiguió su camino. Lo propio hizo mi buen amigo, siempre en compañía de Ildebrando, quien gozaba de lo lindo con las ocurrencias y chismes del difunto Mathis. A poco de haber reanudado la marcha, Ildebrando se detuvo indicándole con el dedo una magnífica gruta luminosa.

—Mire, —le dijo—, allí es donde permanece por lo regular el Divino Maestro rodeado de discípulos, y es allí en donde se discuten los más delicados problemas del Reino Celestial.

Llegaron a la puerta y entraron sin previo aviso. Estaba solo, —en todas partes los subalternos llegan con retardo, mucho después del Jefe—, lo que agradó mucho al difunto. Cuando Jesús, lleno de dulzura, levantó su delicada y luminosa mano, mi buen amigo inclinó la cabeza humildemente, y, arrodillándose con más humildad aún, besó su túnica tres veces, presa de una unción celeste. El Divino Maestro —tomándolo por el brazo— lo hizo ponerse en pie, diciéndole:

—Hijo: bien venido séais al Reino de mi Augusto Padre. ¿Parece que tenéis algo que decirme? Habla, pues, que seréis oído.

—Has adivinado, Señor: en efecto, tengo mucho que decirte, mucho que decirte, mucho. . . ., mucho. El mundo, tu viejo mundo por el cual derramaste tu preciosísima sangre, cada día va peor. El hombre es una bestia insaciable. Su sed de mando y de exterminio no tiene límites. Ha olvidado por completo tus sabias doctrinas de amor y de paz. En las bocas convulsas de odio y de lujuria han muerto las palabras de

ANTOLOGIA POETICA

armonía y han florecido en cambio la blasfemia soez y la calumnia. A tus santas palabras de “amaos los unos a los otros”, Maquiavelo interpuso las satánicas de “destruid si queréis gobernar”. Y Maquiavelo triunfa: su doctrina es más práctica y tiene mejor acogida, compaginándose más con el sombrío corazón del hombre. . . . Tus templos se derrumban y los que aun se han podido mantener en pie son servidos por falsos sacerdotes. Yo me he asomado muchas veces al borde del abismo de esas almas y me ha dado espanto: todas o casi todas son falsas. Yo he buscado al sacerdote ideal, al fiel servidor de tus altares, la dulce, mansa y resignada oveja que sigue las huellas de tu sandalia santa, sin poderla encontrar. ¿Dónde está el dulce y piadoso cura Bienvenido que tan magistralmente nos pintara Víctor Hugo?, ¿y dónde el sacerdote de Santa Engracia de don Juan Montalvo? Almas completamente blancas que pasaran por el mundo derramando el consuelo en el corazón de los afligidos y sembrando la simiente del Bien en el alma humana. . . . Esos santos varones, hoy no se encuentran más que en las amarillentas y carcomidas páginas de los libros viejos. . . . Han pasado a formar parte de una leyenda fantástica, de una era maravillosa. . . ., de algo. . . ., de algo que se ha perdido en los recodos del tiempo. . . .

—¿Y quién tiene la culpa, hijo mío? —dijo el Divino Maestro lleno de mansedumbre—. ¿No dejé grabada en las tablas bíblicas una doctrina de amor y de paz? ¿No enseñé a los hombres el camino del Bien e indiqué el del Mal para que nadie se extraviara? ¿No desterré de las almas la violencia. . . .?

—¡Alto, mi querido Maestro! —gritó mi amigo—. “Que tire la primera piedra el que se encuentre libre de pecado”, dijiste piadosamente ante la turba desenfrenada que condenaba a una humilde adúltera. Hoy, yo, ¡yo mismo!, te recuerdo aquellas santas palabras: “que tire la primera piedra el que se encuentre libre de pecado”. Has hablado de violencia, ¿y qué fué lo que cometiste Tú mismo en el templo de los mercaderes. . . .? ¿No fué una violencia sacarlos con el látigo al grado de infundirles miedo a los escribas y príncipes de los sacerdotes, según lo anota Mateo? ¡Y también los llamaste ladrones! —según Isaías—. Los escribas y príncipes de los sacerdotes, en vista de tal ultraje, te interrogaron: “¿Con qué facultad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado esa facultad para hacerlas?” Y Tú, recuerda bien, evadiendo el golpe, les formulaste otra, un tanto fofa por cierto, para con la negación de ella poder salir del tremendo berenjenal con esta fútil disculpa: “Tampoco yo os diré con qué facultad hice estas otras”.

Jesús escuchaba en silencio, mientras Ildebrando temblaba de miedo en un rincón del celeste recinto. Mathis prosiguió:

—Me gustaría, Divino Maestro, que bajaras a darles una leccioncita a los mercaderes que ahora han invadido tus templos. . . . Son comerciantes la mayor parte de tus sacerdotes, —con rarísimas excepciones, por supuesto—, y hasta ha habido entre ellos quien afirme, con el mayor

DANIEL LAINEZ

descaro y cinismo, que el sacerdocio es una de las más lucrativas profesiones. Por eso es que yo deseara, de todo corazón, que bajaras nuevamente a la tierra a poner las cosas en su lugar.... Por la crucifixión no te preocupes, pues ahora en la tierra se mata más *piadosamente*: tenemos la silla eléctrica, la que ha dado magníficos resultados.... La muerte es más dulce y menos oprobiosa.... En eso de destruir hemos adelantado mucho: ¡Maquiavelo es un gran maestro! No sé por qué no lo han canonizado; vale la pena contar en nuestro calendario con ese nuevo santo.

Después de largo silencio meditativo, Jesús le dijo:

—Te he oído detenidamente y veo con tristeza que tienes razón, hijo mío. Ya nada puedo hacer en favor de la humanidad, porque —ya lo dijo un hermano tuyo— “en el hombre existe mala levadura”. Puedes marcharte sin ningún cuidado. Goza mucho en este Reino de Paz, ya que tanto sufriste en la tierra, y no vuelvas a tratar de calentarme la cabeza, —advierete que la Cafiaspirina es un producto alemán, y por ende, no tiene libre comercio en mi Reino—, pues miro con verdadera lástima que eres bastante intrigante. Corrígete un poco si quieres que este Cielo no se convierta en un verdadero Infierno.

En donde Jesús sostiene una interesantísima plática con su Padre. “Sigues siendo el mismo loquito de antes”, le dijo Dios a su querido hijo.

NO bien hubo salido mi amigo Mathis de la gruta sagrada, cuando hizo su aparición en ella un venerable anciano; la barba le caía en nevados y frondosos gajos sobre el pecho y sus ojos adormecidos por una visión de siglos, irradiaba una extraña mezcla de melancolía y pesimismo. El Creador empezó a hablarle a su hijo de la manera siguiente:

—Hijo, miro con profundo pesar que tú, a pesar de la edad, pues vas a cumplir justamente mil novecientos treinta y ocho años, sigues siendo el mismo loquito de antes. Sigues pensando que los hombres son capaces de ser redimidos por el amor; no, hijo, no; por eso te envié a la tierra, para que convivieras con ellos; para que estudiaras el género de vida que llevan y les aplicaras los más duros castigos a fin de que enderezaran sus pasos, y resulta que llegas con palabras acarameladas; a lo que los muy píos responden con sonoras bofetadas que tú sufrías sin pestañear siquiera; tienes sed, les pides agua y te dan hiel; les tiendes los brazos amorosos y te clavan en una cruz. No, hijo; el hombre que nace tonto debe de tratar de avivarse o, por lo menos, no serlo tan al extremo; tal vez en tu estadía en la tierra oíste un refrán que dice que “el que es tonto ni de Dios goza”, y están en lo justo, pues yo no transijo ni puedo transigir con la imbecilidad. Pero, en aquel entonces, yo te perdonaba tus calaveradas porque eras muy joven, apenas contabas con treinta y tres años. Pero ahora las cosas han cambiado. Tú eres un hombre macizo y yo ya estoy muy viejito para seguirte aconsejando. . .

—Pero, Padre, ¿no crees tú en el amor? —respondió el buen Jesús con la cabeza baja.

DANIEL LAINEZ

—¡El amor! ¡El amor! El amor es la fórmula de engendrar hijos —dijo Dios con un dejo de ironía en los labios—. Lo que pasa es que tú te has mal acostumbrado a la adulación de los hombres; mientras no estás recibiendo incienso no estás a gusto. Eres como los políticos, ni más ni menos; pasas oyendo súplicas y pedimentos, en medio de una humareda espantosa de candelas de cebo. Esto te encanta; te hace falta que te babeen los pies; si al menos fueran sinceros; pero ésto no es más que pura hipocresía: en el propio pie de tus altares se habla del prójimo; se calumnia al vecino, y ha habido quien en tu nombre y en tu propio templo haya asesinado a su propio hermano. Te lo advierto: yo no me meto con ellos, y no les mando un nuevo diluvio universal, porque los muy tunos son capaces de contestarme con una bomba atómica, broma que no nos haría mucha gracia, que digamos.

—Pero, Padre, —dijo Jesús lleno de mansedumbre—, el amor es lo más dulce y lo más divino que hay en la tierra....

—Ya te lo dije, —dijo Dios visiblemente enfadado—; el amor es la fórmula de engendrar hijos....; lo demás son puras tortas y pan pintado. Y doblemos la hoja, no vaya ser que el otro condenado de mi hijo, el coludo, vaya a meter los cuernos en estas nuestras charlas cotidianas.

En donde Jesús expresa a su Padre su deseo de volver a la tierra, y dificultades con las que no contaba para llevarlo a cabo.

JESUS clavó los ojos en la tierra y después de lanzar un profundo suspiro, le dijo a su venerable Padre:

—Yo quiero ir nuevamente a la tierra, Padre.

—¡No! —contestó Dios con toda firmeza—. Fué un no rotundo y sonoro como una pescozada. ¡No irás! ¿Cómo pretendes presentarte a los hombres con semejante indumentaria? Lo primero que tienes que hacer es quitarte la barba, de lo contrario, caerías en presidio acusado de comunista. Tienes que vestirme de pachuco si quieres frecuentar ciertos centros: saco largo con grandes hombreras, cuadriculado por el frente y listoneado por detrás, con mangas de distintos colores; los pantalones anchos de arriba y estrechos de abajo y, además, lo bastante chingos para que se destaque plenamente el calzado matizado y de proporciones desmesuradas; tienes que aprender a timonear toda clase de vehículo: desde la sencilla bicicleta hasta el complicado bombardero. También tienes que practicar toda clase de deportes: golf, fut y box. Tienes que soportar pacientemente, tanto las películas mexicanas como las conferencias arqueológicas, sin dormirte ni pestañear siquiera, pues de lo contrario te tomarían por un verdadero tonto de capirote. Tus charlas tienes que dictarlas por la radio y con la consiguiente censura, para lo cual hay que contar previamente con una voz apropiada, y tú no la tienes, hijo, por más que digas, no la tienes; tu voz es acaramelada: lo que daría lugar a que los muchachos, nada dejados, pusieran en tela de duda tu sexo. En caso de guerra tendrías que contraer matrimonio para librarte de que te enviaran al frente; pero como tu santidad no te permite que ejerzas tus funciones de hombre, tu compañera no tendría más remedio que engalanarte la frente con un par de hermosos cuernos. Pero en fin, esa es cosa tuya: si insistes, puedes

DANIEL LAINEZ

irte.... Para mí da lo mismo; ya tú no me ayudas en nada aquí en el Cielo, pues pasas ocupado solamente en lo que hacen allá en la tierra los majaderos de los hombres.

—Padre, —contestó el Señor con voz dolida y trémula—, yo no quiero ir a la tierra a convivir con los hombres; yo sólo quiero que me des permiso para una noche.

Dios, un tanto alarmado, quedó mirando de un modo extraño a su hijo. ¿Se había vuelto loco de remate? Porque loquito siempre lo había sido.... ¿Qué tendría que arreglar en la tierra en una sola noche? Pero era su hijo y tenía que interrogarlo: así fué, pues, que le lanzó la pregunta como un *Spitfair* que se viniera en picada:

—¿Qué piensas hacer en una noche? ¿Qué programa llevas?

Jesús contestó con su humildad característica:

—Ninguno, Padre, ninguno. Voy a buscar a un angelito que se me ha extraviado, y de no encontrarlo borracho en una agencia fiscal, lo hallaré con toda seguridad jugando en el Ritz.

Dios, con toda bondad, sonrió a su hijo y desapareció entre los blancos tules de una levísima nube.

ANTOLOGIA POETICA

*En donde el Poeta —con su fantasía extraordinaria—
piensa en sus funerales. “Estamos frente al cadáver
de un joven Dios caído en mitad de la jornada”. “Su
lira tuvo resonancias celestiales” decían los oradores.*

Y A mi buen amigo, sin poder ejercer aquel bonito y entretenido oficio del chismorroteo, empezó a sentir un abrumador aburrimiento: aquella vida de holgazán y de paz empezó a mortificarle; su vida turbulenta e inquieta no se compaginaba con aquel vivir vegetativo. Necesitaba emociones fuertes que sacudieran bruscamente sus nervios; sentía un vacío en su corazón que era preciso llenar con un paroxismo de locura inexplicable.... Una inconformidad y un desencanto leopardino moría fuertemente sus entrañas. Era un moderno Prometeo fuertemente encadenado en la enorme roca de su hastío.... Y fué entonces cuando empezó a pensar en la Gloria; en aquella mujer casquivana que él creía firmemente haber dejado domeñada a su voluntad allá, en la tierra. Y pensó:

—Mi casa mortuoria se encuentra invadida por una verdadera batahola de gente de todas las clases sociales. Mi ataúd se encuentra custodiado por una comisión del Soberano Congreso; está cubierto con el pabellón de mi querida patria. Un distinguido diplomático extranjero de pechera blanca y blanca gardenia en la solapa de su chaqué, en nombre de su patria lejana, pronuncia con voz temblorosa de emoción y de pesar una sentida oración fúnebre:

“Estamos frente al cadáver de un joven Dios caído en mitad de la jornada....” “Su lira tuvo resonancias celestes....” “Mi patria se une al justo pesar que embarga el corazón de vuestra patria, señores representantes del pueblo”. Etc., etc....

Después toma la palabra un poeta, quien con voz temblorosa y trémula, hace el panegírico del desaparecido, terminando de esta poética manera:

“Para sondear su corazón de poeta
es necesario una vara de estrellas
o la cauda argentina de un cometa”.

DANIEL LAINEZ

En la calle se apiña la multitud, mientras los bronces de la Banda Marcial dan los melancólicos sonos de una marcha fúnebre. Los grandes rotativos han enlutado sus columnas y las banderas en los edificios públicos flamean a media asta en señal de duelo. El féretro va saliendo en aquel momento de la casa mortuoria, y todo el mundo, descubriéndose, baja la cabeza en el silencio más profundo. La voz de un venerable representante de la iglesia cristiana deja oír cánticos acompañados de los melancólicos violines:

“Dulce cadavere
Rara avis in terris....
Aaaameeeennnn....”

Y ya no soporta....; deja a Ildebrando en el jardín y corre hacia la puerta celestial.

—Pedro, —le dijo—, abre la puerta y déjame salir por un momento. Si he sido mal portado contigo, perdóname. Es necesario que yo vea lo que pasa en la tierra. Es un acto grandioso, Pedro, y no debo perderlo.... ¡Abreme, por piedad!

San Pedro, acariciándose la sedeña barba, le preguntó en tono compasivo:

—¿Qué quieres ver en la tierra? ¿Por qué no olvidas ese inmundo foco de infecciones? ¿Qué puedes ganar con ver lo que hacen los hombres allá en el bajo Mundo? ¿No sabes que lo que hacen hoy no es sino repetir lo que desde hace miles de años vienen haciendo, en todos los climas y en todas las lenguas? ¿Estás loco?

—No, —dijo Mathis—, no estoy loco.... Se trata nada menos, Pedro, de mi sepelio en el panteón de los hombres ilustres. De una verdadera apoteosis que está haciendo época allá en mi pueblo lejano, que tuvo el honor de verme nacer, crecer y cantar bajo la enorme comba de su cielo tachonado de estrellas en las fantásticas y embrujadas noches del abril florido.... Y mi Gloria, mi amadísima Gloria, extendiendo sus dominios hasta los más apartados rincones de la tierra.... ¡Abreme, Pedro! ¡Por piedad, ábreme....! Pero antes quiero también que me digas, pero me hablas con toda franqueza: ¿Por qué han dejado entrar a tanto lépero? Yo conocí a la mayor parte de estos hombres que hoy gozan de la paz del Cielo, y te aseguro, sin el menor temor a equivocarme, que no son más que unos farsantes y bandidos.... Yo no metería mi mano al fuego por ninguno de ellos...., ¡te lo juro!

—Tienes razón, —dijo San Pedro con voz melancólica—, pero, ¿qué quieres tú que yo haga? Han confundido este portal celeste con la puerta de una oficina pública; todos se presentan con tarjeta de recomendación, de manera que no tengo más remedio que abrirles. Estoy seguro que don Adolfo Hitler y su compañero Benito —y ésto va a ser muy pronto— se van a presentar con la tarjeta de recomendación firmada por su Santidad el Papa, estoy seguro; mira que día te lo digo....

En donde Mathis se da cuenta que la Gloria no es más que humo de castañas podridas. Y lloró, lloró como un niño abandonado en mitad de un bosque.

SAN PEDRO, por fin de tanto ruego, se compadeció del muchacho; metió la fuerte llave en el cerrojo de la puerta y la abrió.... En la tierra eran las cuatro y media de la tarde del meridiano de Greenwich.... Mathis, con una ligera inclinación de cabeza, abandonó aquella santa morada; luego, sentándose en una blanca nube, contempló el más triste de los espectáculos:

Un reducido número de hombres caminaban despreocupadamente detrás de un humilde ataúd, el que, por falta de voluntad de parte del cortejo, iba en un destartalado y mal llamado carro fúnebre. He aquí —poco más o menos— lo que mi amigo escuchaba en el más amargo de los silencios, de boca de sus piadosos acompañantes:

—¿A qué horas murió?

—Hombre, te voy a hablar con franqueza: yo no me di cuenta hasta ahora en la mañana.

—¿Y tuvo gravedad?

—No...; según dicen, murió *al pie de la bandera*...; así tenía que suceder.... Tomaba mucho....

—Hombre, a propósito: Mercedes se salió con el borrachín de Armando.

—Pero eso es viejo, hombre... ¡Qué escaso estás de noticias...!

—¿Vas a llegar hasta el panteón?

DANIEL LAINEZ

—No, yo estoy agripado y puede perjudicarme....; ¿y vos?

—Tampoco; tengo que ir al cine, dicen que es una buena película en español la que van a exhibir hoy....

—Pues hombre, yo te diré la verdad: si es mejicana no creo que sea tan buena. Al arte mejicano le falta mucho...., mucho.... No tiene la naturalidad y la técnica del yanqui....

—¡Jí!, ¡jí!, ¡jíííí....!

—¿De qué te ríes?

—De este baboso que me acaba de contar un chiste de la bizca Romualda, la hija de Petrona: dice que riñó con su novio y éste le dijo lleno de cólera que no iba a entrar al Cielo porque iba a mirar dos puertas...., ¡Jí!, ¡Ji!, ¡ji....!; son inventos de este papo....

—Limpiáte el saco, Rodolfo, lo llevás lleno de cal.

—Gracias, Higinio; fué que me restregué en la pared.... ¿Mirás quién viene allá? Es la zarca Eladia; dicen los muchachos que ya se honró.... ¡Chavacanes!

—¡Jí!, ¡jí!, ¡jíííí....!

—¡Ja!, ¡ja!, ¡jaaaa....!

Y así, de esta manera, en medio de estas chanzas y el zangoloteo del carro, iba llegando mi amigo a las puertas del cementerio. La escasa concurrencia emprendió el regreso; solamente un par de amigos bajaron la pesada caja, conduciéndola en hombros hasta el lugar destinado a descansar eternamente.... Era una fosa honda, en pura tierra húmeda y roja. Por medio de un lazo la bajaron bruscamente y empezaron a llover paletadas de tierra. ¡Cómo sonaban en el pobre corazón del desventurado compañero! Pronto quedó completamente enterrado.... Un desconocido amigo enterró —como seña— una rama de higuera en la tumba:

—Por si la familia quiere....

Mathis, que permanecía clavado en las nubes, se llevó las manos al rostro y lloró...., lloró como un niño abandonado en mitad de un bosque.... ¡La Gloria! ¡El amor de toda su vida desaparecía ante sus ojos atónitos, como un sueño vago....! ¡La Gloria! ¡Pérfida y cruel como todas las de su sexo!

EPILOGO

CUANDO volví en mí, me encontré tendido en un lecho de hospital. Un fuerte olor a cloroformo saturaba el ambiente y una blanca enfermera me tomaba la temperatura.

—No se mueva, —me dijo—; el peligro ha pasado; la fiebre ha cedido por fin, y dentro de pocos días la herida de la operación habrá cicatrizado por completo.... Paciencia....

Y entonces comprendí que la Muerte había andado cerca, ¡muy cerquita de mí! Y no pude más que sonreírme a solas al pensar qué sería del Cielo si un día llegara a entrar en él mi amigo Mathis.

TIMOTEO SE DIVIERTE



JUGUETE COMICO

TARDE DE DICIEMBRE. Una llanura verde suavemente dorada por los rayos de un sol desfalleciente. A lo lejos, una casita humilde abre sus puertas al viajero. Un hombre con pasos cansinos machaca con sus caites la grama del sendero. Llega a la choza y saluda respetuosamente:

TIMOTEO.—Muy güenas, ña Felipa.

FELIPA.—Muy güenas, ñor Timo, pase pa'lante que aquí nuay chuchos bravos, y que diaberlos a sus respetos le lamberían los caites.... Siéntese aunquisea en ese cajón de gasolina siesque no va de paso, que quien descansa —como dice el dicho— su mal espanta....

TIMOTEO.—¡Gracias, ña Felipa, gracias! Usté siempre con sus dichos. L'otra vez que pasé por aquí liaprendí aquel otro de “quien nace pa'olote aunque luintierren sentao....”

FELIPA.—¡Ah, Timo! Algo siaprende en el monte. Pero dígame: ¿que tal le jué en la jeria?

TIMOTEO.—Mal, ña Felipa, muy mal....

FELIPA.—¿Y eso? ¡No dijo que iba a la divierta!

TIMOTEO.—Ya ve. El hombre propone y la cususa dispone....

FELIPA.—Jéiiii...., ya ve que usté también sabe sus cuatro babosadas....; pues yo le endilgaré otro decir, y es que quien con lo ajeno se viste se lo lleva la polecía....

TIMOTEO.—¡No, no....y no! No me mencione la polecía, que ese dicho me parece una alusión personera....!

FELIPA.—No, ñor Timo, no. Ese es un simple decir. A Dios gracias mi intención es tan reuta como palo e pino y tan limpia como chancha en chiquero e rico.... ¡Quis eso! Andemos juntos menos revolvidos....

DANIEL LAINEZ.

TIMOTEO.—Güeno. Eso se bota. Le contaré lo de la jeria y usté me dará su rasonación.

FELIPA.—Lu oigo, ñor Timo, lu oigo. ¡Dele pa'lante!

TIMOTEO.—Pues verá, ña Felipa, cuando intré en la ciudá y'estaban prendidas las luces....

FELIPA.—¡Pero si jué que se jué muy tarde! Cuando pasó po'aquí y a el sol le quemaba a uno la calabaza, tal estaba de centrao en el cielo.

TIMOTEO.—Pues mire, ña Felipa; y'estaban encendidos los ecotes elétricos, y cuando llegué a la plaza paecía que'staban tostando punches, pues era un cueterío de once mil diablos, y, !pun...., pao...., pun...., pao...., y juiiiiiii. Pao...., pao....!; aquéllo me dejó medio surumbo, viera que sodoma.... ¡Viera....! ¡Los chicles!, ¡tamales pisques!, ¡los ponches calientes...!, ¡tire al traído!, y juiiiiiii, pao, pao...; aquello me dejó surumbo y medio, ña Felipa, no le miento...., surumbo y medio me dejaron....

FELIPA.—Así es en esas partes, ñor Timo, así es; cuando mi Polo va a esas diviertas viene medio loco...., y pasan meses y meses y él contándome cosas y cosas hasta que me enfadeya y lo mando a freir choclos.

TIMOTEO.—Pero verá: luego me juí reponiendo de mi dundera y me jué gustando aquella murundanga...., y juí sintiéndome aconfianzado....

FELIPA.—Pero si usté así ha sido toito el tiempo, muy aconfianzado; uno le da la mano y usté se coje hasta las tortillas del calabazo....

TIMOTEO.—¡Ya va usté con sus dichos!

FELIPA.—Siga, ñor Timo, siga. Ese es un decir que si no lo digo me puede chamuscar el galillo.

TIMOTEO.—Pues verá: salió una especie de toro incendiado tirando fuego hasta por los mismos ojos y envistiendo a la gente. Yo safé de juida y en mi correr me llevé de incuentro una bateya di'asaber qué cosas, y juí a refujiarme a un chinambo....

FELIPA.—¡Jesús, María y José!, ñor Timo; sin duda el espíritu del Malo andaba soltado....

TIMOTEO.—Estando ya salvado en el chinambo, gritó un güirro: ¡Ese jué...., ese jué....!, y me señalaba a yo. "Págueme o lo mando!" —gritó una señora—. "Son cuatro riales de pérdida". ¡Y qu'ise cré?: pagarle los cuatro riales, afigúrese.

FELIPA.—¡Señor de las Misericordias! Ustedes los hombres sólo salen a botar la malanga....

ANTOLOGIA POETICA

TIMOTEO.—Bueno, ña Felipa, la malanga siáce...., ¡créigamelo que siáce!

FELIPA.—Claro que siáce, pero da lástima botarla. Así es también mi Polo: el año pasado se jué también a una divierta; llevaba en el bolsillo de la faja seis riales en puros cinquitos. Regresó ya uscuriendo y bastante enchichao. Yo lo bolsié, ¿y sabe? Ya sólo traiba dos riales.... ¡Qué bárbaros! Siavía pasiado en cuatro el muy sinvergüenza. Peo que se dé gusto, el pobre pasa pindoleándose las pa'la comida de toititos.

TIMOTEO.—Así somos nosotros, ña Felipa, así somos. Sólo el patuleto de la ñata Fermina sies duro pa'bolsiarse. L'otro día que juimos al Quibracho, júre que quiso comprar dos de dulce pa tomar agua. Preferió verme comer.... ¡Papo, qui'hombre!

FELIPA.—Tiene a quien salir, ñor Timo, así era el tata. Prefería amarrarse los caites con bejucos que mercar un par de correyas....

TIMOTEO.—¡Púnchica! Usté cuando se pone a mermurar como que's pior que yo....; ¡juai....!, ¡juaiiii....!, ¡juaiiiiiii....!

FELIPA.—Quién sabe, ñor Timo, ¡quién sabe! Usté nues chiches.... ¡Juí....!, ¡juí....!, ¡juiiiiiii....!

TIMOTEO.—¡Vaya! Nos estamos alegrando....

FELIPA.—Mejor quiasí seya, verdá; mejor quiasí seya; porque lo que's usté veniya un poco atristurado....

TIMOTEO.—Verídico, ña Felipa, verídico.... Pues bien: le voy a seguir historiando mi caso, como dicen en la ciudad los sabiudos o enteligenes. Güeno: pagué la plata y me juí con la música pa'otro lugar, como dice el decir del dicho. Y veyá, mincuentro con una pandilla de güirros estudiando pa'micos, pues querían encaramarse a un palo que'staba parado apuntando al cielo con una banderita en la punta.... Y subían.., y subían.., casi mero hasta la punta y de allá se risbalaban, pues el maldito palo teniya sebo y se veniyan guindo abajo...., y el griterío de los otros.... ¡Esos eran chillidos y no babosadas, ña Lipa....; por nainitas me rompen los tímpanos del oído.... Después me voy, veyá usté, a donde estaban dando güeltas unos caballos de puro palo; pero a toda virazón, ña Felipa, con unos endevidos montados en ellos; pero los endevidos eran de carne y hueso, como nosotros, y una música que tocaba así: “Tarará, rará, rará....; tararararooooo....”

FELIPA.—Ese es el valser Sobre las Olas; hombre, no seya dundo; ricuerde que lo bailamos cuando me cupo en suerte amarrarme con Polo.

TIMOTEO.—Verídico...., verídico.... Unos se desmemoreya de tanto volar cuma en esos guamilales.

FELIPA.—Y de tanta chicha que se rempujan....

DANIEL LAINEZ

TIMOTEO.—¡Ya va! ¡Ya va el sermoneyo! Poeso dicen: agua qui no has de beber, machete estate en tu baina.... Y además, nosotros no somos boleques constitucionarios.... Bebemos en las diviertas nomás, o cuando el guasalo nos come una gallina y nos entra rabia, o cuando nos entra nuralgia....

FELIPA.—O cuando se les revientan las correas a los caites, o notan que nosotras les hacemos mala cara. Mi Polo toda la vida me mira con la cara parada.... ¡Poeso no le despega el grito al nistamal!

TIMOTEO.—¡Cállese!, ña Felipa, acállese, por favor....! Güeno; pues dije yo: ¡ah, chís!; yo me encaramo en esos condenados caballos de palo, y pregunté: “Vos, decíme, ¿cómo siace pa’encaramarse en esos pelenques viejos? Y un cipote, me dijo: “se compran unos papeles que venden allá, ve”; y me señaló con el dedo una casuchita que’staba allí cerquita; compré la boleta, y al instante su amigo Timo salía disparado al son de aquella musiquita: Tara rararararáaaa.... Tarararararára-roooooo”. Todo jué que precipiarian a dar güeltas cuando siento que la cabeza me daba güeltas, todavía más güeltas que aquellos condenados caballos diocote...., y me precipia el gómito...., y precipio a gritar: “¡Paren! ¡Paren!. ¡me mato! ¡No seyan brutos!, ¡caballos!” Y precipia la gente a gritar y a carcajarse. Eran unas carcajadas y un burlerío de los once mil demontres.... ¡Ja! ja, jaaaaa....! ¡Jijijijii....! ¡Agarráte bien, penco bruto! ¡Ya no volviste a comer frijoles, caballo! ¡Te llevó la madre por papo!, y otro atajo de balbaridades....

FELIPA.—¿Ansí es la gente de por allí, ñor Timo?

TIMOTEO.—Así es, así es, ña Lipa....

FELIPA.—Pues yo creiba queran más estudiasadas.

TIMOTEO.—Pues no se ande haciendo esas creencias que hay un dicho que dice que en todas partes se cuecen frijoles.

FELIPA.—Y otro que tiene ilazón con lo que’stamos conversando y es que, hacé lo que vieres al pueblo.... si fueres....

TIMOTEO.—Pero lo que’s usté no se queda atrás....

FELIPA.—Es lo que dice mi Apolinario: Humildona es, pero tonta un poquito no más.... Güeno, priosiga, no me esté endulciendo el amor priopo....

TIMOTEO.—Pues güeno: yo nuise más quiagacharme y prenderme con todas mis juerzas al pescuezo del palo aquel...., traslapé los ojos y juí perdiendo la enteligencia.... Sólo oiba los gritos de la gente y las carcajadas.... Al fin se cansaron los malditos pelenques o quien sabe que jué; jué el caso que se pararon, me apié todo bolenco y una vez apiado no incontraba la maldita puerta: “po’aquí, penco bruto” —me grito un golguera de colbatía—. ¡Ah, no me estés bruñendo!, le

ANTOLOGIA POETICA

dije yo arremangándome la camiseta, “con yo ya te dás en la chiva, hijo de tu nana”. El golguerita sisumo cuando vido que la cosa no era chiches....

FELIPA.—Sólo a buscar camorra salen ustedes, ¡no digo!

TIMOTEO.—Güeno: pues diayí cogí pa’otro lado. Vo’a probar los ponches, —dije—, y pedí que me midieran uno, pues había quedado con el estómago un si es no es de enjilado con las bolteretas que me habían hecho dar los condenados caballos. Cuando me estaba pasando por el gaznate sentí una cosa extraña. “¡Jun! —dije— éste como que’s guaripasote”. Me lo atoré toíto. Véndame miotro señora, —le dije—, y al tomármelo, va a crér ña Lipa, que ya la tripa guarera me lo pediya puro.

FELIPA.—No le digo que así son ustedes, ñor Timo, así son toítos; poeso dicen que son cortaos con el mismo machete....

TIMOTEO.—Otro sermoncito y me voy, dejando a medio palo mi historiazón....

FELIPA.—No, ñor Timo, siga...., siga...., no se duerma en su historiazón, que como dice el dicho, camarón que se duerme en la calle lo desnudan....

TIMOTEO.—Ese dicho sí que me gusta, pos un día yo jondié en la chichería de la finada Chinta y me robaron los caites nuevecitos....; ¡una ponida!, ¡afigúrese!

FELIPA.—¡Ah, ñor Timoteo tan dundo! Si hubiera quejao al señor auxiliar, pa la investigación....

TIMOTEO.—Pues perdóneme que se lo haga presente que la dunda es usted, pues los caites se los vide después al priopo señor auxiliar....

FELIPA.—¡Jesús, qué gente!, parece que vevimos en tiempo de la enquesición....

TIMOTEO.—¡Enquesición...., enquesición?; ¿y eso qué, ña Felipa?

FELIPA.—Usted no sabe la historia d’este país, mejor siga con su historiazón....

TIMOTEO.—Pos como ya la tripa me lo pediya puro, dije yo: güeno, ya te voy a complacer ¡gran puñetera!, y me juí con derechura a un chinambo donde vendiyan guaro, y de un solo viaje les pedí un cuarentón y ¡juás! me lo embuché de un solo; pero el muy condenado se encontró muy solo en mi timba y me exigía que le hiciera compañía el otro, pues dije: “allá vá”, y ¡jús! me atraganté el otro.

FELIPA.—¡Jesús, qué sed ñor Timo!

TIMOTEO.—No, no es sed, es que yo no sé...., es un desasosiego, una enquietú, un no sé qué, pero es algo...., algo....

DANIEL LAINEZ

FELIPA.—¡Es sinvergüenzada!

TIMOTEO.—Güeno: que así seya; el caso es que me lo rempujé también diun solo; y aquí le voy a contar algo que a yo me pareció divertido.

FELIPA.—Para los bolos todo es divertido; hasta dejar la cría sin comer es divertido.... Y hay que veyá la mujer cómo se las arregla pa'darle a los timbones la jaspia....

TIMOTEO.—¡Ya va, ya va! Pues güeno, estaba un muchacho allí, entre camagüe y elote; pidió una guitarra para cantarse una canción que'l deciya que estaba de moda; pero sólo prencipió el pobre, pues cuando dijo:

“¡Ay!, no me dejes solo,
mira que me muero
si no estás conmigo....”

llegó un polecía y le dijo: “no, si no te vas a quedar solo, si no te vas a morir, vos te vas ir conmigo; toitita la tarde te hey andado buscando, sinvergüenza....” Y se lo llevó. Un chavacán que vido la cosa dijo ésto quera de adivinar: ¿en qué se parecen los trenes a los polecías...?; nos quedamos tontos, y el muy idiota nos dijo: “En que llevan gente”, y se tiró tamaña carcajadota; yo, ña Lipa, no me rí.

FELIPA.—Yo tampoco lincuentro el gracejo.

TIMOTEO.—Pero es qui usted no sabe lo que's un tren....

FELIPA.—Ni usted tampoco....

TIMOTEO.—¡Aistá! po'eso no lincontramos el gracejo.... Pues bien: ya picadón me atraganté la otra octava y aquí sí me prencipió a dar güeltas la mema: pues no hay más quiacer. Timo, dije ya pa mis adentros, hay que'char un pestañazo, y así jué: eché un güen pestañazo....

FELIPA.—Pero nuiba usted tan bolo cuando dió con la posada....

TIMOTEO.—¿Qué posada?

FELIPA.—¡En donde echó el pestañazo, Timo, onde durmió....!

TIMOTEO.—¡Ah, ña Lipa más dunda!; si allí se acuesta uno en cualesquier parte: debajo de una mesa onde estén chiviando, en la grama, en cualesquier parte se acomoda uno y parte sin novedá.

FELIPA.—Pues yo no liayo la gracia a eso de dejar la comodidá del rancho pa'irse a tirar como un chucho debajo diuna mesa pa'que todo el mundo lo pateye....

TIMOTEO.—Le aye gracia o no, así mera es la costumbre, y como dice el decir de un dicho: la costumbre hace la costumbre....

FELIPA.—A ese dicho no le ayo nada, ñor Timo.

TIMOTEO.—Eso viene a probarme que usted no tiene la costumbre de acostumbrarse a alqu coastumbre de ponerle los cinco sentidos a las palabras que jieren el tímpano de sus oídos....

FELIPA.—¡No amuele hombre, no amuele!; usted como que'stá toavía bolo....

TIMOTEO.—No exagereye, ña Lipa, no exagereye. Pues güeno: cuando mi desperté, clareaba ya. Me tomé un traguito de café bien juerte....

FELIPA.—Usted lo que tomó jué puro guaro, ñor Timo, pues ha venido hablando mucho carburo.

TIMOTEO.—Sí, un traguito pa'la goma, ña Lipa, y ya me voy antes que mi agarre la noche.

FELIPA.—Vaya con Dios, pues, señor Timo, y me saluda a la Petra; dígame que dirrepente vuir a visitarla, y si mincuenta al taimado de Polo, dígame que se abreveye, que yo no voy a estar como esclava pegada al fogón siempre esperándolo....

TIMOTEO.—Güeno, si encuentro a Policarpio en el camino le doy el recado; pero lo de la Petra ni por pienso, ña Lipa.

FELIPA.—¿Y eso?

TIMOTEO.—Pues vey a ver jaleyo en el rancho. Afigúrese que me pasié en el pisto diun encargo que me dió, consistente en unas zarazas y una manta....

FELIPA.—Pues hoy sí que lo escobeyan, ñor Timo; la Petra nues chiches....

TIMOTEO.—Eso no, ña Lipa; tanto como eso no....; yo llevo los calzones en mi casa.... Como usted está acostumbrada....

FELIPA.—Ya va.... ¡Qué lengua!

TIMOTEO.—Yo lo hey presenciado....

FELIPA.—Güeno; pero él ha tenido la culpa....

TIMOTEO.—Siempre nosotros tenemos la culpa....; siempre nosotros somos los adelitados...., y mejor me despido. ¡Adiós, ña Lipa!

FELIPA.—¡Adiós, ñor Timoteo!, y n'olvide el camino que'stés su casa....

Sale Timoteo; Felipa lo acompaña hasta la puerta. El sol ha caído pesadamente tras de la montaña y empieza en los guamizales el monótono concierto de los grillos....

EL GRENCHO



(CUENTOS)

SILVERIO SOSA

I

NADA de particular había en aquella aldea: la vida, como en todas partes, pasaba jugando al escondite con la muerte.

El campaneo en las torres del humilde templo, era como un vuelo de palomas enturbiando el paisaje.

Sobre el atrio, llovía sol; sol de domingo; suave sol travieso, que lo mismo le da retozar en las llagas purulentas de un mendigo, que estrellarse en las brillantes polainas del hacendado libidinoso y déspota.

Un grupo de viejecitas cuchicheantes salió de la iglesia y se perdió por la calleja retorcida y empedrada; un perro sarnoso, apoyando una de las patas traseras en las gradas del atrio, hizo aguas, y se fué con andar menudito; después, sombrero en mano, un mocetón apareció en las puertas del templo; se encasquetó el sombrero empalmado sobre la enmarañada cabellera, recogió el machete y las alforjas que al entrar dejara a un lado de la puerta, y con paso indeciso, como el de quien no recuerda muy bien el camino, se dirigió a la quebrada.

En el campo, los maizales mecidos por el viento parecían decirle adiós al hambre. Pero él iba triste, tan triste como una tarde de lluvia; era la suya una tristeza de un gris desvanecido. . . .

A lo lejos, las ruedas de una pesada carreta iban triturando el silencio, arrancándole prolongados chirridos de agonía.

Por un camino de roja arcilla, llegó a la quebrada; el agua, dulce y cristalina, hacía un remanso y luego se escapaba canturreando peñas

DANIEL LAINEZ

abajo; tiró en la sabana su machete y sus alforjas y se tumbó panza arriba a la sombra de un amate añoso, y su pensamiento echóse a andar por el camino real de los recuerdos, recuerdos que picoteaban como pájaros hambrientos su corazón de macho vencido por la angustia.

Silverio Sosa —veinte años de tragedia íntima—. Su madre, una pobre molendera —humilde cantarito de lágrimas— había sido despedida brutalmente por el rico propietario de la hacienda “Los Ciruelos”, después de haberla violado.

La fecundidad en los pobres resulta trágica: la pobreza no conoce del abortivo, bálsamo piadoso de los ricos; quizá por eso el juego favorito de los niños del arroyo es el cántico de cuna arrullando en sus tiernos bracitos un olote envuelto en trapos viejos: es un juego muy dulce y divertido; además, no cuesta un céntimo. Es el anticipo de un mañana que el tiempo se encargará de zurcir con sollozos y de lavar con lágrimas.

II

La pobre mujer, como bestia resignada, buscó la querencia: la casa de su hermana; una mujer tan desdichada como ella, con dos botijitas de frijoles y lombrices que muy pronto enterró en el cementerio. Allí nació Silverio y allí aprendió a andar y a jugar con estiércol de vaca y *carajones* de cabra.

Ya más grandecito le condecoraron la frente con una pedrada; no conocía el pobre el significado de las cercas de alambre de púas: había observado que los pájaros volaban de huerto en huerto; que se posaban en todos los árboles y picoteaban todos los frutos; y él, una mañana olorosa a vaho de establo y bañada de un sol optimista, se sintió un tanto pájaro, y estimulado por un manzano cargado de frutos, saltó el cerco y con agilidad de ardilla se encaramó en el árbol, de donde fué bajado de una pedrada.

Cuando recobró el conocimiento al tercer día se encontró tirado en su tapesco. Había soñado que el mundo era una enorme planicie sembrada de manzanos frutecidos; que no había cercas de alambre espigado, y que los niños, blancos y negros, pobres y ricos, jugaban en las ramas de los árboles confundidos con los pájaros. El viento jugueteaba en sus cabellos, refrescándole la frente; se llevó la mano a ella: era el parche de vinagre que le habían aplicado en la herida. Tuvo hambre y pidió alimento. La buena mujer le dió tortillas con sal; y entonces comiendo, comiendo, fué filosofando: supo para qué sirven las cercas de alambre con púas y por qué el niño de la hacienda nunca jugaba con él; por qué las beatas le daban coscorriones cuando asistía a la misa, y por qué la maestra le aplicaba reglazos en las nalgas; y algo más: supo por qué en las festividades patrias nunca lo llevaban, formando con los demás niños al Cabildo Municipal, en donde se les repartía refrescos y golosinas: ¡era pobre! Y así acostado en su tapesco tomó una enérgica decisión:

ANTOLOGIA POETICA

¡Trabajar!

Desde entonces el vecindario vió a Silverio montando su burrito trotón, silvando aires poblanos al compás del ruido metálico de sus relucientes cantaritos de hojalata llenos de leche; todas las mañanas salía de la aldea con rumbo a la ciudad; y al correr de unos pocos años, como lenitivo a su brega cotidiana, el amor llamó a las puertas de su corazón; y Chepa, su vecina y compañera de juegos infantiles, fué el pocito de agua clara en donde Silverio refrescó sus labios y lavó sus penas, las que ponía a secar en los alambrados de su imaginación campesina....

Con el trote del burrito, iban trotando los años.

La dicha de los pobres es nada más que humito; pero un humito tan fino, tan tenue, tan imperceptible, que el aire de un suspiro lo disipa.

La vida de sacrificios y privaciones de la madre iban minando poco a poco su existencia; el mal fué afianzando sus garfios en aquella vida de martirio; y una tarde al regresar de la ciudad, Silverio encontró a su madre agonizando.

—Vos tenés un hermano, Silverio....

Los ojos de Silverio se agrandaron como bellotas de roble; sacudió la cabeza para comprobar si no soñaba.

—Sí; Rodolfo, el hijo de ñor Prudencio, el de la hacienda vecina....

Y de los labios de la madre de Silverio fué fluyendo la dolorosa, la sombría, la fatídica historia de sus amores con aquel lépero de corazón tan negro como sus embetumadas polainas.

--¡Si al menos estuviera vivo!, —dijo Silverio mordiendo las sábanas que servían de sudario a aquella pobre humanidad ultrajada por la maldad de los hombres.

III

Y los recuerdos, como pájaros, cada vez más hambrientos, siguieron picoteando su corazón de macho:

Sí, fué allí, a la sombra de ese mismo amate, en donde una tarde con horizontes manchados de pájaros, había tenido la última entrevista con su adorada Chepa. El, más que hablar, pintaba. Ella, apoyada en su hombro, escuchaba, y más que escuchar, veía una película de contornos románticos:

—Chepa: yo ya no tengo madre, ni tengo nada; no, nada no: ¡te tengo a vos, Chepa, que sos mi madre y sos mi rancho y sos mi todo!

DANIEL LAINEZ

Me voy mañana; voy a trabajar; si el corazón tuyo lo he ablandado con lágrimas, el corazón de la tierra lo ablandaré con el sudor de mi frente.

Levantaré mi rancho. Sembraré la milpa y la hortaliza. Vos ordenarás temprano y arreglarás la casa y cuidarás del hijo...., sí...., sí...., tendremos un hijo. ¡Un Sosa legítimo! ¡Un Sosa tan macho como su padre!

Las palabras en el alma humilde de Josefa fueron cayendo como cucharaditas de azúcar, pues Silverio elevaba su entusiasmo como un barrilete de alas multicolores.

Y después de tres años —para él tres siglos— todo lo había conseguido. El primer año lo pasó en una finca bananera, luchando contra el zancudo y el barba amarilla: fueron días de prueba; se trabajaba de seis a seis, cuando no bajo el azote inmisericorde del chubasco que entume los miembros y pone en los huesos mordeduras reumáticas; bajo los candentes soles del trópico, que chamusca la piel campeña y pone en la mente delirios que suelen llegar a la puerta misma de la locura. Resistió a las tentaciones del alcohol y se mantuvo a respetable distancia de los dados; sólo la guitarra, en sus noches de soledad, esas largas noches de soledad, esas noches rociadas de alcohol y de lágrimas, hizo compañía al desolado amante. En esas noches Silverio se transfiguraba; ya no era el peón hundido en los suamos, chapeando con su recio machete los guamilares; era el otro, el otro Silverio; el Silverio espiritual que iba enfudado en su burda caparazón de campesino; era el Artista, era el poeta que todos llevamos dormido allá en un ángulo obscuro del subconsciente; y entonces, sus dedos trémulos por la emoción tejían encajes de ensueño sobre el cordaje en tensión de la guitarra, y su voz se elevaba en la noche como un grito de angustia que iba rebotando de barraca en barraca, hasta perderse en el corazón de los bananales rumorosos. Al cabo de un año, Silverio contaba con trescientos pesos en la bolsa de su pantalón de kaki, y un millón de ilusiones en la caja fuerte de su entusiasmo.

Se retiró a una apacible aldea del interior; aldea pobre, humilde; allí compró terreno: cien lempiras. El filo de su machete mordió el tronco de los árboles hasta tumbarlos, convirtiéndolos en horcones y vigas; chapodó el guamil hasta formar un claro de dos manzanas; y con brazo fuerte, levantó la choza. Con los primeros aguaceros procedió a la siembra; fué un trabajo rudo: sin bueyes. sin arado, sin nada; únicamente valiéndose de un pedazo de acero puntiagudo, estuvo semana y media abriendo surcos; pero era lo que él le había dicho a la Josefa: si el corazón tuyo lo he ablandado con lágrimas, el corazón de la tierra lo ablandaré con el sudor de mi frente. Y no eran palabras que se habrían de llevar los vientos; nó, las estaba cumpliendo al pie de la letra. Cuando una mañana salió a la puerta de la choza y vió su heredad alfombrada de botoncitos verdes, los ojos se le agrandaron de júbilo: su acari-

ANTOLOGIA POETICA

ciado sueño pronto se convertiría en una bella realidad de verdes matas; la alegría del campo reiría en los dientes blancos de la mazorca; y fué entonces cuando él, él que nunca había odiado, sintió un odio profundo por los zanates, declarándoles una guerra sin cuartel. Se hizo comunicativo; visitó a sus vecinos y les anunció la próxima realización de sus sueños azules; por las noches, al calor del fogón acogedor de la choza más próxima a la suya, y rodeado de la familia con quien luego encompadraría, rasgaba tiernamente la guitarra, arrancándole tiernos quejidos de pena, quejidos que se iban muy hondo, corazón adentro, crispando los nervios y desgarrando el alma.

Y la milpa seguía creciendo, frondosa, lozana; las matas principiaban a florecer, coronándose de oro; el viento las peinaba con peines de seda. Pero una mañana, cuando más optimista se encontraba, mientras aporcaba unas matujas de crecimiento retardado, cayó sobre sus espaldas un chapulín, heraldo de su ruina; luego otro más; y fué Silverio matando chapulines de un lugar a otro, incansable, obstinadamente; pero ya al medio día empezó a obscurecerse el cielo. Un zumbido cerrado venía del norte: era una tromba alada, voraz. Media hora después se posaba en la milpa de Silverio; fué una sola sentada; cuando se levantó la mancha sólo quedaron las cañas un tanto inclinadas por el peso de la plaga. . . .

Silverio, en medio de su ruina, con los brazos cruzados, inclinó la cabeza resignadamente como quien recibe una bendición; de pronto, poniendo los brazos en jarras y dirigiendo la vista al cielo, exclamó con voz de trueno:

—¡Me esperará!

En aquel instante, su silueta enmarcada por el horizonte, tomó las proporciones de una estatua vaciada en bronce.

IV

Luchó. . . ., luchó. . . ., luchó. . . . El recuerdo de Josefa le templó los músculos. Y hoy, a la sombra amiga del amate, rememoraba sus luchas y sus desventurados amores.

Por el zigzagueante caminito oloroso a pino y mejorana, con los pies desnudos y las trenzas sueltas, bajó una muchacha; se detuvo a la orilla de la quebrada; dos ojos grandes y negros y una boca roja de labios pulposos y sensuales y dos hileras de dientes blancos.

El asombro fué completo; los corazones dejaron de latir por un instante: después, el silencio se hizo grito; la tristeza se les agazapó en un rinconcito del alma, para darle paso a la alegría que emergía de sus bocas en chorritos de risa.

DANIEL LAINEZ

—¡Chepa!

--¡Silverio!

Ella agachó la cabeza, y los ojos se le inundaron de lágrimas; era un llanto desgarrador; quería hablar, pero los sollozos se lo impedían; Silverio la sacó del apuro:

—No me contés nada que todo lo sé, Chepa; todo, todo. Pero no te culpo a vos; es la misma historia, la mesmita historia de mi madre; sólo que ésta va a tener su desenlace pronto: no me marcharé de la aldea sin antes haberle pedido cuentas al señorito. ¡Te lo juro! Y allá viene, ve. Allá viene....

En efecto, por el rojo caminito avanzaba a grandes pasos un hombre alto y fornido; venía tarareando una canción de moda. Sobre las polainas le golpeaba la vaina del machete. Se detuvo junto a la muchacha sin prestarle atención al mozo.

¿Qué has pensado? —le dijo—. O botás eso que llevás en la panza o te vas de la hacienda....

—Es la mesmita historia, Chepa; la mesmita historia....

Los dos hombres se quedaron mirando cara a cara, con fiereza, Rodolfo de pie, a unos dos metros de Silverio, quien se encontraba recostado en una de las salientes raíces del amate; ni siquiera le concedía importancia a su contrincante, lo que no dejaba de ser una afrenta de las más sangrientas.

—¿Sabés quien soy yo?, —gritó Rodolfo rojo de ira.

—¡Cómo no!, —contestó Silverio sin cambiar de posición—, vos sos Rodolfo, que además de ser hijo del viejo pícaro de ñor Prudencio, mataste por la espalda al peón José Manuel para quedarte con su mujer; y no contento con todo eso....

Rápido como una centella, Rodolfo machete en mano, se arrojó sobre el cuerpo yacente de Silverio; éste, recogiendo como un resorte, de manera intuitiva, lo recibió con toda la fuerza de sus piernas, haciéndolo salir disparado como un proyectil lanzado por una catapulta, yendo a caer en mitad de la quebrada. Cuando Rodolfo salió del cauce chorreando agua y con el machete en alto, ya Silverio, con el suyo, se encontraba en guardia. Silverio fué retrocediendo poco a poco en busca de un sitio más amplio para el duelo; Rodolfo lo seguía.... ¿Después? Un vertiginoso ruido de aceros entrechocados y un relampaguear de machetes. Los dos hombres saltaban de un lado a otro como poseídos del Demonio; aquello se prolongaba. Ninguno cedía ni un palmo; por fin, de súbito, cuando menos lo esperaban, una mano voló por los aires empuñando fuertemente el machete, yendo a caer a la quebrada.

--¡Ese, por mi madre!, —gritó Silverio lleno de júbilo—; éste por José Manuel, y este otro, por Josefa....; y dos veces más el machete de Silverio mordió la cara mofletuda de su odiado rival.

ANTOLOGIA POETICA

Silverio principió a limpiar en la grama el filo de su machete, mientras Rodolfo, atónito, sin saber lo que había pasado, se tambaleaba. De pronto, dándose cuenta de la dura realidad, como volviendo de un largo sueño, gritó:

—¡Mátame, Silverio, por favor, mátame!

Y Silverio, mirándolo con ojos compasivos:

—Cómo te voa matar, hombre....; no seas tonto, si sos mi hermano. Buscá un médico pa' que te cure; y vos, negra, pasá, que ese güirro no será como yo que no tuvo padre.... Andá a parir a mi rancho que pa' vos lo levanté....

Josefa, que durante el duelo había permanecido acurrucada en un rincón que formaban las raíces del amate, se incorporó toda trémula, y afianzándose en el brazo de Silverio, empezaron a subir la pendiente rumbo a la heredad, en donde los esperaba el surco negro, pronto a recibir la semilla que los liberaría para siempre....

El voltejeo de las campanas del templo convidó a misa de once, y el agua, peñas abajo, siguió su cantinela interminable..., eterna. Por el azul del cielo una bandada de pericos cruzó chillando.

DANIEL LAINEZ

DE LA VIDA REAL

LA ULTIMA NOCHE DEL PADRE MODESTO

UN ligero barullo rompió la paz conventual que reinaba en la sacristía del viejo templo, en la semipenumbra de una tarde otoñal. Un clérigo de pálido rostro enflaquecido y manos sarmentosas, poniendo los ojos en blanco, dijo con voz aflautada:

—Hermanos, el alma del Padre Modesto goza ya de la paz del Señor. . . . ¡Recemos por su eterno descanso!

La voz se deshilachó en las amplias bóvedas de la vetusta catedral, mientras que un pequeño grupo de feligreses rodeaba al párroco.

Antes de entregarnos a la oración, queridos hermanos, —dijo un curita con cara de ratón—, debemos preparar la sala para la vela; yo creo que eso es lo más prudente, queridos hermanos; hacer algo primero por el cuerpo, para después hacer las rogativas por el descanso de su alma. . . .

—¿Pero, en la casa de quién se va a verificar la vela?, —dijo el cura párroco—; la mía es muy estrecha, y de ninguna manera cabría tanta gente, ni aún disponiendo de los corredores. Así es, pues, que pueden ir descartando la idea de que en mi casa se pueda efectuar el velorio.

—Yo con mucho gusto pondría a la disposición la mía, —dijo el curita con cara de roedor—; pero es el caso que ésta no reúne las condiciones necesarias para ello, que de reunir las, ya sabéis que siempre ha estado y estará al servicio de Dios y de sus dignos representantes.

ANTOLOGIA POETICA

El cuchicheo continuó en crescendo, ante la impasible mirada de un viejo Cristo que pendía en un ángulo de la sacristía. Un grupo de mozalbetes aspirantes a seminaristas abrían los ojos desmesuradamente, con los nervios tensos por la conmoción de la noticia: el Hermano Modesto —como cariñosamente le llamaban— había muerto en una humilde cama de una casa de salud, pobre y abandonado de los suyos. Y todos se dieron a recordar su vida: una vida modesta, sencilla, sin complicaciones; arrojado desde joven al curato de una apartada aldea, había arrastrado una vida miserable llena de privaciones; había encompadrado con los vecinos al grado de no distinguirse de ellos más que por su des-teñida sotana; sus conocimientos se limitaban a fragmentos de pequeños capítulos del catecismo; odiaba a Juan Montalvo y a Voltaire; no conocía sus obras, pero los odiaba instintivamente, con ese odio intuitivo del ratón hacia el gato; nunca se preocupó de indagar las razones que asistían a Martín Lutero para lanzar sus dardos emponzoñados contra las doctrinas de Erasmo. Como la aldea era malsana, pronto se habituó al puro para ahuyentar a los zancudos, y al trago de guaro para preservarse de la gripe, lo que al mismo tiempo le hinchaba de gozo el corazón y le desenvolvía la lengua, costumbre que con el tiempo echó hondas raíces en su organismo enclenque. Media docena de dientes —rebeldes y amarillos centinelas ante el empuje del tiempo— asomaban retadores cuando lanzaba escupitajos, achocolatados por el tabaco, sobre los cuadrados y polvorientos ladrillos de barro de su aposento; como era feo, él mismo había levantado una recia barrera que lo mantenía a prudencial distancia del bello sexo, lo que le había granjeado la fama de casto, no obstante haber saboreado, muy discretamente, de las ardientes caricias de su joven ama de casa, romance que fructificó en un rapazuelo que día a día exhibía su timba lampareada de caldo de frijoles en el umbral de la casa del cura, paternidad que tuvo que aceptar refunfuñando entre dientes el buenote del sacristán.

Pero el pueblo por fin se aburrió de su viejo párroco, y un buen día lo devolvió a la ciudad. Llegó con timideces de aldeano; se instaló en un apartado rincón de la barriada, y pronto, como el zapatero remendón de la esquina y el locuaz barbero de más allá, la figura del padre Modesto, con su hediondo puro en los labios y su vieja sotana verdinegra, cruzaba la calle con dirección al templo; pronto fué familiarizándose en el barrio. Los vecinos murmuraban:

—¡Qué cura más extraño, ¿verdad? ¡Si parece tincute!

—No, parece paraguas cerrado, —decían otros, desdoblado el trapo de sus risas.

Y en verdad que el Padre Modesto era extraño: el símil del paraguas era un tanto exagerado; pero el de zopilote sí que le venía como anillo en el dedo. Y así se había apagado aquella vida, con la pasmosa sencillez de una cosa tan corriente como vulgar; ni siquiera los vecinos se dieron cuenta de su muerte; solamente en la sacristía de la vieja pa-

DANIEL LAINEZ

roquia se discutía el problema del lugar en dónde se verificaría el velorio del cadáver, pues el asunto, al parecer sencillo, se había tornado en un verdadero problema: nadie quería facilitar su casa para que pasara su última noche el Padre Modesto. Cuando no era una era otra cosa: la estrechez de la casa; que no estaban acondicionadas; que quién pondría el dinero para el café y el pan.... En fin, que todos se deshacían en cariñosas frases, pero que nadie exponía un céntimo. Un relámpago celestial vino a aclarar aquella situación embarazosa; el cura párroco había encontrado la solución a tan intrincado problema:

—Lo velaremos en la capillita del cementerio, queridos hermanos—. Y con menudos pasitos de paloma se aproximó al teléfono a dar orden al hospital, para que el cadáver del Hermano Modesto fuera conducido a la capilla del Cementerio General. Todo había concluido. El clérigo, saliendo de la sacristía cruzó la calle y se encaminó a su casa. Metió la recia llave en el cerrojo de la puerta del zaguán, cruzó los corredores arrastrando las chinelas, y entrando en su alcoba se metió tranquilamente en su lecho, convencido de haber hecho una obra de caridad.

A la mañana siguiente el sol se filtró por las rendijas de la puerta de la casa cural. El clérigo se había incorporado en el lecho; estaba muy pálido y ojeroso y sus enflaquecidas manos temblaban afebradas; trataba de recordar.... Había soñado con sus ricas posesiones de campo; con sus árboles frutales y sus jardines poblados de campánulas azules y blancas mariposas; y había soñado también con el lechero; ¡ah!, sí, ya se acordaba: había soñado con aquel recio mocetón descalzo de veinte años, de ojos como almendras y cabellos ensortijados.... ¡Su solo recuerdo lo hacía temblar!

Llamaron a la puerta muy quedo: el joven cura se alisó los cabellos con las manos de dedos esqueléticos y con voz meliflua invitó a pasar.

La puerta se abrió poco a poco, y por ella entró una anciana triqueña y menudita; traía en las manos una cumba de chocolate.

—Muy buenos días le dé Dios, ñor Cura —musitó muy suavemente la señora.

El curita, después de exhibir sus finos dientes orificados en un bostezo a toda boca, contestó con dulce displicencia:

—Muy buenos...., Nana Pancha.... En cuanto llegue el lechero me lo hace pasar a la alcoba.... Hoy tiene que rendirme cuentas.... Y volvió a caer sobre las tibias almohadas, con una laxitud de colegiala voluntariosa.

La puerta se cerró tras de la viejecita, y el rumor de sus chancletas se fué perdiendo en los amplios corredores del caserón que había resultado bastante estrecho para dar alojamiento, en su última noche, al cuerpo ya sin vida del Padre Modesto.

INTIMA

NOS encontramos al azar en uno de los bajos restaurantes de esta Capital. Un par de cervezas fueron más que suficientes para desatar nuestras lenguas hasta llegar al grado de las confidencias. Rememoramos, entre sorbo y sorbo, ciertos alegres pasajes de nuestra bohemia inútil, los que eran celebrados con sonoras carcajadas.

De pronto se puso triste. Mira, —me dijo—, yo tengo una historia; es una historia vulgar, no tiene nada de extraordinario; pero quiero contártela. Ya sabes que siempre hemos tenido una afinidad de espíritu que no ha sido capaz de romper ni el tiempo ni la distancia. Es una historia breve pero trágica.

Golpeando su perfumado Chesterfil contra la uña de su pulgar izquierdo, me espetó la siguiente pregunta:

—¿Te acuerdas de Margarita?

Y vino a mí, como visión extrahumana, la grácil figura de aquella alegre muchacha que exhibía el recio prestigio de sus carnes morenas desde lo alto de los trampolines, en los balnearios porteños.

—¿De Margarita? Sí, fué en La Ceiba, Carlos; bien lo recuerdo.

—Bueno, saldría sobrando contarte la causa de nuestra ruptura, ya que tú la conoces quizá mejor que yo. Recuerdo que hiciste todo cuanto estuvo a tu alcance para que yo la olvidara. . . ., ¡pero todo fué en vano! Tus atinados consejos llenaban de música mi oído, es cierto; pero eran incapaces de llenar el enorme vacío que quedaba en mi pecho, vacío que se hizo doblemente enorme con tu regreso a ésta. Seis meses después debes haber tenido noticias de su enlace con aquel comerciante

DANIEL LAINEZ

amigo nuestro; me refiero a Alberto, aquel joven con quien sosteníamos serias discusiones y a quien nunca llegamos a convencer por su egoísmo ilimitado y su materialismo aplastante. Durante varias noches ambulé solo y pensativo por las calles más apartadas del puerto; sufría mucho, sufría horriblemente. La aparente amistad que Alberto me ofrecía me era casi insoportable. Huía de él como de la peste. En cambio, Alberto me perseguía por todos los parajes más solitarios, se había cernido sobre mi vida como un negro fantasma. Sabía perfectamente que yo había amado a su esposa, o que quizá seguía amándola en silencio, y aquel muchacho, aquel amigo franco y bueno, a pesar de su egolatría criolla y su materialismo torpe, habíase tornado en mi verdugo; sí, ¡en mi verdugo! Narrábame confidencialmente todos los pormenores de su vida íntima con aquella mujer a quien el Destino brutal y ciego me arrebatara de los brazos....

Yo soportaba en silencio aquellas terribles estocadas; en mi pecho desatábase una sorda tempestad contra el amigo infame que así me atormentaba.... Sentía deseos de matarlo, de arrojármele al cuello y estrangularlo. Un día nos encontramos en la "Avenida San Isidro"; venía vestido de blanco, me saludó con su cortesía habitual, y no pude contener una sonrisa nerviosa y perversa al imaginarme cómo le hubiera venido una roja amapola en la solapa del saco.... Te lo confieso con franqueza: si hubiera portado revólver quizá se la hubiera colocado.

Cierta noche, estando sentado en el rincón de una cantina del "Barrio Inglés", sentí unos golpecitos en la espalda y un ¡qué tal! que heló todo mi cuerpo.... ¡Alberto había localizado mi nuevo escondrijo!

—¡Que bonito este sitio!, ¿verdad?, —exclamó acomodándose en el extremo opuesto de la mesa, de modo que quedamos frente a frente.

—Realmente, bastante bonito —respondí con frialdad.

Poco a poco fué animándose la conversación al calor del vino.

Hablamos largamente.... Después hubo un silencio profundo.... Alberto estaba borracho; yo, pensativo, contemplaba a mi rival; lo contemplaba envidiándolo al mismo tiempo, no por sus riquezas —que dicho sea de paso no eran escasas— sino por ella, por aquella mujer a quien yo había amado y a quien seguía amando en silencio con una resignación de santo.

Alberto, a pesar de su embriaguez, adivinó mi pensamiento.

—¿Qué tienes?, —me dijo. ¿En quién piensas? ¿Algún amorío, verdad? Ten cuidado...., eres muy desgraciado en el amor....

Todo mi cuerpo tembló; fuí presa de un terrible calofrío, la sangre se me agolpó en las mejillas y el corazón parecía latirme fuertemente en la garganta. Un pensamiento sombrío cruzó por mi mente. Había soportado demasiado.... ¡Debía vengarme! Alberto simuló no com-

ANTOLOGIA POETICA

prender la alteración de mis nervios, y si bien es cierto que poco a poco fui recobrando la serenidad, cierto es también que desde ese momento no pensé ya más que en la venganza.

—Sí, muchacho, —continuó el malvado—; cuídate mucho de esos amoríos, no gastes tanto sentimentalismo barato con las mujeres. Hay que hacerlas sentir... , hay que herirlas hondamente el corazón... Pero tú, ¡pobre poeta!, dedicándoles sonetos baladíes y prosas insustanciales.... ¡Cómo quieres que te quieran! El otro día, registrando las gavetas de su cómoda me encontré con unos cantares dedicados a ella; poco más o menos decían:

Tu alcoba tiñese en rojos
fulgores de madrugada,
cuando tú, desde la almohada,
vas entreabriendo los ojos.

Al pasar la Procesión
de la Virgen, de inquietud
saltó mi fiel corazón
porque creyó que eras tú.

Pobre Margarita, cómo soportaba tantas necesidades.... Le doy la razón, te engañó miserablemente...., bien hecho!

—¡Engañó....! ¿A quién? ¿A mí?, —grité furioso.

—Cálmate, hombre, —prosiguió—, cálmate; sí, a tí, nunca te amó; cuando le hago mención de tu amor para con ella, responde que eres un bobo.

—¡Un bobo!, —exclamé aparentando tranquilidad. Sí, un bobo....; y sin embargo....

—Y sin embargo, ¿qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—Sí, un bobo...., ¡y sin embargo fué mía! —exclamé con firmeza.

Alberto palideció, quiso ponerse en pie, pero no pudo; le flaquearon las piernas y todo su cuerpo tembló nerviosamente.... Una sonrisa maligna apareció en mis labios y mis ojos brillaron de alegría...., ¡había consumado mi venganza! Aquel que tanto me había hecho sufrir, sufrir horriblemente.

Después de unos minutos de silencio se puso en pie, dirigiéndome con débil acento esta pregunta:

—¿Cómo? ¿Margarita.... fué tuya?, repítelo....

—Sí, fué mía...., ¡muy mía!

—¡Miserable!, —rugió como un león herido. ¡Miserable! ¡Pruebame o pereces bajo el golpe de mis puños!

DANIEL LAINEZ

Extraje de mi vieja cartera un billete amoroso y lo arrojé a la mesa.

—¡Ahí está!, le grité en tono agresivo.

Alberto agarró el billete, lo desdobló con presteza y devoró, con sus ojos enrojecidos por el alcohol y el odio, aquellos renglones escritos con lágrimas...., aquella carta reveladora del secreto.... ¡Margarita se había entregado a mí en cuerpo y alma!

—Lo demás, tú lo sabes por el recorte que te envié en medio de la última carta: “SE SUICIDA UN JOVEN COMERCIANTE”. “A altas horas de la noche y en su casa de habitación...., etc., etc.”

Los vecinos comentaron a su modo la tragedia: se habló de su ancestro neurótico, de quiebra comercial y mil tonterías por el estilo; pero nadie sospechó siquiera la verdadera causa. Y esa es toda la historia, —dijo Carlos—, siguiendo con los ojos las volutas caprichosas de su cigarrillo. Historia que, además de ser nada extraordinaria, se ha vuelto ya un poquito vieja. Consulta la fecha de mi última carta, tiene cerca de dos años.

—¿Y la joven viuda?, —le interrogué con un tono de inquietud mal disimulada.

—¿Quieres verla? Estamos hospedados en el “Imperial”. Ante-noche no pudo dormir de un fuerte dolor de muelas. El doctor nos dijo que se debía al cambio de clima; pero yo creo que no, y se sonrió con una sonrisita entre complicada y maliciosa....

Y Carlos tenía razón. El sábado pasado estuve en el aeródromo despidiendo a la feliz pareja, y pude constatar, por la palidez de su rostro y el desarrollo anormal de sus caderas, que nada ha tenido que ver nuestro clima con la dolencia de Margarita.

ESPIRITISMO

I

—**N**O, —dijo Lucía, deshaciéndose del brazo de Armando—, no puede ser. Un hombre que no cree en la inmortalidad del alma, es un hombre sin Dios. Cierto que tú eres bueno: que tienes un corazón de oro, siempre dispuesto a hacer el bien por el bien mismo; pero eso no es lo suficiente, Armando, convéncete.... ¡no es lo suficiente! En mis largas noches de meditación y de vigilia, yo le pido a Dios con toda mi alma, que te envíe un rayo de luz que disipe las espesas tinieblas de tu cerebro enfermo de materialismo; y El, que todo lo ve y lo oye, se ha de apiadar un día de mis plegarias, y entonces vamos a ser los seres más felices de la tierra, Armando....

—Siempre el mismo sermón de todos los días, Lucía, —contestó él, visiblemente contrariado—. Nunca vamos a poder entendernos. Tus absurdas teorías psíquicas son a manera de una muralla que día a día tiende a separarnos definitivamente. ¡Me estás volviendo loco, Lucía, compréndelo! No volvamos a hablar de ese asunto...., ¿quieres? Me lastimas, me dañas. Si así seguimos, dentro de un par de meses más mi pobre humanidad puede ir a parar a una sucia celda del manicomio... Es algo espantoso...., insoportable....

—Adiós, pues, Armando, —dijo la muchacha con un llanto contenido en sus verdes pupilas—. No quiero molestarte más. He sido una necia al tratar de convencer a un convencido. ¡Qué lástima que nunca nos hayamos comprendido! Pudimos ser felices....; olvídate, por favor, olvídate; ¡adiós....!

Armando —mudo y pálido de la emoción— le tendió la mano, la que rechazó Lucía con una brusca media vuelta. El la miró alejarse calle abajo, esbelta, ágil, las caderas cimbreadas, las pantorillas recias, hechas quizás para sostener aquel hermoso busto de senos palpitantes.

DANIEL LAINEZ

II

Mayo florido. Un sol de oro baña las alamedas del parque. Lucía sentada en un escaño, medita. Bruscamente sale de su abstracción. Palidece. Un joven con pasos inseguros avanza hacia ella. Es Armando.... ¡Qué extenuado está el pobrecito! El también ha sufrido. En realidad.... ¡La quiere!

—Muy buenos días, Lucía, —balbucea el joven con una voz temblorosa y apagada. Ella se limita a tenderle las manos fraternales, invitándolo a tomar asiento a su lado. Después de un breve silencio en el cual no se atreven a mirarse cara a cara, Armando inicia la conversación con la vista clavada en el suelo.

—No te imaginas cuánto he sufrido, Lucía. Cuando tu reloj marca una hora escasa, en el mío se apunta un siglo. Me he emborrachado varias veces con el fin de olvidarte, no consiguiendo con ésto más que aumentar mi pena. La vida me parece ya una broma bastante pesada..., y he dispuesto..., vengo a despedirme de tí, para siempre...

—¿Pero te has vuelto loco, Armando? —dijo la muchacha acariciando con sus trémulas manos la ensortijada cabellera de su amado, presa de los más sombríos pensamientos; se lo imaginaba lívido, tirado cuán largo era en la cama, con la cabeza destrozada por el proyectil de una cuarenticinco, que aún humeaba entre sus manos.

—Serénate, Armando.... ¡Tú estás loco!

—Sí, es cierto, —contestó el muchacho—, y tan loco que ya creo hasta en los espíritus....

—¿Cómo? ¿Que ya crees en los espíritus?, —dijo Lucía llena de asombro. Pero eso no es una locura, Armando; al contrario, eso es sencillamente entrar a la razón. Cómo le pedía a Dios y al ángel Gabriel —mi consejero espiritual— que te quitara la espesa venda que llevabas en los ojos y que alumbrara tu camino con la luz de la Verdad...., y me han oído.... ¡Me han oído!.... Y rodeando con sus redondos brazos el robusto cuello de su amigo, febricitante y loca, le entregó el tesoro de su boca roja....

III

—¿Cómo sucedió? ¡Tu conversación me entusiasma! Cuéntame cómo sucedió tan extraordinario milagro!, —la pobre muchacha lloraba de alegría.

—Entre nosotros no debe haber secretos, —dijo Armando—; así es, pues, que escucha:

ANTOLOGIA POETICA

—Soy toda oídos, —dijo ella acomodándose en el viejo escaño del parque—, ¡principia!

—Hace un mes, aproximadamente, Lucía; en fin, desde la última vez que nos vimos en este mismo sitio vengo padeciendo de insomnio. Las horas de la noche se deslizan pesadas, lentas. Leo, leo desesperadamente por ver si logro conciliar el sueño, pero todo es en vano. Una de esas noches reparó mi vista en un extraño fenómeno: en un rincón de mi cuarto descubrí una llamita verdosa y un fuerte olor a ruda saturó mi estancia. Temblé de miedo. Yo, el escéptico, el descreído, por primera vez en la vida sentía junto a mí la presencia de un ser extraño y misterioso. Por fin me dormí y soñé: una mujer vestida de blanco se aproximaba lentamente a mi lecho; después de acariciarme con ternura me señaló con el índice el ángulo del cuarto en donde poco antes y aún despierto, había notado la llamita verdosa. Ve, —me dijo—, allí hay un tesoro. Sácalo y sé feliz.

—¡Oh!, —exclamó Lucía llena de entusiasmo—. Tus propiedades oníricas son sencillamente maravillosas. Esas teorías que tantos desvelos causaron a Freud, cobran todo su valor en tu persona. ¡Aprovéchelas! ¿Y se ha repetido el fenómeno?

—Todas las noches, y lo que es peor: aún despierto. Voy a mudarme de casa....

No, —le atajó Lucía—; lo que debes hacer cuanto antes es sacar el tesoro; acción piadosa, sacando de penas a esa pobre alma....

—Tengo miedo, —gimió Armando visiblemente extenuado.

—¿Miedo?, —exclamó Lucía haciendo alarde de su serenidad y valor—. Miedo solamente sienten los pusilánimes, los seres que no están familiarizados con la muerte.... ¡Yo te ayudaré! ¡Ten confianza en mí!

—Entonces, hoy a las doce de la noche, ¿quieres?

Sí, —contestó Lucía con firmeza—, a las doce de la noche....

IV

Nueve meses después oí el siguiente diálogo en la cama de una casa de salud, a donde había ido yo a visitar a un amigo:

—¿Eres feliz, Luchi?

—Sí, completamente feliz, Armando.

—Bueno, contentísimo. De hoy en adelante nada de sesiones espiritistas ni de lecturas de Allan Kardeck. Tienes que dedicarte exclusivamente a la crianza de Gabrielito, tu verdadero ángel guardián. ¡El te ha salvado de las garras de la locura!

DANIEL LAINEZ

MAXIMO TEPAS

MAXIMO TEPAS —bautizado así por el cura de la chiquillería del barrio— es un pequeño filósofo de diez años. Hijo de un humilde carretero, el pequeño Máximo se levanta con la aurora; come una tortilla dura y se encamina silvando a los potreros vecinos en busca de los bueyes. De regreso, sus gritos me despiertan, invariablemente, a las seis de la mañana.

—¡Joscooooo! ¡Lucerooooo! ¡Arriba, pelmasss!

Sus gritos suenan como balones de futbol por el amplio cañón del Río Chiquito, rebotando en los paredones hasta extinguirse en la hondonada....

—¡Joscooooo! ¡Lucerooooo!....

Y el pequeño harapiezo, enarbolando un flexible bejuco, lo hace chasquear sobre los lomos de los mansos bueyes, quienes a pasos lentos van subiendo la pendiente arcillosa que del pequeño río trepa zigzagueando hasta las humildes casuchas de El Manchén, en donde Máximo y los suyos desde hace muchísimos años vegetan, por lo que sus gritos se han hecho ya familiares.

Sobre una carita redonda, dos ojitos apagones hacen graciosos guiños a una mujer rolliza y andrajosa que palmea tortillas en la cocinita de tablas renegridas. Máximo, con sus naricitas aplastadas, husmea el comal y luego dirige miraditas maliciosas al calabazo de tortillas humeantes; y así se está, parado a un lado del fogón, paseando sus ojitos inquietos del comal al calabazo y del calabazo al comal.

—¡Por qué no te atragantás un par de pistones y te vas ayudarle a tu tata en vez de estarte parado como un leño vigilando la har-tazón? —rezonga la mujer con un humor de perros.

Máximo obedece, y con un par de tortillas con frijoles y una buena jicarada de agua fresca en la timba, sale al corral en donde el buen hombre tiene ya uncidos los bueyes a la pesada carreta. Momentos

ANTOLOGIA POETICA

después, padre e hijo salen con rumbo al centro de la ciudad, en busca de posibles clientes.

Máximo no es feliz; no puede ser feliz aunque él trate de disimular su desgracia con finos silbiditos que se enlicocan con el ríspido chirriar de su carreta. Sin embargo, cuando se encuentra fuera del alcance de los gritos de su madrastra, el rapazuelo goza de una relativa libertad, y se siente feliz. No asiste a la escuela, y cuando no hay que carretear por falta de clientes que soliciten sus servicios, se pasa el día cancheando en las pequeñas pozas que suelen frecuentar los sábalos; conoce las propiedades del bagre y quiénes prefieren las anguilas a los sonrosados camarones. Máximo casi es un sabio en el oficio de la pesca.

A la caída de la tarde hace su entrada triunfal al barrio, por lo regular en las ancas de una cochina chillona y vagabunda que, por regla general, lo tira de bruces frente a su casa, mejor dicho, él se deja caer deliberadamente con el consiguiente estallido de carcajadas de todo el vecindario que se asoma a las puertas a contemplar el divertido espectáculo, acompañado del aullido de los perros sin dueño.

* * *

Tarde de diciembre. Un viento huracanado levanta polvaredas rojas; se arremolina, suspende la basura que encuentra a su paso y se aleja zumbando.... Pero esto es nada. Los pequeños y desgarrados futbolistas no interrumpen su juego; jadeantes, sudorosos, arremangados los pantalones, que dejan al descubierto sus prietas pantorrillas, y los puños crispados, se acometen con furia; chocan y ruedan por el polvo, dejando hondos rastros en el suelo, ligeramente humedecidos con saliva y mocos; se levantan maldiciendo y prosiguen la lucha con más ardor aún.

Sólo Máximo Tepas, sentado en el promontorio de tierra que sirve de muro en donde está enclavada su casucha, ligeramente inclinada hacia el barranco, contempla la partida enardeciendo con sus gritos a los jugadores a seguir la lucha:

—¡Adelante, Ñato...! ¡Dale en la chimpinilla, Timbooon! ¡Hechále tecolía, Retacooooo...!; y la voz de Máximo se enronquece, carraspea un poco, luego gargajea y lanza un escupitazo espeso hacia la carretera, el cual vuela horizontalmente, como un rehilete, sobre las cabezas de los jugadores, hasta irse a estrellar en la pared de enfrente, dibujando una perfecta hélice de avión.

Un mocetón de unos quince años se recuesta en el barranco para descansar.

—¡Ya te cansaste, Choco? —le grita Máximo.

—Sí, ya me cansé, le responde el holgazán. Luego, a su vez, le pregunta: Y vos, ¿por qué no jugás? ¿O es que no te gusta el fútbol?

—Sí me gusta —responde el pequeñuelo con una sonrisa forzada, que pone a descubierto su boca desdentada—; ¡pero es que yo regreso con

DANIEL LAINEZ

papa muy cansado del trabajo...., nos macaneamos duro y parejo! Y para nada, según dice él; pues cuando se le adentra el maldito flato a lo profundo del alma tiene que sacárselo a punta de guaro.

El holgazán se pone a escarbar con la punta de un clavo el paredón en donde se haya enclavada la casucha de Máximo, y en donde, justamente, se encuentra la boca principal de la zompopera, desgajando a sus pies enormes capas de tierra negra. Máximo le advierte:

—Mirá, si se derrumba este paredón se nos caye la casa y a vos te puede aplastar....

—¿Le tenés miedo a la muerte? —le pregunta el otro con cierto aire de valentón.

Máximo se encoje de hombros, y con una mueca de desdén, responde:

—Pos yo, no. Fijáte: uno se muere, lo velan; al día siguiente lo entierran; esa noche lo lloran en la casa, ¿y después? Se van olvidando de uno, lo mesmito que pasó con mi hermanito Pepe; hoy ya nadie se acuerda de él...., mientras que uno vivo, desde que dentra en la casa sólo es sufrimiento.... ¡No!, es mejor morirse y que queden las viejas chillando, aunque sea de mentiras: ¡Ayyy, tan güeno queeerrrrraaaa....! Porque esas son puras papadas; quien muere descansa....

Un áspero grito de mujer lo saca de sus cavilaciones filosóficas.

Es su madrastra, que desde el umbral de la casa y con los brazos en jarras, lo increpa:

—¿No pensás venir por tu hartazón; o es que crés que soy tu criada para anochece en la cocina esperándote? ¿No te basta todo el día para dedicarte al relincho, careto sinvergüenza? A tu tata le voy a decir para que te enderece de un par de cumazos.

Un aeroplano a corta altura pasa zumbando, haciendo trepidar el tejado de la casucha. Máximo sale corriendo de la cocina con las tortillas en la mano; luego le grita a su amiguito: ¡Oyyyyyy, Chocoooo...., que nos fuéramos haciendo aviadores...., Chocoooooo!

—Nos encaramaríamos al cielo, Máximo, contesta el interpelado con un gesto de cansancio.

—No nos volverían a ver el cacho por aquí, ¿verdad? Y Máximo de cara al cielo, y deteniéndose con los codos los pantaloncitos que pugnan por escapársele de sus descarnadas caderas, abre desmesuradamente los ojitos, luego los traslapa, como queriendo encerrar en ellos toda la azulidad del cielo, estallando en una estrepitosa carcajada que convulsiona todo su cuerpecito desnutrido.

Los últimos rayos del sol poniente baña de oro los tejados del misérrimo barrio obrero.

En la calle el partido de futbol prosigue....

EL GRENCHO

AL primer fogonazo de la aurora las tinieblas se fueron de reculada como manos arriba.

La chimenea de una casita blanca empezó a lanzar copitos de humo que iban a confundirse con la neblina que se restregaba en los tejados del pequeño caserío; un gallo dió su primer clarinetazo, iniciándose así una diana unánime de todos los gallos circunvecinos.

—Abreviáte, vos, que nos coje el día —gritó una voz viril desde el corral de la hacienda.

Un niño mal vestido salió bostezando de la cocina.

—Montáte al anca —le dijo el hombre— y te agarrás fuerte porque este animal es bien resabido.

Momentos después los dos cabalgaban por el llano. El hombre hablaba sin cesar:

—Vos te vas a quedar con taita, Jolgito; te portás bien pa' que naide te bruña. Ya ves cuánto hamos sufrido en esta hacienda desgraciada, y es una injusticia que sigamos sufriendo. Sé obediente con la señora Pancha, que ella jué muy güena con nuestra dijunta magre. No se te olvide la carta para taita; el llegará a la casa lo más tarde a las diez; también me saludás a tu madrina y a Teo, el hijo del dijunto Juan. Si me yega a sonreir la suerte te mando a traer pa' hacerte todo un hombre, y que naide se monte encima de vos, ansina como sián querido encajar en yo.

A eso de las seis de la mañana llegaron a "Rancho Quemado", en donde se desmontó el niño. El hombre siguió su camino, pero esta vez a galope tendido....

* * *

DANIEL LAINEZ

“Quibracho, 23 de octubre de

Don Remigio Valladares.—Rancho Quemado.

Querido Taita:

Cuando recibás estas cuatro letras quiacabo de garrapatiar, quizá ya aiga cometido una trastada, pero ¡qué se va a hacer! si ansina lo ha querido mi mala suerte. Vos bien sabés que yo nunca juí malo, taita. Recuerdo que cuando apenas era un güirro, si un tuco de tortilla más duro que un caite y un terrón de sal me ponía mi magre en el almuerzo, eso me rempujaba con toda complacencia.

Pos bien: voy a referirte mistoria; pero sin prencipiar por onde principian los historiadores, que sería la de no acabar nunca.

Cuando ajusté mi plaza en el cuartel, me conserté como pión en esta hacienda. Los grenchos siempre mián caido mal, taita; pero éste paecía más cristiano que los demás con que yo había trabado conocimiento. Y aquí entra la Chole de que tanto te hey hablado, taita, (ella se llama Soledá; pero el grencho bruto le encajó Chole). Si vieras qué bonita es la babosa me peldonarías todas mis locuras que vos llamás debilidades.

Una mañana la vide en el corral ordeñando, estaba d’espaldas y como vos bien sabés que yo no soy muy dejado para eso de piropear cipotas, le aventé uno:

—Hoy la agrora nació en el corral de’sta hacienda pa’ felicidad de mi ánima.

Ella golvió la cara y sus ojos me se jueron al jondo como maules de juego, y vide que sus colochos eran énticos a los de aquella Madalena que’stá juntito al Señor de las Misericordias, en el altar de la iglesia del pueblo; ¿te acordás taita, la última vez que juimos? Todavía respiraba mi dijunta magre, que Dios la tenga en el Reino del Cielo.

(Y a priopósito taita, según dicen las malas lenguas, mi magre se murió de celos y resentimiento, pues vos tiabías emberrenchinado con aquella presumida de Eulofia, que paecía galafate caratoso; pero yo nunca lo hei creido; las malas lenguas son así: l’onra quincuentra por delante se la llevan dincuentro).

Desde ese mesmo día prencipié a molestarla hasta sacarle palabra de compromiso. Pero vos bien sabés que la felecidá no es pa’ nosotros los pogres, y qui’ante el poder de la plata no hay corazón que no se ponga tiernito por más duro que seya. El Grencho prencipió a molestarla; pero el ricachón no lo haciya como yo con palabras únicamente, él lo haciya con todas clase de osequios y hasta llegó a mercarle un par de chancletas. Ya te podés imaginar vos lo que son las mujeres cuando

ANTOLOGIA POETICA

se forran las niguas, les parse que andan con Dios en las patas, ¡ché!; y así jué como una mañana los encontré besuquiándose.

No te miento, taita, parecía que se me había trabado una rama seca en el galío y la cabeza me daba güelta como un trompo tatarate.

Y no le dije nada; ¡pá'qué! Eso siarregla de otro modo. No hay que perdonar a naide, taíta: macho que se deja poner el aparejo muere con él en el lomo; aunque relinche y pataleye ya está bien ajustao y nuái pa'donde; tiene que conjormarse con ser macho e' carga toita la vida, así como loís, taita, ¡toita la vida!

Recibí un juerte abrazo de tu'ijo y perdonálo que así lo quiso su endemoniada suerte.—*CIRIACO*.

—¡Que se cague en él! —rugió el viejo Remigio, estrujando la carta con una recia crispatura de manos.

* * *

Caía una lluvia fina y un agradable olor a tierra mojada saturaba el ambiente. Por la vieja carretera un hombre blanco cabalgaba. De un matorral vecino salió un recio fogonazo. La detonación, mezclada de un lamento trágico, se arrastró por la hondonada....

—¡Jueputa! —gritó Ciriaco, saltando a la carretera—. ¡Así se pegan botones!

Con pasos firmes se aproximó al herido que se desangraba agonizante.

—Grencho hijueputa, que no valés ni la peseta que acabo de gastar.... ¡Pendejo! —gruñó lanzándole un escupitajo en el rostro y dándole una patada en la panza que sonó como árgana vacía.

—Que te coman los zopilotes que lo que soy yo no he de ir a dar cuenta, —le dijo—, y emprendió la marcha muy tranquilamente hacia otro campo, en busca de un nuevo amo a quien servir...., ya que el pobre, el desventurado Ciriaco, no poseía un pedazo de tierra propio para fecundarlo con el sudor de su frente....

DANIEL LAINEZ

SPRING

LA llamaba Primavera porque me la regalaron en Mayo y por su extraña afición a las flores.

—No le llares Primavera, —me dijo un día un buen amigo de la casa—, llámala Spring sencillamente, que es lo mismo en inglés. Me gustó el nombre y Spring se quedó....

Era una perrita diminuta y vivísima. El pelo era amarillo brillante. Cuando tenía frío se daba sus baños de sol bajo un rosal del patio de la casa; viéndola así, parecía una bolita de oro.

Pronto se hizo mi camarada inseparable. Yo contaba entonces ocho años. A tres cuerdas de mi casa se encontraba la escuela; Spring me acompañaba hasta el portón, para regresar a traerme, invariablemente, a la hora en punto de salida. He de advertir que cuando no salía a esa hora, ella entraba al plantel y husmeando daba conmigo pronto, encontrándome, por lo regular, en una posición no muy cómoda: me tenían castigado, con la cabeza metida debajo de la mesa de la Dirección, con las manos en el espinazo y un pequeño verdugo dándome en las posaderas al menor movimiento. Spring se sentaba a esperarme y mostraba los agudos incisivos, amenazante, cada vez que el tiranuelo enarbolaba la vara para zurrarme. (Creo que a eso se debe el mal estado de mis riñones).

Por las tarde —después de cenar— nos íbamos al parque a tirar-nos a los zacatales, —por aquel entonces La Concordia no era más que un potrero—, en donde sostenía ingenuos monólogos.

(Ya empezaba a roerme el cerebro el gusano de la locura).

ANTOLOGIA · POETICA

—Mira, Spring, cuando yo sea hombre y trabaje, te voy a comprar un collarcito; no te lo voy a comprar de oro porque no te va a lucir. ¡Con ese tu pelo tan amarillo ni se te va a notar! Te lo compraré de plata y así contrastarán los colores maravillosamente.

Spring, después de mirarme fijamente con los ojos húmedos de agradecimiento, movía la rabadilla jubilosamente, como bailando rumba, porque he de advertir: no tenía cola.

—Yo creo que no nos vamos a separar nunca; pero pórtate bien para que no te maltraten en caso de faltar yo. . . . ¡Soy tan enfermizo! ¿Comprendes?

Entonces Spring levantaba las orejitas, y con los ojitos brillantes y fijos se quedaba mirando al cielo, como descifrando arcanos.

Un día no fué a traerme a la escuela; yo extrañé, sintiendo al mismo tiempo una gran corazonada; a pocos pasos del portón la encontré tirada en mitad de la calle. . . . ¡Estaba muerta! Repuesto de mi primera impresión, me eché el bolsón a la espalda y cargué con ella en los brazos. A media cuadra del camino salieron unas mujeres de la vecindad, quienes alarmadas, me gritaron:

—Muchacho loco: ¿a dónde vas con ese perro muerto?

Yo no contesté, no podía contestar; tenía como un cardo atravesado en la garganta. Puse el animalito en el suelo para descansar y componerme el bolsón, me limpié las lágrimas con las mangas de la blusa y tomando nuevamente a Spring en los brazos, proseguí la marcha.

—Pobrecito, —dijeron las mujeres—, si es Spring. . . . ¡Tanto que la quería y envenenársela! Imbéciles. . . .

Al pie de una higuera le dí terraje. Esa tarde no fuí a la escuela; me eché el bolsón al hombro, —como de costumbre—. Y en un escaño de la glorieta del parque, a la sombra de unos frondosos bambúes, dí rienda suelta a las lágrimas. . . . ¡Era el primer golpe que me asestaba el destino!

(Creo que a Spring le debo esta incorregible manía de mirar al cielo y hablar solo).

Han pasado muchos años. . . ., muchos. . . , muchos. . . ; y cuando me acuerdo de Spring se me humedecen los ojos.

DANIEL LAINEZ

EL PRIMER AJUSTICIADO

POBRE DOMINGO VELASQUEZ BENITEZ.... ¡Pobre!

No te trajo al mundo, en un cesto cubierto de flores, la blanca cigüeña de pico sonrosado que, de tarde en tarde, visita ciertos hogares nuestros.

No. La indígena tu madre, te parió entre rudos estertores de dolor. De sus hondos pujidos es testigo mudo un petate renegrido tirado en el rincón obscuro de una champa lamentable. Un petate que más tarde supo de tu llanto, al recibir en tus morenas y tiernas posaderas la caricia dolorosa de una recia nalgotada.

Te llamaron Domingo, quizá para diferenciarte de Juan, aquel muchacho alegre y parrandero, buen bebedor de vino —si es que puede llamársele vino a esa dinamita que revienta las gargantas jóvenes— y buen cantador de sones, que hoy yace en un lecho de hospital a consecuencia de una aguda parálisis, resultado lógico de su vida sin régimen.

O de aquel otro muchacho que murió olvidado, atacado de una horrible tuberculosis galopante, apercebida en las gélidas galerías de un mineral, barrenando, hambriento y casi desnudo, ocho angustiosas horas al día, en busca de oro, oro que encontró en abundancia, pero que nunca tuvo la dicha de tener en su bolsa, porque fué a enriquecer las arcas extranjeras.

O de aquel otro, aquel humilde labriego —más desventurado aún— que fué encorvándose prematuramente tras el negro surco, arando una parcela de tierra ajena que hizo germinar con el sudor de sus manos proletarias y que hoy, los viejos moradores de su pueblo, se han habituado a verlo acurrucado tristemente —como un Job indígena— en un ángulo sucio de la iglesia, tendiendo la diestra temblorosa en demanda de auxilio.

¡Había tantos desventurados Juanes en el pueblo, que decidieron llamarte Domingo!

¡Pobre Domingo Velásquez Benítez!

Antes de hacer tus primeros pininos aprendiste, gateando, a esquivar las coces de las bestias en los corrales de la hacienda, en donde, careto y desnudo, jugabas con la tierra basurosa mientras tu madre cumplía con sus deberes en la cocina del rico ganadero presuntuoso y déspota.

¿Después? ¡Ah, tu abecedario, Domingo! ¡El abecedario de todos los desventurados que por una ley implacable y ciega nacieron pobres de toda solemnidad!

Aprender a extraerse una espina de la planta del pie con la aguda punta de una navaja.

Aprender a afilar el machete en una piedra cualquiera.

Y chapodar...., chapodar...., ¡chapodar siempre....!; a toda hora....; hoy, mañana y pasado....

Y sobre todo, Domingo, como si no fuera suficiente ésto, aprender a conformarse con la pobre ración de un par de tortillas duras con un terrón de sal.

* * *

Todo ser que alienta en la superficie de la tierra, por muy bajo que sea su destino, siempre tiende a levantarse, a volar....

Así se explica que el Amazonas, después de arrastrarse tumultuoso, fecundando las inmensas regiones del Brasil, antes de desembocar al mar, se levante en ciertos períodos del año en una tromba gigantesca como queriendo besar los cielos, fenómeno que los científicos bautizaron con el nombre de Explororoca.

El gusano, con ser tan asqueroso y tan pequeño, cuántas veces lo hemos contemplado, meciéndose a impulsos del viento, en las ramas más altas de los árboles.

Y así nació en tí, Domingo, alucinado por los cuentos fabulosos de las imponderables riquezas de nuestra costa norte, esa sed de oro y bienestar económico.

Y una mañana te afianzaste los caites y emprendiste la marcha con tu morral al hombro, dejando en la champa lamentable que te vió nacer, una ancianita achacosa: tu madre.

Y te perdiste en la espesura de los fincales bananeros, entre el ruido estrepitoso de los trenes en marcha y un molesto zumbido de zancudos sedientos de tu sangre generosa y buena....

Los años corrieron vertiginosamente, y un silencio profundo te circundó de sombras....

En tu pueblo hasta llegaron a olvidar tu nombre; pero la historia de tu vida, Domingo, tal como la historia del 99 por ciento de nuestros peones costeños, bien se puede resumir y hasta sumar de la manera siguiente:

DANIEL LAINEZ

Trabajo: Mucho.
Salario: Poco.
Embriagueces alcohólicas: Muchas.
Revueltas fratricidas: Frecuentes.
Suma total: Miseria y embrutecimiento.

Y así fué como volviste a aparecer con un rifle al hombro, sombrío, taciturno. En tu rostro ennegrecido se había plasmado la nostalgia de tu pueblo lejano, y el recuerdo de tu anciana madre se hacía cada vez más triste.... Volver con las manos vacías.... ¡Nunca!

Y un día quedaste sin jefe. Deambulaste por las calles como un perro vagabundo, sin dueño....; como un perro que anda en busca de su amo sin poderlo hallar. El estómago es el peor enemigo del hombre, es el acreedor más severo; no nos perdona un tiempo de comida y, si transige, el siguiente lo reclama doble.

EPILOGO

Y un día....

No habiendo rubio trigo que cegar, cegaste una cabeza....

No habiendo alcohol para aplacar tu cruel dipsomanía, la saciaste con sangre....

Y un calabozo obscuro te acogió en su seno para no volver a salir más que al patíbulo, acompañado de un cura y enmedio de una valla de soldados y de un redoble de tambores ásperos....

Como quien asiste a un circo o a una corrida de toros, una multitud de gente se disputaba los puestos más cercanos al lugar de tu ejecución. ¡Para verte morir, Domingo! Únicamente para eso. Hablando con franqueza, yo no sé qué interés puede tener eso de ver morir a un hombre maniatado e indefenso.

¡Ah, la Humanidad, Domingo! Perdónala, no la culpes a ella, o es demasiada perversa o está loca.

El estruendo fragoroso de una docena de rifles que votomitaban plomo y tu cuerpo rodaba por el suelo.... Maniatado y con los ojos vendados....

¡Con los ojos vendados! Vale más, Domingo; quizá con eso te hayan evitado un nuevo dolor. Con ellos abiertos, bien hubieras podido reconocer entre el grupo de rifles que apuntaban a tu pecho, aquel que supo de la ruda caricia de tus manos, cuando empujado por un caudillo ambicioso, recorrías en son de guerra las fértiles campiñas hondureñas.

Y aquí cierro el epílogo, mientras dos lágrimas, después de haber quemado mis mejillas, ruedan en silencio humedeciendo estas humildes cuartillas que emborrono en tu nombre.

CARTA DE AMOR ENCONTRADA EN UN BUS

EN el asiento de un *bus*, que aun conserva las formas y el perfume de una elegante mujer, encontré esta cartita con tibieza de besos y humedad de lágrimas:

“Mi querida Melibea:

Siento de todo corazón que el desdén de un actor cinematográfico haya venido a amargar nuestro bucólico y virgiliano idilio, ¡y lo siento porque conozco de sobra tu carácter imperioso y el lamentable quebranto que experimenta tu espíritu cuando no logras satisfacer tus más pequeños caprichos de colegiala voluntariosa!

Todavía conservo en mi memoria aquel aciago día en que tú, romántica y soñadora, cogiste el primer carro que encontraste al paso y te dirigiste a Toncontín a darle la bienvenida a Clark Gable; yo, como es natural, ignoraba que fueses amiga íntima de tan aplaudido actor.... ¡Tenéis tantos secretos las mujeres! Pues bien: la tarde de ese día fué espantosa. Tú, reclinando la cabeza en mi hombro y con frases entrecortadas por el llanto, me fuiste relatando los incidentes nada divertidos de aquella mañana nefasta, —el exquisito Clark no se había querido dejar ver—, dejándome, como fiel testimonio de tu inmenso pesar, una mezcla de mocos y de lágrimas en la solapa de mi saco, mancha que mucho trabajo le acarreó al encargado de *draicliniarme* el traje.

De pronto te erguiste poseída de cólera y pisoteando el adoquinado del jardín, con bruscos movimientos que por poco te echan a perder tu lindo ondulado permanente, exclamaste:

—Sí, tienen razón....; somos tan feos, tan tremendamente feos...

Yo, hondamente consternado y ante la rotunda verdad de tus palabras, no hice más que agacharme avergonzado, y repetir como un sonámbulo tus sapientísimas palabras:

—Sí, Meli, tienes razón.... Mucha razón.... ¡Somos tan feos!

DANIEL LAINEZ

Pero luego olvidaste la lección, y ayer, en un arrebatado de pasión peliculera, entre un torbellino de polvo, agarrada al guardafango de un destartado carromato de alquiler que daba tumbos enormes, en medio de una turba enloquecida que emitía alaridos de júbilo inusitado, te ví alejarte por la soleada carretera con rumbo al aeródromo.

¡Pobre Melibea! La vida te tenía reservada una nueva amargura. ¡Tyrone Power no quiso ni verte! El ramo de rosas que con tanto amor habías confeccionado se marchitó en tus brazos, y con él, como consecuencia inmediata, quince días de salario tras del mostrador del comercio en donde prestas tus humildes servicios de dependienta.

Por la noche tampoco pude verte en casa: habías salido temprano y estirabas tu lindo y delicado cuello en las puertas del Duncan. Allí permaneciste como clavada, soportando empellones y frases subidas de tono. Creo, sin temor a equivocarme, mi dulce y apasionada Melibea, que tú eras quien gritaba: “¡Power, mi divino Power!”. Pero todo fué en vano. . . . Tu divino Power, indiferente, con un gesto olímpico tomaba whisky en un discreto rincón del restaurante. Así es, pues, que a la desilusión de la esperanza fallida debes agregar el cansancio de tu virgen y pudoroso cuerpo.

Lo más divertido del caso es, mi querida Meli, que yo, sin quererlo, he salido perdidoso, pues al besarte en los labios hubiera besado, por carambola, la parte que a tí te hubiera tocado en suerte besarle al dichosote de Tyrone, ya hubiera sido la frente o las mejillas, y, en último caso, seguro estoy que te hubieras conformado con posar tus lindos y delicados labios en la recia nuca de tu admirado amigo. ¡Ya ves, pues, cómo sin jugar también se pierde! Pero es como tú dices: “Somos tan feos. . . .”

El domingo próximo, mi dulce Melibea, si otro astro de la pantalla no se le antoja desprenderse del cielo de Hollywood, y caer como un bólido en nuestro aeródromo, —dándole calabaza a nuestro ingenuo y alharquiento público capitalino—, reanudaremos nuestro idilio trunco: pasaremos la mañana en nuestro poético rinconcito de La Concordia, echándole maicillo a las palomas y oyendo el estridente graznar de los gansos. O bien, escalaremos la cúspide de El Picacho, en donde si bien no es cierto que se encuentren los más grandes orquidearios del mundo, —como lo afirma el escritor González y Contreras—, es por lo menos uno de nuestros más bellos y pintorescos paseos.

Recibe los besos que no pudiste darle a Tyrone. —*CALIXTO*’.

El bus corría vertiginosamente por la Calle Real, y yo meditaba melancólico en el porvenir de Melibea y en la cerámica resignación de Calixto, cuando, de pronto, un brusco frenazo de la máquina rompe el hilo diáfano de mis cavilaciones filosóficas. He llegado a mi destino, y obsesionado por los conceptos de la carta, por decirle un “adiós” cariñoso a mi compañero de asiento, no logro más que musitar:

Somos tan feos. . . .

ESTAMPAS LOCALES



(AGUA-FUERTES).—1946-1947

TRINA CORREA

TRINA CORREA era como un viejo roble de Convento de los benditos tiempos de Torquemada, trasplantado de su tiempo y de su tierra, por un capricho del destino, a estos semicoloniales parajes de casitas pequeñas y alerudas, en donde el tiempo pasa y no pasa, como en una muda contemplación de su vida pasada, tan pródiga en hechos hermosos y en maravillosas consejas, que ponen una chispa de ilusión en los ojos soñadores de nuestras mujeres, quienes pasan en espera de un galán imaginario de capa y espada, como en los buenos tiempos de doña Beatriz de la Cueva.

Fea como ella sola, fanática y malhablada, Trina, con un enorme canasto en la cabeza, recorría diariamente la ciudad, pregonando a grito en cuello su mercancía; a sus gritos salíamos todos los muchachos a la puerta, pues la humilde persona de Trina ofrecía un espectáculo verdaderamente original a nuestros inocentes ojos.

Alta y fornida; vestía un viejo hábito de franciscana que le caía hasta cubrirle los caites; de su pescuezo largo y mugriento pendían escapularios, también mugrientos, y un enorme rosario de cuentas negras que finalizaba en un crucifijo de lata que le caía a la cintura, en la cual lucía una ancha faja negra y lustrosa de donde le venía el gracioso sobrenombre de Correa. Sobre la enorme faja se cruzaba un hermoso cordón de la orden de San Francisco, cuyas puntas de florones morados juguetaban en sus rodillas.

Muy de mañana se encaminaba al templo, llevando en las manos su breviario y una lata vieja en la que salivaba durante el transcurso de la solemne misa. De rodillas sobre su reclinatorio Trina seguía el monótono rezo del cura; gargajeaba, lanzaba un escupitajo a la lata y seguía rezando fervorosamente....

DANIEL LAINEZ

Siempre escogía un lugar estratégico desde donde seguía con la vista los movimientos y actos de los demás feligreses, a quienes a la menor falta que cometían les llamaba la atención en voz alta:

—¡Aquí se viene a rezar y no a procurar la vida del prójimo! —decía Trina con su voz gangosa, la que se expandía repercutiendo en la amplia bóveda del templo, hasta ir a morir al pie del Altar Mayor....

O si no:

—¿Y tenés valor de venir a rezar a la iglesia con semejante timba....? La interpelada de esa manera se cubría el rostro con su devocionario, y al primer descuido de Trina, tomaba las de Villadiego, como alma que se lleva el Diablo.

Después de la misa, se dirigía a su casa de La Pedrera, y al no más desayunarse, se encaramaba en la cabeza su gigantesco canasto lleno hasta los topes de novenas y velas, recorriendo las calles de la ciudad pregonando su mercancía:

—¡Las novenas y las candelas...., no me las quieren quererrrr....!

Su voz era la clarinada de alerta de la traviesa tropa infantil.

—¡¡Trina Correa....!!

Los cipotes, después de gritar a todo pulmón, se ponían a salvo metiéndose en sus casas; pero siempre alcanzaban siquiera el eco de los gritos estentóreos de Trina:

—¡La Madre...., hijos de P....!

Todos, una vez que Trina había pasado, salíamos a la calle a gritarle con mayor ardor:

—¡¡Trina Correa....!!

Y Trina lanzaba sus gritos como pedradas sobre nuestras madres, quienes, en sus oficios cotidianos, ni siquiera se daban cuenta de nuestras travesuras.

En los umbrales de las puertas de sus clientes apeaba su enorme canasto, de donde extraía novenas de todos los santos y para todos los casos: novenas de San Antonio, para las solteronas desahuciadas; de Santa Eduvigis, para los desamparados; de San Roque, para los enfermos; y también reliquias de diferentes precios y de diferentes santos....

Cuando andaba de buen humor, las buenas gentes del barrio solían bromear con ella:

—¿Quiéres un gato, Trina?

ANTOLOGIA POETICA

No, —respondía Trina—, los gatos pelean con los ratones, y en sus trifulcas revuelven toda la casa, quebrando cuanto encuentren mal parado....

* * *

Hoy que he vuelto mis ojos al pasado; hoy que me siento envejecer irremediabilmente; hoy tu figura, dulce Trina, pasa por mis pupilas turbias como una visión lejana, como uno de esos cuentos fantásticos que la abuelita, entre caricias y sonrisas, nos contara adormeciéndonos en sus huesosas rodillas, cuando la lluvia afuera batía los aleros de la casa materna.

Te fuiste Trina, y te llevaste parte de mi niñez; llevaste envuelto en los pliegues de tu viejo hábito de San Francisco todos mis sueños azules, no dejándome más que un dejo de amargura en los labios y un halo de tristeza en mis ojos cansados que se ha ido eternizando en mi pobre corazón atormentado.

SUEÑITO

PEUQUEÑITA, casi insignificante, apoyada en un largo bordón, al compás rítmico de su cuerpo rechonchito, la inofensiva Sueñito llevaba como una tela de lluvia en los ojos. Recorría nuestras calles con pasos menuditos y tardados; parecía ir contando los ladrillos de las aceras, sin prisa, pues caminaba sin rumbo fijo, al azar, como durmiéndose en su viejo bordón impenitente.

Sueñito fué la cortesana de los vagos y de los mendigos. Compartió su lecho con todos aquellos que habían hambre de carne; fué el desagüe de todas las concupiscencias insatisfechas; carne de baratillo al alcance de rufianes y mendigos.

Dócil y mansa, resignada y dadivosa, los vagos la conducían a las orillas de los ríos, a los caminos poco transitados, en donde, después de satisfecho sus necesidades fisiológicas, y aprovechando los espasmos de la pobre mendiga, la despojaban de sus escasos haberes: de los míseros centavos que tras largo peregrinar mendicando de casa en casa durante todo el día, la pobre Sueñito había logrado reunir. Y el percance solía repetirse uno y otro día, pues la pobre Sueñito era insaciable en sus carnales goces.

Eros había puesto en aquella carne relajada una chispa de su fuego abrasador y maldito, por lo que Sueñito era una eterna esclava del dios Priapo. Siempre encontró en su camino al fauno de ojos desorbitados por la lujuria, enturbiando sus aguas con sus repugnantes pezuñas, ya en la persona de un gomoso trasnochado o en la de un epiléptico pordiosero.

Como una espesa nube cubría sus ojos, nunca pudo reconocer los desvergonzados rostros de los que se acostaron con ella, quienes se

DANIEL LAINEZ

veían libres de sus insultos, pues no solamente la clase mendicante recibió sus favores; algunos sujetos de mediana consideración aplacaron sus apremios sexuales en aquella copa de impurezas, azotada por los huracanes de la vida.

Murió Catalina, la piadosa Sueñito; con ella desaparece la cortesana del andrajo, la consoladora de los cortos de espíritu, el desagüe de los pobres de solemnidad. Con la muerte de Sueñito el batallón de los masturbadores vuelve a tomar carta de ciudadanía en el gremio de los desamparados.

Duerma el sueño de los justos esta Magdalena irredenta, para quien nunca tuvo compasión el hombre, pues casi en los umbrales de la muerte ultrajó con su lascivia aquel cuerpo sucio y deformado.

F I F O

FIFO nació con un temperamento filarmónico. Fué un gran amigo de los músicos; era encantador verlo echarse los atriles al hombro y andar marchando a la par de la banda. Una vez instalados en el atrio de la Catedral, Fifo ayudaba al músico mayor a repartir las solfas; cuando faltaban atriles, él, en una posición hierática, con unción santa, sostenía las solfas sin pestañar siquiera, para no perturbar con temblores inoportunos al ejecutante y romper de esa manera la melodía clásica.

En las recepciones diplomáticas y en nuestras fiestas cívicas, Fifo no faltaba en el grupo de los barzones; su instrumento era el atril; cuidadoso como nadie, era el último que se retiraba del lugar de las audiciones, pasaba revista, contaba los atriles e inspeccionaba cuidadosamente el suelo para cerciorarse si se había volado una hoja de las partituras.

Fifo era feliz de esa manera; se había familiarizado con la música y con los ejecutantes; solícito, servicial, Fifo era una hormiguita loca haciendo mandados, oficio que le dejaba un pequeño margen de ganancias; husmeaba, como buen conocedor de su oficio, en los mercados y en los pequeños comercios del barrio, en donde su visita por lo regular era aprovechada, ya para meter leña o para mandar alguna encomienda a la comadre enferma. A veces tenía raros caprichos soviéticos, se dejaba crecer la barba a lo Trotsky, lo que le daba cierto aire de gran señor.

Como todos nuestros loquitos, Fifo era un gran andariego; recorría la ciudad de extremo a extremo; muchas veces su inquietud de caminante lo llevó a las puertas de la misma muerte. Cuentan los vecinos del barrio El Guanacaste, que durante el sitio de Tegucigalpa del 24, Fifo se dió una buena salida, en busca quizá de comestibles, por los campos de Palmira; en cuyas cercanías acampaban las fuerzas de los

DANIEL LAINEZ

sitiadores. Verlo y descargarle una andanada de plomo, todo fué uno. Fifo, medio loco por la lluvia de balas, les gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡No tiren, que soy Fifooooooo!

El grito fué oído por los revolucionarios, y Fifo regresó tranquilamente a la ciudad, sano y salvo; tal era la popularidad de que gozaba Fifo en esta ciudad.

Fifo fué azotado por todas las tempestades de la vida, las cuales soportó filosóficamente; no tuvo ambiciones de ninguna especie: se arrojó de cabeza en el abismo de la locura. Y así murió, loco, loquito. Sus últimos días los pasó en la calle; enfermo, casi agonizante, no tuvo la sombra de un alero amigo en donde tirar su cuerpo enclenque al descanso reconfortante que lo defendiera del sol y de las lluvias.

Rafaelito desapareció del mundo de los vivos sin haber recibido en su tumba anónima ni una lágrima; ni sus amigos los filarmónicos supieron el día que el carronato del hospital, dando tumbos por nuestras estrechas y polvorientas calles, lo conducía al Cementerio. El sol siguió su curso y la banda sus conciertos dominicales en el atrio de nuestra Catedral; sólo yo, en esta noche olorosa a jazmín y a mejorana, he notado su ausencia en medio de los atriles de nuestra banda, en donde el bombo, con sus acompañados retumbos, disipa el tedio de nuestras noches domingueras.

Descansa en paz, Fifo, y que un rayito de sol, ese buen sol que alumbró aquí en la tierra tu desventura, juguete como un niño entre las malezas de tu ignorada tumba.

MARIA CHILILLO

MARIA CHILILLO azota las calles de nuestra ciudad como una tromba de improperios. Alta, delgada, desgarrada y con la cabellera en desorden, donde el peine tendría bastante que hacer, calzando unas zapatillas de tacones Luis XV, María Chilillo, ligeramente inclinada hacia adelante, recorre nuestras calles seguida de un pequeño niño, su hijo, rapazuelo de 7 años, única preocupación de su vida.

El patojo, vivaracho, travieso y poseedor de la razón que Dios le negó a la madre, es un mártir. En los movimientos de luna María se pone terrible, y es la desgraciada criatura el blanco más inmediato de sus terribles maldiciones; pero él pacientemente escucha, como oír llover, las andanadas de palabras soeces que la bocaza tremenda de su madre le dispara con una fluidez desconcertante.

Otras veces, sentada en la orilla de un andén, lo sienta en sus enflaquecidas piernas y lo arrulla como si fuera un recién nacido; después lo aconseja cariñosamente, empujándolo por los senderos en donde ella, en su inconsciencia, cree que se encuentra el bien, exhortándolo a apartarse del camino del mal. Pero momentos después, por la más insignificante cosita, su lengua se desata y silba como una sierpe, azotando la moral de la criatura con palabras de un léxico salvaje y cruel. . . . ¡Pobre criatura!

¿Qué macho cabrío, qué irresponsable sin asco y sin Dios, en un minuto ciego de placer carnal, se arrojó en los brazos de esta pobre demente, fecundándole las entrañas vírgenes?

¿Qué sátiro desalmado compartió su lecho con esta desventurada, dejándole, para colmo de sus males y testigo de su pecado, este pequeñuelo, inocente juguete de los azares de la vida?

DANIEL LAINEZ

¿Fué un loco, quizá un degenerado moral, cansado al fin de la masturbación diaria, quien buscó refugio en las carnes sucias de esta piltrafa del destino?

¡Quien sabe!

El caso es que Armandito, como se llama su hijo, sin culpa alguna, está pagando pecados atávicos insospechados aún por su infantil entendimiento.

Los gritos salvajes de su madre lo despiertan de sus sueños azules, país maravilloso en donde viven las almas de los niños, haciéndole volver sus ojos inocentes y azorados a la realidad del mundo. No tiene paz el pobre; va pegado a sus refajos azotando las calles con su madre demente, sin sospechar siquiera la existencia del hombre que le impuso tan macabro castigo.

¿Será su padre un banquero ventrudo, un aristócrata de pechera blanca o un celador del orden público? ¡Lo ignora! El pobre sólo sabe que es hijo único de María Chilillo, y con eso le basta.... ¿Para qué complicar su existencia?

María frecuenta las casas grandes. La *high-life* es su círculo. Cuando baja a las barriadas, mira a la gente humilde como desde un pedestal: se siente una noble venida a menos, y es entonces cuando chasquea su lengua viscosa sobre las honras del vecindario entero.

—¡María Chilillooooo! —le gritan los muchachos—. Y María, con gritos ásperos, los injuria endilgándoles los epítetos más sangrantes y mordaces, y les hace ver sus entronques con lo más florido de nuestra sociedad capitalina.

Pero lo más lamentable del caso es que niñas al parecer delicadas, más dignas de un madrigal que de una vulgaridad de verdulera, provocan sus iras por el simple placer de oír toda una catarata de obsenidades que haría enrojecer de vergüenza a un soldado raso, con lo que ellas gozan de lo lindo. ¡Los gustos son así! Niñas educadas en colegios de monjas ocultando entre sedas almas de prostitutas. ¡Pobrecitas! Quizá lean esta humilde estampa, y piensen en lo triste del espectáculo que a diario dan en nuestras calles.

GILBERTO

EL Parnaso también tiene su representante en el gremio de los señores del mecapal. ¿Quién no conoce a Gilberto en el Mercado de Los Dolores? ¿Quién no ha gozado con sus peroratas en plena calle y a todo sol? Gilberto es el Demóstenes de las verduleras. Nadie como él para rimar la frase o para lanzar maldiciones; es un Savonarola estrafalarío.

Fuerte como un toro, Gilberto carga sobre sus anchas espaldas una carga de maíz o un par de tercios de dulce, por lo cual es preferido entre los vivanderos de la plaza y por todo el vecindario.

Es un tipo sedentario a pesar de tener las trazas de un vagabundo: ojos enrojecidos rimando con el color de la piel; un pantalón desgarrado y mugriento y una camiseta de manta en el mismo estado, y su bambador, su inseparable bambador, que viene a ser para el pobre Gilberto como su nana y su tata, ya que es él quien le proporciona los frijoles cotidianos.

Cuando se le sube la chicha a la bellota hensteiniana, el locuaz Gilberto dispara cien rimas por minuto. Los muchachos le hacen rueda, y él, que no es muy dado a que lo rueguen, improvisa gesticulando y accionando frente a su numeroso auditorio:

“Dios te bendiga Señor,
si es que sos un Profesor....”

Las carcajadas de los muchachos atraen gente grande también, a quienes Gilberto lanza sus harponazos:

“Y ustedes, ispiones, viejos de corbata,
piensan que yo ando botando la plata....”

DANIEL LAINEZ

Una vez, estando arrestado en una celda de la policía, por una de sus frecuentes borracheras de Dios Padre y muy señor nuestro, Gilberto vió pasar por el corredor del establecimiento al Coronel Bonilla.

Verlo y gritarle, todo fué uno:

“¡Coronel Bonilla,
sacáme de la policía...!”

El Coronel, estallando en grandes carcajadas, ordenó su libertad, la que muy bien ganada se tenía el humilde mecapalero con una simple rima improvisada.

Otra vez, iba cruzando Gilberto por el frente del edificio del Instituto Nacional. El parquecito de La Merced estaba lleno de estudiantes. No bien lo hubieron visto, se desataron en injurias para el pobre bohemio impenitente:

—¡Llévenlo! ¡Va bien bolooooo! ¡Ya da el porrazooo! ¡No llega a su baseeee! ¡Llévenlooooo!

Gilberto, con toda sangre fría, hizo frente a aquella andanada de gritos, y encarándose con sus agresores, les gritó con voz de trueno:

“Muchachos del Instituto,
que no pueden ni llevarme a tuto.”

Como por encanto cesaron los gritos, y el buen Gilberto prosiguió su camino, tambaleándose de la borrachera que se cargaba.

Y Gilberto es feliz gozando de una especie de aureola que lo distingue del grupo de los caballeros del mecapal. El mismo se siente superior, y con sobrada razón, ya que a su fuerza bruta de Hércules, une la llamita azul de Apolo.

MOTION

TODAS las grandes ciudades del mundo cuentan con su deshollinador. Es éste un personaje pintoresco e importantísimo en nuestra vida colectiva; sin él los incendios menudearían en las poblaciones populosas, pues la mayor de las veces tienen su origen en las chimeneas sucias u obstruidas por falta de celo en su limpieza.

Tegucigalpa no podía sustraerse a la regla, pues cuenta con su característico deshollinador: Motión. Motión es tan inofensivo como un céfiro mañanero; sin embargo, los niños tiemblan al sólo oír su nombre, a causa quizá de su indumentaria estrafalaria. Para Motión no hay día de fiesta, todos son iguales. Ahí donde hay una chimenea sucia, ahí está él con su escobillón renegrado por el uso, compuesto de un palo de escoba vieja y un bramante.

Alto, renegrado por el sol y el humo de las cocinas; con un bigote ralo y una barbilla crespada y en desorden; con su viejo sombrero negro aboyacalado hasta las orejas, Motión pasa fumando su destartalado cigarro de confección casera, agachado, mirando al suelo, sin importarle un comino el qué dirán de las gentes holgazanas. Arrastra sus caites barriendo las aceras, desdeñosamente; se mete en todas las casas en busca de posibles clientes; husmea en las chimeneas, y sale contento con haber cumplido sus funciones de inspector general de cocinas que tan espontáneamente se ha impuesto.

Motión es jovial y simpático; charla, tartamudeando, de cualquier cosa; pero cuando su charla se anima extraordinariamente es cuando habla de copas. Le centellean los ojos y traga gordo, pues Motión, además de ser el único deshollinador de Tegucigalpa, es un gran bebedor.

Como todo tipo pintoresco, Motión tiene sus enemigos en el gremio infantil: parece que los niños sienten un gozo especial, casi pudiéramos

DANIEL LAINEZ

decir enfermizo, con maltratar a los desventurados trotacalles. Motión diariamente es atacado por turbas de cipotes que le gritan en coro:

—¡Moción, qué hiede a cabro....!

Pero Motión, sigue su camino sin darles la menor importancia, pues ya se familiarizó con ellos. Parece que al principio Motión se incomodaba y hasta los atacaba a pedrada limpia; pero después comprendió su error persiguiéndolos lleno de ira; ahora Motión se conforma con oírlos, y pasa indiferentemente por enmedio de ellos sin hacerles el menor caso; con lo cual la hostilidad de los rapaces para con él ha mermado de manera considerable.

Moción es bastante entendido en su oficio: limpia una chimenea y sabe el día exacto en que necesita de nuevo otra sacudidita por dentro y por fuera. Así es, pues, que no tiene que aventurar mucho: sale de su casa con sus arreos de trabajo y sin vacilación ninguna va casi directamente a donde requieren sus buenos servicios.

Por la noche se emborracha, y cargando con las provisiones que ha sacado de las casas opulentas que ha servido ese día, sube por la empinada carretera que conduce al Barrio “El Manchén”, dando tumbos, pero sin perder nunca el camino de su casa.

BETO COELLO

BETO COELLO es el reverso de la medalla de Máximo Tepas. El pequeño Máximo es filósofo chopenjauriano: opina que la vida solamente es sufrimiento prolongado y que la única puerta de salvación es la muerte.

Beto Coello al solo nombre de muerte se le eriza el cabello y tiembla de pies a cabeza. Es como el pequeño príncipe tolstoyano, a quien por mucho tiempo se le ocultó la muerte, hasta que una tarde encontróse con un grupo de campesinos que iban a enterrar a un su deudo, y al mirar el cadáver, preguntó lleno de espanto:

—¿Y todos tenemos que terminar así?

Beto sufre con la presencia de su propio esqueleto; de esa recia armazón de huesos que él mismo está condenado a andar llevando y que obedecen ciegamente a sus más extravagantes caprichos, desde que amanece hasta que el sueño por la noche cierra sus párpados cansados, siempre con el sobresalto de la muerte atisbando desde un oscuro rincón de su propio subconsciente, sombra maldita que lo tortura noche y día y que lo hace despertarse al filo de la media noche, presa de tremendas pesadillas....

Beto, desde muy de mañana, se sienta a la puerta de una de nuestras casas más céntricas y caritativas, en donde recibe su sorbo de café negro y su sabrosa semitona. Después desarrolla su programa de trabajo, que él espontáneamente se ha impuesto para todos los días. Coge el cajón de basura que encuentra a su paso, se lo hecha al hombro y se aleja con él haciendo estallar la planta de sus pies sobre los encementados andenes. Son estallidos fuertes y uniformes: parece que a su paso va reventando cohetillos, hasta llegar a la orilla del río en donde bota la basura.

Ya de regreso, deposita el cajón de donde lo tomó, y se aleja en busca de otro, para repetir la misma operación, sin reclamar paga; si le

DANIEL LAINEZ

dan, coge; pero si por desgracia a su regreso no encuentra a nadie en casa, o si encuentra a la dueña, y ésta por una u otra razón no le alarga una ficha, Beto se da por bien pagado con el simple hecho de haber servido, que ya es decir mucho en este siglo de materialismo....

Parece que para Beto el objeto especial de su vida es la sanidad de la ciudad; un barril de basura a la puerta de una casa lo incomoda, y no está a gusto hasta que lo carga sobre sus hombros hacia el basurero más próximo.

Yo creo que el pobre lo hace por defensa propia. Piensa quizá que tanta suciedad en nuestro pueblo puede desatar una peste y cargar con su hosamenta al cementerio, en donde no podrán tronar sus plantas por falta de movimiento, encerrado en su humilde cajón de tablas rústicas.

Y la chiquillería del barrio conoce su debilidad; sabe el espanto con que día a día espera la muerte; por eso le gritan:

—Beto: ¡Te vas a morir!

Y Beto, pelando los ojos como dos bellotas de roble, les grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡La Madre!

Los niños ríen a sus anchas, como si Beto, con semejante blasfemia, les hubiera propinado un sabroso bombón de chocolate....

Beto, como todos los humanos, es presumido: gusta de los sombreros de copa alta, y aunque descalzo, no se afloja del pescuezo una corbata listada; la lleva hecha un rollito sobre la pechera de una camisa desgarrada y mugrienta. Ultimamente, quizá por las mismas razones de higiene y de autoconservación, Beto se ha impuesto el cruel martirio del calzado, lujo éste que le ha restado muchos, pero muchísimos admiradores, pues la principal gracia de Beto consistía en los violentos estallidos de sus pies descalzos sobre el soleado pavimento de los andenes de esta Capital, tan pródiga en personajes pintorescos que viven y mueren dentro de la ciudad, dejando más rastros de su paso por la vida que muchos cuerdos llenos de pedantería, a quienes nadie recuerda un día después de haber sido enterrados....

LEOPOLDO (PATA DE YUCA)

NO se trata de Leopoldo I, dueño y señor de Alemania, ni de Leopoldo II, hermano de la trágica María Antonieta, Reina de Francia, quien más tarde pasara a ocupar el vasto imperio sajón. Tampoco se trata del joven Leopoldo, Príncipe de Sajonia, Rey de los Belgas y Soberano del Estado del Congo, muerto cargado de medallas en los primeros años del presente siglo; ni mucho menos de aquel otro Leopoldo, príncipe del verso y soberano del dulce país de la ilusión, quien tenía por vasallos un millón de luceros, y quien, cansado de coquetear con las estrellas, pusiera fin a su vida con un sonoro pistoletazo que llenara de luto el Continente Americano. No, este Leopoldo es Rey del Andrajo y Soberano de la Miseria; ¿pero no sabéis todavía de quién se trata?; os lo diré muy quedo, en voz muy baja: se trata de Leopoldo Pata de Yuca.... ¿Quién no lo conoce en nuestra Capital? ¿Pero quién no lo conoce?

Trigueño, bajito, con un viejo sombrero de fieltro encasquetado hasta las orejas y los rotos pantalones arrollados hasta las rodillas, como en perenne actitud de cruzar el río, Leopoldo desliza mansamente la insignificancia de su vida con la despreocupación de un sabio. El sobrenombre se lo debe a la rencura de una de sus piernas, la que principió a fallarle siendo aún muy pequeño, y ya curado radicalmente, siguió tirándola hacia un lado por la fuerza de la costumbre.

Leopoldo es humilde y respetuoso con sus mayores; recibe lo que se le da, por insignificante que sea, sin protesta alguna; tan bien le viene una tortilla con frijoles, como una moneda de cobre.

En algunas casas de familia es bastante útil: mete la leña, barre la calle o hace algún mandadito sencillo, en el cual no tenga que em-

DANIEL LAINEZ

plear mucho su inteligencia; de esta manera Leopoldo siempre tiene algo que llevarse a la boca.

Pero así como es humilde y respetuoso con sus mayores, así es también malcriado y hasta insolente con la chiquillería del barrio. A los gritos de

—¡Pata de Yucaaaaaa!

sus ojos se enrojecen de ira, y su boca espumeante de rabia lanza como un cañonazo su vocablo favorito:

—¡La madreeeee!

Pero no se contenta con ésto. La piedra que encuentra a mano sale disparada hacia el grupo de traviosos cipotes, quienes, presas de espanto, huyen en desbandada, gritando siempre:

—¡¡Pata de Yucaaaaaa!!

¡Pobre Leopoldo! Llevar un nombre tan noble en un cuerpo tan miserable. Nombre ennoblecido por el trono en los países europeos, y hoy venir a caer, a ciegas, como un latigazo, en el cuerpo maltrecho de este desventurado demente....

Bien pudiste llamarte Juan, Pedro, Casimiro, Pantaleón...., de cualquier manera.... ¡Pero Leopoldo....! ¡Parece una ironía del destino! Quizá por eso los muchachos sólo te conocen por Pata de Yuca; encaja mejor en tu lamentable condición de pordiosero. ¡No los culpes!

ROMA

ROMA llegó inesperadamente; se instaló aquí, como una etapa de su viaje a la Ciudad Eterna, y se ha ido quedando poco a poco, familiarizándose entre nosotros, a tal grado, que ya habla muy poco de su proyectado viaje a la heroica ciudad de los Césares.

Al principio causó sensación: los niños la seguían por las calles y las comadres se asomaban a la puerta de sus casas para verla pasar vestida de negro, con un maletín y una sombrilla en las manos. Desde el principio su figura inspiró curiosidad; su indumentaria toda negra, desde las medias hasta el sombrero, ponía una nota de duelo en el corazón de las gentes; luego su figura fué tomando carta de ciudadanía entre nosotros, y ya no despierta curiosidad, pues a decir verdad, cuando llegó a estas acogedoras tierras hizo una polvoreda tremenda.... Ahora Roma ya nos pertenece; nos pertenece como la Catedral, como el Picacho, o como el Puente Mallol; la miramos con la misma familiaridad con que miramos, desde que abrimos los ojos, el árbol de El Guanacaste, o la falda de Juana Láinez, sin extrañeza, con familiaridad, con un cariño de hermana....

Roma es la andariega más grande que ha parido la tierra; recorre hasta el último rincón de la ciudad vendiendo versos. Bonito trabajo, ¿verdad? Ofrece su mercancía lírica con la misma sencillez con que ofreciera duraznos o perotes.

Tiene versos para todas las ocasiones: para cumpleaños, recibimientos profesionales, bautizos y defunciones, y no es muy remoto que de repente aparezca con cantigas laudatorias para los divorciados.

De un tiempo a esta parte su indumentaria ha cambiado notablemente: de su tradicional vestido negro ha pasado al blanco, pero al

DANIEL LAINEZ

blanco de una blancura angélica; ha escogido una tela blanca y brillante, de esas de las que por lo general usan para las túnicas de los santos y de los querubines. Ha ido, por otra parte, dejando a un lado la iglesia y se ha vuelto quiromántica; tira las cartas los viernes, como una gitana vieja, prediciendo el porvenir de las personas, trabajo que no le impide confesarse el sábado y comulgar el domingo.

En los velorios de los cadáveres de personas de alguna significación, Roma no falta; encaramada en una silla, pronuncia el responso lírico, encomiando las virtudes del difunto, —si carece de ellas se las inventa—, responso que después manda a imprimir para su venta, teniendo sus principales clientes en la familia y amistades del desaparecido.

Roma se ha sentido Reina en varios torneos: desde el gentil torneo de belleza, hasta el muy noble de la laboriosidad; el último concurso que se le escapó de las manos fué el de “Miss Comercio 1948”, efectuado en esta Capital. Afirmaba Angelinita Candia —pues así se llama esta lírica incorregible— que ella era la única que podía empuñar el cetro de dicho reinado, y entre las razones más poderosas que exponía era que ella poseía un pequeño negocio en su casa de habitación del barrio La Plazuela, y además que ella nunca había vivido de un empleo público, como muchas de las pretendientes, —agregaba Roma con una sonrisita maliciosa....

El torneo pasó, y Roma, con los labios y las mejillas pintarrajeadas de achote y empolvada como un payaso de feria, y con el mechero de un rubio sucio brotándole rebelde debajo del gorro, con su sombrilla y su valijín desteñido, Roma protestó a grito pelado por todas las calles: ¡No! ¡La única Miss Comercio soy yo! ¡Yo! ¡Las demás son unas impostoras malditas....!

Pero después ha venido la calma, y la pobre Reina destronada se ha ido resignando poco a poco, y ha vuelto a sus andanzas por nuestras calles como si el cetro que ayer se le escapara de las manos fuera una simple ramita de zacatustle....

PANQUEQUE

PANQUEQUE tiene una carita renegrada de buñuelo y un cuerpecito de *poney*. Es una de las figuras más pintorescas de nuestra Capital, tan pródiga en especímenes de esta naturaleza. Parece haber sido escapada de un viejo retablo de fantoches, en donde ella, con su aire de gran señora, hiciera el papel de Dueña.

Panqueque, pintarrajeada de achote y más empolvada que una rata de panadería, parece que siempre está de fiesta. Su indumentaria es vistosa y estrafalaria. Toda la indumentaria puesta fuera de combate en las casas grandes de nuestra sociedad, va a dar, infaliblemente, a manos de la vanidosa Panqueque: chinelas de colores, carteras, sombreros, aretes, peinetas, pulseras, todo lo que puede dar realce a su menudita persona, pasa a su poder, valiéndose yo no sé de qué poder adquisitivo.

Panqueque, en días de fiesta, se da tonos de una gran dama encoquetada. Siempre tiene a mano un vestido del color de los zapatos y de la deshilachada cartera, y con un sombrero lamentablemente deteriorado, recorre nuestras principales calles, poniendo una nota de color en el espíritu de las buenas gentes de esta ciudad; eso sí, no se despega del brazo un anafe, o una cesta de cinchos, dispuesta a vender por buen precio al primero que encuentra por delante.

Esa es su profesión, hacer anafes, y muy orgullosa se siente de su oficio, ya que de esta manera se gana cierta independendencia, pues si se ha entregado a los brazos de algún hombre ha sido por puro amor, nunca por la necesidad de conseguir una vil moneda.

Entre la lista de sus amantes cuenta Panqueque gente distinguida, —según narra ella a todo el que tiene la peregrina ocurrencia de oírla—,

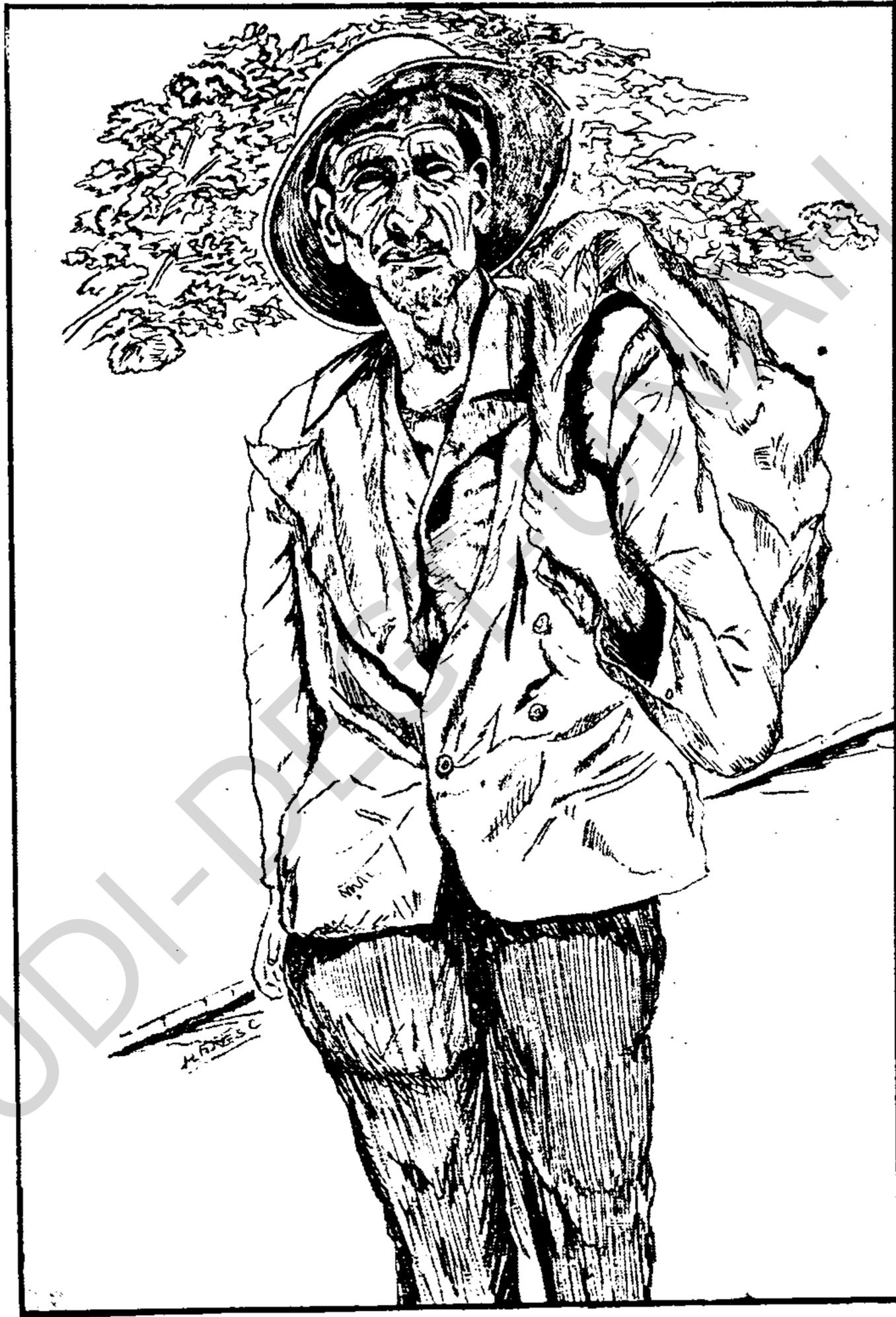
DANIEL LAINEZ

a tal grado llega la depravación del hombre, porque si es bien cierto que Panqueque se cuida mucho de echarse encima del cuerpo cualquier prenda que le pone Dios a mano para realzar su belleza, también es positivo que le tiene un horror tremendo al agua; eso se mira a la legua en lo renegrado de su cutis.

Los anafes de Panqueque, por otra parte, son de excelente calidad, parece que esa es su especialidad; también construye canastas para sembrar flores y toda clase de objetos de cincho.

Como toda una dama refinada, Panqueque se toma de tarde en tarde su copita; y es de oírla entonces haciendo un nudito su negra carita de níspero, con los brazos en jarra, relatar sus frecuentes aventuras con profesionales que ocupan altos puestos públicos, o con sujetos más o menos preparados, que por una u otra razón, han venido a menos.

¡Pobre Panqueque! El único beso sincero que recibirá en la vida, será el frío y silencioso de la muerte....



GALLO

SU nombre de pila ha quedado perdido en los apolillados infolios de un archivo municipal aldeano; además, no lo necesita: Gallo es Gallo, simple y llanamente.

Enjunto de cuerpo, ganchuda nariz de bruja y sarmentosas manos, este extraño personaje nos hace evocar la escuálida figura de Don Alonso Quijano el Bueno. Don Miguel si lo encontrara, le diría lleno de conmiseración:

—¡Hijo mío! ¿Qué has hecho? Dime, por piedad, ¿qué has hecho? Tú, el caballero, el muy hidalgo y noble señor de la Mancha, el protector de la sin par Princesa Micomicoma, ¿convertido en un ruin mecapalero? ¿En dónde está Rocinante? ¿Qué fué de tu adarga y de tu escudo y qué de tu hermosa Dulcinea? Que te haya vencido el ruin de Sansón Carrasco no quiere decir que te echés por la calle de enmedio. Todavía hay tiempo: medita, rectifica, ¡en nombre de Aldonsa Lorenzo, Reina del Toboso, y de la muy noble flor de la Caballería Andante!

Y Gallo, el infatigable Gallo, con una fría mirada de desdén y con su enorme momotombo de objetos inútiles y trapos viejos, proseguiría su marcha, su interminable marcha de extremo a extremo de la ciudad, jadeante, sudoroso, pero jamás rendido. Dentro de su pobre pellejo, retostado por nuestros candentes soles tropicales, pareciera llevar una recia armazón de acero, tal es la resistencia de este infatigable loquito.

¿Qué romería absurda o qué pecado atávico estará pagando este raro demente?

Siente sed de lejanías; el horizonte parece ejercer cierta atracción sobre su espíritu nómada; quisiera atrapar con sus pupilas el paisaje;

DANIEL LAINEZ

lleva una extraña inquietud en las piernas; algo que lo impele hacia adelante...., y anda...., anda...., anda....

El descanso le cansa, la comodidad le incomoda; puede llevar una vida regalada en el Hospital, que por varias veces le ha abierto sus puertas siempre acogedoras....

¡Y ha renunciado!

No está en él: hay una llama de inquietud secreta que lo impele a la aventura, al azar; el pobre Gallo no gusta de la paz hogareña, ni del yantar seguro: todo lo confía a la casualidad....! ¡Y pensar que hay quienes aseguran que la vieja casta de la bohemia ha desaparecido por completo, y que únicamente se encuentra en las anticuadas novelas de Murgue!

(¡Descubríos, batallón de cuerdos, que va pasando un loco! Vedlo: lleva sobre las espaldas un enorme fardo de basura; parece querernos dar una ligera lección de filosofía: todo lo que cargamos los humanos no es más que basura...., basura, purita basura. ¡Gracias, buen Gallo, mil gracias por tu filosófico gesto!)

Cuéntanme que cierto día un sér caritativo, por aliviarlo del peso abrumador de su agobiante carga, le escondió un enorme bulto compuesto de latas vacías y trapos sucios. El desventurado puso el grito en el cielo: le habían robado un tesoro, un inmenso tesoro.... ¡Ese día retrasó su marcha reponiendo en el basurero su valiosa pérdida!

¡Pobre Gallo!

¡Qué espíritu de zingaro de una tribu desaparecida ha muchos siglos habrá tomado forma en ese cuerpo atormentado?

El alma atormentada de Halliburton o Pierre Loti, el de los infatigables viajes por los desiertos orientales, ¿habrá reencarnado en el cuerpo de este pobre y miserable loco?

¿O será el Judío Errante en persona, aquel desventurado Samuel Belibeth, quien, siguiendo el imperioso grito de una voz secreta que le ordenaba: ¡Anda!, pone una nota desconcertante y trágica en el alma de esta ciudad llena de sol y polvo?

¡Quién sabe!

Gallo: cuando un día —ese día fatal que todos tenemos por delante— andando por las calles te encuentres con la desnarigada con su guadaña al hombro, Dios te reciba en el Reino de los Cielos con tu enorme momotombo de cachivaches viejos, porque de otro modo te resistirías a entrar....

Tan acostumbrado te encuentras con tu fatigosa vida que el descanso te abrumaría de cansancio; tus espaldas se encorvarían sin ese espantoso peso, y tu rugosa piel, curtida por el sol y azotada por las lluvias y el viento, se apergaminaría sin el sudor de sus poros abiertos.

¡Así sea!



PAULITA

ESTA pobre demente parecía haberse escapado de una de las tantas maravillosas páginas de Juan José de Soiza Reilly.

Su locura era extraña. Miento, era divina y santa: un entrañable amor por los perros. . . .

Pero no creáis, por ningún punto, que amaba a los perros aristócratas, a esos perritos de salón que duermen la siesta sobre la fina y perfumada falda de la niña histérica y mimada que reposa en el mullido lecho de la opulenta alcoba.

¡No!

La dulce y andrajosa Paulita amaba a los perros; pero a los perros sin dueño; a esos perros vagabundos y sarnosos que tanto abundan en nuestros pueblos; perros del hampa; perros que husmean en los toneles de la basura en busca de un descarnado hueso para hincarle los colmillos; perros humildes y tristes que no atacan ni muerden por su lamentable condición de desheredados de la fortuna. Perros que solamente ladran. . . ., ladran con ladridos tristes y crueles. . . ., y eso únicamente al filo de la media noche, de esas noches embrujadas de lunas fantásticas. . . .; y tienen razón: a esa hora no encuentran nunca una cocina abierta en donde colarse —sorteando los puntapiés de la implacable HIJA DE CASA— para agenciarse una tortilla dura que engañe el vacío morral de su estómago.

Evoco a Paulita deambulando por las calles de esta Tegucigalpa legendaria, seguida por su estado mayor de lamentables canes, vagabundos y hambrientos, ¡tan lamentables y sarnosos como ella misma!

Iba, invariablemente, platicando sola, con sus negros y melancólicos ojos cargados de misterio; tendía la mano suplicante al transeunte,

DANIEL LAINEZ

recogía la limosna y proseguía su camino, siempre charlando a solas y seguida de su fiel batallón canino, cada vez más numeroso y lamentable, con la frente ceñida por un mugriento pañuelo; su singular cabeza huérfana de pelos —la que relucía al sol como un coco en verano— y sus dos huacalitos debajo del brazo; uno en donde recogía los trapos sucios y los papeles viejos que iba encontrando al paso, y el otro —pequeñito y renegrido—, en donde le servían en el estanco el infalible traguito de aguardiente, el que saboreaba con un placer rayano en lo inverosímil. Al llegar al rastro los perros la rodeaban, moviendo la cola, como un anticipo de agradecimiento; le pedía la ración al carnicero y la distribuía como madre amorosa, equitativamente, entre todos ellos.

Después bajaba al río; encendía una hoguera con las astillas, trapos sucios y papeles viejos que recogía, y a la piadosa sombra de un amate se sentaba a descansar y a discurrir con ellos. Los trataba como a niños juguetones y traviosos, y después de acariciarlos amorosamente, les narraba yo no sé qué historias sombrías, dolorosamente humanas, que ellos escuchaban en el más profundo de los silencios....

¿Dije que tomaba? Bueno, ahora comprendo: quería olvidar su propia historia; sus luchas; su vida de mujer trabajadora, llena de ilusiones y esperanzas; y ante todo y sobre todo, su calvicie....

¡Oh, su calvicie, causa primordial de su demencia! Y recordaba...., y recordaba y no podía callar....; y eran sus palabras tristes, tan tristes y dolorosas como los ojos de sus famélicos perros.... La pobre Paulita narraba a los canes la verdadera y dolorosa historia de su vida....

(Cárcel y azotes...., y para colmo de infamias, la despojaron despiadadamente de sus largas y negras trenzas. ¿La causa? ¡Una simpleza! ¡El machetón ignaro, producto de las montoneras sangrientas. Eso y nada más!)

Cuando ya iba obscurecido emprendía el regreso a su pobre ranchita sin techo y sin puertas, siempre seguida de su estado mayor canino.

* * *

Murió Paulita en una celda del Manicomio. Murió como una perra.... ¡Alejada de sus perros! Dolorosa muerte fué la suya....

Me imagino en mis noches de meditación y de vigilia que la plegaria que elevaron a Dios tus hijitos los perros, esos perros sarnosos y vagabundos a quienes tanto amaste, por el descanso de tu alma, divina Paulita, fué un largo, un angustioso, un terrible y fantástico aullido lanzado en la media noche de desolación y de angustia de sus pobres almas huérfanas....

¡Que Dios lo haya oído....! ¡Es muy justo!



JUANITA

¿QUE no hay quién enloquezca de amor en este siglo de jazz-band y cine parlante? ¿Que el romanticismo se ha quedado perdido —como una cosa inútil y dañina— en un oscuro recodo del siglo pasado? Admitido; pero hay sus excepciones. Todavía existen almas simples y espíritus vírgenes....; por ejemplo....

Yo conocí a una india que enloqueció de amor.... No sonriáis despectivamente, que se trata de una historia dolorosa. Yo, al menos, así la considero.

Cierta clara mañana de abril, en las calles de esta antañona ciudad de consejas y leyendas inverosímiles, apareció una india con la razón extraviada. Llevaba un rojo clavel en la mano y bailaba presa de un júbilo inusitado. Pronto se hizo familiar entre nosotros, y desde entonces empezó a narrar su historia.... ¡Oh, su historia! ¡Quién podía creer que aquella pobre indita tuviera historia...., que bajo de aquellos harapos inmundos se desangrara, lenta y dolorosamente, un corazón desgarrado....!

—¡Se llamaba Eulogio!

Y pronto se detiene mirando a un apuesto mozalbete que cruza la calle.

—Sí, era como ése; como ese caballero era Eulogio: tan galán, tan apuesto y perfumado...., lo van a ver ustedes; cualquier día viene... ¡No me olvida nunca!

Y señalaba con el índice de su regordeta mano a los caballeros que iban pasando, pasando indiferentemente, sin ver que muy cerca,

DANIEL LAINEZ

muy cerquita de ellos, palpitaba latente la llaga de un amor, de un gran amor, de un amor que no han podido ahogar las lágrimas....

Y narraba, y seguía narrando los más bellos momentos de su vida, haciendo confidente de sus amores a todo ser compasivo que quería detener su paso para escucharle. Cuando los contaba parecía quitarse un enorme peso de sus espaldas; le brillaban los ojos de un placer inexplicable, y se alejaba saltando y bailando, para volver a detenerse a unas varas más y renovar su íntimo, su inefable gozo....

He aquí la historia:

Eulogio se fué para la Costa Norte —Eldorado por aquellos benditos tiempos— en busca de oro. Había escuchado tantas leyendas de esta tierra fabulosa que no pudo resistir la tentación. Y se fué.... Se fué dejando a su Juana ilusionada; regresaría rico, se casarían; tendrían muchos hijos y vivirían felices en un ranchito blanco y solariego...., allá lejos...., en el fondo azul de la montaña.

El misterio se tragó al soñador....

Eulogio, con su machete al hombro y su carga de ilusiones, se perdió para siempre en la intrincada espesura de los bananales norteños, en donde el zancudo y el barba amarilla hacen su agosto en las carnes prietas de la peonada desnuda y hambrienta.

Y ella —fiel y cariñosa— siguió esperando con la creencia de que algún día regresara con las bolsas llenas y el corazón henchido de amor y de ternura. Tuvo fe, fe ciega e inquebrantable, en que su prometido, su querido Eulogio, causa de sus desvelos, cumpliría su palabra. Y así, dando saltos de contento con un clavel en la diestra, iba narrando a quienes querían escucharla, la blanca historia de sus amores....

¡Pobre muchacha!

* * *

No he vuelto a ver a la loquita, a la ingenua muchacha que enloqueció de amor.

Quizá regresó a su pueblo, temerosa de que su Eulogio hiciera su retorno —cargado de oro y sedas— y no la encontrara en él; o quizá la Muerte —más piadosa aún— en una de esas noches enjovadas de estrellas, entró en puntillas hasta su rústico tapexco, y en nombre del amado, con sus descarnadas manos, le cerró los ojos para siempre....



GOYITO

PASAN los años en raudo tropel sin tocar a este simpático muchacho, quien, en su inofensiva demencia, parece haber encontrado la fuente de la eterna juventud, sueño dorado del conquistador Juan Ponce de León.

—¡Cámara!

Y el simpático Goyito nos tiende su mano, una mano todo entusiasmo y cordialidad, y nos brinda su sonrisa, sonrisa singular la suya: sin dientes y sin ojos; sin dientes, porque las encías ha mucho tiempo quedaron huérfanas de ellos, y los segundos, porque los cierra, sin duda queriendo atrapar de una vez para siempre las imágenes que capta. Y la conversación se va desenvolviendo de una manera sencilla y espontánea.

Goyito es todo en nuestra capital: Comandante en Jefe de las Fuerzas Aéreas; Diputado por las minorías de Occidente; don Juan irresistible y contrabandista de aguardiente; gran político y poligloto, como también policía de tráfico aéreo.... Con frecuencia lo sorprendemos dándole vía a los aviones que surcan nuestro cielo....

—¿Qué dice Mr. Roosevelt, Cámara? ¿No sabe Ud. qué piensan hacer con los japonesitos?

—Ahí está el camaradita Roosevelt, Cámara; ya hizo popcicles en su refrigeradora los fondos de los japonesitos...., son muy traicioneros, Cámara; no hay que confiarse de ellos; hay que pelarles el ojo, como dicen los muchachos; pero lo que es con nosotros no van a pegar ni un brinco: allí tenemos El Vigía, allí nomasito en Amapala; déjelos que se acerquen; déjelos estar un poquito. Ahorita les estamos dando la papa....; pero ya les vamos a parar la mano, ¡se lo aseguro....! Son unos bandidos que no respetan *pautos*.

DANIEL LAINEZ

—¿Y Hitler, qué dice, Cámara? ¿Qué piensa de las palizas que le estamos propinando?

—¡Cállese, Cámara! No me hable de ese loco. ¿No había notado Ud. que le estaba fallando el tercer piso? Figúrese usted: ponerse de General en Jefe de los Ejércitos Nazis sin tener nociones de lo que significa eso; porque Hitler no es ni General ni Estratega, según me han asegurado. Pero lo que es Timochenko no le perdona sus locuras; con ese hombrecito sí que ha hechado cuatro, lo mismo que MUSSOLINI....

—Pero dicen que don Benito es muy valiente, Cámara; además dicen....

—¡Cállese, Cámara! ¡Cállese por favor....! Y el plácido Goyito sale disparado sonriendo y gesticulando palabras incoherentes, mientras nosotros nos preguntamos:

—¿Pero.... qué culpa tuvo el Cámara Goyito de haber nacido con esa eterna sonrisa estereotipada a flor de labios y esa su alma grande y diáfana, siempre abierta —para todas las inquietudes de la vida— como la inmarcesible rosa de los vientos?

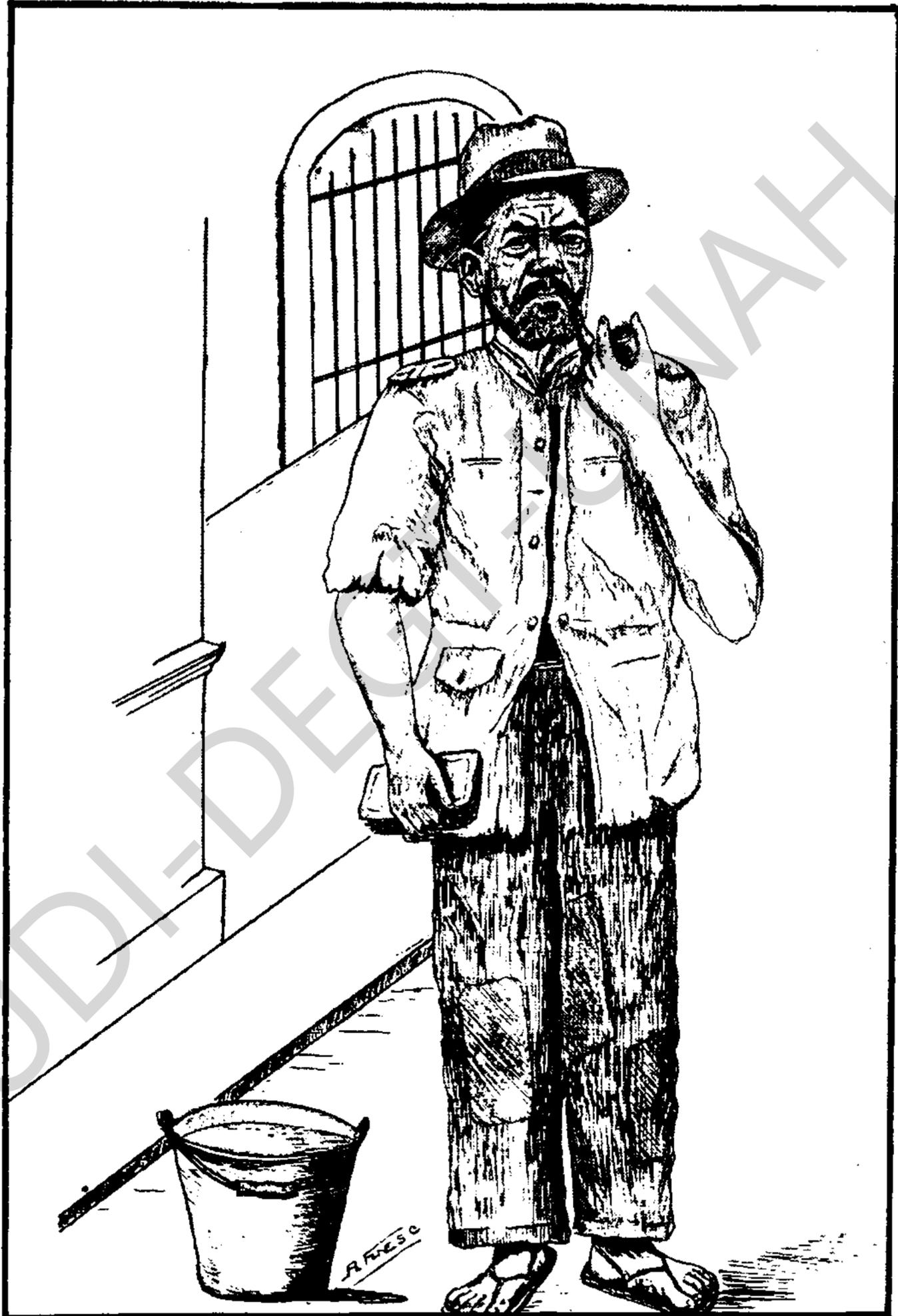
—¿Quién puede culpar esa su alma volandera y ese su noble espíritu de pájaro errabundo?

Emotivo y servicial, Goyito es para todo y para todos. Su alma nunca ha sabido del rencor y de la cizaña; vive y con la vida le basta; es un niño enfundado en una recia armazón de hombre.

Camina siempre a la carrera, como en busca de algo, de algo que se le ha perdido en la ciudad y que quizá no llegue a encontrar nunca....

* * *

Cámara: ojalá Dios nunca tenga la ocurrencia de devolverte la razón, esa razón sin razón de tanto cuerdo que ambula por nuestras calles.... Sería doloroso, Goyito. Te volverías pedante, necio y torpe. Te preguntarían tantas cosas estas gentes que, como “El Licenciado Vidriera” del inmortal Cervantes, no te quedaría más remedio que llorar a solas y en silencio tu propia desventura....



TOYANO

TOYANO, con su renegrada cachimba encendida entre los labios fuertemente sahumados de nicotina, sentado apaciblemente en un rincón del Asilo de Indigentes, parece un viejo lobo de mar. Viste unos pantalones de casimir que antes fueron azules y una deshilachada casaca de militar. Viéndolo bien, más que de lobo da la impresión de un viejo militar jubilado.

En medio de una barahunda de cacharros y de trapos viejos, Toyano, en una libreta pasconeada por el comején, traza difícilísimos signos de una álgebra completamente absurda; otras veces describe curvas que van a perderse hasta donde le alcanza el papel, como si tratara de trazar una ruta que lo llevara por sendas desconocidas hasta encontrar la tierra de Eldorado, sin saber el pobre que Eldorado se encuentra en un rincón obscuro de su propio cerebro.

Pero al fin, quizá cansado de sus largos y cómodos viajes, cierra su cuaderno de bitácora, y se pone a cantar siguiendo las espirales de su vieja pipa. Yo me aproximo a él, y disimuladamente, le deslizo una ficha entre sus manos atléticas.

—Para que compres algo —le digo por lo bajo.

Y Toyano, abriendo unos ojazos ya casi apagados de tanto ver lejanías y caminos zigzagueantes que pugnan por saltar sobre los muros del triste Asilo, en donde él, después de un sinnúmero de años se ha especializado en la vagabundería teórica, me responde:

—Gracias, hijito. No olvidando el comer y el fumar....

—Y el cantar, mi buen Toyano, —le respondo.

DANIEL LAINEZ

Y el apacible loco principia a solfear en voz baja, primero; después la va subiendo poco a poco hasta terminar en una nota casi de barítono:

“Do, la, re, si, la, re, re;
re, la, si, la, do, do....
mi, la, re, la, fa, fa;
la, la, re, la, mi, mi....”

Y con sus pies encaitados va llevando el compás de su extraña sinfonía, la que solamente interrumpe para aspirar voluptuosamente una densa bocanada de humo, para proseguir el solfeo:

“Do, la, si, la, re, mi, mi;
mi, re, la, si, fa, do, do;
do, fa, si, la, re, mi, miiiiii;
mi, la, re, la, do, fa, fa.”

Después, dejando el solfeo, entona una canción popular; pero el original Toyano se cree en la obligación de ir explicando a su público el significado de la letra de sus canciones. Canta, por ejemplo, “Una Noche Serena y Oscura”, y al llegar al punto en donde la hembra rechaza las pretensiones del Casanova pueblerino, y le dice:

“Soy casado y amarte no puedo,
porque así lo dispuso la ley....”

Eso quiere decir —explica el buen Toyano interrumpiendo su canción— que cuando él regresó ella se encontraba casada, por lo cual no la podía seguir amando, por el respeto a la ley; pero siempre “no olvidando el comer y el fumar”...., y me tiende su mano renegrida en demanda de un nuevo fichón.



PEDRITO

PEDRITO QUESADILLA era delgado como un espagueti y mal hablado como una lora de arriero. De modales afeminados; andaba con pasitos cortos y menuditos, como una colegiala traviesa, imprimiéndole a las caderas gráciles movimientos de felino en celo. Bajo y fino; nariz ganchuda y delgado cuello largo como el de un ajoquín, en el que ostentaba —único signo de su virilidad— una saliente y aguda manzana.

Para Pedrito no tenía secretos la vida de la vecindad. Fué el primer periódico hablado con que contó el apasible pueblo de Comayagüela: estaba al tanto de los divorcios y de los motivos de ellos; de los casamientos por conveniencia, y hasta llevaba en su pobre magín un registro demográfico de los hijos mal logrados y de los no reconocidos o de paternidad dudosa, por ligereza de cascos de las niñas mimadas y antojadizas.

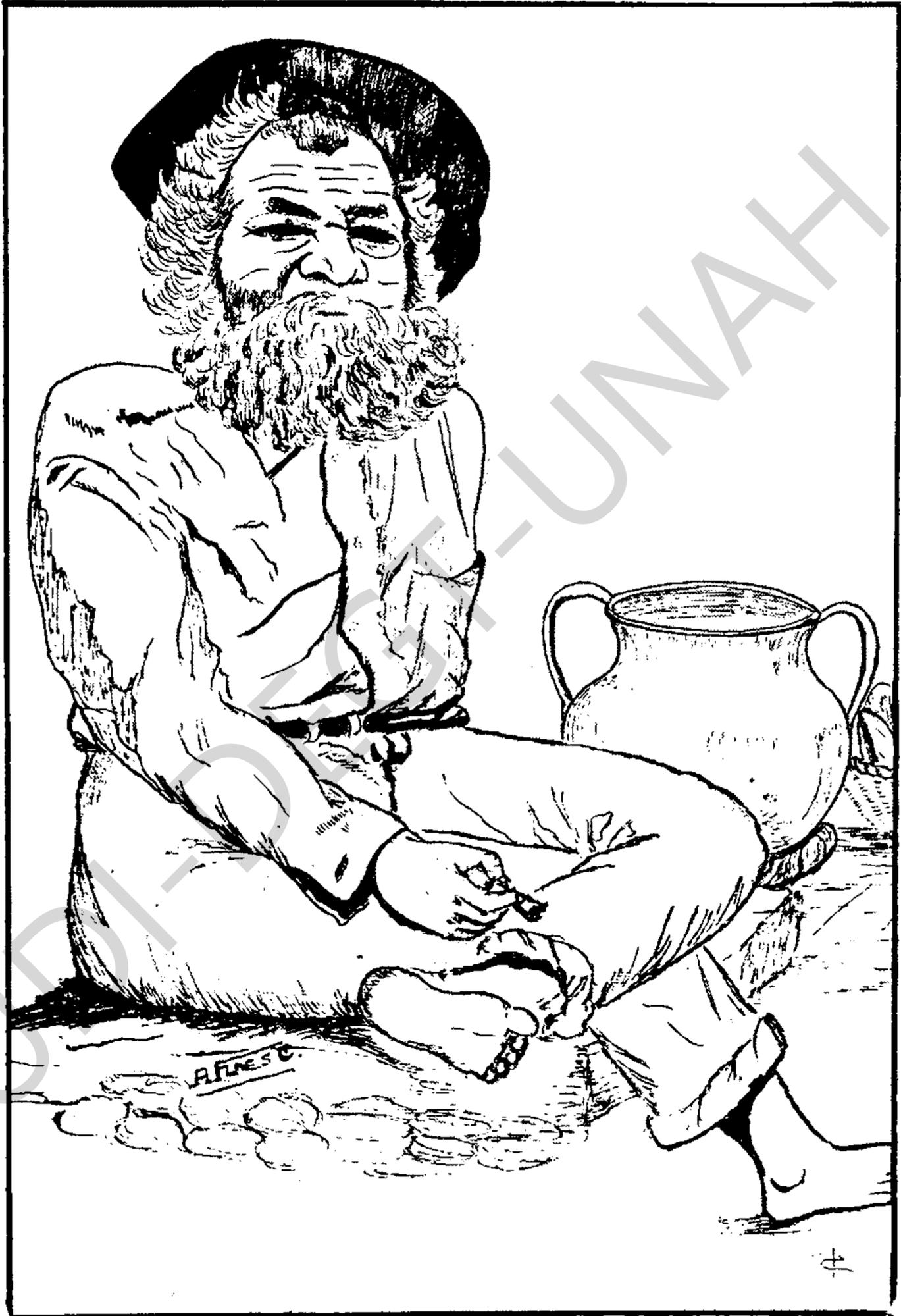
Pedrito era el dedo acusador de su pueblo; trituraba honras como trituraba cacahuets con su recia dentadura. En tiempos de la bíblica Herodías hubiera rodado su cabeza en la bandeja dorada de la cruel Salomé. Y sin embargo, Pedrito era querido; no, digo mal: era temido. En todos los hogares encontraba café fuerte y pan moreno. Solamente así su lengua viperina dejaba de lamer, con supremo deleite, la llaga purulenta de la sociedad en donde había tenido la desgracia de nacer, pues para él nunca dejó de ser una desgracia el haber nacido en Comayagüela.

Recorría las calles como un cohete llevando una nueva, por lo general funesta, de uno a otro extremo de la ciudad. Sabía el día del cumpleaños de la fulana y el humilde regalo que había recibido de su amante o de su novio, pues se enteraba hasta qué punto habían las mu-

DANIEL LAINEZ

jeros prodigado sus favores. En todas sus palabras ponía un intención maligna. Sus fuentes de información eran, por lo general, las barberías y los mercados públicos; pero en honor a la verdad, diremos que era él quien surtía dichas fuentes, con informaciones mañaneras recogidas en sus rápidas andanzas por las calles, pues era madrugador como un pájaro. Nadie como él conocía el Comayagüela íntimo, el Comayagüela por dentro. Si se le hubiera pedido un croquis de la ciudad, Pedrito lo hubiera trazado con los ojos cerrados y de un solo tirón, como quien describe su propia casa; y es que eso era Comayagüela para él: su hogar, su casa, su familia, su patria. Todas sus vagabunderías se circunscribieron a la Real Villa de Concepción. Pedrito Quesadilla nació, creció y envejeció en Comayagüela. El mismo se trazó un límite, que respetó hasta el último momento de su vida: el Puente Mallol. De allí no pasó nunca. Tegucigalpa fué para él una ciudad extraña. Sus gentes, desconocidas. En ella, Pedrito se hubiera perdido lo mismo que un abisinio en la Quinta Avenida de Nueva York. Pero Tegucigalpa sí lo conoció y hasta creo que se felicitó de no contarle entre sus pacíficos habitantes.

Su flaqueza fueron los pies desnudos. Dios haya acogido los suyos en el seno de los cielos.



PALOMITO

PALOMITO, con una quimona floreada y un ligero rasgamiento en los ojos, bien hubiera pasado por un viejo mandarín chino, tal era el porte, la fisonomía y hasta el andado del dulce Palomito. Cuando abrí los ojos a la vida lo encontré en todas las calles con una enorme olla de atole en la cabeza, la que estaba asentada sobre un recio cuello de toro. Lo custodiaba una viejecita que lo había recogido de la calle al morir su madre, y él, en recompensa, le prestaba servicios de acémila cargándole el sabroso artículo desde la casa hasta el mercado más próximo. Y fué de los labios de la buena anciana que escuché, en una mañana gris de invierno, cuando el azar nos juntara a pasar el agua bajo el alero de un caserón colonial, la tremenda historia que pesara sobre las robustas espaldas del dulce Palomito.

Héla aquí:

Hijo único de una inofensiva demente llamada Juanita, y como único, mimado; nadie la oyó llamarle por su nombre, pues el niño tenía nombre: se llamaba Eduardo; y hay más todavía; tenía apellido: Durón. Sí, Eduardo Durón, lo que viene a probar que en la Corporación Municipal de cualquier pueblo del interior, bien pudo ser Vocal, Regidor y hasta Alcalde, pues el nombre con su correspondiente apelativo, no sonaba del todo mal. Pero —aquí llegó ya el pero que nunca falta donde menos se espera— para la inofensiva y casi graciosa loquita, aquel mocetón robusto no era otra cosa que su querido Palomito. Para su Palomito la tortilla más caliente y la carne más blanda; para su Palomito la sopa más sustanciosa, el pan más caliente y el café más fuerte; de allí su sólida constitución de atleta.

Todas las tardes, al ponerse el sol, Julianita abandonaba su vivienda, y en compañía de Eduardito recorría las principales calles de la Capital, en donde bailando y cantando se ganaban el sustento; eran bailes absurdos y canciones sin pies ni cabeza, lo que hacía de ellos una pareja interesante.

DANIEL LAINEZ

Pero un día . . . , y aquí viene la historia; un día digo, vino el servicio militar obligatorio; nadie quería hacer plaza por el exiguo salario que devengaban los soldados; se reclutó gente de todas las aldeas circunvecinas, y cuando el Gobernante no halló ya de quien echar mano se vió obligado a reclutar muchachos que pasaran de los diez y ocho años, en la propia capital; la madre del casto Palomito acabó de perder la cabeza; se imaginaba a su hijo, a su querido Palomito, con un Remington al hombro, los ojos sanguinolentos y las manos crispadas por el odio; cruzando zuampos con el agua hasta las rodillas, expuesto a las mordidas de las víboras y a las agudas picadas de los tábanos; descalzo y mal comido . . . ; degollando hermanos y violando niñas, sin Dios y sin ley. Y la buena loquita tomó esta resolución: ¡No irá!

Para llevar a cabo su firme resolución consiguió en el comercio un cajón de madera de regular tamaño, y abriéndole un agujero circular, en el patio de casa enjauló a su querido Palomito. Desde entonces, como la vida de Jesús en la Historia Sagrada, Palomito se pierde para el mundo. Pasan años y años y Eduardito sin boleta de defunción, no pertenece ya a la comunidad de La Plazuela; el barrio lo extraña los primeros días, y la buena Julianita no da ninguna razón de él, y así es va borrando de la retina del vecindario la ancha silueta de Eduardito Durón. Al cabo de veinticinco años, una vecina un tantito curiosa, por una casualidad da con la jaula; el raro pájaro no ha volado, es cierto, pero las barbas se le enrollan en las piernas; la buena señora da el grito de alarma y Palomito es libertado de aquella extraña y cruel prisión, ya convertido en un anciano.

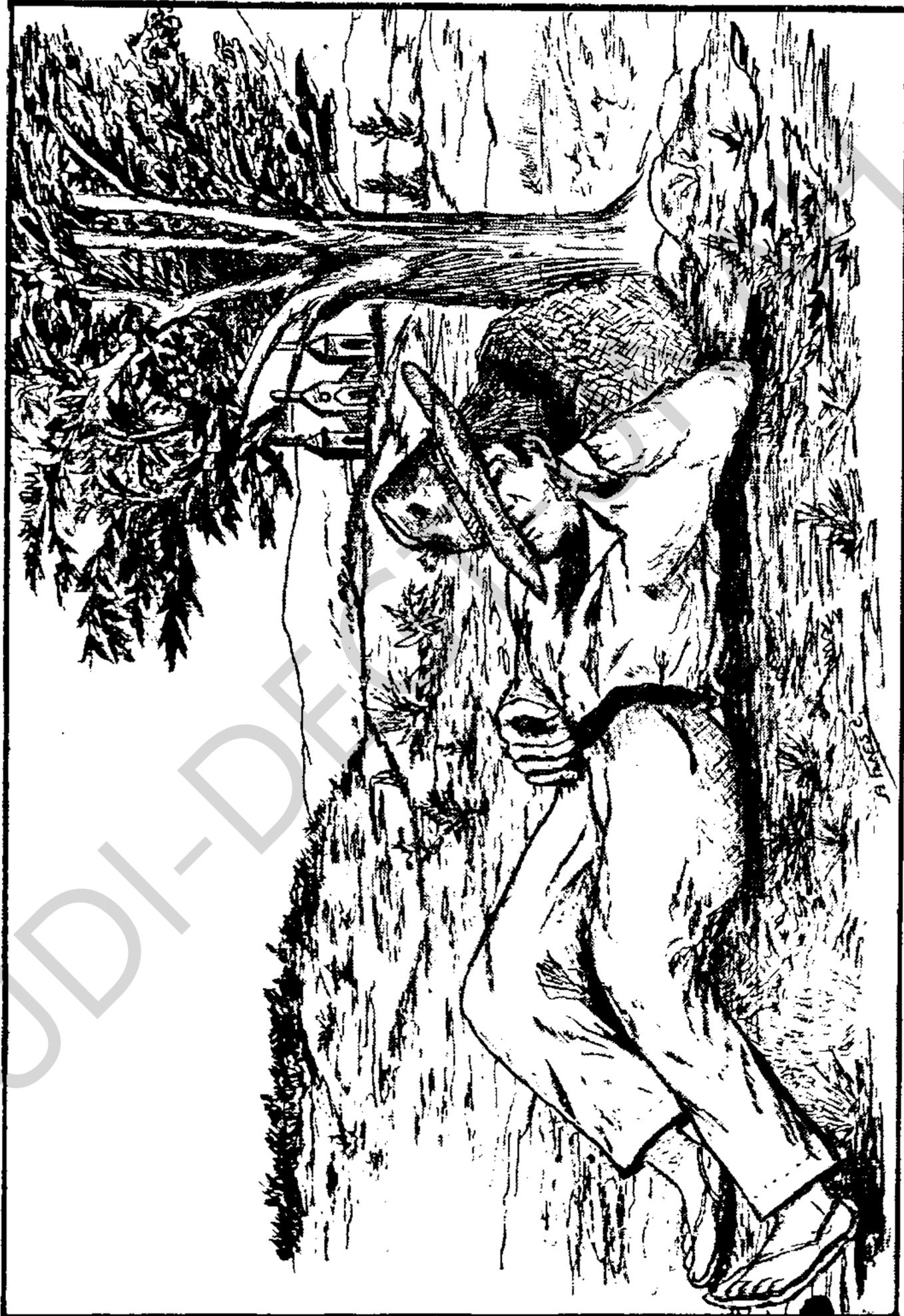
—Al morir su madre, lo recogí yo— me dice la ancianita con voz temblorosa.—Dios me ha de recompensar esta caridad.—El es cariñoso y obediente; además me ayuda en mis quehaceres . . .

Y es así cómo mi curiosidad de niño quedó satisfecha, en aquella fría mañana de invierno. Ha cesado el agua, y despidiéndome de la caritativa anciana, con mis pies descalzos me encamino a mi casa, chapealeando agua en las correntadas que se deslizan por las calles fangosas, filosofando a mi manera, sobre la Vida, el Amor y la Muerte.

Murió la ancianita protectora de Palomo, y él quedó rodando en las calles con su dulzura habitual y sus enormes barbas victorhuiguianas . . . Y como una ironía del destino: vestido de soldado!

* * *

Hace poco más o menos un par de años que bajó a la tumba el dulce Palomito; bajó a la tumba por segunda vez, pues ya llevaba por delante veinticinco años de sepultura, es decir, una larga práctica para perfeccionarse de técnico difunto, por lo cual no debe sentir ningún disgusto en su quieta posición supina, allá en un rincón olvidado de nuestro Cementerio; y ojalá que al presentarse en la otra vida, a su querida Julianita, no lo haga con su indumentaria de milite, pues corre el riesgo la pobre de revivir de espanto . . .



EMETERION

EMETERION era alto como un pino y fuerte como un roble; sobre sus gigantescas espaldas podía cargar un toro; vivía en las cercanías de la aldea de Suyapa, y cuando desde su choza de bahareque, tendido en su humilde tapexco suspiraba por la hembra amada, sus apasionados suspiros repercutían en el barrio El Guanacaste. Para endulzar su pena, el buen Emeterión cantaba: era una extraña mezcla de Caruso y San Cristóbal; y para mayor tormento de las muchachas nuestras, diremos, en honor a la verdad, que el humilde, el andrajoso, el dulce y hambriento Emeterión que deambulaba por las calles tortuosas y callejones sin salida de esta ciudad de embrujo, fué el precursor del peliculero Jorge Negrete, porque mucho antes, pero muchísimo antes que él, ya el buen Emeterión echaba a volar sus canciones que hoy florecen en los labios del artista mexicano.

Oigámosle:

“Ya se secó el arbolito
donde dormía el pavo reale,
agora duerme en el suelo
como cualquier animale”.

Y la voz de Emeterión, fuerte, sonora, potente, después de golpear contra las sordidas paredes de las construcciones coloniales, se iba rebotando río abajo hasta perderse en el zigzagueante cañón del Río Grande....

Emeterión, a pesar de su recia constitución física, gustaba de no maltratarse mucho: bien pudo ser leñador en nuestras vírgenes montañas; las compañías fruteras de la Costa Norte hubieran utilizado sus brazos con buen rendimiento; como arriero difícilmente se hubiera podido encontrar otro, pues con sólo un grito hubiera movilizado todo un ejército de cuadrúpedos, por muy rebelde y remilgado que éste hubiera sido. Y sin embargo, Emeterión, con un gesto filosófico, con esa conformidad franciscana y ese despego de los bienes materiales, fundándolo en el viejo refrán popular de que «no hay que matarse porque otro viva», escogió el humilde trabajo de comerciante en pequeño.

No se hizo jardinero por falta de terreno en donde cultivar rosas y jazmines del cabo; tampoco se dedicó a coleccionar mariposas por falta

DANIEL LAINEZ

de conocimientos científicos y por la tosquedad de sus manazas uzcludunescas; por eso se dedicó a comerciar con paste de montaña; muy de madrugada se encaminaba a La Montañita a recoger su mercancía para luego bajar a la ciudad a realizar su venta; el gran matate en sus gigantescas espaldas resultaba ridículo, tanto por su pequeñez en relación con sus hombros como por el exiguo peso del artículo de venta.

De un par de zancadas recorría las principales calles de la ciudad, y cuando se cansaba, fenómeno muy frecuente en él, pues en honor a la verdad era un tanto haragancito, tiraba su matate bien repleto de paste, el que le servía de almohada, a la sombra del primer alero que le salía al encuentro y allí se tumbaba —cuan largo era— a dormir la siesta. Al no más despertarse afinaba su garganta con un buen terrón de dulce negro, y principiaba el canto:

“Por la niña de este barrio
la cabeza me van a cortare....”

Un grupo de niños le hacía rueda, mientras el cantor bohemio, cada vez con más ardor, repasaba todos los tonos de su escala salvaje de notas agudas y de extrañas variaciones de doble pecho, que jamás músico alguno ha escrito, lo que prueba que Emeterión era compositor nato:

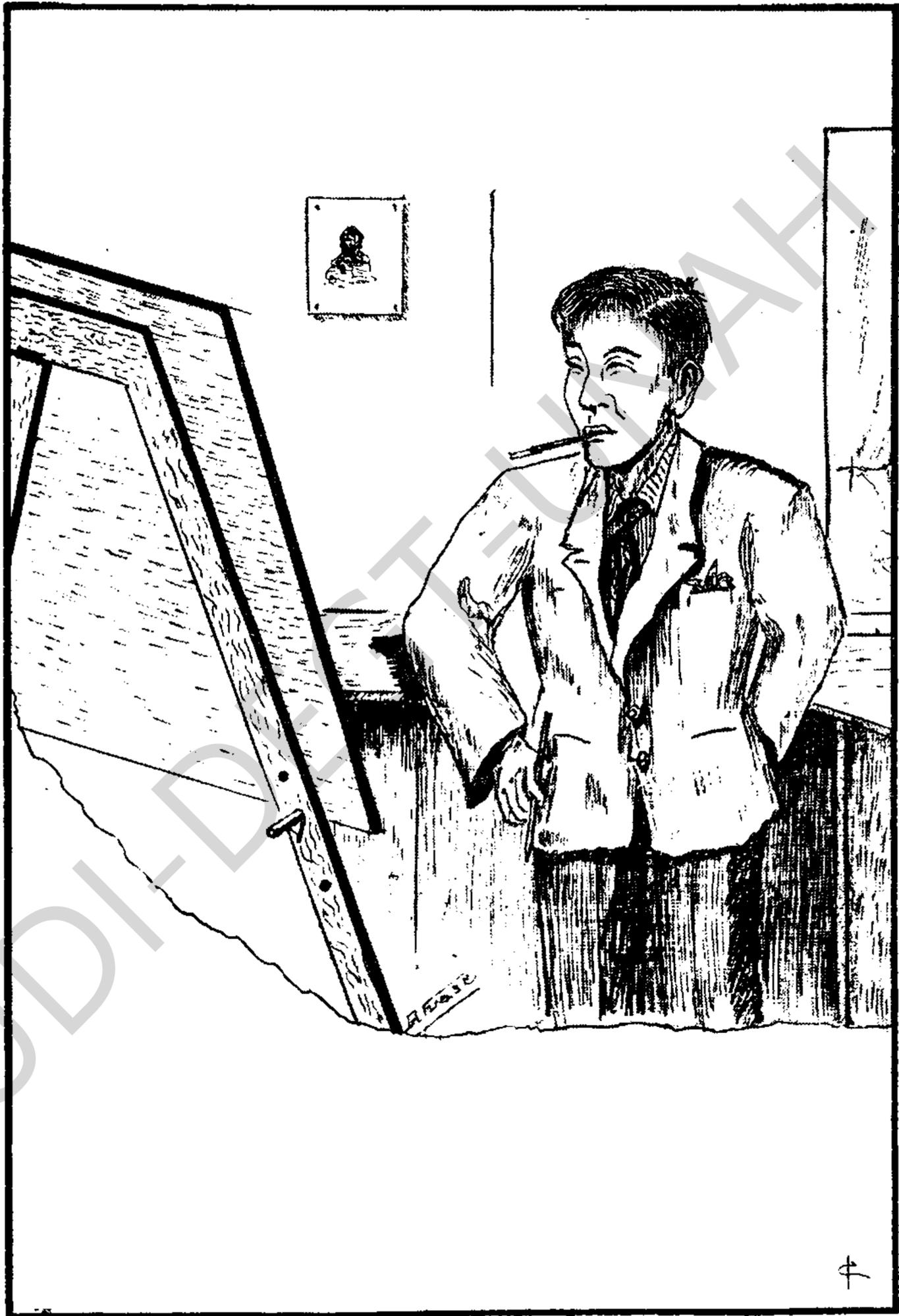
“yo le pido a mi Dios
que al no más morir mañana,
en tus bracitos me velen
y en tu corazón me entierren....”

Cuando se reía hacía la cara un nudo, mostrando una doble fila de recios y amarillos dientes, —sólidos pujaguantes—; haciendo retemblar las paredes del vecindario entero; muchas de ellas botaban la débil capa de cal con que habían sido blanqueadas, tal era el estrépito de sus redondas carcajadas, llenando de optimismo el ambiente pueblerino, este ambiente tan cargado de tedio, que tantas esperanzas ha succionado con sus tentáculos de pulpo....

Una mañana la vieja aldea de Suyapa amaneció más triste que de costumbre. Las cuatro piedras que servían de fogón en donde preparaba su humilde fritanga el dulce Emeterión, no daban señales de vida; la rústica champa de manaca en donde se entregaba al sueño reparador de sus pulmones de barítono de ópera bufa, permanecía en un silencio de claustro. Unos curiosos vecinos se asomaron a la puerta sin puertas, y un mocoso desnudo con la panza lampareada de manteca y barro, se aventuró hasta el tapexco en donde dormía Emeterión.

—¡Está muerto! —gritó el chigüin, llevándose las manos a la timba.

Todos los curiosos se santiguaron y se fueron a hacer sus oficios cotidianos; y a las cinco de la tarde, envuelto en un viejo petate, Emeterión caía, con todo el peso de su constitución atlética y salvaje, en una ancha y profunda fosa del cementerio aldeano....



JOSE CH. LEON

POBRE José Ch. León.

Dejaste tus tierras llenas de leyendas fantásticas. Sus maravillosas pagodas con jardines encantados, en donde, a la luz de la luna y en las ramas de los tilos florecidos, cantaba el ruiseñor sus sonatas de oro y plata.

Dejaste sus mujeres de rasgados ojos cargados de misterio y de piecitos propios para andar sobre alfombras de rosas; sus delicadas porcelanas convertidas —como por obra de magia— en finísimas tacitas en donde escanciabas por las tardes, a la luz de un crepúsculo sangriento, el infalible y aromático té que enardecía tu sangre generosa y buena.

Todo lo dejaste, trotamundos José Ch. León.

Saltaste —con tu espíritu aventurero— la Gran Muralla de tu país heroico; esa Muralla tantas veces teñida con la sangre de tus abuelos y hermanos. Te cercenaste las trenzas que jugueteaban graciosamente en tus escuálidas espaldas, y un buen día caíste, repentinamente, en esta Real Villa de San Miguel de Heredia.

Te ví pasar —por primera vez— asido al manubrio de una potente motocicleta. ¡Eras una centella! Luego pasaste otra, y otra, y otra vez... Y la hazaña se repitió un día, y otro día, y semanas que fueron formando meses. Me interesó tu motorizada actitud ante la vida, pálido y enfermizo José. Esa desenfrenada y frenética actitud debía de tener lógicamente un motivo justificado.

Mis pasiones son grandes como grande es mi curiosidad: soy capaz de sacrificar un cisne por romper el enigma, —casi infundado—, ya que nadie lo ha oído, de si en verdad el cisne canta al momento de morir. Y así fué como, cierta tarde no muy lejana, penetré resueltamente en los profundos arcanos de tu alma....

¡Pobre José!

Dejaste tu tierra lejana llena de leyendas, con sus maravillosas pagodas; sus mujeres de rasgados ojos llenos de misterio, y sus porcelanas convertidas por obra de magia en tacitas tan finas, tan delicadas, tan frágiles, que parecieran que se nos van a quebrar entre las manos.

DANIEL LAINEZ

Todo lo dejaste, trotamundos José Ch. León. Pero óyeme, incauto: se te olvidó dejar el corazón. . . . ¡Estabas enamorado!

Así como nuestros campeños en sus briosos corceles, en las plazas de nuestros pueblos y en tardes de feria, ejecutan caprichosas cabriolas delante de la hembra de sus ensueños, así también tú, humilde y romántico hijo del Celeste Imperio, pasabas como una centella, asido al manubrio de tu potente moto, frente a la casa de tu novia casta, novia que sólo existió como una vaga sombra en tu cerebro atormentado. . . .

Poco tiempo después —ahondando más en tu vida— supe que eras Artista. Sí, solamente a un Artista se le permite el lujo de cometer toda clase de extravagancias, para escándalo y befa de las mentes normales.

Visité tu pequeño taller. Cromos inconclusos y bocetos abandonados; acuarelas que quisieron salir de tus pinceles y que se quedaron emborronadas en tu policroma paleta, esa clásica paleta que más parece un remendado traje de payaso. Pero había en tu pequeño atelier algo serio: sobre grandes caballetes delicados lienzos; eran retratos de mujeres; ese era el único trabajo que tomabas con formalidad, ya que el pobre está condenado a vivir de la vanidad del rico.

La esperanza nos proporciona un amable modo de ir viviendo; con sus alas imperceptibles, ciegos a toda realidad latente, vamos salvando abismos y escalando montes; y cuando la esperanza muere, no nos queda otro camino que morir con ella.

Ni tus proezas de experto y audaz motociclista; ni el vuelo febril de tus pinceles tras el alma dormida de las cosas; ni tu humildad de esclavo rendido, fueron capaces de arrancarle ni una sola mirada, si ya no de ternura, de piedad siquiera, a la mujer que trastornara tu mente. . . .

Y te fuiste poniendo triste. . . ., triste y pálido. Y se fué marchitando tu entusiasmo y las fuerzas te faltaron. . . . ¡Había muerto tu esperanza!

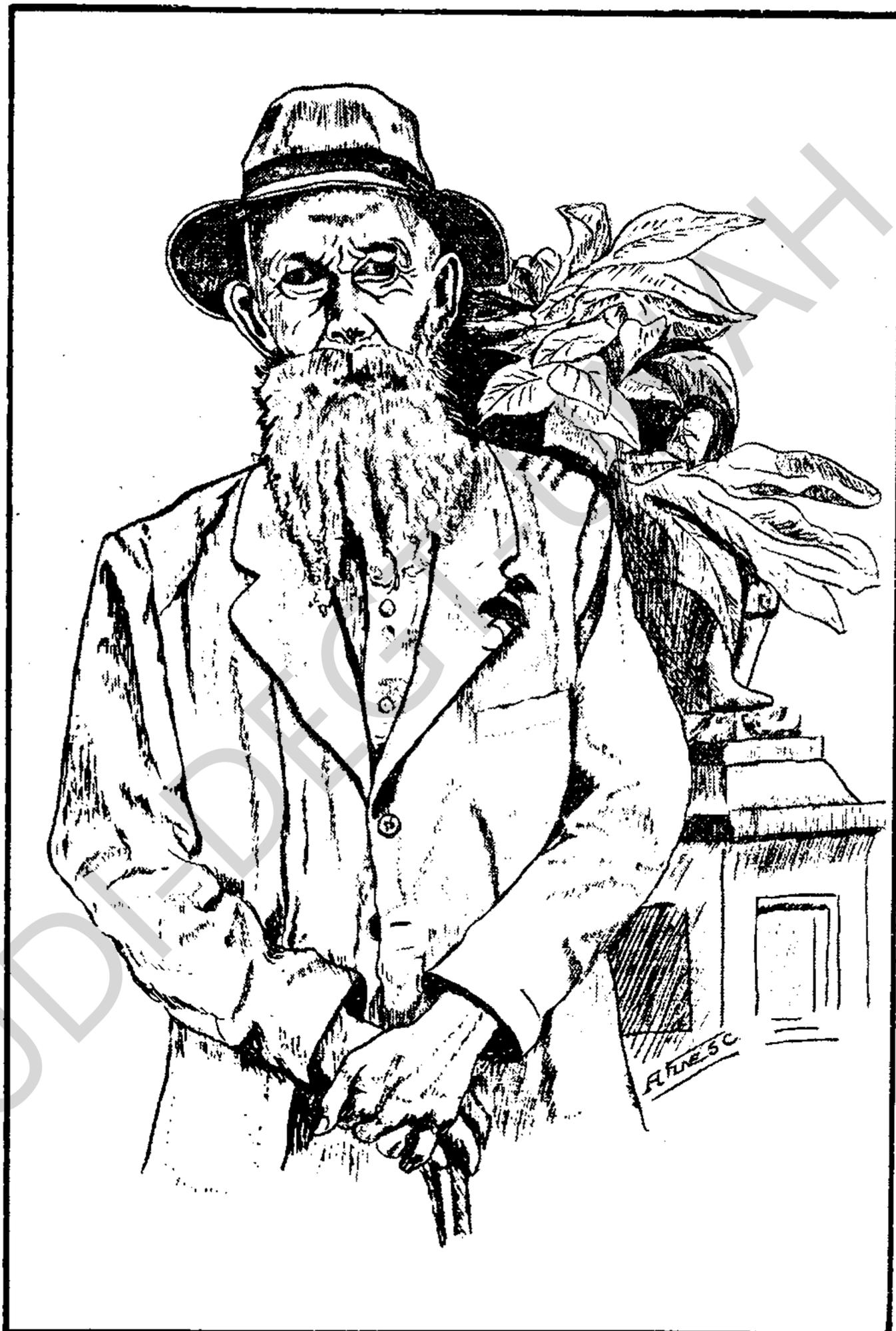
Y en este atardecer azul, un mensajero de ojos duros y semblante sombrío, indiferentemente, como si no hubiera pasado nada, me entrega la dolorosa noticia contenida en una enlutecida esquela. . . .

* * *

¡Descansa en paz! Porque fuiste bueno; tu sólo nombre lo dice: José, como el humilde y casto carpintero, padre del dulce Redentor del Mundo.

Ch, interjección de asco, de menosprecio por las cosas bajas, por lo terreno, por todo aquello que no se acoplaba a tu espíritu hecho para el vuelo. . . .

Y a pesar del León, de ese fiero León con que remataba tu nombre, eras inofensivo como una gotita de rocío, o como un rayito de luna que se filtrara entre el ramaje umbrío, para ir a caer perpendicularmente sobre las azules aguas de un lago adormecido por el céfiro. . . .



QUINCHO

UNA enorme disparada de perros aullantes como un heraldo diabólico nos anuncia la llegada de Quincho, el dulce viejecito de las barbas apostólicas. Y es que Quincho, a pesar de su bíblica figura, ha declarado guerra a muerte a la sufrida y fiel especie canina.

Su enorme garrote sabe de las costillas de la mayor parte de esos fieles servidores del hombre, por eso su presencia es objeto de esa infernal manifestación de odio y espanto.

Ha sido político; su fórmula edilicia varias veces ha circulado entre el electorado de esta ciudad de embrujo; su programa de acción ha sido de los más adelantados; tiene proyectos fantásticos que solamente en su cerebro pueden tener cabida: un buen día se presentó en el ruedo político, prometiéndoles a sus correligionarios ampliar la capital: se trataba nada menos que de destruir el enorme cerro de Juana Laínez, y utilizar todo ese enorme promontorio de tierra y piedra para rellenar el antiguo barrio de La Hoya, así quedaría una enorme planicie, en donde se podrían levantar modernos edificios de piedra y calicanto. Pero, a pesar de su espíritu progresista y de su constancia inquebrantable, el bueno de Quincho no pudo llegar a empuñar el clásico bastón de Pedro Crespo. Sabiéndose un incomprendido, se retiró de nuestras luchas, con un pronunciado amargor en los labios y un enorme cansancio en el alma.

Cierto día llegó jadeante a la redacción del diario en donde yo laboraba.

—Sabes, —me dijo—, ahora soy inventor. Y sacando un enorme rollo de papeles de la bolsa interior de su saco, desenvolvió uno, dejándome atónito con un modernísimo y singular modelo de atril; se trataba

DANIEL LAINEZ

a simple vista, de un atril como cualquier otro; así como cualquier otro atril corriente. Me puse a estudiar detenidamente aquel simple artefacto; desde pequeño lo conocía, y no podía dar con la maravillosa innovación que había introducido Quincho en la manufactura de los atriles.

—No te estás tirando a un grande, —le dije—, porque lo que es a mí pocos son los que se han dado el lujo de tomarme el pelo. El hizo un embudo con su mano derecha y se la aplicó al oído, pues es sordo como una tapia de ciudad abandonada. Digo de ciudad abandonada porque en estos dorados tiempos las tapias de las ciudades tienen un tímpano más fino que el oído de Gabriel D'Anunzio.

—Mira: —me contestó gritándome en las orejas, como si yo también padeciera de su mismo mal—, aquí está la innovación. Y llevó el dedo a un pequeño ganchito que tenía el moderno atril. Este gancho sirve para guindar el violín junto con el arco. Publícalo en el periódico, que ésto ha venido a revolucionar el difícil arte de la música.

Me quedé asombrado, y francamente le confesé mi cortedad de vista, pues de no ser él tan bondadoso, jamás hubiera dado con aquel gancho tan pequeño y al parecer tan insignificante, pero que, viéndolo bien, desempeñaría un importantísimo papel en cualquier orquesta sinfónica del mundo.

—Te voy a enseñar otro invento; —me gritó tratando de desenvolver otro pliego de papel de estrasa—, pero yo, dándole dos palmaditas en el hombro, logré contenerlo....

—Mañana; —le dije—, muy interesante; mañana me lo mostrarás; por ahora me encuentro muy ocupado.

Y salió el buen Joaquín de mi oficina, con su recio garrote de guayacán y su hermoso rollo de curiosidades.

Ya en la calle, una enorme batahola de perros se dispersó aullando....



JUAN DESPLAS

Gran gozador
del amor;
torero,
cantinero
y pescador;

¡todo lo fué Don Juan!
Mataba fieras en las montañas,
y fué tan lejos en sus hazañas
que puso en fuga a Calibán.

Arqueólogo y filósofo, siempre beodo,
fué un sábelo-todo;
cuando los domingos llegaba al Museo
sentía deseo
de hallarse en la selva intrincada,
con la daga en mano, torva la mirada,
luchando con pumas, audaz, codo a codo.

Artista de porvenir incierto;
con su canilla panda
y su porte marcial,
dirigía la banda
en noches de concierto
en el Parque Central.

Contaba
que un día,
mientras caminaba
por la selva umbría,
se vió acorralado por treinta coyotes
de rojas miradas;
se encaró frente a ellos y les dió nalgadas,
cual si se tratase de simples cipotes.

Al tigre lo ataba con lazos de seda,
y al león, que atisbaba desde la arboleda,
lo ponía en fuga a simples patadas.

Cuando relataba
sus días felices,
su mirar cansino se le dilatava
por sendas de ensueño y lejanos países. . . .

DANIEL LAINEZ

Pescaba ballenas
en noches de luna, tranquilas, serenas,
y más de un cocodrilo
ahogó entre sus brazos en aguas del Nilo;
tuvo un duelo a muerte a punta de espada
en la paz solemne de una encrucijada
que daba a las puertas de un viejo convento ;
y renco, renqueando,
la vida pasaba mintiendo y soñando
como un caballero del Renacimiento.

Tenía
la rara manía
de hablar con sí mismo;
poseía
las claves
de las raras lenguas con que hablan las aves,
y era su optimismo
mirífico unguento
con que el vagabundo
iba refrescando su enorme tormento
de sentirse solo parado ante el mundo.

Un día
la melancolía,
la peste y el hambre tremenda
le indicó la senda
que iba al hospital;
y en una mañana
diáfana y lozana,
Dios, compadecido,
—al ver que su siervo se hallaba dormido—,
como un dulce padre que bendice a un hijo,
con su voz de arrullo muy quedo le dijo:
“¡has sufrido mucho , que cese tu mal!”

En un carromato pasó al camposanto;
no hubo campanas, ni luto ni llanto;
el chofer del carro y un par de soldados
friolentos
y hambrientos
—medio adormitados—
fueron los cristianos de aquel funeral
Y en la Capital,
cuando les pregunto
por el buen difunto
de alma atormentada:
¡nadie sabe nada ! ¡Nadie sabe nada!

II

I N D I C E

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Qui Sum</i>	69	<i>Ritmos</i>	92
<i>Delirium</i>	71	<i>Nora</i>	92
<i>Carnaval</i>	73	<i>Unámonos</i>	92
<i>Triste realidad</i>	73	<i>Madrigal</i>	93
<i>Sembrador y Poeta</i>	74	<i>Ofrenda</i>	93
<i>Mi Primer Amor</i>	74	<i>Mis cartas</i>	94
<i>Sinfonía en Azul</i>	75	<i>La niña de los ojos tristes</i>	94
<i>Cuando llegaste tú</i>	78	<i>Tu recuerdo</i>	95
<i>Bajo tu alero</i>	78	<i>Reliquias</i>	95
<i>Cenicienta</i>	79	<i>Sin corazón</i>	96
<i>Muñequita Rubia</i>	81	<i>Bayadera</i>	96
<i>Mi Homenaje</i>	83	<i>A Lucy Ondina Matamoros</i>	97
<i>Saludo</i>	84	<i>Antiguo</i>	97
<i>Venus Callejera</i>	85	<i>Tus cuadros</i>	98
<i>El Payaso</i>	86	<i>Tu sonrisa</i>	98
<i>Nueva canción del hijo ausente</i> ..	87	<i>Nada esperes de mí</i>	99
<i>Se llamaba Rosa</i>	88	<i>Tejer quiero un soneto</i>	99
<i>Rosas</i>	89	<i>Me van a pelder el miedo</i>	100
<i>Azahares</i>	90	<i>Anhelo Póstumo</i>	102
<i>Anhelo</i>	90	<i>Desilusión</i>	102
<i>Acróstico</i>	91	<i>Canción final</i>	103
<i>Madrigal</i>	91	<i>La canción errante</i>	104
		<i>Canta tu canción</i>	107

A LOS PIES DE AFRODITA

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Portada</i>	111	<i>Aquel día</i>	121
<i>Mensaje Lírico</i>	115	<i>Angel Guardián</i>	122
<i>Ofrenda</i>	117	<i>Curiosa</i>	122
<i>La confesión</i>	117	<i>Revenar</i>	123
<i>La cita</i>	118	<i>Para mí eres todo</i>	123
<i>Bogando</i>	118	<i>Bajo tus rejas</i>	124
<i>En el parque</i>	119	<i>Vivamos el presente</i>	124
<i>Cuando cruzamos juntos</i>	119	<i>Entrega</i>	125
<i>Sortilegio</i>	120	<i>Cautiva</i>	125
<i>Sketch</i>	120	<i>Un hondo sentimiento de ternura</i> ..	126
<i>Querella</i>	121	<i>Optimismo</i>	126
		<i>Epílogo</i>	127

ISLA DE PAJAROS

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>A manera de Prólogo</i>	131	<i>Alma mía, paloma asustadiza</i> ...	141
<i>Timonel responsable de mi propio destino</i>	139	<i>Yo quiero una casita en estas playas</i>	142
<i>Mar: yo te saludo</i>	140	<i>Tú que eres barrendero</i>	143

I N D I C E

III

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Qué sensación de escándalo y naufragar de anhelos.....</i>	143	<i>Hoy faltará en la playa una nota de alegría.....</i>	151
<i>Con la sana alegría de un niño de escuela.....</i>	144	<i>En la torre más alta de mi espíritu.....</i>	152
<i>Estamos en íntimo contacto.....</i>	145	<i>Si estuvieras a mi lado, amada..</i>	153
<i>Mi alma, este cielo y el mar.....</i>	145	<i>Tenue copo de espuma.....</i>	154
<i>Hoy han bajado las estrellas a bañarse en tus aguas.....</i>	146	<i>Sobre las aguas quietas de su espíritu.....</i>	155
<i>A la luz mortecina del crepúsculo.</i>	147	<i>Marinera, aún te espero.....</i>	156
<i>Se ha dormido el rencor sobre mi alma en espera.....</i>	148	<i>La sirena del vapor decapitó el silencio.....</i>	157
<i>Si ella llegara un día tendríamos un hijo.....</i>	148	<i>Mi corazón es puerto siempre abierto a la espera.....</i>	158
<i>He escuchado tu voz salitrosa y distante.....</i>	149	<i>Pedrín viene de pesca.....</i>	159
<i>Como dos fuertes olas me envolvieron tus brazos.....</i>	149	<i>La mañana era blanca.....</i>	160
<i>Canción marina en tierra firme.</i>	150	<i>Canto a la rumbera porteña.....</i>	161
<i>El rugido del mar se ha convertido en música.....</i>	150	<i>La taberna del puerto.....</i>	162
		<i>Nocturno de Otoño.....</i>	164
		<i>Elegía dulce por el Poeta de ayer.</i>	166
		<i>Opiniones valiosas.....</i>	169

RIMAS DE HUMO Y DE VIENTO

TITULO	PAG.
<i>El Nacimiento de Caperucita.....</i>	175
<i>El Bautizo de Caperucita.....</i>	178
<i>Duelo Blanco.....</i>	181

MISAS ROJAS
SONETOS

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Vampiresa.....</i>	187	<i>A Franklin Delano Roosevelt....</i>	197
<i>Esplin.....</i>	187	<i>Redención.....</i>	198
<i>Insomnio.....</i>	188	<i>El ciego de mi barrio.....</i>	198
<i>Cuando salió del templo.....</i>	188	<i>Paisaje Crepuscular.....</i>	199
<i>La Virgen de Murilo.....</i>	189	<i>Canta Paul Verlaine.....</i>	199
<i>Jesucristo y Don Quijote.....</i>	189	<i>La Solterona.....</i>	200
<i>Mi Viejo Barrio.....</i>	190	<i>Nuestra Divisa.....</i>	200
<i>Casanova.....</i>	190	<i>Para Augusto C. Coello h.....</i>	201
<i>Caperucita Roja.....</i>	191	<i>A Lucy Ondina.....</i>	201
<i>Escepticismo.....</i>	191	<i>Bohemios en Marcha.....</i>	202
<i>Mi puerta se halla abierta.....</i>	192	<i>Retrospección.....</i>	203
<i>El Rey Poeta.....</i>	192	<i>Por Tí.....</i>	203
<i>Mañana que te vayas.....</i>	193	<i>Todo corre en derredor.....</i>	204
<i>Dos Sonetos a Ella.....</i>	194	<i>Virgen.....</i>	204
<i>Mi corazón se va de vacaciones..</i>	195	<i>Ramera.....</i>	205
<i>Oblación.....</i>	196	<i>La Risa de la Calavera.....</i>	206
<i>Pórtico.....</i>	197		

POESIAS VARIAS

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Profesión de Fe</i>	209	<i>Serrana</i>	226
<i>La Lágrima</i>	209	<i>Canción de una loca alegría en</i>	
<i>A Nuestra Señora de Suyapa</i> ...	210	<i>visperas de llanto</i>	227
<i>Muchacha Frívola</i>	210	<i>Nunca le dije nada</i>	228
<i>Al Yujoa</i>	211	<i>Negro esclavo</i>	229
<i>La Vieja Cantinera</i>	211	<i>Deo Gratias</i>	230
<i>Día de Difuntos en la Aldea</i>	212	<i>Ajedrez</i>	231
<i>Canción Lejana</i>	213	<i>Enfermera</i>	231
<i>Fiestas de Sol</i>	214	<i>La Romería de Juan</i>	232
<i>Primavera</i>	216	<i>Recoja usted su arado</i>	233
<i>En Voz Baja</i>	217	<i>Romance de Semana Santa en Te-</i>	
<i>Como tú te hallas enferma</i>	218	<i>gucigalpa</i>	234
<i>Hoy entró la primavera a la ciudad</i>	219	<i>Romance de la ranchera ilusio-</i>	
<i>También entró a la oficina</i>	219	<i>nada</i>	234
<i>Qué Suerte Tuviste</i>	220	<i>Romance del negro Andrés</i>	238
<i>Cuando tú sales de misa</i>	220	<i>Romance de Mari-Luz</i>	239
<i>Con la maravilla del oro solar</i> ...	221	<i>Mi Maestra</i>	240
<i>¡Mil Gracias, buen Dios!</i>	222	<i>¿Por qué?</i>	241
<i>Noche del Alma</i>	222	<i>Hai-Kais</i>	242
<i>Bilada</i>	223	<i>Elogio Lírico a la humildad de la</i>	
<i>He olvidado su nombre</i>	223	<i>tortilla</i>	243
<i>Balada</i>	224	<i>Canto de Cárcel</i>	245
<i>Cómo encontré a esta niña</i>	225	<i>Oda a las Madres de América</i> ...	248

PROSA

TITULO	PAG.
<i>La Gloria</i>	251
<i>Tímoteo se Desierte</i>	287

EL GRENCHO

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Silverio Sosa</i>	299	<i>El Grencho</i>	319
<i>La última noche del Padre Modesto</i>	306	<i>Spring</i>	322
<i>Intima</i>	309	<i>El primer ajusticiado</i>	324
<i>Espiritismo</i>	313	<i>Carta de amor encontrada en un</i>	
<i>Máximo Tepas</i>	316	<i>Bus</i>	327

ESTAMPAS LOCALES

TITULO	PAG.	TITULO	PAG.
<i>Trina Correa</i>	331	<i>Gallo</i>	355
<i>Sueñito</i>	335	<i>Paulita</i>	359
<i>Fifo</i>	337	<i>Juanita</i>	363
<i>María Chilillo</i>	339	<i>Goyito</i>	367
<i>Gilberto</i>	341	<i>Toyano</i>	371
<i>Moción</i>	343	<i>Pedrito</i>	375
<i>Beto Coello</i>	345	<i>Palomito</i>	379
<i>Leopoldo (Pata de Yuca)</i>	347	<i>Emeterión</i>	383
<i>Roma</i>	349	<i>José Ch. León</i>	387
<i>Panqueque</i>	351	<i>Quincho</i>	391
		<i>Juan Despiés</i>	395

BIBLIOTECAS UNAH

868.42
L184
C-2

2 9 1 5 6

Viene de la contratapa anterior

ción del 35— vióse el poeta envuelto en una cálida onda de simpatía de parte de los lectores que distinguían en su canto acentos líricos, modulaciones musicales, fluida espontaneidad y natural emoción que no percibían en ninguno de los otros poetas de aquella generación. "Voces Intimas", "Cristales de Bohemia", "A los Pies de Afrodita", "Isla de Pájaros", "Rimas de Humo y de Viento", "Misas Rojas", "Poesías Varias", y su obra en prosa que comprende "La Gloria", "Timoteo se Divierte", "Cuentos" y "Estampas Locales", confirmaron esta inicial admiración que los lectores supieron guardar por tan bella obra literaria.

Y todo a pesar de que ha sido esta una obra edificada casi a espaldas de la vida; casi a hurtadillas, robándole tiempo al tiempo, pues toda la existencia del poeta Laínez ha sido una lucha constante para demostrar que la pobreza no va en desdoro cuando se quieren sustentar fulgentes blasones espirituales. A pesar de haber nacido en un hogar saturado siempre de fragancias estéticas propias para desenvolver un espíritu como el suyo, la existencia de Daniel Laínez ha sido de lucha a brazo partido por la vida. Su niñez se desenvolvió de aprendizaje en aprendizaje, de oficio en oficio, —como acostumbramos decir—, hasta que ya siendo todo un oficial de tipografía pudo iniciar su propia autoeducación que le permitió obtener una cultura necesaria para llevar a cabo la tarea literaria que se había impuesto. Su ejemplo y su obra nos pueden servir para confirmarnos la eterna idea de que aun teniendo a la vida de enemiga, aun rodeado de las peores vicisitudes materiales, el hombre puede llegar a ser un artista perfecto si posee las condiciones para ello, y si, como en Rubén, ha nacido con una estrella en la mano.

La vida honesta y de sacrificios de Daniel Laínez; su lucha por obtener una educación y una cultura por los medios autodidácticos, y el presente volumen de trabajos literarios sirvan para confirmar nuestras palabras anteriores.

LUIS ALEMAN

22824